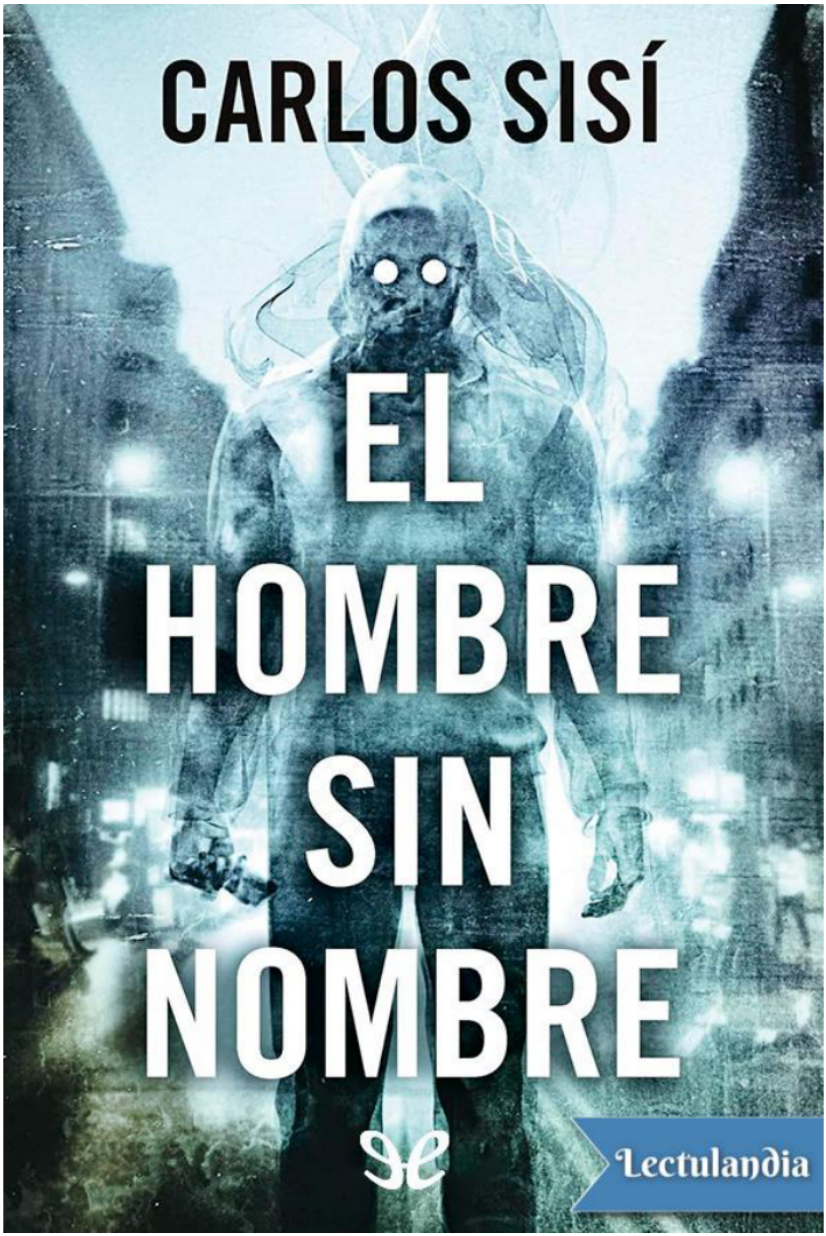
CARLOS SISÍ
EL HOMBRE SIN NOMBRE
Lectulandia

El nuevo *thriller* con elementos sobrenaturales de Carlos Sisí mezcla acción trepidante con una reflexión sobre el más allá.

El brote y espectacular auge de una nueva droga, el Luminis, o Aetheris, según dónde preguntes, ha provocado una crisis sanitaria nacional. El Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Madrid, encabezado por Rebeca Laza investiga una serie de asesinatos relacionados con la droga, que tiene un efecto sorprendente sobre sus consumidores: los que la toman, terminan por ver y comunicarse con fantasmas. Aunque las autoridades sanitarias advierten que se trata tan solo de un efecto alucinógeno del estupefaciente, la realidad parece demostrar otra cosa. La situación se complica cuando aparece la figura de un hombre sin nombre, un sicario; un asesino invicto, concentrado y despiadado, que tendrá mucho que decir en la trayectoria del Aetheris y la vida de Rebeca.

Carlos Sisí

El Hombre sin Nombre

ePub r1.0
Titivillus 15-07-2025

Título original: *El Hombre sin Nombre*
Carlos Sisí, 2025
Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mi queridísimo amigo David Sanz,
su mujer Ana y su hijo Ulises,
porque viven en una TARDIS.
Porque son especiales.
David no solo es escritor,
es una genuina recomendación mía.
También por sus libros :)

Este libro transcurre en Madrid, en un futuro muy cercano; solo unos años de diferencia. Es un trabajo de ficción y no pretende, en ningún caso, ilustrar ni documentar el trabajo de investigación policial, entidad a la que le debemos todo el respeto. Este libro ha sido cuidadosamente construido a mano, palabra a palabra, por un ser humano.

Capítulo 1

El hombre sin nombre

Eric levantó la mirada cuando la puerta se abrió de manera repentina. Había estado observando la dichosa puerta sin interrupción durante los últimos veinte minutos, concentrado con ceñuda intensidad, sudoroso e intranquilo, y ahora que acababa de sumirse en sus procelosos pensamientos por unos momentos, ocurría.

—Alan —jadeó.

Alan se detuvo un instante para dedicarle una mirada inquisitiva, inmóvil, en el umbral del pequeño despacho, pero Eric estaba tan descompuesto, que no fue capaz de decir nada.

—¿Y bien? —preguntó, por fin.

Eric carraspeó brevemente, como si las palabras se hubieran atrancado en su garganta. Por fin, sacudió la cabeza de manera afirmativa.

Era curioso, pero al hacerlo, al confirmar por fin que lo había hecho, se sintió aliviado.

Alan asintió despacio, dio unos pasos para entrar en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Entonces, ya está —dijo, despacio.

—S-sí —balbuceó Eric, sacudiéndose intranquilo en su silla—. Sí. Lo he hecho, Alan. He llamado y… bueno, lo he contado. Lo he contado —repitió.

—¿Te han ofrecido lo que querías?

—Sí. El paquete completo. ¡El… puto paquete completo! No me lo puedo creer. Han aceptado. Lo han aceptado… todo.

—Enhorabuena —anunció Alan con cierta parsimonia, con un tono de voz casi dulce, paciente—. Has hecho lo correcto. ¿Han

dicho algo cuando se lo has contado?

Eric sacudió la cabeza. Estaba tan nervioso que movía las manos de manera errática, como si quisiera emprender un movimiento y se interrumpiera a sí mismo, una y otra y otra vez.

—No… Bueno. Sí, claro. Pero era como si ya lo supieran. Solo querían que alguien se lo confirmase, ¿sabes? No va a haber problemas —dudó unos instantes—. No va a haber problemas porque… parecía que lo esperaban. Han… Han comprendido cosas. De repente, todo… todo…

—Todo tenía sentido —terminó Alan.

Eric abrió mucho los ojos y sonrió. No era una sonrisa agradable.

—¡Sí! —dijo—. ¡Exacto! Han… comprendido cosas…

Alan volvió a asentir. Se dio la vuelta y se dirigió al mueble de bebidas. En los tiempos del padre de Eric, aquel mueblecito había contenido botellas de vidrio con caros brebajes virtuosos: *whisky* escocés de quinientos dólares, *bourbon* y coñac, del tipo de coñac que una persona normal no llega a beber en toda su vida. Pero los tiempos habían cambiado y ahora solo tenía botellas de agua en recipientes bastante refinados, pero agua, al fin y al cabo. Y unas porquerías verdes saludables que los de imagen habían colocado allí para que los vieran los clientes, pero que nadie había bebido nunca por asemejarse más a limo nuclear de pantano que a otra cosa. Carol, de contabilidad, decía que, en las películas, esa cosa verde producía zombis.

Sirvió un vaso de agua mientras estaba de espaldas a Alan.

—Han comprendido cosas —susurró—. Conozco la sensación. De repente, todo ha encajado.

—Exacto —confirmó Eric con renovado entusiasmo—. Como tú dijiste. ¡Como tú dijiste exactamente!

Se llevó las manos a la cara y rio durante un rato con el rostro cubierto. Era difícil saber si reía o lloraba. Probablemente, hacía ambas cosas a la vez.

Alan se giró, con una sonrisa en la cara.

Extendió el brazo hacia Eric, sosteniendo un vaso de agua.

—Ten, anda —dijo despacio—. Te vendrá bien.

—S-sí —balbuceó Eric, aceptando el vaso. Bebió de manera compulsiva y lo dejó distraídamente en la mesa.

—Joder, Alan —exclamó—. Madre mía. Lo he hecho. Se lo he contado todo. Todo lo que hablamos. ¡Todo! Ahora… Ahora ya está hecho. Habrá… Habrá una reunión, por supuesto, y tendré que viajar a California y… bueno, empezar todo el proceso, ¿sabes?

Alan sacudió la cabeza.

—Eso es un formalismo —dijo—. Lo importante ya está hecho. Ahora saben. Han atado cabos. Han comprendido y han reunido las piezas que les faltaban del puzle. Ahora ven la imagen completa.

—La imagen completa… —susurró Eric—. Eso es. Joder, Alan. Siempre… Siempre sabes qué decir.

Alan le miró, con la cabeza ligeramente inclinada. Parecía divertido con la situación.

—Si no fuera por ti —continuó diciendo—, te juro que… Te juro por Dios que no hubiera podido sacar la cabeza de esto. Me hubiera quedado en el túnel, ¿sabes? Me hubiera caído todo encima. ¿Sabes cómo te digo?

—Sí —susurró Alan—. Tranquilo.

—No, en serio —insistió Eric—. Te… Te lo agradezco. Todos tus consejos. Lo que has hecho. Me siento… Me siento aliviado. Me siento…

Mientras hablaba, Alan sacó un pequeño sobre del bolsillo y lo depositó encima de la mesa, a su lado.

—Me siento… —decía Eric, pero se interrumpió, mirando el sobrecito de color blanco desvaído con la sonrisa aún dibujada en el rostro, las mejillas rosadas de la excitación del momento—. ¿Qué…? ¿Qué es eso? ¿Más entradas para Taylor Swift?

La sonrisa de Alan aumentó.

—No, esta vez no —dijo—. Eso… Eso ya se acabó. No te distraigas… Cuéntame cómo te sientes. Disfruta de tu decisión.

—¡Guau! —exclamó Eric—. Joder, sí. ¡Ya lo creo!

—¿Estás contento?

—Sí —dijo—, o sea, podría haber salido mejor, también, ¿no? Podría… Podría no haberse torcido en primer lugar. Eso hubiese sido increíble —rio brevemente—. Pero… dadas las circunstancias, para lo que podría haber pasado, creo que… no irá mal. No irá del todo mal.

—Bueno —dijo Alan suspirando—, al final, todo esfuerzo tiene su recompensa.

Eric asintió pensativamente, pero luego compuso una expresión extraña.

—Sí… quiero decir… ¿qué recompensa? ¿El acuerdo?

Alan no dijo nada. Estaba mirando su reloj de pulsera. Era el único tipo que Eric conocía que aún llevaba reloj de pulsera en aquellos tiempos de móviles siempre en la mano. Y era bonito. Un Zaess Wegner analógico con tres coronas, muy elegante. No era un reloj caro, pero era…

Era…

Eric se llevó la mano al pecho.

De repente, sentía cierta fatiga.

—¡Oh, bueno! —dijo risueño—. Vaya. Tantas emociones… —rio brevemente—. Creo que me está subiendo la tensión.

Alan asintió.

—Tu corazón está teniendo una pequeña celebración —dijo.

Eric rio con la ocurrencia, pero algo localizado en el pecho empezó a dar señales de que, de hecho, existía. «Corazón» fue la palabra que formó en la trastienda de su mente. Los problemas en el cuerpo eran curiosos, pensó a continuación, en ese discurso mental que sucede aun cuando uno no pretende mantener ninguna idea consciente; uno sabe que todo va bien cuando no siente el cuerpo en absoluto. O, mejor dicho, uno no sabe que el cuerpo va bien, precisamente, porque funciona. Nadie piensa en la puñetera rodilla a menos que empiece a fallar, y cuando lo hace, se deja notar de manera constante, persistente. Insistente. El dolor, la posibilidad de que algo vaya mal, reclama atención. Es el dolor y no la ausencia del dolor lo que nos hace sentirnos vivos.

—Mi… corazón… —susurró con los ojos fijos en el sobre blanco que Alan había dejado sobre la mesa. Tenía el tamaño de una carta. El tipo de sobre que uno recibe con una factura de teléfono en su interior.

Ahora era el codo. No el codo, quizás, el antebrazo. El brazo. El izquierdo. Sabía muy bien lo que se decía de un dolor repentino en el brazo izquierdo.

«Tu corazón está teniendo una pequeña celebración», había dicho Alan.

¿Qué…? ¿Qué demonios tenía que ver eso con todo?

Abrió mucho los ojos porque el dolor empezaba a ser…

Bueno.

Preocupante.

—Oye… —consiguió decir.

Demasiadas excitaciones. Cosas. Demasiadas cosas, sí. Toda la tensión de las últimas semanas, la posibilidad de que la mierda alcanzara el ventilador y la esparciera por toda la habitación… Los consejos de Alan.

Alan, que…

Si no fuera por Alan.

Le miró.

¿Por qué estaba mirando su puñetero reloj? Su… puñetero Zeiss Wegner, de cuánto… ¿doscientos, trescientos dólares?

—Oye —dijo, ronco—, me está…

—Te está dando un infarto —sentenció Alan.

Eric abrió mucho los ojos.

Quiso decir algo, pero no consiguió pronunciar palabra.

En su mente crecía la idea, la confirmación del hecho de que… Sí, estaba teniendo un infarto. Ya no había duda. Había una presión *in crescendo* que empezaba a dolerle como si alguien estuviera retorciéndole los músculos del torso, primero, a un lado y luego, al otro. Le ardía, punzante, abrasivo, profundo… hasta provocarle una suerte de asco interior, como una arcada contenida.

—A… Alan…

—Tranquilo —susurró Alan—, va a ser muy rápido. Sé que duele. Te sentirás mareado, te costará respirar. Puede que tengas una certeza interna a la que llaman «sensación de muerte inminente». Debe ser curioso experimentarlo.

—Qué…

Alan cogió el vaso y lo sacudió en el aire, y Eric abrió mucho los ojos. Aun superado por el dolor, empezó a entender. Un poco, al menos. Estaba claro, por su actitud inexplicable, que Alan había echado algo en el vaso. El vaso de agua que le había ofrecido, pero… ¿por qué?

¿Por qué dolía… tantísimo?

Empezó a desear que terminara ya, aunque eso supusiera el final. El misericordioso final. Tenía la cara roja y las venas del cuello hinchadas, los músculos prominentes y tensos como cables de acero. Porque dolía. Dolía como mil pares de narices.

Miró a Alan con un gesto suplicante.

¿Por qué, Alan?

Había confiado en él.

Había hecho todo lo que le había dicho.

Había…

Pestañeó. También él empezaba a ver el cuadro completo. Con todas las piezas.

Había hecho exactamente lo que Alan le había dicho.

Y ahora… ahora…

Ahora ya no hacía falta, claro.

Le dirigió una mirada de incredulidad.

Había… ¿Había caído en una trampa? Había conocido a Alan hacía cuánto, ¿un año? Un año más o menos. Habían empezado a conocerse, se habían hecho amigos, habían trabajado juntos… Pero entonces…

¿Quién era Alan, en realidad?

¿Trabajaba para Dick, el Gordo? ¿Era eso?

¿Se la habían jugado? ¿Había accedido a hacer el juego que ellos querían?

—No te preocupes —susurró Alan entonces, sacándole de sus confusos, atropellados y dolorosos pensamientos, con un tono de voz insoportablemente cordial—, has dejado una nota de suicidio.

Eric vomitó sobre la mesa como último acto de deshonrosa despedida, y murió mirando el sobrecito de un tono blanco desvaído.

2

El hombre no pensaba en sí mismo como lo hacía el común de los mortales.

Cualquier hombre, como cualquier mujer, tiene conciencia de su identidad basándose en su discurso vital. En el recuerdo uniforme y lineal de su vida, por muy fragmentada que esta haya sido. Tiene un rostro, tiene un nombre y, por supuesto, cuenta con unos recuerdos. Cuando se mira en el espejo ve las marcas de esa vida en el reflejo, su impacto. Tiene que comprenderlas, aceptarlas, asumirlas, y lo

hace cada día de manera más o menos consciente, por lo general a primera hora, cuando uno aún está medio dormido y puede aceptar el infatigable y tenaz tránsito de la vida.

Cuando hace eso, cuando se observa, es consciente de cómo el tiempo ha transformado sus facciones. Se recuerda con el pelo más largo, más corto, mueve con curiosidad el cartílago de su nariz pensando en lo que parece haber crecido en los últimos años, examina ciertas arrugas o la ausencia de ellas. Y cuando se mira directamente a los ojos, piensa en su nombre. Un nombre que le acompaña desde su nacimiento. Piensa en su trabajo o sus trabajos, que lo definen. Piensa en sus relaciones, experiencias, logros y fracasos. Sus cambios. Piensa en sí.

Pero el hombre no podía hacer eso. Ni siquiera podía contar con el ancla de mantener un nombre desde su nacimiento. No era Jaime, ni Oliver, ni Ben. No era ninguno de esos nombres, pero los había sido todos.

Había sido Alan, por supuesto, el muy celebrado amigo del ahora difunto Eric. Pero también había sido Moe Miller, dentista en Albuquerque, licenciado en Cirugía Dental acreditado por la Comisión de Acreditación Dental de la Asociación Dental Americana. Ejerció durante todo un año en una consulta propia, un local de casi tres mil dólares mensuales con aparcamiento privado, hasta que terminó su trabajo y se ocupó de hacer desaparecer tanto a Miller como al local, sin olvidar el Plymouth Fury del 71 que conducía. Dejó ochenta mil dólares en su cuenta corriente que el gobierno terminó reclamando.

Había sido gemólogo titulado y tallador de diamantes en particular, con un pequeño taller en Francia. Por entonces, respondía al nombre de Matthieu Barraud, con casi veinte kilos más de la cuenta, propietario de un estúpido perrito llamado Cucú y coleccionista de pequeñas esculturas precolombinas. De nuevo, cuando cumplió su objetivo, Matthieu desapareció en un atroz incendio en su propio taller dejando únicamente un cuerpo carbonizado y su perfecta dentadura, cuyas piezas casaban a la perfección con su ficha médica.

Había sido muchas otras personas. Tom Bradley, ingeniero informático en California, con un pequeño acento irlandés por parte de madre y cojo por añadidura, y con la calva más pulida y brillante

que una bola de billar. Davis Hundson, capataz experto en instalaciones de seguridad con una desbocada pasión por la industria del porno y cierta tartamudez al hablar; Per Kierkegaard, danés, encargado de las relaciones públicas de un alto cargo del aparato militar del gobierno de Dinamarca. Julián Sepúlveda, de Barcelona, pelirrojo y homosexual, por cierto. Y muchos más.

Pero todo tiene un final, por supuesto, y Alan no era diferente.

Sentado en un taburete blanco en el cuarto de baño, retiró las membranas dactilares falsas de cada uno de sus dedos y las depositó en un pequeño cubilete de aluminio. Eran tan livianas y delgadas que asemejaban los pequeños trozos de piel que uno se arranca perezosamente de la espalda en la habitación del hotel de playa donde veranea. Luego, hizo lo mismo con algunas porciones de su propia cara; más látex y siliconas, que él mismo fabricaba, en los pómulos, el mentón, la barbilla y sobre las cejas, y mientras lo hacía, Alan fue desapareciendo. Retiró todo y lo dispuso en el cubilete, y cuando hubo terminado, vertió un pequeño chorrito de un tubo pequeño, un ácido suave que convirtió los desechos en un líquido acuoso que olía a goma caliente, como la rueda de una bicicleta.

Suspiró.

Siempre le resultaba un poco emotivo despedirse de un personaje, como si muriera. Porque el personaje moría, siempre. Desaparecía. De eso iba… todo aquello.

Y él sabía una o dos cosas sobre la vida y la muerte.

El hombre sin nombre trabajaba de una manera exhaustiva, minuciosa y concentrada todas y cada una de sus reencarnaciones. A todas ellas las necesitaba para hacer su trabajo con la calidad que se exigía, así que eran importantes. Cuando aceptaba un encargo nuevo, siempre hacía el mismo ritual. Primero, dedicaba unos minutos a ver la foto objetivo. Observarla, solamente. Suspiraba largamente, entrecerraba los ojos y miraba. Sus facciones, su cabello, su ropa, si estaba a la vista, su pose, su discurso corporal concentrado en un instante, un momento, un fotograma del largometraje de su vida. La curvatura de los labios, cómo se ajustaba su máscara fácil a su estructura ósea. Si tenía mucho o poco pelo. Las posibles marcas de la piel, las cicatrices, si la piel estaba limpia de taras, barros e imperfecciones, si parecía cuidada

con productos o no. Había mucha información en ese primer vistazo, y confiaba tanto en su instinto que prestaba mucha más atención a la primera impresión que a mucha de la información que llegaría después.

Estudiar a su objetivo con tanta minuciosidad como fuera posible no era una tarea sencilla; normalmente, sus objetivos eran personas reservadas, usualmente, en altos cargos directivos o incluso figuras políticas de mayor o menor envergadura, protegidos por todo su aparato de bloqueo y censura, incluyendo la manipulación mediática para el control de daños, si los había habido. Ese aspecto en concreto traía toda una serie de problemáticas adicionales encabezadas por el quinto jinete del apocalipsis: la desinformación. Al hombre sin nombre no le preocupaba, solo significaba más trabajo, más tiempo. Pero su trabajo de investigación era tenaz y, simple y llanamente, el mejor. Si había algo que saber, por muy escondido u oculto que estuviera, él lo sabría. De cualquiera.

Una vez lo conocía todo sobre su objetivo, incluyendo, sin duda, aquellas particularidades en apariencia triviales, diseñaba un personaje que pudiera entrar fácilmente en su vida. Si a su objetivo le apasionaba el *sushi*, él sería un aplaudido chef que lo prepararía con tal maestría que, al probarlo, uno podría cerrar los ojos y sentirse transportado a las mismísimas puertas del nirvana. Y no sería solamente un dato escrito en un currículum, ni compraría *sushi* en alguna cadena famosa y lo haría pasar por suyo, fingiendo ser un maestro en su elaboración. Si esa era la vía para inmiscuirse en la vida de su objetivo, aprendería todo lo que hay que saber sobre el *sushi*, incluso viajaría a Tokio para saborear el *sushi* del restaurante Sukiyabashi Jiro, elaborado por el maestro chef Jiro Ono. Comería cada día durante toda una semana hasta que cagara *sushi*. Estudiaría cómo elaborarlo. Lo prepararía. Inventaría uno nuevo, irresistible. Incluso maquillaría y manipularía su cuerpo para tener rasgos orientales si eso ayudaba.

Con los años, había llegado a acumular numerosas preparaciones profesionales. Había aprendido cómo ser dentista, sí. Había aprendido todo lo necesario sobre ser capataz especializado en el área de seguridad. Se había doctorado en abogacía, había aprendido ocho idiomas y hasta se había sacado el carné de piloto comercial.

Cuando estaba, por fin, perfectamente integrado en el mundo de su objetivo, preparaba un móvil para su personaje. Toda la culpa sobre el asesinato o el suicidio o la venta de acciones o inmuebles o las decisiones corporativas que tuviera que conseguir recaerían en su personaje, que desaparecería cuando hubiera alcanzado sus metas, fuesen cuales fuesen.

Y ese era su mundo.

Su vida.

Su trabajo.

Aquella noche, estuvo ocupado haciendo desaparecer a Alan. Dejó un maletín esparcido por el suelo de su apartamento con ciento ochenta y seis mil dólares, dejó pistas y evidencias sobre una pequeña pelea, compró billetes para un destino cualquiera en la distante Nueva Zelanda y dejó ciertas evidencias en su ordenador portátil que dejaban claro que Alan tenía motivos para huir si Eric hubiera llamado a las autoridades, cosa que, naturalmente, había hecho. Gracias a él. Porque ese era su encargo; conseguir que Eric incriminara a Dick, el Gordo y dejara absolutamente desmantelado e inoperativo cierto negocio en la costa este de Estados Unidos.

Las autoridades encontrarían las falsas huellas de Alan en el despacho de Eric, en su apartamento, encontraría movimientos bancarios que ayudarían a montar toda una cadena de evidencias que lo señalarían como culpable, y lo alejarían del verdadero instigador de toda aquella cadena de sucesos: su cliente. El mismo cliente que sabría apoderarse de ese fructífero negocio que había quedado descuidado. El mismo cliente que estaría siempre en la otra esquina del universo en lo que tocaba a cualquier aspecto relacionado con la tarea, fuera cual fuese.

Una vez dejó montada toda la escena, como siempre sin olvidos, sin fallos, sin sorpresas o errores, sin mácula, se deshizo de Alan para siempre con su pequeño bote de diluyente y su cuenco de aluminio. No conservó nada. Ni el coche. Ni la casa. Ni un calcetín o un anillo. Nada que no debieran encontrar las autoridades podía permanecer. Y con esas últimas gestiones, una suerte de limpieza general profunda de fin de temporada dejó la cabeza limpia de lo que había supuesto ser Alan durante casi un año, permanentemente, sin interrupciones.

El hombre sin nombre, desposeído de su personaje, era apenas

un insecto blanco recién nacido, larval, que deja atrás la crisálida y se encuentra desnudo y desnutrido en un mundo virgen, nuevo, inexplorado.

Un hombre sin nombre. Sin pasado o sin pasado relevante. Sin más interés que en volver a transformarse.

El hombre sin nombre no se daría tiempo para tomarse un pequeño descanso, unos días de asueto, o hacer un pequeño viaje para gastar la pequeña fortuna que había ganado con el trabajo. Esas cosas mundanas de la vida de los hombres o de las mujeres no le interesaban en absoluto. Cuando no tenía un personaje en marcha, no era absolutamente nadie. No le interesaba nada, no perseguía la compañía de nadie. No encontraba satisfacción en ninguna actividad, situación, lugar o compañía. Era… una carcasa vacía. Una esponja, una pizarra que había quedado en blanco, lista para ser llenada.

Cuando se enfundaba en un personaje, era el personaje. No trabajaba de ocho de la mañana a seis de la tarde. No llegaba a su escondite, fuera cual fuese, se quitaba la máscara, el maquillaje, la ropa, y se sentaba a ver la televisión con una cerveza fría en la mano y se desentendía del trabajo por unas horas, antes de dormir. Bebería cerveza si a su personaje le gustaba la cerveza. Si su personaje era gay, buscaría la compañía de otros hombres en los cubiles nocturnos más sórdidos de la ciudad y haría el amor con ellos en los oscuros recovecos de los cuartos de baño con el suelo lleno de viejos orines resecos, si eso era lo que su personaje disfrutaba.

Si su personaje hacía origamis en su tiempo libre, haría origamis en su tiempo libre y disfrutaría de cada minuto entregado a esa tarea. Una vez terminara, miraría su creación con verdadera, genuina y auténtica satisfacción, aunque nadie en el mundo llegara jamás a ver su obra de arte. Y la colocaría en el estante, quizás, junto al resto de sus otras creaciones, a menos que su personaje pensara que dicho arte debía ser efímero y no coleccionable, y entonces, lo descartaría en cualquier papelera con el tipo de ritual que su personaje sintiera apropiado.

Si su personaje bebía café, bebería café. Si se requería una marca determinada, la tendría. Lo bebería en la soledad de su casa y en las cafeterías, a veces por pura necesidad, como si realmente

necesitara una taza, la dosis de cafeína periódica en su cuerpo. Si repudiaba la bebida en cuestión, no tomaría una sola gota durante los seis meses o el año que durara el trabajo.

Porque lo que el hombre sin nombre necesitaba era, exactamente, nada. No tenía ninguna preferencia musical. Ninguna afición, ningún restaurante favorito. Ningún elemento que hubiera disfrutado durante el período de vida de cualquiera de sus personajes sobrevivía a la limpieza general de temporada.

Había disfrutado muchísimo de la pesca siendo el doctor Moe Miller, por ejemplo. Había pasado un cierto número de tardes, y un fin de semana delicioso, metido en un lago de Tennessee, escuchando el lento discurrir del agua y observando el majestuoso espectáculo natural de las nubes. Él solo, sumido en sus propios pensamientos y escarbando en los recuerdos inventados que había ideado para el doctor Miller, que, aunque nunca habían existido, formaban parte de su mente de todas maneras. Y había sido feliz, todo lo feliz que se puede ser en el máximo alcance de la palabra, y más feliz que muchos que creen serlo en el ámbito de sus vidas, sin duda, sintiendo el sol en el rostro y respirando el aroma fresco del agua, percibiendo el tacto frío de los peces que, ocasionalmente, atrapaba con su caña Wilnor Essex Executive de mil quinientos cincuenta y seis dólares. La caña, por cierto, que su mujer, la mujer de Miller, le había regalado un año antes de fallecer de cáncer, en el último aniversario que celebraron juntos.

La mujer que nunca llegó a conocer, claro.

La mujer que nunca llegó a existir siquiera más que como líneas de texto en el documento de creación de personaje que había desarrollado.

Pero a pesar de ello, a pesar del genuino disfrute y la sensación reparadora de paz y tranquilidad, cuando el trabajo se terminó y Miller tuvo que desaparecer, junto con la caña Wilnor Essex Executive por mucho que costara mil quinientos cincuenta y seis dólares, ninguno de sus otros personajes volvió a pescar jamás. Nunca. Ni siquiera tuvo recuerdos de aquellos momentos, al menos, no recuerdos nostálgicos, sino prácticos: Había hecho aquello, sí, pero aquel era el dato. No lo echaba de menos como cualquier persona de a pie echaría de menos algo placentero.

Ahora… Ahora era el momento de volver al trabajo.

Y no era el dinero. Tenía más de lo que podría gastar jamás.

El dinero no.

Era…

Era la necesidad imperiosa, vital, de volver a ser, de nuevo y otra vez, una persona completa, con sus taras y virtudes.

Capítulo 2

Ahora yo te persigo

Aún sentía el olor a goma en la habitación cuando accedió a su ordenador para activar su siguiente trabajo. Así lo llamaban. Activar el trabajo o activar un encargo. Aunque no era en absoluto lo deseable, un encargo podía rechazarse cuando se recibía. No sabía si eso tendría consecuencias porque nunca había rechazado ninguno. No tenía motivos para ello. Todos los encargos entrañaban sus retos y motivaciones. A él le daba lo mismo si se trataba de una anciana en una silla de ruedas o un conocido político de las altas esferas danesas, un cantante de rap con varios discos de oro o un empresario adinerado, del tipo de empresarios adinerados que tenían su propia pista para aviones a poca distancia de su villa privada. Pero suponía que rechazar un encargo, una vez descubiertas las cartas, podría llegar a representar un problema, a corto o largo plazo.

Un problema, sí.

El ordenador era un portátil pequeño provisto con una pantalla pequeña de doce pulgadas, barato, por cierto, no demasiado potente ni capaz, uno de tantos que adquiría y destruía con casi cada interacción, fabricado por una empresa que, probablemente, no existiría ya en los próximos meses. Estaba configurado con cifrado de extremo a extremo y utilizaba herramientas como redes privadas virtuales y la red Tor para asegurarse de que el tráfico de sus peticiones se desviaba por varios nodos a través del mundo. Cosas básicas cuando uno no quiere ser rastreado y un par de otras medidas de seguridad, quizás no tan rudimentarias, que había aprendido con el tiempo.

Varias puertas de acceso seguras después, llegó a su terminal de

encargos. Se trataba, en apariencia, de un chat decorado con dibujitos japoneses, corazoncitos y otras fruslerías, lleno de gente que flirteaba usando el teclado y escribían y leían mensajes con un alto contenido erótico, intentando relacionarse unos con otros, aunque fuera de una manera burda y zafia.

Entró en el canal de #gatitos y escribió.

ENCARGO

Suspiró y se reclinó hacia atrás, los brazos apoyados en ambos muslos, vestido únicamente con unos pantalones tipo cargo con demasiados bolsillos.

Los mensajes podían tardar horas en ser atendidos, incluso días, pero el hombre sin nombre no tenía prisa. Ninguna, a decir verdad. No sentía impaciencia, ni se aburriría sentado en esa silla, con el portátil delante, ni se le agotaría el cuerpo, porque en esos momentos, no había ninguna otra cosa que quisiera hacer. Se quedaría allí mismo hasta que tuviera que hacer algo de imperativo biológico, como alimentarse, ir al retrete o dormir.

Pero en aquella ocasión, la respuesta surgió casi inmediatamente.

029X9392KDD011D

El hombre sin nombre no alteró sus facciones. No celebró la prontitud, no sintió entusiasmo por poder comenzar con rapidez. Solo pensó que el encargo debía ser urgente. Introdujo el código en una aplicación oculta en su teléfono móvil y recibió, de inmediato, una serie de documentos que desencriptó utilizando otra aplicación diferente. Por fin, después de unos cuantos movimientos con el dedo, obtuvo el primero de los documentos.

La foto.

La foto del objetivo.

Suspiró largamente y se concentró en estudiar la fotografía, ceñudo y concentrado.

Mirada inteligente, eso seguro, con una o dos buenas historias que contar. Ojos negros y profundos encerrados en las dos esferas prominentes que eran sus globos oculares. El blanco de los ojos contrastaba vivamente con el color oscuro de su piel, a pesar del

tono ligeramente rojizo característico de hombres de su raza. Etíope, probablemente, a juzgar por el común de sus facciones y la forma ligeramente achatada de su nariz. Labios oscuros, no muy gruesos, rodeados de una barba recortada donde se entremezclaban cabellos negros y blancos por igual. Entre cincuenta y cincuenta y cinco años. El ceño fruncido, piel luminosa tocada por las reflexiones de un foco de estudio. Eso, unido al hecho de que vestía una suerte de túnica negra tocada por un reborde dorado lleno de filigranas, dejaba muy a las claras que el sujeto tenía una alta consideración de sí mismo, o bien, que era, quizás, alguien mediático. No lo era, por lo que sabía; jamás en su vida había visto el rostro de aquel hombre, y era un excelente fisonomista. Delgado, pero no demasiado. Había pequeños granos recorriendo su frente y sus mejillas, pero no eran diferentes de las que exhibían, por lo general, los afroamericanos.

Miró aquellos y otros detalles, y observó con cuidado la calidad y la textura de la tela con la que estaba hecha la túnica. No estaba del todo seguro porque la foto, que era definitivamente de estudio, tenía un intencionado efecto de desenfoque en los bordes, pero o mucho se equivocaba o era fibra de vicuña, el tejido más exclusivo y caro del mundo, usado en la industria textil de lujo para confeccionar bufandas y otras prendas de abrigo. Pero estaba tintada de negro, por cierto, y la vicuña es tan delicada que, por lo que sabía, resultaba difícil tintarla sin dañarla, así que detrás de aquella foto en apariencia sencilla, había, probablemente, un cierto trasfondo económico o un espíritu caprichoso con tendencia a la ostentación.

Después de estudiar con mucho cuidado aquel rostro, pasó a las fotografías siguientes. Deslizaba el dedo con exquisito cuidado, como con delicadeza. Era como pasar las páginas de un códice antiguo, parte de un ritual que experimentaba, como mucho, un par de veces al año, en ocasiones, una única vez en dos años, raramente más. Era importante. Era el momento en el que el depredador sigiloso conocía a su víctima, y era también, quizás, una manera de mostrarle respeto. El cliente merecía respeto, el objetivo, también. Había aprendido a no subestimar absolutamente a nadie, en ningún caso; ni por su género ni por su edad ni por su complexión, fuera gruesa o escuálida. Cualquiera de aquellos objetivos, por mucha

experiencia que acumulara y por mucho que, en su profesión, fuera decididamente el mejor, podía convertirse en la horma de su zapato con cualquier pequeño, mundano, infinitesimal descuido.

Porque sus objetivos… qué duda cabía, eran todos gente de manifiesta capacidad intelectual. Gente con capacidad que había llegado a puestos importantes. Gente que caería en la cuenta de cualquier comentario fuera de lugar, de un gesto inadecuado en una circunstancia determinada.

En las fotos se veía al sujeto de cuerpo entero, en distintas posiciones y diferentes circunstancias. Estas no eran fotos de estudio; eran claramente fotos robadas y, con seguridad, tomadas con un gran objetivo, desde la distancia. Dedujo rápidamente que el objetivo no era accesible socialmente porque no era costumbre ofrecer fotos robadas en los documentos iniciales. Las fotos podían rastrearse con mucha más facilidad de lo que la gente pensaba. Mucha. Mucha facilidad.

En todos los documentos, por todo caso, el sujeto llevaba túnicas al más puro estilo árabe, incluyendo el tocado o kufiya con la que cubrían su cabeza, recogido con un agal, un cordón típicamente negro que sujetaba esa pieza por la frente. Con probabilidad, ello indicaba que podía tener relación con alguno de los países de la península arábiga, o estar culturalmente ligado a ellos, de alguna manera, tal vez, incluso emocional.

Se fijó en su lenguaje corporal.

Seguro de sí mismo. Talante de mando. Actitud de poder, cabeza de equipo, líder. Satisfacción, incluso. Vigilante y observador de su entorno.

Observó sus manos.

Eran manos grandes, cuadradas en su forma general. El dedo pulgar tenía, muy a las claras, una longitud mayor de lo normal. No eran datos científicos y él sabía muy bien dónde ubicar ese tipo de datos, pero sí que podían ser impresiones significativas de acuerdo con creencias populares y otras pseudociencias, sobre todo, porque lo que revelaban concordaban con el resto: ese tipo de manos solían indicar capacidad organizativa, de razonamiento, y con facilidad para emprendimientos.

Arrugó la nariz.

El nombre apareció en el siguiente documento.

El hombre sin nombre leyó.

Kwame Okoro Adeyemi.

Conocía el apellido. Okoro. Sin duda. Lo había leído antes o uno de sus personajes lo había vivido antes. Aunque pudiera sonar japonés, era un apellido popular en Nigeria. Y estaba razonablemente seguro de que Adeyemi era también nigeriano. Pero el nombre se le escapaba. Hizo una búsqueda rápida para averiguar que se trataba de un nombre popular en Ghana, en la costa del Golfo de Guinea. Significaba «sábado», o se le daba a los niños nacidos en ese día.

—Kwame Okoro Adeyemi —dijo en voz alta, arrastrando mucho las sílabas, y luego, lo repitió varias veces más—. Kwame Okoro Adeyemi.

Era, por supuesto, parte del ritual.

Leer el nombre del objetivo en voz alta.

Honrarlo.

Presentarse ante él.

Como una declaración.

Y, en voz pretendidamente suave, pronunció las palabras:

—Ahora yo te persigo.

Con esa declaración íntima, susurrada solo para sí y para el hombre de la foto, aceptó formalmente el trabajo.

Ese… Ese era su ritual como guerrero.

2

Rebeca Laza no tomó su café esa mañana, no disfrutó de su pitufo con beicon, tomate y mayonesa, como era su costumbre, ni tuvo unos minutos para repasar con el móvil algunas historias aleatorias en las redes, como solía hacer mientras desayunaba. Desplazarse por un montón de videos aleatorios sobre estupideces y publicidad más o menos encubierta podía parecer una pérdida de tiempo y una soberana tontería, y era posible que hasta fuese cierto, pero a ella le funcionaba. Era su manera de desconectar de la realidad de la vida. De… Dejar de pensar. Pensar en el trabajo, los casos pendientes, el resto de las personas. Sobre todo, las personas. Y no disponer de

esos momentos para ella al principio del día, le fastidiaba sobremanera. Necesitaba el desayuno tanto como el que más, pero en su caso, con los niveles de azúcar siempre por los suelos, precisaba alimentarse bien y con frecuencia. La lotería genética le había regalado unos *stats* bastante curiosos; tenía muchos dones, eso era cierto, pero también le había tocado un insulinoma: un tumor poco frecuente que hacía que el páncreas produjese demasiada insulina. Literalmente, su cuerpo combatía todo rastro de azúcar a la que tuviese acceso.

Pero no tenía tiempo de pensar en eso. Ya desayunaría más tarde, aunque no fuera en su cafetería favorita, el café no supiera al café al que estaba acostumbrada y el pan no tuviera la misma textura que prefería. Comería cualquier cosa, si podía sacar un momento. Al fin y al cabo, había aprendido hacía tiempo a detectar una posible hipoglucemia y llevaba azucarillos en los bolsillos del pantalón.

Había perdido el desayuno porque en el departamento de Homicidios de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid, tales cosas podían desaparecer de la existencia tan inesperada y rápidamente que se perdían para siempre ante la inevitable llegada de la hora del almuerzo. La hora del almuerzo siempre llegaba demasiado pronto. La mañana podía comenzar bien, con su normal desarrollo, pero unas cuantas reuniones después, un rato en el ordenador y cuatro o cinco llamadas más tarde, alguien acababa diciéndole: «Eh, Rebs. ¿Vamos a comer?».

Siempre se quedaba mirando con un gesto de genuina confusión.

¿Comer? ¿Ya?

Esa mañana, la hora de comer podía venir cuando le diera la gana. A buen seguro, tendría que retrasarse también.

Y odiaba… Odiaba profundamente verse obligada a echarse un azucarillo en la boca solo para mantenerse en pie.

—Es una carnicería, Rebs —le había informado Antonio, su enlace en la Policía Nacional—. Por eso te aviso. Un desastre… cómo te diría… muy aparatoso, ¿sabes? Toda la sangre. Etcétera, etcétera.

—Entiendo —exclamó ella despacio.

—O sea, si no es un homicidio con violencia yo soy Concha Velasco. ¿Por qué no te vienes? Antes de las diligencias, ya sabes.

Te estoy dando el aviso con tiempo, ¿eh?, porque los técnicos están por llegar todavía. Y es que acojona estar allí dentro.

—Acojona, ¿eh? —dijo ella, pensativamente.

—Mucho, de verdad. Da escalofríos. Mira… El expediente está abierto, pero más fácil, te paso la ubicación por WhatsApp.

—Sí. Vale. Gracias, Antonio.

—Rebs —preguntó el policía de repente—, vienes, ¿no?

—Sí, coño. Voy ahora mismo —respondió ella.

—Venga. Te veo aquí. Hay que pillar a quien sea porque no quiero ver esta mierda nunca, pero nunca más.

Cortó la llamada y entró en WhatsApp a esperar la ubicación. No tardó en llegar. Ya sabía que había ocurrido en Chueca, distrito centro; el compañero Antonio le había informado. Pero mirando la ubicación, averiguó que el piso donde había tenido lugar el suceso era la calle de Gravina.

La calle de Gravina.

Conocía bien el barrio, claro. ¿Qué madrileño no había paseado por sus calles, había vivido alguna noche loca o un par de docenas o cientos en ellas? Era Chueca, y Chueca era y siempre sería, la Madrid profunda. Pero, aunque *a priori*, no tenía ni idea de cuál de todas sus calles sería la calle de Gravina, estaba segura de que la reconocería cuando la viese. Debía haber transitado por ella cientos, si no miles, de veces.

Y así fue, por supuesto.

Era una breve vía entre Hortaleza y Barquillo, picoteada con pequeños negocios, bares y barecillos locales y franquicias, calle estrecha de un único sentido y aceras con bolardos con todo el sabor de Chueca. Allí había pasado muchos momentos de juventud, en efecto, y había paseado con su madre, enamorada de Madrid desde que tenía uso de razón, para comprar verduras y frutas en un mercadillo que olía al dulce maduro de los frutos de la tierra.

Chueca.

De todos los lugares de la tierra…

En el último trimestre, en todo Madrid, habían tenido casi quince mil casos de robos con fuerza en domicilios, establecimientos y otras instalaciones, casi ciento treinta mil hurtos, y cerca de setecientos casos de agresiones sexuales con penetración, y muchos de aquellos casos habían ocurrido en Chueca, o cerca de

Chueca. Pero… Homicidios dolosos y asesinatos consumados…, ninguno.

Suspiró.

Un coche policial había cerrado la calle con agentes en las aceras y la vía asegurándose de que los curiosos no invadieran la zona. En casos así, hasta la porquería tirada por el suelo podía ser relevante. Aquellos curiosos se arremolinaban con expresiones preocupadas, parloteando entre ellos, algunas señoras, con su bata y sus zapatillas. Algunos caballeros se santiguaban.

Rebeca tuvo una repentina y efímera sensación de haber retrocedido un par de décadas en el tiempo.

—Perdone, señora… —dijo uno de los policías levantando la palma de la mano cuando se acercó.

Ella le enseñó la identificación que llevaba en el cuello.

—Grupo de Homicidios, Rebeca Laza. Me espera Antonio. Antonio Chaves.

El agente miró su identificación, la miró a los ojos y asintió, echándose a un lado para que pasara.

No hacía falta que le indicara nada. El portal en cuestión estaba custodiado por dos agentes. Uno de ellos era de la Guardia Civil.

—Oye… —dijo Rebeca en voz baja—. ¿Y eso?

—¿El qué, señora?

—¿La Guardia Civil? —preguntó.

El agente se encogió de hombros.

—Ahí arriba hay un buen lío —dijo en voz baja—. Creo que han avisado a los de CITCO. Mientras vienen, para garantizar los procesos, ¿sabe?

Rebeca compuso una expresión de sorpresa.

—¿Garantizar… los procesos? —preguntó.

—Sí, señora —dijo el agente, sonriendo.

—Así están las cosas, ¿eh?

—Así están las cosas.

Rebeca asintió y se dirigió al portal, donde no tardó en ser detenida. Por esa razón, llevaba la identificación colgando del cuello: si tuviera que sacar la puñetera tarjeta cada vez, no se resolvería ningún caso, jamás.

—Perdone, ¿señora? —preguntó el policía.

—Grupo de Homicidios —explicó.

—Vale. Pero…

—Perdone —interrumpió Rebeca, que ya sabía demasiado bien lo que venía a continuación—, ustedes aseguran la zona y garantizan que la escena no se contamine, y… lo han hecho muy bien. Se lo agradecemos. Ahora, déjeme subir a hacer mi trabajo antes de que pase más tiempo, ¿me hace el favor? Me espera Antonio. Antonio Chaves.

El policía compuso una expresión extraña y se hizo a un lado haciendo un gesto con la mano.

El Guardia Civil los miró con un gesto preocupado.

—Grupo de Homicidios —explicaba el policía mientras ella accedía al portal, sin mirar atrás.

«La burocracia», pensó, mientras subía por las escaleras.

Naturalmente, no había ascensor.

3

Había policías interrogando a los vecinos. Tomaban notas mientras estos hablaban y contaban lo que podían o lo que sabían, con la puerta entreabierta, recelosos y asustados. Muchos de ellos tenían sus propios secretos que mantener protegidos de las autoridades, pequeños pecados, en su mayoría, que podrían ser incómodos si fuesen averiguados, así que se mostraban colaborativos y participativos, intentando aparentar ser buenos vecinos y ciudadanos.

Pero lo captaran consciente o inconscientemente, en el aire flotaba cierto olor a sangre, y eso volvía tensa toda situación. Olor a hierro y a cobre, una suerte de pestilencia que adquiría cierta notoriedad cuando se acumulaba en grandes cantidades, y que alguien que había estado en presencia de esta tras varios casos aparatosos, podía identificar de inmediato.

No era buena señal.

«Allí arriba hay un buen lío», habían dicho.

Rebeca estaba segura de que sería así y se preparó para lo peor.

La puerta del apartamento estaba entreabierta, y como era esperable, otro agente custodiaba la entrada. Tuvo que enseñar su

identificación de nuevo para poder acceder.

—Espere un momento, por favor, señora —pidió el agente—. Antonio va a salir ahora mismo.

—¿Tengo que esperar? —preguntó, ceñuda.

—Es por la… por la sangre, señora —advirtió el policía, acercándose ligeramente a ella para mantener un tono confidencial.

Ella no dijo nada, se quedó inmóvil unos segundos.

Quizás… Quizás no había calculado bien lo peor.

La puerta se abrió ligeramente y la cara de Antonio apareció en el hueco, como si escudriñara.

—Rebs —saludó—, me han avisado de que subías.

—Sí —respondió ella—. ¿Qué…? ¿Qué pasa?

Antonio hizo pasar el brazo por el hueco de la puerta y le extendió plásticos cobertores de un tono azul desvaído, como los que usaban en los hospitales. Rebeca los conocía bien.

—Ponte esto —dijo—. Es por…

—Por la sangre —interrumpió ella—. Vale.

Aceptó los cobertores y se los colocó en las zapatillas. Calzado deportivo de verano, para más señas, con pequeños agujeros que permitían la transpiración. Los prefería, aunque corría ya el 24 de octubre y se notaba un poco de fresco, sobre todo, en las horas más tempranas del amanecer; pero el resto del tiempo seguía haciendo demasiado calor. Como el que estaba empezando a notar en aquellos momentos. Era otra particularidad del ambiente tenso y dramático, y el olor a sangre.

—¿No me vas a avisar de lo que voy a ver o qué? —preguntó Rebeca, que empezaba a sentir un poco de inquietud.

Antonio se encogió de hombros.

—Avisarte de qué… —dijo, sin mostrar demasiada sorpresa—. Hay sangre en la entrada y también en el pasillo. Un lío, y bastante… repugnante. Huele horrible, de eso sí te puedo avisar. Pero vale… mira… los agentes que entraron primero tuvieron que pisar la entrada, recorrer el pasillo… así que hemos puesto *foam* de ese cuadrado para indicar la zona contaminada y no pisar en ningún otro sitio. Ve pisándolos cuando pases, ¿vale? Detrás de mí.

Rebeca asintió.

La puerta se abrió y Rebeca vislumbró la entrada. Había sangre en el suelo, sí, pero no tanta como había esperado a juzgar por la

declaración de Antonio. Sangre oscura que llevaba ya un tiempo al aire, pero no tanto tiempo como para estar seca. Y había huellas de pisadas. Pisadas que iban y venían. La mayoría eran pisadas conocidas: las que dejaban las botas que usaban los agentes de la Policía Nacional, las Fal UIP. Pero los agentes de Seguridad Ciudadana podían usar un calzado diferente y las otras marcas que veía superpuestas unas a otras podían pertenecer a ellos, a la víctima o las víctimas, o… al asesino.

—Antonio, las huellas…

—Sí —dijo—. Tranquila. Ya están registradas, fotografiadas y consignadas.

—Perfecto —admitió ella.

Fueron pisando sobre las planchas de gomaespuma mientras Rebeca miraba todos los detalles con verdadera atención. Había algunas manchas en las paredes, pocas y esparcidas, como salpicaduras, pero esenciales, por supuesto.

—Fotografías de todo esto…

—Sí, tranquila. Los técnicos están de camino. Ellos saben lo que hay que hacer.

Rebeca asintió.

A medida que cruzaba el pasillo principal distribuidor y miraba hacia las habitaciones, fue haciéndose una idea del tipo de persona que podía residir en un piso como aquel. Eran conclusiones preliminares, pero importantes; la clase de impresiones que luego repasaría mentalmente cuando pensara en el caso. Aunque contara con documentos fotográficos para ese análisis, aquellas primeras impresiones serían las que contaran de verdad.

Piso de varón, dedujo, con más que posible ausencia de pareja o conviviente femenino, a juzgar por la decoración y el tipo de muebles. Heterosexual, por los mismos motivos: pobre decoración y la practicidad de los elementos visibles. Cocina más que austera, piso de alquiler, quizás, o alguien que pasaba poco tiempo en casa; posiblemente, almorzaba y cenaba fuera, trabajador joven con vida social o un trabajo muy demandante de tiempo. Ausencia de fotografías familiares o personales, ausencia de cuadros o láminas que mostraran gustos o preferencias personales. Era, a todos los efectos, como un piso piloto que uno visita para decidir sobre la mera distribución de la planta.

Pero en cuanto al suelo del pasillo, había marcas inequívocas de que alguien había arrastrado un cuerpo afectado por heridas o problemas que desencadenaban el desangrado. Eso, o un recipiente, de tela para más señas, como un saco grande lleno de plasma sanguíneo, lo cual no era probable. Definitivamente, un cuerpo, y uno pesado, si se tenían en cuenta las pausas constatables que había en el reguero: una cada poco tiempo. Rebeca pudo imaginar perfectamente a alguien arrastrando a una persona cogida por las axilas y tirando… tirando fatigosamente, un tirón cada vez que le permitía progresar unos centímetros, tomar fuerzas, y tirar otra vez.

—Espera, Antonio —pidió ella cuando llegó a la altura del baño.

El baño decía muchísimas cosas sobre el habitante de una casa. Muchísimas.

Se reafirmó en sus impresiones. Pocos productos de higiene, con uno…, dos botes de desodorante en el lavabo, un rudimentario espejo pequeño y un solitario bote de gel en la repisa de la bañera. Podía indicar que la persona que vivía allí se rapaba la cabeza o era calvo. Solo dos rollos de papel higiénico, una sola toalla, y sucia.

—Vale —dijo.

Luego examinaría el contenido del estante y el armario del espejo, pero, o mucho se equivocaba, o ya sabía lo que iba a encontrar: espuma de afeitar, una bolsa de maquinillas desechables, posiblemente, una máquina barata de rapado con restos de pelo en las cuchillas que necesitarían imperiosamente un mantenimiento con aceites lubricantes. Puede que una caja de preservativos o dos. Y pocos o ningún medicamento. Alguien joven.

Por fin, llegaron al salón.

En ese momento, se alegró de no haber desayunado.

Olía a sangre de una manera intensa y abrumadora. Uno casi podía sentir cómo se le cerraba la glotis, como si el cuerpo se negara a respirar.

Y había dos cuerpos. Dos, al menos, que ella hubiera podido ver en un primer instante. Uno se encontraba desmadejado y olvidado en el sofá, con una herida fea y profunda en medio de la frente. Se podía ver el cráneo, pálido y frío, por entre la carne abierta. Un golpe contundente con algún tipo de arma blanca, probablemente, quizás, con algún tipo de filo. Estaba claro que había sido un único golpe con el claro propósito de quitar de en medio a esa persona

porque había muerto en el acto y no había habido ensañamiento. Varón, entre veinticinco y treinta años, blanco caucásico, aspecto desaliñado, camiseta publicitaria de VANS, zapatillas blancas costosas, cadena en el cuello: oro, gruesa. Tatuaje en el cuello con un símbolo tribal común, como los que se ven millones de veces en casi cualquier parte. Había muerto y eso era todo. Se había quedado allí. En el sofá.

Pero el otro…

El otro había sido el motivo del crimen. Con el otro se habían desquitado, había sido objeto de odio recalcitrante, una suerte de ajusticiamiento cruel.

Le faltaban los ojos. Las cuencas oculares eran dos espacios vacíos y negros, con una suerte de carne picada en su interior, como si le hubieran batido los ojos de alguna manera espantosa y horrible.

Le habían acuchillado la boca. Había heridas planas, lineales, que se cruzaban y se confundían las unas con las otras, hasta el punto de que los labios habían desaparecido casi en su totalidad. Y esas heridas ocurrían también en la garganta, de manera que se observaba allí una monstruosidad informe y orgánica, un espanto rojo y negro, con los bordes de un tono amoratado e hinchado.

—Por el amor de Dios —susurró.

—Ya te dije que… —empezó a decir Antonio, pero se interrumpió.

Le habían quitado los ojos para que no viese.

Le habían destruido todo el aparato de comunicación oral. Boca y garganta. Para que no hablase.

Era un clarísimo mensaje, consciente o no, y estaba segura de que los asesores psiquiátricos tendrían algo que decir.

—Los moratones en la garganta —siguió diciendo Antonio— son como… raros, ¿no?

Rebeca no contestó. Seguía mirando todos los detalles. La postura del cuerpo. La posición de las manos. La ropa, si estaba forzada o mostraba signos de pelea. Todo.

—Quiero decir… ¿No parece que lo hayan estrangulado? Antes de… las heridas, quiero decir. Estrangulado y, luego, acuchillado.

Rebeca asintió, agachándose para ver de cerca las heridas.

—Es posible —susurró—. Ese tipo de cosas nos la dirá…

—El forense —terminó Antonio.

—El forense, sí —dijo ella, pensativa.

—Bonito trabajo —opinó Antonio—. Quiero decir. ¿A quién le preguntas qué quiere ser de mayor, cuando aún eres un niño, y responde… quiero ser médico forense? ¿No? Pero, además, forense del equipo técnico de la Policía, para ver bien de heridas feas y… y atroces. La obra de un monstruo. Y por la mañana ves esto, y luego te lo llevan a tu oficina y tienes que analizarlo, medirlo, pesarlo, desmontarlo, hacerle fotos, realizar pruebas sobre los pedacitos de los órganos, redactar un informe para no perder ni un solo instante y, por fin, por la noche, te vas a casa y piensas… Voy a ver una película, una de asesinatos, con más crímenes y sangre, y…

Rebeca le dirigió una mirada de reproche.

Antonio entendió y se calló.

—¿Sabemos quiénes son?

—Aún no —dijo Antonio—. No hemos tocado los cuerpos, claro. Quizás tengan identificación, pero eso… Serán los técnicos.

—Habéis hecho bien.

—Ya están mirando en el registro de la propiedad de quién es el inmueble. Aunque los vecinos están largando cosas.

—Bueno. Ya lo sabremos, pronto —susurró ella.

—Vale —dijo él—. Bueno. Pues… Mira lo que hay en la otra habitación.

Rebeca levantó la mirada.

—¿Más cuerpos?

—No más cuerpos —dijo—, pero… esto os va a encantar.

Rebeca se incorporó y siguió a Antonio a otra habitación que se abría en una pared del salón. La puerta, por cierto, estaba provista de un par de candados y había sido violentada.

—Estaba cerrada —informó Antonio—. Fueron los compañeros que destaparon los cuerpos los que… bueno, forzaron la puerta. Ya sabes.

—Entiendo —dijo ella.

Sentía curiosidad, pero también una sensación de inquietud creciente, como si estuviera abriendo las puertas de algún reino infernal de pesadilla.

Sin embargo, la habitación era un habitáculo pequeño, provisto únicamente de estantes blancos, como los que se podrían encontrar

en una farmacia, y una mesa. Rebeca conocía esa mesa: las había visto en Ikea más de una y más de dos veces; una mesa compacta, sencilla, desprovista de florituras, con algunos elementos de oficina en ella. Unas carpetas. Un flexo. Una calculadora. Una caja metálica pequeña con cerradura.

Pero lo que necesitaba ver estaba en los estantes.

Eran decenas y decenas de cajas de cartón blancas cerradas. Alguna estaba abierta, revelando su contenido, y parte de este contenido estaba esparcido también por los estantes.

Como la mesa, Rebeca las había visto otras veces.

—Por eso te he llamado antes de las diligencias —dijo Antonio.

Rebeca asintió.

Eran envases extraordinariamente pequeños, similares a un cuentagotas. De hecho, tenían un dosificador escondido tras el tapón delgado y alargado, con muescas que hacían de asideros. Sin etiqueta, sin ningún identificador. Los había visto, sí, pero nunca había visto tantos.

—Mierda —exclamó.

—La droga nueva —dijo el policía.

Rebs no dijo nada. Intentaba contar mentalmente cuántos envases habría en aquellos estantes. Una caja debía contener unos… cincuenta, tal vez. Y en un solo estante descansaban tres filas apiladas de unas veinte cajas, más o menos, con doble fondo… Eso daba una enorme cantidad de dosis.

—¿Crees que hemos encontrado a los fabricantes? —siguió preguntando Antonio, ahora con un extraño brillo en los ojos. Rebs le dirigió una mirada afligida. A Antonio le hubiera venido muy bien apuntarse ese tanto, y a la Policía Nacional de Madrid, también. Pero no. No eran los fabricantes, por descontado. Aquel era, únicamente, un punto de venta. Un piso de alquiler, seguramente, a nombre de alguien con documentación falsa, o uno de esos tratos que se hacen bajo cuerda, sin dejar constancia de nada. Se pagaba más al mes, y el propietario accedía, el noventa por ciento de las veces, sin preguntas. Por lo menos, o, sobre todo, en Chueca.

—¿A cuánto está la dosis? —preguntó Rebeca en voz baja, mientras su cabeza empezaba a hacer conjeturas.

—Es un *crescendo* —dijo Antonio—. Cuando esta cosa empezó a

aparecer era prácticamente regalada. Diez euros el bote. Un bote puede contener unas diez gotas, así que, si estás empezando, con un solo bote, una sola gota, tienes para toda la experiencia completa.

—Luego necesitas más —susurró Rebeca sin dejar de mirar los estantes.

—Claro —dijo Antonio—. Es lo que pasa con estas cosas.

—Promoción de introducción. La primera es gratis. ¿A cuánto está ahora?

—Según los compañeros, el precio varía, pero… alrededor de sesenta euros.

—Más o menos, como un gramo de cocaína.

Antonio asintió.

—No es un mal índice de crecimiento —dijo Rebs—. ¿Es… popular?

—Sí que lo es —explicó Antonio—. Cada vez encontramos más en registros, en detenidos. Hay más y más gente trapicheando con ella por las calles. Y como son gotas, hay gente que rellena los frascos vacíos con cosas como insulina, que huele muy parecido.

—Vaya —repuso ella—. Entonces, aquí hay una cantidad de dinero interesante.

—Sí —dijo—. Pero el precio sube muy rápido. Si mantienes este almacén un tiempo, puedes triplicar o cuadruplicar su valor.

Rebeca suspiró. Sacó unos guantes de látex del bolsillo de su chaqueta y se los puso.

—Entonces… —exclamó, sacudiendo ligeramente la caja metálica sobre la mesa para comprobar si hacía ruido, aunque, si había dinero dentro, debían ser billetes—, esto no es… robo. No ha sido por la droga ni por el dinero. Apuesto a que el registro de los cadáveres revelará que uno de ellos tiene la llave de los candados de la puerta.

El policía asintió.

—¿Bandas? ¿Lucha territorial?

—Quién sabe, Antonio. Quién sabe. Me jode porque va a tocar trabajar con la gente de Drogas. ¿Por eso estaba ese tipo de la Guardia Civil en la puerta?

—Sí —dijo Antonio—. Crimen Organizado, ¿no?

—Sí… —murmuró, colocándose en el umbral para echar otro vistazo a los cadáveres.

—¿Por qué… lo de los ojos y la garganta? —preguntó el policía.

—Bueno —aventuró Rebeca—, ojos para ver, boca para hablar. Parece que alguien quería asegurarse de que no volviera a ver nada, ni a decir nada. Tal vez un mensaje…

Antonio sacudió la cabeza.

—Bueno. Quizás los de Crimen Organizado vean un patrón. Quizás lo han visto antes. Pero mientras tanto… Haremos nuestra propia organización. Hay… —exclamó, sacudiendo la cabeza negativa y pensativamente—… Hay mucho trabajo que hacer. Así que…, mientras vienen los técnicos, creo que voy a aprovechar para hacer un desayuno.

Antonio dio un respingo.

—¿Vas a… Vas a poder desayunar después de… todo eso?

Rebeca soltó un bufido mientras se quitaba los guantes.

—Explícame…, por favor…, ¿qué tiene que ver la sangre con el beicon? Además, no me mires así. Es una cuestión médica. Si no como, el azúcar…

Algo de lo que acababa de decir le había hecho pensar en uno de los elementos de la escena.

La cuestión médica.

El reguero de sangre.

Bajó la cabeza para observar el reguero de sangre en el suelo, las huellas clarísimas de que el cuerpo había sido arrastrado estando ya muerto y desangrándose. Alguien se había tomado muchas molestias en arrastrar el cuerpo hasta allí desde la entrada, pero… ¿para qué?

El policía estaba diciendo algo, pero Rebeca no le escuchaba. Estaba pensando.

Pensando.

¿Para qué?

¿Por qué?

Esa era la pregunta, por supuesto. Siempre era la pregunta. ¿Por qué? Esa sencilla pregunta era el faro que podía guiar a alguien perdido a través de la oscuridad de los hechos. Más allá de la evidencia, de las huellas, de las armas encontradas y de las coartadas tejidas con hilos de mentiras, siempre había un motivo oculto, una razón que impulsaba todo acto. La pregunta no solo era el pilar fundamental que desentrañaría, eventualmente, cualquier

crimen, sino que desvelaría los secretos más profundos de cualquier persona involucrada. Incluso de la víctima.

Detrás de aquella carnicería había una respuesta a la pregunta. El por qué. Un deseo, una frustración, una ira o miedo. Solo había que… tirar de la cuerda, el hilo invisible que ataba todo, el paquete de evidencias, como los ojos acuchillados o como…

El rastro de sangre.

El rastro de sangre podía ser uno de tantos datos sin sentido, pero si uno se preguntaba ¿por qué?, podía ser otra cosa; si conseguía responder a la pregunta, algo, en alguna parte, cobraría vida; se iluminaría, se… conectaría. El rastro de sangre. Era sin duda la clave para convertir toda aquella confusión en claridad. La duda en certeza.

—¿Rebs? —estaba preguntando Antonio.

Ella parpadeó, saliendo de sus pensamientos.

—¿Por…? ¿Por qué arrastró el cuerpo hasta aquí? —preguntó ella en voz alta.

—Que… ¿Qué?

—¿Por qué… arrastró el cuerpo? Por todo el pasillo.

—¡Vaya! —exclamó él—. Eso hizo, ¿verdad? Pues… No… No lo sé.

—No lo sabemos —susurró Rebeca—. No lo sabemos.

Antonio miró alrededor, como si pudiera averiguar la causa observando los muebles, el sofá, los objetos triviales que descansaban sobre la mesa baja reposapiés.

Rebeca hizo lo mismo. Y sin embargo…

El cuerpo.

El cuerpo estaba tendido en el suelo, con los brazos en cruz, como…

¿Como Jesucristo, quizás?

Negó con la cabeza, sin pronunciar palabra.

No, no era eso.

Pero entonces… ¿Por qué allí?

—Rebs —dijo Antonio de repente.

Era un tono extraño, lento y desacelerado, así que Rebeca se volvió para mirarlo al instante.

Antonio estaba mirando el techo, con un gesto de estupefacción en el rostro, la boca ligeramente entreabierta.

Era un piso antiguo, por supuesto, construido en algún momento del siglo XVIII, y, por lo tanto, los techos eran altos. La habitación estaba en penumbras debido a las persianas de tela que cubrían las dos ventanas, y era de suponer que los dos cadáveres llamaban tanto la atención que uno, instintivamente, se concentraba en ellos.

No en el techo.

Pero allí alguien había escrito un pequeño mensaje.

Y por eso, la mesa reposapiés estaba ladeada. No por la lucha, porque no había habido lucha, sino porque alguien la había movido para subirse encima. Para pintar el mensaje en el techo.

Y ese mensaje, escrito con trazos torpes y borrosos, con una grafía burda y estrafalaria, y usando sangre por tinta, decía:

Capítulo 3

Luminis

El hombre sin nombre había estado trabajando de manera incesante desde que recibió el encargo, y, aunque siempre trabajaba de manera incansable y con una tenacidad incomparable, sin absolutamente ningún descanso, aquel caso en particular, le tenía ciertamente interesado y, por lo tanto, varado en su mesa de trabajo. Porque Kwame Okoro Adeyemi estaba resultando ser un hombre interesante.

Kwame no era como la mayoría de los objetivos que había perseguido en el pasado. Tenía una licenciatura en Química y un doctorado en Química Orgánica, así como un grado en Farmacia y otro, en Bioquímica. La licenciatura en Química la había obtenido con solo diecinueve años, así que toda aquella formación parecía haberla logrado con el aliento incontestable de una idea muy clara y persistente: probablemente, había querido ser lo que había llegado a ser desde que era muy pequeño.

Quizás, el pequeño Kwame se interesó por los misterios de la química y había tenido la intención de trabajar en algún campo relacionado que debió parecerle interesante cuando aún no despegaba más de cuatro palmos del suelo, pero estaba razonablemente seguro de que, todo lo demás, había llegado cuando decidió encauzar su vida para dirigirla a un noble objetivo: el diseño, la fabricación y la producción de drogas.

La química básica era esencial para comprender la estructura, las propiedades y las reacciones de los compuestos orgánicos que incluyen muchas drogas medicinales, y aún las drogas recreativas, pero cosas como la especialización en Química Orgánica debía haber llegado más tarde, cuando comprendió que, con esas

disciplinas en su pequeño cinturón de herramientas, podría tener habilidades avanzadas, no solo para comprender los efectos y mecanismos de las moléculas, sino para diseñarlas… y crearlas.

Lo mismo ocurría con el grado de Farmacia. Ese tipo de estudios debían haberle abierto las puertas para el desarrollo de sustancias con propiedades específicas, ¿y qué era sino una droga recreativa, sino un preparado con unas propiedades más que singulares y especializadas, construidas para atacar las zonas del sistema nervioso y del cerebro que acabarían produciendo la sensación de evasión, de placer, de conexión o de desconexión, según lo que cada uno estuviera buscando? ¿Y la bioquímica? Imprescindible para diseñar drogas nuevas con efectos novedosos.

Una carrera académica muy dirigida a conseguir su objetivo, cuidadosa y tenazmente trazado desde que era pequeño: diseñar un nuevo producto que todo el mundo quisiera probar, repetir, adquirir, comprar… consumir… con el bestial y gigantesco margen de beneficio que dejaban las drogas. El pequeño Kwame se había formado con ceñuda concentración, dando pasos concretos, certeros, rápidos… y muy especializados.

Y esa era la actividad que su enemigo realizaba, según la documentación aportaba. Estaba levantando un pequeño imperio alrededor de su gran creación, algo que llamaban…

Aetheris.

El nombre le sonaba a marca de perfume. Podía sonar a éter, tal vez como referencia a algo elevado, a la esfera aparente que rodea la Tierra, el… cielo. La proverbial ascensión que propiciaban las drogas. O al *ether*, en inglés, aderezado por un manierismo cursi estilizado. O al compuesto que en química describía un átomo de oxígeno anidado a grupos de alcoholes. «Muy apropiado», pensó, «para tratarse de una droga de diseño».

El historial de Kwame incluía mucha información, a menudo privilegiada, sobre capacitación económica, fondos en diferentes paraísos fiscales, inversiones, patrimonio, personas relacionadas relevantes, ciertos incidentes y algunos de sus trapos sucios relacionados con actividades ciertamente ilegales en las que Kwame había tenido que enredarse para hacer realidad su proyecto, incluyendo sobornos, tratos ilícitos, asociaciones con bandas armadas, compra ilegal de armas y, naturalmente…, asesinatos.

Uno no podía aspirar a construir algo como un nuevo aspirante en el competitivo, duro y cruel mundo de la droga sin conducirse por senderos oscuros. Era una tortilla para la que había que romper bastantes huevos.

Pero lo que quedaba bien claro era que el pequeño Kwame se había convertido, con el tiempo, en un contundente, despiadado y bárbaro hijo de mil padres.

Lo llamaban Rosanegra, aunque los orígenes de aquel sobrenombre no quedaban claros.

No obstante, la información que el hombre sin nombre necesitaba de verdad no estaba en aquellos papeles. La información que precisaba se refería más a lo que Kwame pensaba, sentía, soñaba, lo que se desarrollaba en su mente cuando cerraba los ojos, lo que hacía latir su corazón cuando estaba solo. Lo que prefería beber, lo que disfrutaba más cuando se trataba de comida. Lo que le hacía sonreír cuando escuchaba música, todas las cosas triviales que lo configuraban como un ser humano único.

Necesitaba aprehender todo eso. Poseerlo. Manejarlo. Dominarlo. Ese conocimiento sería clave y esencial para que él pudiera acercarse y llegar a convertirse en alguien de confianza para que le confiara su secreto, su activo más importante. El objetivo de su misión.

Su cliente quería matarlo, sí, pero eso lo podía hacer cualquier francotirador con un rifle y un sombrerito con ramitas pegadas. Su cliente quería, también y, sobre todo, otra cosa.

Su objetivo prioritario era averiguar cómo se fabricaba la nueva droga.

El Aetheris.

El hombre sin nombre continuó trabajando. Tenía una pequeña red de colaboradores de confianza que le ayudarían con el proceso de recabar información. Los activó a todos, con pago *Premium* por servicio rápido.

Que el dinero le gustara a absolutamente todo el mundo era maravilloso; facilitaba mucho las cosas.

Y ya había pensado en un personaje. Aún tenía que sentarse y hacer toda la planificación, todos los detalles, toda su historia completa, incluido dónde se hizo la primera masturbación. Todo.

Y ese personaje tenía un nombre.

Ya no sería… el hombre sin nombre.

Era Jules Vikernes.

2

Lo primero que hizo Rebeca después de desayunar fue ponerse al habla con el enlace en la UDYCO, la unidad de la Policía Nacional que se especializaba, de manera específica, en la lucha contra las drogas y el crimen organizado. UDYCO eran unas siglas muy grandilocuentes, con mucha proyección, por supuesto, pero fuera de los muros de su pequeño reinado, todo el mundo la llamaba «la droguería».

Rebs necesitaba información sobre aquel nuevo producto, cuyo precio estaba francamente al alza, aunque solo fuera por el hecho de que había estado involucrado en un homicidio. No solía tratar con ese grupo, pero el enlace, Andrés, era famoso por tener un trato agradable y, al decir de algunas, un «culo de magdalena», lo que fuera que significara eso.

La reunión se programó y se aceptó por videoconferencia en pocos minutos, y al cabo, tuvo al enlace en la pantalla.

Era cierto que no había hablado nunca con él, pero, al ver su rostro en la ventana de la conferencia, reconoció haberlo visto en la oficina, tal vez, incluso en alguna sesión de formación o una actualización de colaboración que, en ocasiones, se hacía entre departamentos para estar al día de cambios e información relevante. No recordó, sin embargo, haberse fijado nunca en si su trasero tenía forma de magdalena o no.

—Hola, ¿Andrés? —dijo—. Buenos días, soy Rebeca Laza.

—¡Hola! Buenos días, Rebeca. Creo que te he visto por ahí… pero… nunca hemos hablado, me parece…

—Sí, a mí también me suena tu cara. Nos hemos visto por aquí, seguro. Oficinas pequeñas…

—Y muchas reuniones. Demasiadas.

—Reuniones para todo —confirmó Rebeca, sonriente.

—Bueno, pues… ¿En qué puedo ayudaros?

Rebeca fue muy rápida en mostrar una bolsita translúcida ante

la cámara. En su interior había un único bote del producto que había sustraído del piso donde se había cometido el homicidio. La desplazó con los dedos para que se viera desde varios ángulos.

—¡Ah! —exclamó Andrés—. Es… lo que creo que es…

—Tiene un dosificador cuando quitas el tapón —explicó ella—, como un…

—Cuentagotas —concluyó él, sacudiendo la cabeza—. Sí. Lo conocemos bien. Es del… ¿piso de Chueca, el homicidio… aparatoso?

—Sí —dijo Rebeca, satisfecha con la droguería. Eso era efectividad, y la efectividad le gustaba. Los procedimientos se habían acelerado en la Policía Nacional en los últimos años, no había duda—. Así es.

—Es Luminis —explicó Andrés.

—Luminis… —repitió Rebeca, pensativa.

—Sí. En la calle tiene muchos nombres, pero es el nombre que encontramos en un decomiso casi tan importante como la de hoy. Es un nombre sugerente, así que la conocemos así. Es… Bastante interesante. Verás, descubrimos y decomisamos muchas NPS cada año…

—¿NPS?

—Nuevas Sustancias Psicoactivas —explicó el enlace—. Suelen estar basadas en drogas tradicionales, éxtasis, cocaína, cannabis, pero otras… otras son nuevas. De estas identificamos entre… veinte y treinta al año, naturalmente con tendencia creciente. Quiero decir, muy creciente. Ya tienen aplicaciones de IA que generan nuevas formulaciones y algunas son incluso útiles si lo que buscas es colocarte.

—Madre mía —exclamó ella.

—Sí. De locos. Pero todas esas drogas fabricadas de una manera más o menos casera las fabrican químicos de medio pelo, a menudo gente aficionada que ha visto un tutorial en Internet. No tienen pretensiones comerciales, no más que ganar cinco o seis mil euros con un mes de ventas, y sueñan con vivir de eso o llegar a convertirse en un Heisenberg madrileño.

Rebeca sonrió.

Breaking Bad era una de sus series favoritas.

—Empiezan a consumirse entre amigos y, luego, se comparten y

se recomiendan porque son baratas de fabricar, pero… suelen desaparecer rápidamente. O bien no se mantiene la integridad de la fórmula en diferentes momentos de su fabricación, con lo que su efectividad varía y su reputación se daña, o bien tienen… inesperados efectos secundarios.

—Claro —dijo Rebeca—. Ya me imagino…

—Somos química, no somos otra cosa. Los medicamentos curan a los enfermos, pero matan a los sanos. Si le das una pastilla con la química adecuada a alguien deprimido y se le pasa… ¿Quiénes somos, el deprimido o el contento?

—Entiendo —dijo Rebeca.

—Esta droga nueva… es especial. Llevamos un tiempo siguiéndole la pista y la tenemos en el tablón de las alertas.

Rebeca arrugó la nariz.

—¿Por qué es… especial? —preguntó.

—Es neurológica, no psicodélica, como el LSD y la mayoría de las drogas de diseño modernas del tipo que fracasan. Estas actúan sobre receptores de serotonina. Pero las neurológicas… afectan a los neurotransmisores del cerebro, que son responsables de la transmisión de señales entre neuronas. ¿Bien?

—Sí —respondió Rebeca.

—Juegan un papel fundamental en cosas como la percepción, el estado de ánimo, el… pensamiento, incluso, las sensaciones.

—¿No hacen eso todas las drogas? —preguntó Rebeca.

—No, realmente. Verás, no hay una droga Luminis tal cual. Con el tiempo, ha ido mejorando. Tenemos varias versiones registradas. La primera versión ya era buena, pero las últimas que han llegado al laboratorio son mucho más sofisticadas.

—Oh —dijo Rebeca, interesada.

—Esto no es común. Es casi como… si alguien estuviera haciendo pruebas de campo sobre la población de yonquis de Madrid, ofreciéndolas gratuitamente, para ver los resultados.

—¿Madrid, específicamente?

—Solo Madrid. No tenemos constancia de que haya casos de Luminis en otras ciudades. Ni Barcelona, ni Málaga, ni Oviedo, por decir.

—Eso es interesante.

El enlace asintió.

—¿Estas muestras incautadas hoy son una versión conocida, o una mejor, más reciente?

—Los análisis del laboratorio aún tardarán un poco. Pero hemos visto que el dosificador es algo más elaborado. Se ha mejorado el sistema de goteo, es más eficiente. No me extrañaría que fuera una versión más reciente, mejor.

Rebeca asintió, pensativa.

—¿En qué sentido es… mejor? ¿Menos peligrosa? ¿Coloca más? ¿Más potente?

—Luminis es, sobre todo, una droga del tipo alucinógena. Afecta a la manera en cómo el cerebro maneja la información sensorial. Produce una distorsión química de la percepción, con lo que se obtienen…

—Alucinaciones —dijo Rebeca.

—Eso es —confirmó el enlace—. Justo eso.

«NO QUIERO SEGUIR VIÉNDOLOS».

Era el mensaje que habían escrito en el techo.

Arrugó el entrecejo.

Los ojos acuchillados.

La garganta acuchillada.

—Las primeras versiones no eran muy depuradas. Hacían un buen trabajo, pero las alucinaciones causadas por las setas alucinógenas, por ejemplo, contienen una química natural rudimentaria que se queda ahí, en el campo de las alucinaciones. Cuando se termina el viaje, uno sabe distinguir perfectamente lo que eran alucinaciones de lo que era real.

»Pero después, Luminis se volvió más… específica. No sé darte los detalles, ni creo que los quieras, pero con una compleja estructura química muy, muy elaborada, las versiones posteriores potenciaban la conexión entre el subconsciente y la percepción visual. Es un buen truco. Las alucinaciones generadas no son fruto del momento puntual del sujeto, que es como… tener un sueño disparatado, ¿vale? Ver unicornios flotando, cosas así. Se extraen de cosas como recuerdos, así que son más reales.

—Entiendo —dijo Rebeca, y luego repitió—: Entiendo.

—Es mucha información para transmitir en una reunión de este tipo, pero tenemos un *dossier* que podemos compartir para que vuestra gente pueda consultarlo y estar más informada.

—Sí. Te lo… agradezco, Andrés. Eso me será muy útil —hizo una pausa reflexiva antes de continuar—. ¿Alguna pista sobre… el posible origen, la fabricación, el dónde, el cómo?

Andrés se encogió de hombros.

—Lo malo de la tecnología —explicó despacio, ahora algo afligido— es que… permite tener cada vez más tecnología. Hace solo unos años, algunos de los procesos de fabricación de esta droga hubieran requerido instalaciones con cierto nivel de sofisticación y algunos aparatos bastante caros. Pero hoy día… Este pequeño prodigio puede hacerse en un sótano cualquiera en tu típica casa rural con una inversión mínima.

—Vaya —dijo.

—Sí. Lo siento. Compartiremos datos sobre las víctimas, a ver si están en nuestra base de datos, si son distribuidores habituales, posibles conexiones.

—De acuerdo —respondió Rebeca en voz baja, y luego añadió—: Una cosa más. ¿Esta nueva droga puede producir… picos de violencia en el consumidor? Más que otras drogas, quiero decir.

El enlace sacudió la cabeza.

—Bueno —exclamó, pensativo—, lo que hacen todas estas drogas es jugar con los neurotransmisores, como… como hemos dicho. Algunos de estos están muy muy relacionados con la agresión y la violencia, como la serotonina, por ejemplo. La serotonina regula cosas como el estado de ánimo, el control de los impulsos y… la agresión. Y hay muchos otros, la dopamina, el… el GABA, claro. Todo esto provoca ampliaciones y reducciones de los instintos violentos. Es complicado decir que una droga, cualquier droga, tenga ese efecto *per se…*, o sea, puede potenciar una deficiencia o un exceso de estas cosas, pero el consumidor debe tener el problema de base. Entonces sí, claro. Pero tenga en cuenta que el Luminis es potencialmente alucinógeno, y ahí entran muchos otros factores. Bajo la presión de una alucinación persistente que es molesta, o que asusta, una persona puede terminar reaccionando de una manera… violenta.

Rebeca asentía.

—Vale —dijo—. Pero no específicamente.

—No, no específicamente. Es simple química cerebral.

Rebeca soltó un bufido y Andrés rio con ganas.

—¡Ánimo! —exclamó, riendo todavía—. ¡Vuestro trabajo es sencillo! —añadió—. Averiguar quién ha matado a esos tipos, fin. El nuestro es monitorizar esa droga nueva, ver su evolución, estudiarla, analizarla, tratar de averiguar de dónde viene, quién o quiénes la fabrican, si es algún rollo de alguna banda conocida, hacer informes para Sanidad, cálculo de previsiones, *contramedicación* para un posible caso de consumo masivo poblacional, como el Fentanilo, y un largo etcétera.

Rebeca inclinó la cabeza.

Sencillo, había dicho. Un trabajo sencillo.

Acercó un único dedo extendido a la cámara y sonrió de manera forzada. El enlace respondió con otra carcajada.

«Luminis», pensaba Rebeca.

¿Gente que tenía alucinaciones tan potentes que podían llegar a cometer asesinatos?

Pues bueno. Sin duda… Venían tiempos interesantes.

3

El trabajo de investigación dentro del equipo policial podía resultar fascinante si uno se alimenta de series y películas de televisión. Hombres y mujeres esperando taciturnos en el interior de un vehículo, observando cómo el asesino abandona su casa, de noche, con una misteriosa pala en la mano y un comportamiento esquivo y nervioso. Una bocanada de humo nublando su rostro, parcialmente iluminado por el resplandor pálido de una farola. Pero en la realidad, había demasiado trabajo de gestión, formalizar y satisfacer procesos de pura gestión, completar informes, proporcionar datos. Trabajo de oficina. Así que, después de hacer muchas de aquellas cosas y reunirse con su superior directo, un poco más tarde ese día, Rebeca volvió a su mesa e ingresó en el sistema con su nombre de usuario y su contraseña para empezar a hacer un poco de trabajo de verdad.

Naturalmente, era ya casi la hora de comer.

El caso, como era previsible, ya estaba asignado a su cuenta. Incluía el nombre CHUECA en el código de referencia, pero también

el código que le avisaba de que se trataba de un caso compartido por varios departamentos. Tenía compañeros a quienes les molestaban esas colaboraciones porque la información podía aparecer en cualquier parte, de cualquier manera, y, en ocasiones, se perdía más tiempo ordenando y clasificando esa información que investigando propiamente el caso. A ella no le importaba. La información siempre era imprescindible. Era como el azúcar: lo que su cerebro necesitaba.

Lo primero que consultó fueron los interrogatorios preliminares de los vecinos. Esa parte siempre podía contener datos valiosos, aunque, naturalmente, era «información para coger con pinzas».

> Eran nuevos inquilinos. Desde no hace mucho, creo. No sé cómo se llamaba. Un tipo normal, creo. A veces, te saludaba y, a veces, ni te miraba, a veces, sonreía y, a veces, iba como las balas. Estaban de día en casa, eso seguro, así que no sé si trabajaba o qué. Llevaba ropa oscura, casi siempre. Cuero.

Pasó al siguiente.

> Dos hombres, sí (…). ¿Homosexuales, probablemente? Bueno, esto es Chueca. Es como Torremolinos, ¿no? Pero los homosexuales son más agradables, por lo general. Estos eran… Bueno, tipos duros. De noche recibían visitas. Gente rara. Pero esto es Chueca…

Otro más.

> Trapicheaban, seguro. Ya lo he visto antes. Usaban el piso para trapichear. Gente que iba y venía. Demasiados amigos, claro. El tipo te miraba como si te perdonara la vida. Personalmente, me mantuve siempre muy lejos.

Había muchos más testimonios, pero todos decían más o menos lo mismo, con diferentes palabras. Gente rara. Tipos duros. Entraba y salía mucha gente.

Estudió el informe, que se iba completando a medida que se aportaba información al caso. Un esfuerzo colaborativo entre entidades dentro de la Policía Nacional y cuerpos externos. No era un mal comienzo, teniendo en cuenta que el caso se había abierto esa misma mañana.

«Calle de Gravina. La víctima número uno, encontrada en

actitud yaciente en el suelo del habitáculo, con los brazos en cruz y espalda contra el suelo muestra evidentes señales de violencia y ensañamiento», empezaba el informe. Después de varios párrafos describiendo sus heridas en los ojos y la garganta, había otro tipo de información básica. «Se llamaba Mario Pedraza, de treinta y ocho años, soltero y sin hijos, nacido en Madrid, residencia habitual en Vallecas. Sin estudios». El expediente en la Seguridad Social denotaba varios trabajos temporales como soldador, repartidor, trabajo en un taller mecánico, largos períodos sin actuaciones laborables reseñables. Una furgoneta de reparto a su nombre. Rebeca leyó todo eso sin cambiar el gesto, hasta que llegó a la información que de verdad buscaba.

Las relaciones conocidas.

Y los antecedentes.

Varias detenciones por posesión y distribución de drogas, pequeños hurtos menores, resistencia a la autoridad. Y en los últimos años, sin embargo (y eso era interesante), estaba marcado como figura de consideración en el negocio de las drogas de diseño en las principales discotecas de moda de Madrid. Nada serio, o estaría encerrado —y no muerto— en alguna cama metálica en una oficina forense, pero lo habían identificado y estaba en cierta observación.

Sus relaciones confirmadas le llevaron a elaborar una pequeña lista de sujetos que pudo encontrar en la base de datos. Mangantes, noctámbulos recalcitrantes, gente que solía meterse en líos, también príncipes de la noche que hacían de Madrid su feudo y de la noche, su trono, metidos en cosas como drogas, prostitución, tráfico de mercancías. La *crème de la crème*. Pero hubo suerte, por cierto, y uno de ellos estaba marcado como cooperante. Morales, el Yoyas. Sacudió la cabeza al leer su sobrenombre, pero, aun así, buscó sus paraderos conocidos, suspiró, desconectó la sesión en el ordenador y se levantó para salir en su busca.

4

No tardó mucho en encontrarlo.

Morales, el Yoyas, estaba justo en el primer sitio que mencionaba la lista; el bar La Esquineta, que estaba, casualmente, en Chueca.

Rebeca recordaba bien la calle. Antes, había allí carpinteros, un anticuario, un tapicero, una tienda de ultramarinos donde podías comprar desde un bocadillo de chorizo por cien pesetas hasta una docena de huevos, por si te faltaban huevos para hacer una tortilla el domingo por la noche. Pero ahora, todo eran bares. Bares modernos, bares más humildes… Todo lo que las hordas de turistas solicitaban de la Madrid profunda era eso, y eso era lo que la Chueca del siglo XXI tenía que ofrecer.

La Esquineta había preferido quedarse anclada en el tiempo, resistiendo contra viento y marea todo cambio. Cuando uno entraba allí tenía la sensación de retroceder varias décadas en el tiempo, pues predominaba un sabor setentero clásico, de cuando el mundo se maravillaba aún por la deslumbrante aparición del fax. Allí estaban los parroquianos, muy avejentados, con sus jerséis grises pegados al cuerpo, llenos de bolitas y cuello de pico, sentados en sus taburetes, disfrutando de un *cafelote* bien cargado. Allí estaban las servilletas arrugadas en el suelo, la máquina Arcade con una viejísima versión del Pang, la barra de mandos quemada por las colillas que los jugadores dejaban apoyadas, y el plástico renegrido por el alquitrán y el calor. Estaban las señoras amas de casa con sus cuerpos llenos de generosas curvas y los carritos de la compra, revestidos con flores imprimadas, marujeando sobre sus vidas y, especialmente, las vidas de otros. Y allí estaba también la tele de tubo, colocada sobre una estantería, mostrando alguna cadena rancia que pronto moriría ante el auge imparable del *streaming* y de Internet.

Pero también estaba el Yoyas, fumando, o siendo fumado por un cigarrillo que tenía todo el aspecto de haber sobrevivido a la Guerra Civil, apoltronado en la barra como si fuera parte del mobiliario.

Rebeca se acercó a él y le saludó poniéndole una mano en la espalda.

—Hombre, Yoyas —saludó—. Cuánto tiempo.

Él sonrió, pero luego la miró de arriba a abajo y compuso un gesto de desconfianza.

Era un hombre mayor, más cerca de los sesenta que de los

cincuenta, con el rostro recorrido de profundas arrugas. La barba crecía atropelladamente por casi toda la cara, a ratos oscura como la brea, a ratos de un tono ceniciento. Los ojos, hundidos bajo las cejas, tenían una profundidad imponente.

No dijo nada.

—Oye… —dijo en voz baja—. Tenemos algunos amigos en común, si sabes a lo que me refiero, y me gustaría hablar contigo a ver si sabes alguna cosa o un par de pares de cosas. ¿Sabes lo que te digo?

El Yoyas seguía mirándola, con sus ojos clavados en los suyos. Rebeca no quería apartar la mirada, pero… le costaba. No era cómodo estar sosteniéndosela con los dos abismos grises que tenía a ambos lados de la nariz.

—Sí… —dijo él mientras soltaba una bocanada de humo—. Amigos en común, ¿no?

Tenía una voz grave y aguardentosa, del tipo de voz que parecía más vieja que el tiempo y que brotaba de la garganta como un caño de agua entre dos rocas en la ladera de una montaña.

—Eso es —dijo ella—. Por eso creo que tal vez no quieras… hablar en este sitio, ¿me explico?

—Sí… —dijo, mirando alrededor, en particular al camarero, que por el momento estaba ocupado sirviendo cerveza—. Claro, claro. Pero… de qué… de qué se trata.

—Solo tengo unas preguntas, nada más —dijo ella.

—¿Te ha *mandao* Rafi? Rafita —miró alrededor y bajó de nuevo la voz—. Yo es que hablo casi siempre con él.

Apagaba el cigarro en el cenicero, sin éxito; la punta seguía humeante.

—No —explicó ella—. Tengo mis propios asuntos.

—Claro, claro —se apresuró a decir el Yoyas, sin perder de vista al camarero. Rebeca percibió que, de repente, este tenía un repentino interés por ella—. Pues mira… Hay una mercería ahí en la esquina, la de Mari. ¿Sabes cuál te digo? Pues… sigue la fachada, y por detrás… hay un sitio, entre los dos edificios. Ahí no hay *ná*… Ahí deja la gente las motos. Espérame ahí que ahora voy.

Ella asintió.

—Vale, pues… muchas gracias —dijo, ahora con un tono de voz normal. Y se dio la vuelta y, simplemente, se marchó, caminando

resuelta por la cafetería, rumbo de nuevo al siglo XXI. Y justo a tiempo, porque el camarero se acercaba ya con el ceño fruncido y una expresión difícil de leer.

Los camareros, esos custodios de los trapicheos de los barrios y de la gente con demasiadas historias a su espalda.

Rebeca no tuvo dificultades en encontrar el sitio. Era un rincón de nada, como había dicho Morales, lleno de excrementos resecos de perro, guijarros y motocicletas de poca monta, del tipo de motocicletas que nadie se molestaría siquiera en robar.

Morales llegó poco tiempo después, con un nuevo cigarro entre los labios, las manos en los bolsillos. Era bajito y bastante delgado. Los pantalones de pitillo cerrados en los tobillos y las botas negras, un par de tallas más grande de la que calzaba, probablemente, le daban un aspecto espantoso.

Ella saludó con la cabeza.

—*Vamo* a ver —dijo—. ¿De dónde dice que viene?

Rebeca carraspeó.

—Soy del grupo de homicidios —informó—. Policía Nacional.

—Claro, claro —contestó él—. Es lo que yo decía. No veas. Oye… esto no me lo hagáis más, ¿vale? El Rafisabe cómo contactarme para estas cosas porque, hombre…, yo es que tengo aquí mis cosas. No puedes venir al bar y…

—Claro —le interrumpió ella—. Todos tenemos nuestras cosas. Por eso tú nos cuentas, y nosotros… miramos para otro lado. ¿No es eso?

Morales pareció molesto.

—¡Ya! —exclamó, arrastrando mucho la sílaba—. ¡Pero tú te *cree* que una tía como tú se va a acercar a un tío como yo en un bar como ese!

Rebeca levantó la mano.

—Oye, podría ser cualquiera de tus trapicheos. Invéntate tú algo. ¿Vale? Ahora necesito un poco de información.

—Sí, sí… información, claro… —dijo, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro—. ¿Qué información?

—Mario Pedraza… —empezó a decir ella.

El Yoyas dio un respingo y se llevó la mano a la cabeza.

—Ostia, qué mal rollo…

Ella entrecerró los ojos.

—Qué mal rollo… —siguió diciendo el Yoyas—. Vaya la que se ha *liao*…

A ella le sorprendió lo rápido que corrían las noticias. Al fin y al cabo, habían encontrado los cuerpos esa misma mañana.

—¿Sabes que ha muerto?

El Yoyas sacudió la cabeza.

—A ver… que se ha *llenao* la calle de policía y *to*… *pos* claro que me he *enterao*. Ese era un piso *pa pillá*, así que cuando se lía en uno de esos sitios, *tol* mundo se entera.

—¿Lo conocías? —quiso saber—. A las víctimas.

—¿A Mario? Hombre… *Pos* claro. A ver. ¿Quién no conocía a Mario? Eso sí. De vistas y de negocietes, porque no era el tipo de tío con el que hablas en el bar, ¿sabes? Solo negocios. Eran gente muy reservada…

—¿Eran? —preguntó Rebeca—. ¿Quiénes?

—Bueno, él y la gente con la que trabajaba. Gente de… las drogas pijas de las discotecas caras, las *chorrás* que pagan los niños bien con dinero. Que eso ni coloca ni *ná*, ya ves tú…

—¿Nos darás nombres?

—Mira, yo, a esa gente, no los conozco tampoco, porque no son de aquí, eso viene de fuera. Es un negociete de fuera, ya te digo, drogas de diseño, pastillitas, ácidos, que si me tomo una pastillita, que si me echo unas gotas…

—De fuera, ¿de otros países?

—Extranjeros —dijo Morales—. Los *rumano*, los *ruso*, yo qué sé, ¿sabes? Yo ahí no me meto. Esas son cosas de ellos, no nos tratamos ni son de la gente de aquí. Pero Mario si los trataba, ¿sabes? No tenía *pajarito* en la cabeza ni *ná*. No veas.

—Trapicheaba con esa droga nueva, ¿no? El Luminis.

—Hostia —dijo el Yoyas—. No veas. El *lumini*. Qué… qué mala cosa, ¿eh? Lo que inventan.

—¿Qué sabes de esa droga?

—¿El *lumini*? Pues… ¡que no es buena, jefa! Esa cosa no es buena. O sea. Se te va la cabeza. Se te pira la cabeza, pero bien…

—¿En qué sentido?

—O sea… Es que esa cosa la han *cambiao* o algo porque antes no se te piraba tanto la pinza. Antes te colocaba… sí, bien… vale…

no era como la coca, ¿vale?, pero era mejor que otras mierdas, ¡y barata! ¡*Mu* bien de barata, de verdad!

—¿Cómo de barata?

—Bueno, ha ido subiendo, ¿pero al principio? Eso te lo regalaban prácticamente… Eso se veía que era una campaña de esas de *marketin* para introducirlo en el *mercao*. Esas cosas bien *pensás* de gente que se las sabe. Pero… yo creo que han ido cambiando la cosa esa porque la de ahora… hostia… la de ahora es fuerte…

—¿Cómo de fuerte? —preguntó Rebeca, interesada—. ¿Qué le pasa a la de ahora?

—La de ahora es un viaje, jefa. Pero *fiate* tú, a la gente le enrolla. Pero te vuela la cabeza y ves cosas como si fueran de *verdá*. Te lo juro.

—¿La has probado?

—¿Yo? Ni de coña, jefa —dijo, sacudiendo mucho los hombros —. Nono… O sea, yo lo probé… pues cuando lo probé. Al principio. Por la *baratura* y eso. ¿Pero ahora? Con lo que se dice, yo no me engancho. A mí eso me da miedo. Paso un mogollón. Pero escuche —añadió, señalándola con el dedo y guiñando un ojo—, más se habla de lo que se dice que hace, más lo compra la peña. A la peña le gustan las moviditas fuertecitas, ¿eh?

Rebeca sacudió la cabeza.

—Vale, pero… ¿qué se dice? ¿Qué hace la nueva versión?

—¿Que qué hace? —preguntó el Yoyas, riéndose—. *Pue*… Yo solo barro la hoja, *na má*, y si tú *dice* otra cosa va a *tené* lío, pero… lo que se dice…

Bajó el tono de voz y miró a uno y otro lado, como para asegurarse de que nadie le escuchaba.

—Lo que se dice es… que ves a tus muertos.

Rebeca se llevó la mano a la frente.

Capítulo 4

Poesía alquímica

Pasaban unos minutos de las cinco de la tarde cuando Rebeca recibió una llamada de la droguería.

—Hola, ¿Rebeca? Soy Jorge Rojo, de UDYCO.

—Sí, hola, Jorge. Dime…

—Mira, me ha comentado Andrés que os llame por el tema del análisis de la sustancia incautada en el piso de Chueca…

—Sí, perfecto —dijo ella.

—Bien. Como le comentó Andrés, hemos tenido esta droga en observación desde hace un tiempo, principalmente, porque está en auge y tiene cada vez más consumidores, a pesar de no ser un producto que se consiga fácilmente, quiero decir, no tiene puntos de venta masivos, ocurre solo en Madrid, hay que saber dónde encontrarla, etcétera, etcétera.

—Sí —confirmó ella.

—Bueno, pues… este análisis nos confirma una cosa, que tenemos un problema creciente. Tan grave que he pedido hablar con vuestro superior directamente, pero él me ha pedido que hable contigo.

—Entiendo.

—Ocurre que… hemos observado un patrón de sofisticación creciente. Las primeras versiones, por su tecnología química, ya resultaban bastante… impresionantes. No eran un trabajo de aficionados. Sin picos raros de elementos disonantes en su construcción, patrones de elementos bien alineados, balanceados. Aquí hay profesionales cualificados trabajando que saben lo que hacen. Y eran bastante efectivas, por cierto, hubieran sido un producto eficiente que, con una cadena estándar de

comercialización, hubieran dado excelentes beneficios.

—Vale —exclamó Rebeca, pensativa—. Entonces… Esta nueva versión… es mucho mejor.

—Es… notablemente mejor. Es de una sofisticación exquisita. Verá, nosotros, que somos químicos, podríamos hablarle de la armonía de su estructura. Los químicos pensamos en fórmulas como un músico admira una hermosa partitura. Por ejemplo, la hemoglobina… Su estructura tridimensional es una… verdadera maravilla de la bioquímica. Un químico puede estudiar la combinación de sus elementos sencillos y cómo trabajan en una configuración funcional tan precisa y sorprendente y decir: «Vaya. Mira esto. Aquí hay algo bueno. Bueno de verdad».

Rebeca asintió. La idea de un químico observando una fórmula cualquiera y sintiendo algo parecido a lo que experimenta un poeta cuando cruza las calculadas líneas de un poema, le resultaba verdaderamente novedosa, y también, fascinante. Le estaba gustando obtener esa lectura de Jorge.

—Hay otros ejemplos de ello. La insulina, por ejemplo. Es algo común que manejan muchos de nuestros amigos, conocidos, familiares, se adquiere fácilmente en farmacia y, en la práctica, es un líquido transparente no diferente al agua. Pero comprenda esto, la insulina tiene dos cadenas que se unen a través de puentes de disulfuro. Estos hermosos enlaces dan una delicada estabilidad a la molécula, lo que le permite interactuar de manera específica con su receptor en la membrana celular. ¿Me explico? La maravillosa armonía de su estructura, la forma en la que sus cadenas se pliegan y se conectan, son una muestra de la sutileza y precisión del diseño molecular…

—Me parece, Jorge…, que ama usted su trabajo —opinó ella con un tono de voz dulce.

—Puede usted decirlo —dijo él riendo—. Todo esto era para indicarle lo… asombrados que nos hemos quedado examinando la formulación de este pequeño prodigio. La versión cuatro, que tengamos constancia. Está claro que se trata de algo especial, potente, con una clarísima inversión detrás. Su tecnología no solo es efectiva, es hermosa. No solo hay una inversión, hay… amor por el trabajo. Alguien, en alguna parte, tiene una clara visión de lo que quiere, y está apuntando a ello.

—Entonces… cada versión… —reflexionó ella— es como una prueba de mercado. Un producto en estudio.

—Exactamente —respondió Jorge—. Es nuestra impresión. Lo que le digo es… Ahora se trata de una pequeña muestra focalizada aquí, en Madrid, pero dentro de un año… ¿Quién sabe?

—¿Es… adictiva?

—Adictiva, por supuesto. Adictiva —repitió—. No hay que olvidar que es una droga, claro. Hay numerosos factores que hacen que algo provoque adicción, y esta los controla todos. Pero… hace otras cosas e ignoramos la motivación real detrás de ellas…

—¿Qué… otras cosas hace? —quiso saber ella, interesada.

—Bueno. Manipula, en gran medida, cosas como la percepción visual a unos niveles que no estamos seguros de entenderlos del todo. Lo hace de una manera que es incluso retorcida, es decir, podrían haber obtenido resultados más sencillos con otras vías probadas y conocidas, pero por algún motivo, han elegido otros caminos. Quizás el propósito sea crear alucinaciones tan vívidas que sea difícil distinguirlas de la realidad… no solo visuales, sino también auditivas.

«VEN A SUS MUERTOS».

Es lo que había dicho Morales, el Yoyas.

«QUIERO DEJAR DE VERLOS».

Habían escrito en el techo del piso de Chueca.

—Eso es… interesante… —susurró ella, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Lo es. Lo que quiero decir, señorita Laza, es que… debemos tener los ojos muy abiertos con esto. El drogadicto habitual se droga y se sume en un trance íntimo y personal, se adormece, por lo habitual, y se queda postrado y convertido en un fardo inservible. Esta droga no hace eso en absoluto. Tiene más formulación dentro para evitar ese efecto que nada que haya visto antes, incluyendo muchos de los fármacos legales existentes que sirven para mantenerse activos y despiertos. Caramba, si hubieran escogido la vía legal, como le digo, tendrían todo un campo de explotación más que lucrativo.

—Vale… —susurró ella—. Eso quiere decir…

El señor Rojo asintió.

—Quiere decir que tendremos yonquis que ven, escuchan y

sienten alucinaciones potentísimas —explicó él—. En unas malas, alguno de esos idiotas se tirará por una ventana. Pero en unas peores… imagine la situación.

—Alguien que esté sufriendo alucinaciones puede… creer que una persona es otra persona o…

—O un peligro —confirmó él.

—Lo que puede acabar en…

—El piso de Chueca —terminó el señor Rojo.

Rebeca suspiró y apoyó la frente en la palma de la mano por unos instantes.

—Vale… —musitó ella—. Es algo grande.

—Es algo grande —confirmó él—, sin duda. Tendremos que estar muy atentos y aprovechar los recursos de los dos departamentos para progresar en la investigación. Porque señorita Laza…

Ella arrugó la frente, como si supiera lo que iba a decir.

Y lo sabía, sí.

—Si no solucionamos esto pronto, vamos a tener una auténtica crisis nacional, sino internacional. Hemos tenido crisis de opiáceos antes, sin duda, el Fentanilo, claro, el siempre presente cannabis, benzos, el GHB… pero esto está diseñado para llegar a la gente, por como empieza su recorrido de adicción y caída. Está teniendo una entrada fulgurante y, si no nos equivocamos, va a llegar mucho, mucho más lejos. Lejos de narices.

Rebeca se quedó pensando en esas palabras un buen rato.

Y deseó que Jorge Rojo se equivocara.

Pero o su madre había parido hijos tontos, que no lo había hecho, o sospechó que…

Que estaba muy lejos de equivocarse.

UN AÑO DESPUÉS

Capítulo 5

Tori ve movidas azules

Toribio, que siempre insistía mucho en que le llamaran Tori o, si no, que no le llamaran en absoluto, regresó a su casa un poco antes de lo habitual. A las siete y cuarto. Normalmente, la combinación de autobús y tren lo hubieran dejado en casa alrededor de las seis, pero se había entretenido buscando…

Bueno, buscando esa maravilla.

El Aetheris.

Últimamente costaba bastante encontrarla. Había demasiada demanda, y eso le cabreaba. En su trabajo había una regla. Nunca. Jamás. Quedarse sin *stock*. La idea de tener a alguien con el dinero en la mano queriendo comprar un producto que no tienes disponible era un insulto para toda la gente que lo ideaba, lo diseñaba, lo empaquetaba y lo vendía. Una larga cadena de gente con costes asociados que quedaba inutilizada por un tecnicismo estúpido: no tener el puñetero producto en la estantería.

—¡Joder! —había dicho cuando le dijeron que no por tercera vez en sitios diferentes—. ¡Si todo el mundo está pidiendo esta mierda, haced el puto favor de tenerlo! ¡Es muy fácil! ¡Fabricad más! No, perdona, que vosotros no fabricáis una mierda. Sois revendedores por un porcentaje. ¡Pues aquí está mi dinero! ¡Cien pavos de millón, dos billetes de cincuenta, y tú no puedes metértelos en el bolsillo porque no-te-queda-producto! ¡Joder!

—Lárgate, gilipollas —había sido la respuesta.

Se había puesto nervioso, se había cabreado y le temblaba la mano. Pero no era mono. No, mono no, porque el mono era de… ¿Cómo había dicho el camello? De gilipollas. Y él no era un gilipollas. Él controlaba. Solo necesitaba el Aetheris porque…

Porque el Aetheris le flipaba.

O sea. Era lo máximo.

La experiencia…

La incertidumbre.

El sentido de la… exploración, como los viejos exploradores. Cosas desconocidas. Nuevas. ¿Qué otras cosas había que descubrir en el mundo, de todas maneras?

Toribio, o Tori, trabajaba con productos tecnológicos. Dispositivos, discos duros, memorias… todo tipo de mierda. En realidad, no trabajaba con todo eso, sino que, más bien, se aprovechaba. De todo eso, sí. Había auténticos genios que los ideaban, los diseñaban, los producían, y él, simplemente, los ponía a la venta. Creaba campañas de publicidad, ponía anuncios en redes, pagaba a *influencers* para que hablaran de sus productos y conseguía ventas. Se llevaba un treinta por ciento del trabajo de un montón de gente con talento y capacidad solo por tener a dos idiotas diseñando creatividades y enviando *emails* a una base de datos que, casi siempre, le proporcionaba el mismo cliente. Y todo lo que tenía que hacer era hablar con palabras grandilocuentes. KPIs. *Leads*. Segmentación. *Landings*. Y los productos se vendían, claro que sí. Lo único que necesitaba un producto para vender era que…

Que el producto fuese bueno.

Ese era todo su mérito. Su olfato. Saber escoger buenos productos y apretar al productor para que bajase el precio, de manera que él pudiera tener un porcentaje mejor.

El negocio más antiguo del mundo revestido de gilipolleces modernas. Un planazo. Gracias a todo ese proceso, tenía una casa espectacular, un coche de ochenta y seis mil euros, se iba de viaje donde le daba la gana y contaba con una considerable cantidad de líquido disponible en varias cuentas corrientes. El director de la sucursal bancaria donde era cliente le llamaba a menudo para ofrecerle Planes de Inversión, y cuando el director de un banco te llama por teléfono, se acuerda de que te llamas Tori y te dice que te invita a comer un día, es que las cosas… Las cosas te van bien.

Y a Tori le iban bien.

Pero lo malo del dinero era que, cuando ya se tenía, perdía emoción. Ya no había sensación de logro. Recordaba cuando se

llevó su primera comisión por una operación de *marketing* relacionada con unas memorias USB de bajo coste. Una porquería fabricada en China con componentes que eran prácticamente obsolescencias tecnológicas enfundadas en una bonita carcasa que recordaba bastante a Boba Fett, el famoso personaje de *Star Wars*. Disney nunca vio un solo céntimo de aquello, pero él se embolsó diez mil euros. Diez mil increíbles y maravillosos euros, con todas las letras, que le hicieron sentir como si fuera el *puñeTero* amo del mundo. Le hicieron sentir… pletórico, gigante, capaz, y fue la motivación y la chispa de decenas de miles de operaciones más.

Y todo por el coste de cien pavos que pagó a una diseñadora de diecinueve años que se pasó el fin de semana diseñando las creatividades, agradecida por la oportunidad, y trescientos euros a Facebook e Instagram por los anuncios servidos.

Fácil. Casi… deshonesto. Pero así era el siglo XXI. Había gente que ganaba lo que alguien que madruga todo un año y rinde ocho horas en su puesto con un par de clics.

Pero después de muchos años, a Tori le faltaba la excitación de emprender algo nuevo. Hacer algo diferente. Y no diferente como… cambiar una estética, idear una nueva campaña o vender un producto diferente.

Algo diferente de narices.

La emoción de abrir una especie de puerta que nadie sabía que estaba ahí.

Como cuando tomaba el Aetheris.

—No te flipes —le había dicho un amigo—. Son solo alucinaciones, ¿vale? No seas gilipollas y pienses que… Bueno, lo que dicen sobre esa mierda.

Pero no eran alucinaciones.

Nonono.

Era… Era otra cosa.

Dejó el maletín del trabajo al lado del sofá, se quitó los zapatos (negros, lustrosos y caros, por cierto) y se deshizo también de la chaqueta, la camisa y el pantalón, y se puso una camiseta blanca que sacó de su envoltorio de plástico. Esas camisetas de línea básica, sin distintivos ni florituras, eran la cosa más grande del mundo. Podía comprar cuatro por cinco euros. Ni siquiera tenía que lavarlas; por ese precio, podía permitirse estrenar una nueva cada

vez, y eso era justamente lo que hacía.

Sonrió nervioso, abrió la boca y dejó caer dos gotas bajo la lengua. Sabía a… pipas de girasol perfumadas, a eso sabía. Se miró en el espejo, satisfecho, pero, en un instante, transmutó el rostro. No, no estaba satisfecho. Dos gotas no era bastante. Quería más. Quería todo el efecto. Quería la experiencia completa. Y la quería para esa misma noche. En ese instante.

Abrió la boca y dejó caer una gota más.

Luego sacudió la cabeza, sorbió por la nariz y dejó escapar un pequeño grito de guerra. La imagen que le ofrecía el espejo era el de alguien todavía joven, atractivo, con el mentón perfilado y perfectamente rasurado, el pelo corto y cuidado, la mirada de un tigre.

Se miró el pecho, afeitado, decididamente estudiado para no mostrar una musculatura exagerada, ni flacidez alguna. Uno podía estudiar la anatomía de los abdominales mirando su abdomen.

—¿QUIÉN ES EL FOLLADOR? —gritó, flexionando los brazos para exhibir su musculatura—. ¿QUIÉN?

Sonrió.

Y luego, sacudió la cabeza.

Vaya, pensó. Aquella mierda le estaba subiendo rápido.

Ya sentía la calma del… bueno, del mono, que empezaba a adormilarse después de estar dando guerra las últimas ocho horas. Había estado pensando en el Aetheris durante toda la mañana. Había pensado en su dosis en plena reunión con los proveedores chinos, y había pensado en ello cuando hablaba con el cabronazo de Juanma y su expresión de Jedi hierático toca pelotas. A veces, le gustaría inyectarle un poco de sangre para que tuviera algo que recorriera sus venas, además de su parsimonia, y pensó, también, que estaría genial tomar un poco de Aetheris en la oficina. Sentir la euforia mientras trabajaba. Les iba a decir a Juanma y a los putos chinos lo que opinaba de todas sus gilipolleces. ¡Oh, sí!

Pero el mono pasaba, sí.

Se dormía.

Por fin.

—¡Vete a dormir, mono! —dijo riendo—. Ya tienes tus… tus putas galletas y tu leche. ¡Vete a dormir y deja a papá y a mamá disfrutar! ¡Coño!

Se quedó de pie donde estaba, en el salón, vestido únicamente con los calzoncillos y los calcetines, sintiendo cómo su cuerpo experimentaba los cambios.

La euforia, pero a la vez, la calma, si ambas cosas eran posibles a la vez. La sensación de… control.

Control, sí.

Era lo que más le alucinaba del Aetheris. Había estado tomando cosillas para mantener el ritmo y el arranque, la carga de trabajo, las preocupaciones, las maniobras fiscales y financieras para esquivar a Hacienda. Le jodía la vida pagar a Hacienda. ¿Por qué tenía que pagar el dinero que se había ganado con su inteligencia, su tesón, su habilidad y su olfato? Pero todas aquellas cosas que tomaba acababan dejándole… fuera de combate. Al final del día, cuando la adrenalina pasaba y todo se calmaba, pasaba factura.

Todo eso, sin embargo, desaparecía con el Aetheris corriendo por su organismo. Se sentía…

Bueno, tranquilo.

Despierto.

Vital.

Se sentía, de hecho, mejor que cuando no tomaba Aetheris. Una versión mejorada de sí mismo, y una versión a la que las preocupaciones de Hacienda, por ejemplo, se la sudaba bastante.

—Cómemela, Juanma —exclamó de repente—. ¡Y los chinos, me la podéis comer con la boca llena, hijos de puta!

Soltó una carcajada.

Ahí estaba la euforia. La plenitud.

Tensó los músculos del estómago y se maravilló de su perfección, de la suavidad de la piel. Y luego, apartó el elástico del calzoncillo de su cuerpo y se miró el miembro, recogido hacia la izquierda. Era grueso, satisfactoriamente largo y con un saludable aspecto rosado. Sonrió de nuevo.

Tenía ganas de echar un polvo.

Introducirla en un buen agujero, tan húmedo y estrecho como fuera posible. Y lo mejor es que el dinero le podía proporcionar tantos agujeros como quisiera.

Esa era la magia del dinero.

Como aquella cosa. El Aetheris.

Era…

Bueno, era de puta madre.

¿Sí o no?

—¡Sí, joder! —exclamó.

Miró alrededor, expectante, pero sabía que aún era pronto. Muy pronto. Lo que quería ver vendría más tarde, probablemente en un rato largo, veinte o treinta minutos. Y hasta que eso ocurriera, pretendía disfrutar de aquel estado de salud mental, de exaltación, de supremacía mental y física.

Porque era Tori, joder. El mago del *marketing*. El tío con pasta, un cuerpo alucinante y un rabo capaz de aguantar subido a una buena yegua durante horas.

—¡Sí!

Soltó una carcajada.

Mañana compraría más acciones de aquella nueva empresa china, la que había puesto a AImam contra las cuerdas. Lo había estado pensando durante dos o tres días y no se había decidido porque… porque los tiempos eran difíciles y la tecnología crecía de manera imparable, y un día estabas arriba y, al día siguiente, te caías, solo porque alguien más hacía lo que tú ofrecías, pero mejor, o más barato o más rápido o con un envase más bonito. Pero ahora, de pronto, lo tenía claro. De repente. Cuando se levantara por la mañana, cogería el móvil y compraría doscientos o trescientos mil en corto.

Porque qué demonios.

Era como si Aetheris le despejara la mente.

El Vicks VapoRub de la valentía financiera.

—Me cago en la puta —exclamó, y se rio con la ocurrencia.

Cómo le estaba apeteciendo restregarse contra un buen culo de mujer. Una mujer con un trasero poderoso, coño, no como esas pavas de cuerpo escuálido y vientre inexistente que hacían que uno sintiera más ganas de alimentarlas con un bocadillo de mortadela que en otra cosa.

Se pasó la mano por la cara y pensó en algo raro. Un tigre sigue siendo un tigre si lo metes en una caja, pero entonces parece solo una caja. No sabía lo que significaba, era un pensamiento que acababa de aparecer en su mente, luminoso como un cartel de neón, y casi con el mismo zumbido enervante, pero pensó que podría usarlo en alguna campaña. Haría que el tonto del culo del diseñador

hiciera alguna composición con una IA. Una caja de madera recortada contra un fondo naranja. Y la frase… la frase que…

«Un tigre dentro de una caja de metal parece una caja de metal».

Era una buena frase.

Solo tenía que aplicarla a uno de sus productos.

Estaba pensando en eso cuando se encontró poniendo música en el móvil. Ni sabía por qué. Pero el aparato se conectó automáticamente a sus altavoces Nieman & Harris, con revestimiento de madera de roble, y Alice Corman empezó a sonar en la habitación a toda potencia. Un sonido de puta madre, por cierto, al volumen que le diera la gana, porque para eso se había hecho instalar aislante en las paredes, para escuchar el sonido de su música preferida de manera natural, por todo el cuerpo, sin dos mierdas metidas en las orejas. Los auriculares, decía, eran para los gilipollas y las niñas que viajan en el autobús del colegio. Eso decía.

Los primeros acordes le bastaron para empezar a contornearse. Corman era de puta madre. El sonido de su bajo era un manual de estilo sobre cómo tocar un bajo. La guitarra. El ritmo de fondo, mecánico, gradual, *in crescendo*, coronado por la voz grave y estridente de aquella cantante, probablemente canadiense, porque los músicos americanos se habían echado a perder desde hacía probablemente una década.

—¡A la mierda con ellos!

Empezó a cantar junto a Corman componiendo una expresión embrutecida y exaltada, los ojos cerrados.

—*A pulsating heart says nothing, but you're going to buy it anyway cuz your VISA is hot, hot hot hot, and your VISA is number one in the fucking 'hood*!

Estaba entregado al frenesí musical, un vagón descarrilado que daba tumbos por una colina, cuando sintió una sensación de asfixia repentina.

Ahogó una expresión ininteligible, como si se ahogara.

Retrocedió un par de pasos y se quedó mirando lo que tenía delante.

Lo que había aparecido prácticamente dentro suya, como si saliera de su propio cuerpo, y le había dejado frío, como si un témpano invisible lo hubiera apuntalado de lado a lado hasta dejarle casi sin respiración.

—Hostia… puta —exclamó, encogiéndose.

Luego pestañeó repetidas veces, como si sus ojos se negaran a enfocar lo que veía.

Porque lo que veía…

Bueno, ahí estaba.

Lo que había estado esperando.

Lo había esperado, pero… había llegado demasiado pronto, y hubiera preferido estar preparado cuando llegase el momento, porque una ducha helada puede estar bien y ser asumible y disfrutable, pero no si te la lanzan inesperadamente encima cuando estás dormido.

Tal vez, susurró la trastienda de su mente, tal vez la tercera gota había acelerado todo el proceso.

O quizás su cuerpo se estaba…

Bueno, se estaba acostumbrando.

Es lo que decían. Que si tomabas suficiente Aetheris durante un período extendido de tiempo podías acelerar el momento. La…

La conexión.

Se quedó mirando la forma neblinosa que tenía delante. Sus ojos insistían en negarse a aceptar la evidencia visual, y picaban, escocían, le pedían de una manera callada, pero tenaz, que pestañease, como solicitando un reinicio del sistema. Reiniciar las lentes de la cámara orgánica que tenía a ambos lados de la nariz, porque… porque era evidente que algo estaba fallando.

Imposible enfocar.

Lo que veía no se podía enfocar.

Era una delicada bruma de un tono celeste, casi eléctrico, intangible y translúcida, que evolucionaba delante suya como una imagen ampliada de una vieja película borrosa en un televisor de tubo. Resultaba… fascinante mirarla, en primer lugar, porque ya las había visto antes, y la sensación de miedo a lo desconocido e inexplicable había desaparecido. Pero, en segundo lugar, porque la mente, el raciocinio, o algo relacionado con el instinto básico primario y ancestral de supervivencia, insistía en gritarle que aquello no era…

Real.

Y, en tercer lugar, porque, en esta ocasión, bien fuera por puro adiestramiento del cuerpo o porque había tomado tres gotas en

lugar de las acostumbradas dos, aquella forma tenía algo diferente.

Una especie de sustancia interior, un volumen dentro del volumen, en el que casi podía distinguir la forma sugerida de una forma ligeramente humanoide.

La cabeza, en primer lugar. O algo que podría ser una cabeza. Apenas una especie de esfera alargada con una base que sugería la forma de un cuello. Y luego los hombros, una curva suave que proyectaba dos formas alargadas, como si fueran los brazos.

Tori no sabía si era real o no. Solo miraba, emocionado y transportado por la visión de lo que, tal vez, fuera una especie de… fantasma. Un registro espectral que evolucionaba en el salón de su casa, con un brillo concreto que, de haber sido natural, hubiera iluminado el suelo, los muebles y hasta las paredes que tenía alrededor.

Pero no lo hacía.

Era como una pegatina, un mal efecto especial en una película de bajo presupuesto. Algo que, en suma, quizás, estaba en…

Otra parte.

Observar aquella anomalía de la realidad, aquella excepción a todo lo mundano y cotidiano que tenía la vida, era tan especial, tan único e indiscutible, que Tori se estremeció. Incapaz de pestañear ahora o de cerrar siquiera los ojos, aunque fuera por una fracción de segundo, derramó una lágrima que resbaló por su mejilla.

La figura comenzó entonces a desplazarse, como flotando. No había piernas que él pudiera ver, pero se movía de todas maneras. Y Tori se sobresaltó, porque avanzaba hacia él.

Quiso moverse, pero su cuerpo no respondía, y en cuestión de un instante, la forma azul invadió su espacio. Le…

Atravesó.

Abrió mucho la boca y dejó escapar una exclamación ahogada de sorpresa. Experimentó frío, pero al instante, se encontró diciéndose que no era frío, sino una quimera, una falsa sensación de que algo había cambiado cuando no lo había hecho, seguramente, por la mera percepción visual.

Y probablemente era así, pero no le gustó.

No le gustó en absoluto, y esta vez sí, dio una especie de salto hacia atrás y se alejó de la forma haciendo aspavientos con las manos.

—No… —balbuceó—. ¡No, no, no!

La forma permaneció donde él había estado, pero algo emergió en su vista periférica, a su derecha, y giró la cabeza para mirar.

Era otra forma, similar a la que le había invadido.

Aparecía a través de la pared y del suelo, ascendiendo y avanzando a la vez, irrumpiendo en su casa.

—Oh, Dios mío —susurró.

Había visto aquellas cosas otras veces. No tan nítidas como aquella noche, pero las había visto. Eran… Eran la puerta al misterio que estaba necesitando su vida. Algo nuevo. Lo diferente. El reto. La primera vez eran apenas una mancha azulada flotando en alguna parte, como un orbe, y aunque al principio se asustó mucho pensando que se le estaban jodiendo los ojos (en sus propias palabras), cuando el efecto del Aetheris pasó, el orbe se extinguió y se fue sin dejar huella, como si nunca hubiera estado allí.

No pudo consultar con su médico porque… bueno, el consumo de estupefacientes estaba naturalmente prohibido, y no podía confiar en que el médico no fuera a informar a alguien sobre lo que había registrado según palabras del paciente, ni a dónde iría a parar su informe médico. Por lo que sabía y por lo que no sabía, tal vez se combinaban con su historial en la Seguridad Social o cualquier otra cosa, y él tenía clientes, y tenía contactos, y tenía amigos. Clientes importantes. Amigos importantes. Y si llegaba a sus oídos que tomaba drogas y veía orbes azules, bueno, era probable que dejaran de confiar en su buen juicio, en su capacidad profesional, y esa clase de amistad social que se establece entre gente es útil conservarla.

«¿Has escuchado que Tori ve movidas azules? Se pone hasta el culo de drogas y ve movidas. Movidas azules».

Así que, en vez de preguntar, había leído sobre eso. Sobre las alucinaciones que producía el Aetheris. Alucinaciones… alucinantes.

Pero con aquellas dos formas delante, Tori podría poner la mano en el fuego a que no eran… putas alucinaciones, como decía su amigo. No lo eran. No había ningún motivo por el cual viera siempre la misma clase de alucinación. Si eran alusiones, podría haber visto otra cosa. Debería haber visto otras cosas, también. ¿Qué tal un toro corriendo por su salón? O… ¿por qué no la mesa

baja entre el televisor y el sofá moviendo sus patas como en un dibujo animado y dando brincos? ¿Por qué no había visto a Devon Lee, su estrella porno favorita, sentada en su sofá mirándole con ojos libidinosos y el bikini enrollado en el dedo?

Pero daba igual.

Le importaba un soberano bledo.

Fueran alucinaciones o no, las tenía delante y le hacían sentir cosas. Estupefacción. Emoción. Intriga. Curiosidad. Y una suerte de congelación fascinada que no sentía desde que Mónica lo invitó a meterle un dedo en el cuarto de baño en octavo de EGB.

Sin embargo, esta vez eran…

Demasiado nítidas.

Eso era lo que le estaba pasando.

No lo estaba disfrutando tanto porque cada vez veía más el corazón de su neblinosa presencia, y cada vez percibía con más claridad que lo que parecían brazos eran realmente brazos, y que lo que parecía una cabeza… debía ser una cabeza.

Fantasmas.

Quizás.

Probablemente.

Espectros de… gente muerta.

—Oh, Dios —susurró.

Pero la figura avanzó otra vez hacia él, y Tori volvió a sentirse invadido y hasta asqueado, asustado, en definitiva, porque no quería que aquel fantasma celeste y añil lo…

Lo tocara.

—No… —suplicó—. No…

Más que una súplica parecía un graznido.

Se sintió…

Violado.

De alguna forma extraña, se sintió penetrado.

—¡No me TOQUES, NO ME…!

Volvió a retroceder de nuevo, desbocado, ansioso, casi violento del horror atroz y el asco, pero tropezó con el maletín que había dejado en el suelo y cayó torpemente al suelo. Su trasero hizo un ruido sordo y breve, como una palmada.

Las dos formas siguieron avanzando hacia él, evolucionando por el salón sin hacer ningún sonido, los brazos proyectados hacia el

suelo, pero a su vez, imparables, imperturbables. Casi tan hieráticos como su insoportable amigo Juanma.

—¡NO! —gritó, aunque sonó como el estertor de un perro agonizando con un hueso atravesado en la garganta.

Por fin, consiguió levantarse con un rápido movimiento y se dirigió hacia la puerta. Estaba frío y sudoroso a la vez, pero consiguió abrir la puerta y salir al pasillo. Su sorpresa allí fue mayúscula.

Había más formas. Dos de ellas, avanzando hacia él.

Hacia su… casa.

Y una (eso lo juraría por Dios mucho más tarde) de ellas parecía llevar un sombrero. Una especie de sombrero, uno antiguo, de caballero, como los de las películas de gánsteres, como los que se llevaban en los años cincuenta o sesenta. El fantasma de un sombrero.

Tori gritó.

Con la boca muy abierta, mientras las lágrimas se apresuraban a escapar de sus ojos.

2

La policía lo encontró poco más tarde, avisados por una ciudadana llamada Mari Carmen, que llamó al 112. Cuando lo encontraron, en calzoncillos y calcetines, tirado en el suelo sobre un charco de orín de perro reseco y llorando como un bebé, histérico y taquicárdico, todo lo que consiguieron sacarle fue pequeñas variaciones de una misma frase que repetía de manera incesante:

«POR TODAS PARTES, ESTÁN POR TODAS PARTES».

3

El contador, que cambiaba cada cinco segundos, acompañado de una música de fondo intencionadamente lánguida, monocorde y desacelerada, llegó a cero y permaneció congelada por espacio de

unos cinco segundos más. La música recordaba a las radios antiguas, como un *remember vintage* irónico. Mientras tanto, en la esquina inferior derecha aparecían corazones que iban deslizándose hacia arriba y se desvanecían.

Por fin, la pantalla cambió con un rápido fundido y apareció un sujeto con una gorra en la cabeza y una sonrisa en extremo forzada y claramente intencionada, mostrando todas las piezas dentales pulcramente alineadas y brillantes. No pasaría de los treinta años, eso seguro, y en la camiseta de color negro ponía LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES.

De pronto, se activó como un muñeco con resorte y levantó ambos brazos maquinalmente, como si fuera a darle un abrazo a alguien.

—¡Bu-bu-bu-buenas tardes! —saludó—. ¡Bienvenidos a… Cosas, Cosillas y Casos de Actualidad!

Sonó una fanfarria de trompetas y él mostró un pulgar estirado hacia arriba, y la misma sonrisa estridente y fingida.

—¡Bueno! —continuó diciendo—, ¡hoy vamos a hablar de… terraplanismo!

Sonó una bocina y compuso una mueca casi teatral, la boca curvada hacia abajo.

—¡Nooo! Terraplanismo no. ¡Otra vez, no! Ya hemos hablado demasiado de eso, no os preocupéis. Vamos a tratar otro tema de candente actualidad que es la comidilla de todos estos días. ¡Hoy hablamos de… drogas!

Surgieron varias imágenes de sujetos en estado de trance, tirados en el suelo, caminando en zigzag por la calle, hombres y mujeres con cara de éxtasis, casi orgásmicos, y a alguien más estrellando su coche contra una farola y saliendo a rastras del coche, muerto de risa.

Cuando la imagen volvió a enfocarlo a él, tenía al lado a dos contertulios más. Un tipo grueso con barbas y una camiseta de Nintendo, y una chica con gafas excesivamente grandes, pecas pintadas en la cara, y dos coletas. Sonreía meneando la cabeza a uno y otro lado, como al son de una música inaudible.

—¡Bueno! —dijo el tipo—. Soy Perrojuan, y estos de aquí son mis invitados. ¡Jorge VII y Zerda! Que como sabéis, son expertos en… ¡el tema que os dé la gana, da igual, porque tienen casi cuatro

millones de seguidores cada uno, y los seguidores no te siguen, te hacen!

Sonó una especie de risa enlatada y Zerda aplaudió como un autómata.

—Por cierto —añadió—, hoy no podremos tener con nosotros a Giovanni, ya sabéis, nuestra IA gurú por un problemilla técnico que estamos arreglando, pero me dicen que para el próximo programa volveremos a contar con sus comentarios y su visión… eh… particularcilla de la vida.

—¡Ya ves! —dijo Jorge, mientras sacudía los hombros para reír. Le daba un aspecto de tortuga.

—Bueno, señoros y señoritas…, vamos a tratar el tema de las drogas, pero no en general. No vamos a decir que son malas, que hay que evitarlas, que no las probéis bajo ningún concepto, porque eso lo sabemos todos. Vamos a hablar de esa droga que está comentando todo el mundo, el… ¿cómo se llamaba, Zerda?

—Luminiiiis —dijo ella, enseñando los dientes al hablar.

—¡No! —exclamó Jorge riendo—. ¡Luminis, no!

—¡Que sí, Jorge! —se apresuró a decir ella—. ¡Que no estás al día! Que en algunos sitios lo llaman Luminis, sobre todo, porque aquí en Madrid lo llamaban así al principio, y fue más tarde, a raíz de venderse en discotecas piji-pijis que lo empezaron a llamar…

—Aetheris —interrumpió Jorge.

—¡Eso es! —dijo Perrojuan—. Pero vamos a ver, no empecemos a dar datos así a lo bruto porque la gente se marea. Vamos a ir al meollo primero y luego, damos vueltecitas ampliando la noticia. Pero la noticia… lo que es el ajo de la cuestión, el meollo, vamos… es una cosa que la diferencia de cualquier otra droga que se conozca. ¿Verdad chicos?

—¡Ya ves! —soltó Jorge.

—¡Sí! —dijo Zerda, aparentemente contenta.

—Porque a ver… ¡todo el mundo está buscando la droga esta como locos!

—Es una pasada —opinó Jorge.

—Amigos míos, que nunca han consumido nada de todo ese rollo, están enganchados al Aetheris —dijo Perrojuan— y se están dejando una pasta alucinante con esa movida. ¿A cuánto has dicho antes, fuera de micro, que estaba ya el botecito?

—Bueno, según —dijo Zerda—. Que hay sitios y sitios, ¿eh? Y también hay falsificaciones, como con todo lo que está de moda, así que, si vais a probarla por el motivo que sea, mucho ojo con dónde la conseguís, porque hay gente que ha muerto.

—Es que vaya tema —sentenció Perrojuan, moviendo la cabeza afirmativamente.

—¡Ya ves! —opinó Jorge—. Es… Es muy muy fuerte.

—Pero el botecito puede costar entre… unos ochenta y doscientos cincuenta pepinos nucleares.

—¡Doscientos cincuenta pavos! —exclamó Perrojuan—. Es que daros cuenta… un bote que tiene unas diez dosis, que puede durarte un mes si estás empezando, pero unos tres días si ya estás en pleno proceso de enganche, doscientos cincuenta pepinos. ¿Qué bolsillo aguanta ese ritmo?

—Por eso digo —dijo Zerda— que eso es lo que se paga en las discos pijis, ¿vale? Que allí cualquier cosa cuesta cuatro, cinco veces más que un sitio normal porque es su rollo, quieren clientes con pasta, es normal. Taberna, Efervio, Morala… Todas esas, que son los templos ahora de la gente bien. Creo que les da como más confianza pensar que, al pagar más, tienen la versión genuina. La buena.

—Claro, porque pagar caro siempre ha sido una garantía de calidad —bromeó Perrojuan con otra expresión de personaje de cómic.

Jorge rio entre dientes.

—Pero vamos a ver —continuó diciendo Perrojuan—, a qué viene que, en pleno siglo XXI, gente que nunca se ha flipado con las drogas y todo el tema este, se enganche al Aetheris.

—Bueno —dijo Jorge—, es que es… muy fuerte.

—¡Es muy fuerte! —repitió Perrojuan.

—Es por muchas cosas —dijo Zerda—. Para empezar, es que no funciona como otras drogas, que te dejan echo mierda, tumbado, sin tener ni pajolera de dónde estás y toda esa movida. Esta droga te pone a tope, realmente a tope, y la está empleando gente que trabaja en despachos, que tienen mogollón de estrés, que tienen que pensar rápido y tener buenas ideas…

—Como las anfetas antes, un poco —opinó Jorge.

—Las anfetas que se tomaba la peña antes para estudiar toda la

noche, ¿no? —explicó Perrojuan—. Eso era muy típico.

—Y era muy típico quedarse en blanco luego en el examen.

Jorge rio con ganas.

—Vale, entonces ese es un punto a favor del Aetheris que no tienen otras drogas… Parece que es más constructiva, ¿no?, que las otras son como destructivas, aunque tú estés en tus mundos de yupi, al final… te vas quedando echo mierda.

—Sí —dijo Zerda—. Pero el otro punto que ha hecho que se ponga de moda y pique la curiosidad de la peña, es lo otro…

De pronto, sonó una música misteriosa, como de película de miedo clásica, y Perrojuan miró a la cámara con los ojos desorbitados.

—¡Lo otro! —dijo—. ¡Guau! ¡Qué talento el de esta chica para las frases, así como… como de *marketing*, ¿no?! Lo otro. Si veo una película en Max que se llame *Lo otro*, la veo sin dudarlo.

Jorge soltó una carcajada.

—¡Sí, bueno! —exclamó Zerda muy sonriente, sacudiendo la cabeza de tal manera que las coletas dieron algunos botes sobre sus hombros—. O sea, por esa parte de lo que hace Aetheris hemos pensado en hablar de ello porque si no… —señaló a la cámara con un dedo y una expresión mustia en su cara aniñada— no hablaríamos de las drogas que son, de verdad, peña, malas, malas, malas.

—Muy malas —dijo Perrojuan—. Pero a ver… ¿Qué es lo otro? ¿Jorge? ¿Qué es… lo otro?

—Hostia —exclamó Jorge—. Pues a ver. Es que hay como dos escuelas, ¿vale? Hay peña que dice que el Aetheris produce como visiones, pero visiones muy realistas o muy… muy… —dudó unos instantes— persistentes, que cuando te pasa el rollo, estás todavía convencido de que has visto lo que has visto y todo eso, porque hay movidas como las setas alucinógenas que te hacen tener movidas así y tal, pero cuando se pasa el efecto, sabes… ubicar los rollos mentales en su sitio, y puedes decir: hostia, lo que me ha pasado, que pensaba que estaba en un túnel y mis manos eran como raíces, ¿sabes?, y yo tocaba las paredes porque quería extraer la humedad… lo que sea…

Perrojuan rio con ganas.

—Hostia, Jorge —dijo—, esa anécdota no te la has podido

inventar —siguió riendo—. ¡Tú te has tomado una o dos setas o dos docenas!

Jorge se sacudió en su asiento, riendo con cierto nerviosismo.

—Bueno, yo no… desmiento ni confirmo nada, que hay peña mirándonos y tal, pero… pero me han contado, sí, hay gente que lo ha probado, claro, y cuenta sus aventuras.

—¡Ay, pillín! —dijo Zerda, risueña.

—Vale, ¿y qué pasa entonces con el Aetheris? ¿Que no pasa eso? Que es como… muy real, ¿o qué? —dijo Perrojuan, reconduciendo la conversación.

—O sea, es… dicen que es… súper real.

—Pero real, cómo. ¿Qué tipo de alucinaciones son?

—Pues… se ven fantasmas, eso dicen, no sé —dijo Jorge, visiblemente incómodo.

—¡Esa es la otra escuela! —intervino Zerda—. Es que la peña está como muy dividida, ¿vale? Hay quien dice que son alucinaciones, y otros dicen que… bueno, que son fantasmas de verdad. ¡Que lo que se ven son fantasmas!

—Bueno, bueno —dijo Perrojuan—. Pero vamos a ver… ¿Fantasmas como en… como en los fantasmas? ¿Como los fantasmas clásicos que aparecen ahí, así, en plan siniestro?

—Qué fuerte —exclamó Jorge, con la cabeza gruesa escondida entre los hombros.

—Bueno, a ver —explicó Zerda—, es que es una movida porque la cosa no va de… tomarse unas gotas de Aetheris y ya está, ya ves fantasmas y todo el mogollón. No, no… Es algo gradual. Al principio no ves nada, solo te sientes eufórico y tal, y sientes que mola, y todo eso. Y todo bajo control, ¿no? Pero si lo tomas mucho y lo tomas cada vez más, parece… La peña dice que… ven fantasmas.

—Oye, Zerda —dijo Perrojuan—, todo esto también te lo han dicho, ¿no? No lo sabes de primera mano, como Jorge…

Zerda se encogió de hombros.

—¡Yo, como Jorge, ni desmiento ni confirmo!

—Anda… sigue, sigue —bromeó Perrojuan mientras se recolocaba la gorra.

—Pues eso. Al principio los ves mal, los ves poco… pero luego, parece que la peña que controla es capaz de ver fantasmas y tal, y

hasta hablan con ellos, o eso dicen.

—¡Hablan con los fantasmas! —exclamó Perrojuan.

—Bueno, a ver —intervino Jorge—, hay que… poner las cosas también en su sitio, ¿no? Porque he visto la opinión de doctores y gente del rollo de la medicina y tal decir que eso de ver fantasmas, nada. Que eso es una patraña y que la droga lo que hace es que te jode el cerebro, como todas las drogas, y hace que veas movidas.

—Sí, pero… ¿Por qué siempre fantasmas? —preguntó Zerda—. ¿Eh? Si son alucinaciones, por qué no… una cebra o un bote de remos, y te ves cruzando un río lleno de… pelícanos, o yo qué sé.

—Ya —dijo Jorge dubitativo—. Ese es el tema, un poco. O sea, los médicos decían que era por la sugestión. Porque, vale…, se ha corrido la voz y la historia de que la droga te hace ver fantasmas, y, de hecho, tiene otro nombre ahora… la llaman…

—¡Sí! —interrumpió Zerda—. La llaman Mortisconnect. ¿No es guay?

—Mortisconnect —dijo Juanperro—. ¡Qué movida! Como… como conexión con los muertos, ¿no?

—Sí, sí, definitivamente —dijo Jorge—. Hay peña que se está tomando esto muy en serio. Creen que la droga esta les conecta con el Más Allá y hacen estudios y movidas, y calculan la dosis, y tienen, por lo visto, gente que se presta para esos estudios y los tienen siempre de droga hasta el cuello…

—Guau —dijo Juanperro.

—Y, por eso —siguió diciendo Jorge—, como la peña ha escuchado la historia de los fantasmas, cuando te tomas la droga, pues ya estás condicionado, ¿vale? Es pura sugestión. Ves fantasmas porque tu cerebro ya tiene eso pre… prefijado, y tal. Y entonces, funciona.

—O sea —dijo Perrojuan—, que si… pienso que voy a pilotar el Halcón Milenario y me tomo la droga, ¿pilotaré el Halcón Milenario?

Jorge soltó una carcajada.

—Hostia —soltó Perrojuan—. ¡Es que imagínate! Apuesto a que tu mente es capaz de crear cosas más flipantes que todas las gafas de VR juntas, y es más barato que ir al… Disneylandia de StarWars, ¿no?

—Brutal —confirmó Zelda, moviendo la cabeza en señal de

afirmación—. Brutal. Realidad virtual a tope.

—Un poco cara, ¿no? A la larga, me imagino… y un poco más… peligrosa. ¿No Zerda?

—Sí —dijo ella, fingiendo una expresión triste—. Peligrosa. Y es lo que más me ralla de todo este asunto porque, vale, te sientes a tope durante un tiempo, ¿no?, y todo parece guay, pues como cualquier otra droga, que uno empieza a tomarla en fiestecillas y tal para entonarse y divertirse, pero, o sea…, hay gente que se le está pirando muchísimo la pinza con este tema.

—Cuéntanos más sobre eso —pidió Juanperro—, que me parece, por lo que sé, que la peña no está enterando muy bien de esa parte.

—Bueno, o sea —dijo Zerda—, es peligroso. Por las alucinaciones, o por lo que sea, hay gente que está muriendo, ¿vale? Porque les peta el cerebro, o por lo que sea, hay gente que, o bien se les pira la pinza, o bien espichan, directamente.

—Espichan —repitió Jorge, riendo, la cabeza otra vez con la apariencia de una tortuga.

—¡Es que es así! —dijo Zerda a la defensiva—. Que la peña ya no lee lo que hay que leer, pero una está informada…

—¡Vale, vale! ¿Y qué lees tú para estar informada, periódicos o qué?

Zerda compuso una expresión de desagrado.

—¿Qué? ¿Periódicos? —soltó una carcajada.

—Yo qué sé… —protestó Juanperro encogiéndose de hombros.

—A ver. Pues leo… Reddit, por ejemplo. En Reddit hay buena información directamente de los usuarios, no controlada por poderes mediáticos que llevan décadas mintiendo, ¿vale?, y veo videos de gente importante que…

—¡Ah, bueno! —rio Juanperro—. ¡Que ve videos! Es que como habías dicho leer…

Jorge rio con ganas.

—Entonces… Es peligroso y tal —continuó diciendo Juanperro —. ¡Pues claro! Todas las drogas son nefastas. Pero escucha Zerda, antes me decías que había una especie de secta o un culto, ¿o algo así?

—Sí —confirmó ella—. Bueno, lo que he dicho antes. Parece que hay peña muy metida en esto de… la espiritualidad y las cosas relacionadas con el Más Allá…

—Como los espiritistas de 1900… —apuntó Jorge.

Zerda asintió.

—Sí, a principios de siglo hubo mucha movida con los espíritus y todo eso, y la peña hacía mogollón de sesiones de Ouija, y todo eso tuvo mucha popularidad. Pues con esta droga, todo eso parece que ha resurgido, y no solo hay un grupo, hay varios grupos organizados en todo el mundo que utilizan la droga para conectar con el Más Allá y todo eso. Parece que están midiendo la cantidad de dosis y la periodicidad para obtener resultados óptimos, ¿sabes?, porque pasa una cosa… lo que hemos comentado, que cuanto más la tomas, más ves, y tal.

—Y tal —repitió Juanperro—. ¡Qué movida, chicos!

—Muy fuerte —opinó Jorge.

—¡Bueno! —dijo Juanperro, frotándose las manos y mirando a la cámara—. Vamos a hacer un descanso y ahora seguimos con el temita, que tiene tarea. ¡Tiene tarea! ¿Existen los fantasmas o qué? ¿Esta droga te permite conectar con el Más Allá sin necesidad de un USB? ¡Vamos a hablar de ello y ver qué pasa con este veneno, este *veneno que me quiero morir*! —canturreó—. Y un recordatorio, amigos. ¡Esta noche, a eso de las diez, estaremos jugando a otro episodio de Subversive 3.0 con Palco, Moti y Nikeslas, que vamos a abordar el campamento de los Malotes y a darlo todo para *craftear* el Martillo de Idón! ¡Ahí está! ¡Nos vemos en seguidita!

Sonó una fanfarria estridente de ritmos de viejos clásicos de ocho y dieciséis bits, mientras los tres bailaban moviendo la cabeza y los brazos, y una plétora interminable de corazones emergían de la parte derecha inferior de la pantalla.

Capítulo 6

Amante a la espera

Rebeca ya sabía de qué se trataba cuando vio al jefe abrir la puerta de su despacho, como siempre, sin llamar primero.

—Qué tal, Laza —dijo, pasándose la mano por el bigote.

El bigote facha, lo llamaba ella.

Suspiró.

—Buenos días, jefe.

—Bueno, ¿cómo vas?

—¿En general, o sobre algo en concreto? —preguntó.

Él levantó la cabeza y la miró con el gesto torcido.

—Vale —dijo ella despacio, comprendiendo que el jefe no estaba para bromas—. No tengo muchas novedades desde la reunión.

—Exacto —dijo él, caminando despacio por el pequeño despacho, sin tomar asiento, una mano recogida en la espalda—. No muchas novedades desde hace ya un año. Pero hace un año teníamos un incidente y ahora son cinco.

—Sí —admitió ella, intentando respirar.

Sí. «Los Cinco». Así los llamaban.

El caso de Los Cinco.

El *Pentacaso*.

Había habido otros homicidios en Madrid, por supuesto, pero habían sido casos manifiestamente aislados, no relacionados. Un hombre que había asesinado a su vecino en un calentón por una disputa creciente que había ido gestándose, poco a poco, durante ocho meses por temas aparentemente triviales. Al principio, fue el ruido, después, un reguero de basura en la puerta, después, una bronca porque uno de ellos miró durante demasiado tiempo el escote de la mujer del otro, luego, un arañazo en el lado derecho

del coche y… etcétera, etcétera. Un día, se enzarzaron en el pasillo de la casa, y uno de ellos terminó por provocarle al otro una herida fea en el brazo, complicada, con torcedura, lo que provocó que el herido perdiera su trabajo por estar lesionado. La pérdida del trabajo también causó la marcha de su esposa, que desde hacía un tiempo tenía un «amante a la espera», como se suele decir. Un tipo con cara de aguilucho, delgado, enjuto y apocado, pero con un nivel de vida sosegado. Debido a eso, el vecino, dolido y tocado en su orgullo, planeó con premeditación y ejecutó el asesinato de su vecino, D. Ramón Salazar Cigueñas, según el informe, de treinta y siete años, dos hijas menores, de siete y nueve años, llamadas Sonsoles y Covadonga, que llevaron un precioso vestido negro con encajes en el funeral de papá. Contrastaba con sus rostros pálidos y consumidos por una honda tristeza.

Tras una investigación de solo dieciséis días, el asesino fue identificado y llevado a comisaría, donde dio testimonio y fe de su acción, y fue encontrado culpable y llevado a prisión.

Casos así había habido algunos, y todos habían sido relativamente fáciles de resolver. Por lo general se trataba de actos de desesperación o de odio manifiesto, y alguien consumido por el odio no solía planificar bien las cosas y, mucho menos, estar atento a los detalles; y el diablo siempre está en los detalles. Rebeca y su equipo se alimentaban de ellos.

Pero los otros cinco… Los otros cinco eran diferentes. El primero, el del piso de Chueca. Por mucho que investigaron, hablaron, pensaron, interrogaron y espiaron, a veces, legalmente, a veces, con pequeños atajos que se alejaban más o menos del camino recto de la conducta policial, no pudieron sacar nada en claro. Sospechaban de algún consumidor del producto que, atribulado por las alucinaciones, había decidido ajusticiar al tipo que le había vendido el producto que había transformado su vida, pero quién podía haber sido, en concreto, era difícil de clarificar.

Pero al poco tiempo, ocurrió otro caso parecido, no demasiado lejos, en el barrio de Ibiza, cerca del Parque del Retiro. Un hogar que respondía a cierto nivel adquisitivo, propiedad de un hombre soltero, muchas evidencias de consumo de Aetheris, un despacho con un ordenador lleno de luces de colores y cuatro pantallas instaladas en una estructura anclada en la pared, y él encontrado

muerto por su asistenta de hogar, una peruana llamada Stephie. El hombre soltero tenía los ojos arrancados en la mano, y un montón de hojas alrededor con fotografías de su propia casa tomadas desde varios ángulos. Todas, sin nada especial.

Los otros casos eran similares. Una abogada, Celia Abad, titular de un despacho de abogados que llevaba su nombre. En el membrete de la puerta, de casi dos metros de largo, ponía en grande ABAD LAWYERS, lo que usualmente producía cuanto menos, cejas levantadas. En inglés, *A Bad Lawyer*, significa 'Un mal abogado'. A pesar de esa gracieta, a Celia no le iba mal. Tenía un Tesla de alta gama, un piso grande cerca del Museo Nacional del Prado, y gustaba de hacer pequeños viajes de fin de semana a Londres, París y Venecia, casi siempre, para hacer compras.

Apareció muerta en el interior de su coche, en el garaje de su casa, completamente desnuda, con las mejillas en carne viva de tanto llorar, el pelo revuelto y dañado, como si se lo hubiera arrancado con los puños, y los tímpanos perforados con daños irreversibles, profundos y manifiestamente letales. El análisis forense dictaminó que en su cuerpo había evidencias de que había consumido Aetheris, pero a pesar de la tentación, no pudieron clasificar el caso como suicidio. «Era una mujer inteligente», decían los que la conocieron.

«Cabal, de gran éxito».

«Siempre contenta».

«No tenía problemas, tenía un despacho propio y una vida perfecta».

«Una ganadora».

«¿Suicidio? ¿Celia? No me haga reír».

Se determinó que era altamente improbable que una mujer de su perfil y altura intelectual eligiera perforarse los tímpanos como método de suicidio, aunque solo fuera por el dolor lacerante que semejante método debía haber causado.

Los otros casos eran similares. Siempre había Aetheris por medio. Siempre había ojos, oídos o gargantas dañadas, mutiladas, arrancadas.

No hacía falta aprobar muchas oposiciones para saber que eso indicaba un patrón.

Un claro patrón.

Pero a pesar de los esfuerzos y de la enorme cantidad de horas de trabajo asignadas a los casos, nadie había podido encontrar una pista sólida sobre el posible autor de los asesinatos, por mucho que intuyeran que se trataba de una sola persona, o por más que intentaran reenfocar las investigaciones bajo el enfoque plausible de que, de hecho, fueran varios asesinos.

—He recibido el informe sobre el Aetheris —explicaba el jefe en ese momento, paseando de un lado al otro del despacho. Rebeca odiaba que hiciera eso; le hacía perseguirle con la mirada como si estuviera en un partido de tenis—. Ahora son semanales. ¡Semanales!

—Sí, ya lo… entiendo —dijo ella.

—Claro. Por cómo cambia el escenario. Cada vez más rápidamente. La verdad es que el índice de propagación es… abrumador.

—Vale —dijo ella—. Pero ese tema es de la gente de la droguería, ¿no?

—No te hagas la lista, Laza —dijo el jefe, deteniéndose en seco —. Llevamos un año trabajando con ellos. Cada vez hay más Aetheris, y arriba están preocupados por si volvemos a tener otro asesinato relacionado con esa… mierda de droga.

—Bueno… —empezó a decir ella.

—Es una preocupación genuina —le interrumpió el jefe—. Y si no estás de acuerdo, empezaré a dudar de tu capacidad.

—No, no es eso, pero…

—¿Cuánto tiempo pasó entre el primer asesinato y el segundo? —preguntó él de repente. Miraba al suelo, esquivando el contacto visual. Eso siempre eran malas noticias. Sí, lo conocía bien, y lo conocía como si fuera su puñetero marido, el jefe solo miraba a los ojos si tenía buenas noticias o cuando no tenía noticias en absoluto, cuando… se trataba de charlas casuales de despacho, sobre este o aquel tema. Charla de oficina.

—Vale… —dijo ella—, ya veo por dónde vas…

—¿Cuánto tiempo?

Ella suspiró.

—Cuatro meses —dijo, bajando la voz.

—¿Y entre el segundo y el tercero?

—Tres meses.

—¿El tercero y el cuarto?

—También tres meses… —dijo ella.

—Ah, pero… entre el cuarto y el quinto…

—Dos meses.

El jefe sonrió, extendiendo los brazos como si fuera un alquimista que ha encontrado la fórmula de la piedra filosofal.

—Exacto —dijo, al fin—. Imagino que ves el patrón.

Rebeca inclinó la cabeza, sin decir nada.

—No solo hay una clara relación entre la expansión siempre creciente de esa droga y los asesinatos, es que los asesinatos se producen cada vez más rápidamente.

«Es lo mismo», pensó Rebeca, mientras tenía mucho cuidado en no mostrar ninguna expresión que fuera legible. Su jefe tenía sus cosas y no era el tipo más inteligente que había conocido, pero estaba ahí en su puesto por algo, y sabía leer una expresión, cualquier expresión, como alguien lee un mensaje de WhatsApp. Pero no lo dijo.

—Vale —dijo ella—. ¿Y de qué se trata?

—¿De qué se trata el qué? —preguntó él. Parecía genuinamente confundido.

—Bueno, imagino que has venido a… contarme algo.

Él asintió. La señaló brevemente con el dedo mientras lo sacudía en el aire.

—Exacto —dijo—. Bien. Verás. El informe hace hincapié en ese efecto… colateral… de la droga.

—Las alucinaciones —dijo Rebeca.

—Bueno. No, exactamente. O sea…, sí, pero… el informe menciona alucinaciones muy concretas.

—Concretas —repitió Rebeca, prudente.

El jefe asintió.

—Esa es la particularidad, Laza —dijo el jefe—. La… particularidad. El patrón, ¿no es verdad? El elemento que despunta. El común denominador. ¿No decimos eso siempre?

—Bueno —dijo Rebeca con cierta prudencia—, no es nada nuevo… Es un dato conocido y ampliamente estudiado que…

El jefe volvió a señalarla con el dedo.

—¡No, pero espera! —dijo, con una expresión casi teatral—. Laza. Espera. Siempre son alucinaciones relacionadas con lo mismo.

El mismo tema concreto. Siempre.

Rebeca levantó una ceja.

No le estaba gustando la dirección que estaba tomando aquella conversación.

—Bien —dijo el jefe—, ya veo por tu cara que sabes de qué va todo esto, así que iré al grano.

Ella intentó respirar hondo mientras escuchaba.

Se sentía como si estuviera en un refugio antiaéreo escuchando el *crescendo* ominoso y vibrante de una bomba acercándose.

—¿Recuerdas el plan C?

«Ahí está», pensó. «La bomba».

Sonrió, pero era una sonrisa incómoda.

—El plan C… —susurró.

Su jefe asintió.

Recordaba el plan C, por supuesto. Claro que sí.

A lo largo de la historia, las autoridades habían recurrido, en ocasiones, a gente como médiums y psíquicos, o al decir de Rebeca, gente que decían ser una o ambas cosas, para que se involucraran en las operaciones relacionadas con resolver crímenes o localizar personas desaparecidas. En la era victoriana, en Inglaterra, el espiritismo se popularizó de manera mayúscula, y no era inusual que ciertos detectives comenzaran a consultar a médiums para obtener pistas. En los Estados Unidos, los años 60 y 70 fueron también épocas de gran auge en ese tipo de colaboraciones. Esos antecedentes propiciaron que, en algún departamento, en el corazón de la Policía Nacional de Madrid, se esbozara sobre papel algo que llamaron el plan C. Rebeca lo había leído, por supuesto, y recordaba vivamente aprender sobre Peter Hurkos. Hurkos era un médium neerlandés que colaboró con la Policía en casos de alto perfil, incluyendo, por supuesto, algunos asesinatos. El informe decía que Hurkos obtenía visiones de los crímenes y los implicados mediante el contacto con objetos de las víctimas, una práctica conocida como psicometría.

Había numerosos antecedentes declarados en el informe, y parte de esos antecedentes eran documentos extraídos de los archivos de agencias como el FBI y otras, que experimentaron con programas de percepción extrasensorial (a Rebeca el nombre le producía cierta hilaridad) y otras habilidades psíquicas. Especialmente, durante el

tenso e inestable período de la Guerra Fría. Naturalmente, dichos programas recibían nombres como el *Stargate Project*, lo que, desde luego, todavía lo hacía más risible.

Rebeca no se reía de que aquellos estudios y esfuerzos intentaran explorar métodos no convencionales en la aplicación de la ley. Para Rebeca tenía… cierto sentido. Había sido educada para tener una mentalidad científica, y eso, desde luego, significaba no cerrarse a las posibilidades. Por muy descabelladas que fueran. Sin embargo, era un hecho que todos aquellos esfuerzos de investigación de hacía décadas o, incluso, un siglo, no habían encontrado un respaldo científico. Nada respaldaba la eficacia de los médiums. Nada, en absoluto. En ciertos casos, las investigaciones parecían haberse beneficiado de todas aquellas «predicciones» o «visiones», pero la comparación simple y llana de casos de éxito y fracaso no cuadraban. Entraban más en el terreno de la estadística.

El escenario de Rebeca era la primera mitad del siglo XXI. La humanidad se concentraba en la computación, el desarrollo tecnológico y, naturalmente, cuanta más tecnología se disponía, más tecnología se creaba. Estaban explorando el nacimiento y el auge de la Inteligencia Artificial, y avanzaba de una manera tan rápida que todos los expertos aún tenían que idear nuevas maneras de aplicarla. Los avances eran imparables.

Si su jefe le hubiera dicho que los chicos y las chicas del departamento de Nuevas Tecnologías habían desarrollado una IA para combinar datos, probar nuevas ramas de investigación o algo en ese sentido, se hubiera mostrado bastante interesada. Ilusionada, de hecho. Porque eso hacían las máquinas, era su campo de especialidad, desde que se construyeron los primeros modelos hacía ya un siglo: Coger datos y manejarlos, moverlos, compararlos, ofrecer resultados.

Pero…

¿Médiums?

O sea. Fantasmas. Fantasmas de verdad.

Porque el plan C proponía eso.

El uso de médiums que captaban cosas.

Y el Aetheris revelaba… fantasmas.

No alucinaciones. Fantasmas.

—Ay, Dios… —susurró.

—Lo recuerdas —dijo el jefe—. Bien. Porque… Laza, vamos a tener que explorar esta vía. No ha sido… idea mía, ¿vale? La orden viene de arriba.

—¿Quieres… consultar un médium? —preguntó ella, atónita.

—Oye, a mí también me parece muy peregrino —explicó el jefe —. Pero es verdad que estamos atascados. Tienes que reconocerlo. ¿Sabes cuánto presupuesto llevamos en esto? La cantidad de horas, personal, material, recursos… Y no es solo eso. Es que el tiempo entre asesinato y asesinato se acorta. Arriba se han dado cuenta. Temen que se nos eche encima otro asesinato. Y lo peor… que venga luego otro. Y otro. Cada vez más rápidos, porque el asesino o los asesinos se sentirán confiados. ¿Me explico, Laza?

—Sí —dijo ella—. Pero jefe… ¿un médium?

—Sí —respondió él—. Un médium. Una médium, de hecho. Asesora oficial del cuerpo. Y por si quiere saberlo, tienes una reunión con ella dentro de media hora.

—¿Qué? —graznó ella.

El jefe se revolvió, visiblemente molesto.

—Abre la mente, Laza —dijo—, por el amor de Dios. Deja de poner caritas de… lo que sea que estás poniendo. No seas obtusa, ¿vale? Coopera. Colabora. ¡A probar! Que no perdemos nada.

Rebeca no dijo nada.

Se quedó mirando cómo abandonaba el despacho sin molestarse en cerrar la puerta.

Y eso también era malo, como cuando evitaba el contacto visual.

«No perdemos nada», había dicho.

Pero sí que parecía que algo se estaba perdiendo.

La puñetera cabeza.

2

Le informaron de que alguien preguntaba por ella media más tarde, tal y como como había dicho el jefe.

Rebeca no la hizo esperar. Bajó a la planta baja avanzando con soltura por los pasillos y tomó la escalera en lugar del ascensor.

Solía hacerlo cuando necesitaba soltar tensión. Como al común de los mortales, no le gustaba que le forzaran a hacer cosas que no quería, pero si encima le obligaban a hacer cosas en las que no creía, la cosa era…

Bueno. Mucho peor.

Sin embargo, a pesar de estar predispuesta para llevarse una mala impresión, la primera sensación no fue mala.

Ella, la médium, la esperaba detrás del control de la puerta, junto a la cabina de registro de visitantes. Se trataba de una mujer de cierta edad, vestida de una manera discreta, incluso con un toque *vintage*. Una falda plisada, un bolso clásico de color crema, zapatos brillantes y una rebequita rosa sobre el jersey claro y ligero. Tenía, además, un cuerpo grande, y unas gafas gruesas con una montura de color claro. Las mejillas destacaban por su color exageradamente rojizo, tanto, que Rebeca pensó que se trataba más de algún tipo de rosácea que de salud en general.

Parecía agradable.

—¿Rebeca Laza? —preguntó cuando se acercó, mostrando una amplia sonrisa. Era una sonrisa genuina, no una sonrisa social. Y tenía unos dientes bonitos.

—Sí —dijo ella, estrechándole la mano.

«Perciben cosas por contacto», pensó brevemente, pero desechó el pensamiento sacudiendo la cabeza.

—Perdone, no me han dicho su nombre…

—Martina —dijo ella—, Martina Pipó. Pero por favor, ¿podemos tutearnos?

—Sí… —respondió Rebeca—. Se lo… Te lo agradezco. De hecho, la gente que me conoce me llama Rebs, si te gusta más.

—Rebs —dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza—. Rebs está muy bien, sí. ¡Trato hecho!

Rebeca asintió.

«Pipó», pensaba. Creía que el apellido era catalán, gallego tal vez. Pero eso, naturalmente, no quería decir nada. Con la globalización que estaba experimentando el mundo, un apellido podía extenderse casi por cualquier parte. Martina podía ser más madrileña que ella misma. O haber nacido en Andalucía, para el caso.

—Muy bien, entonces… ¿Pasamos a mi oficina para empezar a

alinearnos con…?

Martina le interrumpió levantando una mano en el aire. Sacudió brevemente la cabeza mientras movía la cabeza negativamente, sonriendo todavía.

—Rebs, perdóname… —dijo—, sé que tendrás tus protocolos y tus procesos de trabajo, y lo entiendo, de verdad… pero te pediría, por favor, que fuésemos a un sitio menos… formal para empezar esta relación. Algo más distendido. ¿Qué tal si tú y yo vamos a una cafetería, aquí al lado, y pasamos un ratito hablando de la vida o de nosotras o de lo que quieras, antes de empezar con los datos fríos del caso?

Rebeca pestañeó.

—Como dos viejas amigas —dijo Martina.

La agente dejó escapar un pequeño suspiro.

—Martina… —dijo despacio—. No soy… de ese estilo. No quiero sonar borde, pero… no vamos a ser… amigas. No tengo amigos, ni amigas. Mi vida es mi trabajo, es lo que me interesa, lo que me importa, y las relaciones personales las dejé atrás. No tomo café ni voy de cervezas, ni de fiestas, ni visito a nadie en su casa ni nadie entra en la mía. No es personal. Es como son las cosas.

Y era cierto. Con el paso del tiempo, en el inevitable discurso vital que había sido su vida hasta ese momento, Laza había aprendido muchas cosas, pero una había resultado ser tan cierta como que el Sol sale por el Este. Décadas atrás había sido una especie de yonqui de las relaciones humanas, de las relaciones satisfactorias. Había deseado tener amigos, y los había tenido, por descontado; había deseado tener pareja y había tenido varias en su vida. Grandes amores que vivió con intensidad durante largos períodos. Pero las personas, fueran conocidos, amigos, compañeros o amantes, habían demostrado ser variables demasiado complicadas. Un complicadísimo batiburrillo de deseos, intrigas, mentiras, traiciones, risas… pero también, lágrimas, decepciones, dolor y…

Y dolor.

Rebs estuvo sola de pequeña e hizo un viaje dramático, el viaje de la heroína, el periplo de Ulises, que la llevó, describiendo un círculo, al punto de partida. Al momento en el que estaba sola. Pero aquella vez, tenía algo en su interior: la certeza absoluta, férrea e

inamovible, de que la única felicidad que uno podía aspirar a obtener en la vida venía del interior. Que el viaje era hacia dentro. Que no le hacía falta nadie para sentirse completa, satisfecha, feliz y con carencia absoluta de cosas como las incertidumbres.

Martina asintió con amabilidad.

—¡Muy bien! —dijo con cierto entusiasmo, dando pequeñas palmadas fingidas de contento—. Me gusta mucho que hables con tanta sinceridad y… te lo agradezco. Te lo agradezco de corazón. Tu sinceridad y tu honestidad. La compostura social es una cosa que… bueno, me pone de los nervios, francamente —añadió con una sonrisa—. Entiendo el modo de vida que has elegido y me parece muy… saludable. Y que hables de ello con naturalidad, más todavía.

Rebeca asintió. Imaginaba que sus palabras podrían haber sonado hostiles, extrañas, incluso inapropiadas a cierto tipo de personas. Pero Martina parecía sincera cuando hablaba. Esa certeza formaba parte del «cinturón de herramientas sexto sentido» de cualquiera que llevara en el cuerpo un tiempo. Uno sabía distinguir cuando alguien hablaba desde el corazón o desde la cabeza. Rara vez eran la misma voz.

—Sin embargo… —siguió diciendo Martina—, quiero preguntarte algo… ¿Te ha contado Conde cuál es la naturaleza de mi trabajo?

—Sí —respondió ella. Sí, su jefe le había dicho.

El plan C.

—¿Y cómo me ha descrito? ¿Una asesora? ¿Una… vieja chalada?

Rebeca sonrió.

—¿Una… médium? —siguió diciendo—. ¡Porque no sé qué suena peor! ¡Seguramente, sean la misma cosa!

Rebeca rio con ella.

—Una médium, sí —dijo Laza. Descubrió que la palabra se resistía a formarse en su garganta, como si el solo concepto le causara rechazo.

Martina sonrió.

—¿Lo ves? —preguntó con suavidad—. Ya he percibido que… no crees media palabra de nada que tenga que ver con médiums.

Rebeca dio un pequeño respingo y levantó una ceja.

Martina, sin embargo, rio con ganas, sujetando su bolso como si fuera a salir corriendo.

—No, cielo —dijo en tono conciliador—. Es una broma. No funciona así… ¿sabes? No he percibido nada que no sea el olor a lejía que viene del cuarto de baño que hay aquí al lado. Las personas como yo no vamos por ahí como un… Jedi o un archimago, leyendo mentes y sabiendo cosas. ¡Aquí estaría yo!

Rebeca volvió a sonreír. Pensó que Martina era, ciertamente, un personaje curioso, y pensó también que no sabía si ayudaría a resolver alguno de los casos, pero que, tal vez, llegara a disfrutar de su compañía.

—Pero mira —siguió diciendo ella—, ahora que te han dicho lo que hago o lo que soy o lo que se supone que soy o lo que se supone que hago… quiero explicarte una cosa. Comprenderás que, de ser cierto algo de todo eso, mi trabajo no es como el tuyo, o como el de la mayoría de los que trabajan aquí. Mi trabajo es un poco delicado, y cuando digo delicado no quiero decir especial. ¡El tuyo sí que es especial, usando la lógica y la deducción para atar cabos, ver problemas, mentiras ocultas en los testimonios de la gente, y todas esas cosas! Madre mía, yo sería incapaz.

Rebeca escuchaba con atención.

Desde luego, era inteligente. En un primer párrafo introductorio se había colocado por debajo de la capacidad del trabajo policial, y eso era…

Bueno, inteligente.

—Por delicado quiero decir que es… frágil. Se rompe. Se resquebraja. No es consistente. Es como… —inclinó la cabeza, pensativa, casi soñadora—, ¿cómo te lo pinto? Vale… Imagina dos adolescentes a la puerta del instituto. A él le gusta mucho ella, muchísimo. Quiere salir con ella. Quiere pedirle una cita, quiere besarla… es su primer amor y querría… querría mucho más, ¡querría pasar su vida con ella! ¿Vale?

Rebeca asintió con genuina curiosidad.

—Vale —dijo.

—Así que se lanza. Sabe que no es el gallo más guapo del corral y que tampoco tiene el tipo de cuerpo con el que las chicas de su edad suspiran, así que sabe que tiene que jugar muy bien sus cartas. Quiere sorprenderla, quiere resultar… interesante. Mucho más que

interesante. Quiere gustarle. Sabe que la primera impresión es la que cuenta, que tiene una oportunidad entre diez de decir algo que le llame la atención, que le haga pensar algo así como… «Vaya. Este tío me gusta», así que mientras habla, su mente trabaja a toda velocidad barajando las posibilidades antes de cada respuesta. Cada vez que ella responde, su mente evalúa cada opción y trata, de una manera inconsciente, de elegir la mejor respuesta mientras examina sus reacciones. Ajusta el tono, la cantidad de humor que pone en cada respuesta… Son un buen montón de variables para tener en cuenta, y él no dispone del lujo del tiempo. Tiene que responder con suficiente rapidez para que todo parezca… natural, porque, incluso a su edad, sabe que, si el elemento naturalidad desaparece, ella percibirá algo raro y lo tachará. Lo tachará, probablemente, para siempre, y no solo no la conseguirá, no habrá cita, no habrá salida, y, por supuesto, no habrá besos, ni un futuro con ella, ni… nada.

Rebeca asintió y dijo:

—Vaya… Bueno, creo que todos hemos pasado por eso…

Martina asintió.

—A eso me refiero con que mi trabajo es… frágil. Cuando trabajo, yo soy ese chico, y la adolescente guapísima que quiero conseguir es todo lo demás. La vida. El caso. Todo con la presión de que, si fallo, si no sé jugar bien mis cartas y encontrar las frases adecuadas, habrá un asesino en alguna parte que se saldrá con la suya y seguirá durmiendo en su cama cuando podría estar en la cárcel.

—Creo que… entiendo —dijo Rebeca despacio.

—Mi trabajo se basa en unas sensaciones que nacen desde dentro y se alimentan de cosas que yo apenas comprendo. Llevo toda mi vida sintiendo cosas que no puedo explicar, mucho menos controlar, que no sé cómo funcionan o de dónde vienen. Solo sé que, rompiendo cualquier tabla de probabilidad o de estadísticas, la mayor parte de las veces… son ciertas.

—Vale —añadió Rebeca, asintiendo con los ojos entrecerrados —. Creo que sé a qué te refieres.

Martina asintió, sonriendo.

—Cuando trabajo —siguió diciendo—, lo hago con cosas que… forman más parte de lo que llevo dentro que de otra cosa. Es algo

personal. No está escrito en ningún manual. No hay un… procedimiento policial para ser médium. Es mi propio libro. Por eso insisto en empezar con algo diferente. Tomemos un café o un vermut, o lo que sea que prefieras, y charlemos un poco solo para ver… cómo van las cosas.

—Eso… te ayudará a hacer mejor… lo que haces —dijo Rebeca, bajando el tono de voz, como si fuera algo casi confidencial.

Ella, la médium, volvió a asentir, todavía sonriendo.

—¿Sabes…? —dijo Rebeca sacando el móvil del bolsillo para mirar la hora—. Creo que… Creo que me tomaré ese lo que sea contigo.

Ella volvió a fingir batir palmas.

Se la veía adorable.

3

Se sentaron en la terraza de una cafetería que estaba a unos cien metros de la comisaría. Era curioso, pero la terraza tenía una asociación indiscutible a ocio, a tiempo libre. Ella había estado allí innumerables veces, pero nunca fuera. Fuera se sentaban los madrileños y los turistas que tenían tiempo libre, que disfrutaban de la avenida, que comentaban cosas como la gestión política de la comunidad o trazaban planes sobre un mapa extendido en la mesa. ¿Ella? Ella se sentaba dentro. Los compañeros, de uniforme o no, se sentaban siempre dentro, generalmente en la barra. Estar sentados en la terraza podía verse como si estuvieran…

Ganduleando.

Así lo llamaba Conde, el jefe.

Pero Martina había insistido en sentarse fuera y a ella no le pareció mal. Después de todo, los de su grupo iban vestidos con ropas civiles normales.

—Cielo —dijo Martina después de pedir café—, no hace falta ser médium para saber que eres bastante escéptica sobre todo esto. Es normal, no te preocupes. La mayoría de las personas que conozco trazan una especie de… línea imaginaria sobre este tema. Pueden estar hablando contigo de casi cualquier cosa y mostrarse abiertos,

afables y receptivos, pero cuando me preguntan a qué me dedico… Bueno, Dios me libre de mencionar la dichosa palabra médium.

Rebeca se rio.

—¿Y qué les dices?

—Hay mucho eufemismo que me saca de la cárcel —dijo Martina—. Por ejemplo, asesora técnica de la Policía. Suena bien, ¿no? Asesora técnica. Cuando dices algo así, todo el mundo asiente con expresiones de aprobación, como si… como si supieran lo que narices significa. La clave está en la palabra «técnica». La gente se hace la entendida. Se la cree.

Rebeca todavía se reía.

—Esa es buena —admitió—. Pero… supongo que… debo admitir que… no tengo ni idea de cómo funciona lo que haces.

—Yo tampoco —dijo Martina—. Ya te lo he dicho. El otro día leí una estupidez soberana sobre algo llamado… *mindfulness* o algo así. Reconozco que no soy buena con los idiomas. ¿Has escuchado hablar de eso?

—Sí —dijo Rebeca con cierto desdén—. No le presto demasiada atención a esas cosas, ya que, si es un concepto que necesitan encapsular con un palabro en inglés, suele ser una gilipollez.

Martina se rio a gusto.

—Me encanta —dijo, mientras el camarero les servía los cafés—. ¡Gracias! Pues… no es más que… aprender a ponerle pausa a todo el ruido en la cabeza, ¿sabes? Es estar en el momento presente. No estar en otro sitio, en el futuro, siempre preocupado…

—¿En serio? —preguntó Rebeca.

—Es como este café —siguió diciendo Martina—: En vez de pensar en todo lo que tenemos que hacer más tarde o lo que pasó ayer, nos concentramos solo en… este café. La textura del líquido con su espuma. La espuma es fascinante… hace formas interesantes y nunca la miramos. Nos damos cuenta de su sabor. Su temperatura. Y no solo eso. Esta calle. El Sol que se va. La temperatura, que empieza a ser fría pero no tanto como para hacernos sentir incómodas. El ruido del tráfico. El olor a tráfico mezclado con el suave aroma a árbol es muy de Madrid. El tacto de la silla bajo el trasero…

Rebeca seguía sonriendo.

—Entiendo, pero… ¿qué tiene que ver…?

—¡Ah! —interrumpió ella—. Pues que me hace gracia que ahora la gente practique el *mindfulness* o como se llame cuando yo me veo obligada a hacerlo en todo momento. Cada momento. Todo instante. Y tiene mucho que ver con mi trabajo.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Rebeca, interesada.

—Porque los médiums somos como radios con el dial averiado, querida —dijo—. Recibimos información, eso seguro, pero desconocemos de dónde viene, por qué viene, y muchas veces, recibimos información que no sabemos manejar. Te viene una percepción extraña que te produce sensaciones, pero ignoras si se refiere a tu momento vital, a ti misma, a algo que va a ocurrir, algo que ocurrió en ese momento, o ninguna de esas cosas.

—Vaya —dijo la agente después de sorber su café. Estaba humeante y manifiestamente bueno. Era casi sorprendente, como si… como si en aquella terraza sirvieran una versión *Premium* del café que solían tomar en la barra. O quizás fuera por lo que había dicho Martina, porque había observado su superficie, sugerente, evocadora, había visto el tibio rastro del humo escapando de la taza y había sentido su suave tacto. Quizás. Tal vez—. Pero… ¿Por eso tienes que… concentrarte en el instante?

—¡Exacto! —confirmó Martina—. Justo. Para las personas como yo, la vida es un muestrario sorprendente de cosas, y no todas están a la vista. Hay mucha información esperando ser percibida o recibida de alguna manera, y nosotros la recibimos.

—Las radios rotas —susurró Rebeca.

«No todas están a la vista», había dicho.

Su madre tuvo un gato cuando era pequeña. Su padre hablaba a menudo de la reputación de los gatos; decía que esos puñeteros hijos de satanás estaban aquí y allí a la vez. Que se asociaban con brujas y aquelarres, sentados en sus escobas voladoras, por una razón. Que los egipcios los adoraban. Lo cierto era que cada vez que Martina se acercaba a su gato, él la miraba, pero el hecho de mirarla no era suficiente para aquel gato gris con rayas negras y blancas, tan normal como el más normal de todos los gatos; lo cierto era que cuando acercaba la mano, el gato tenía que…

Olerla.

Siempre hacía lo mismo.

Como si no se fiara de sus ojos.

Tenía que olerla.

«Ese estúpido animal no se fía de lo que ve por una razón», decía su padre, «porque los fantasmas no huelen».

Martina sorbió un poco de su taza y asintió.

—Radios rotas… —repitió—, pero no es descabellado, ¿no crees?

—Pero… ¿De eso se trata? ¿De… recibir información? Creía que los médiums veían cosas.

—Cosas —repitió Martina con una expresión misteriosa, claramente juguetona.

Rebeca rio.

Martina bajó la cabeza y carraspeó.

—Sí —dijo Martina—. Puede… puede ocurrir. No es lo más habitual del mundo, pero… de hecho, ocurre. Vemos, escuchamos…

—¿Cómo es eso posible?

Martina se encogió de hombros. La sonrisa permanente en su rostro se había apagado un poco.

—Es cuestión de perspectiva —dijo, ahora en voz baja—. Imagina que, en este mundo, desde los albores de los tiempos, todos hubiéramos nacido ciegos. A lo mejor no tendríamos el nivel de conocimiento y tecnología que manejamos ahora como especie, y desde luego, nadie fabricaría cosas como espejos, pero imagino que… —sacudió la cabeza, pensativa— imagino que habríamos conseguido llegar a cierto nivel de prosperidad y confortabilidad, sí, por qué no. Cosas como el oído y el tacto se desarrollan mucho cuando no tienes ojos, así que no es descabellado pensar que el hombre de las cavernas aprendió a sobrevivir a sus depredadores, etcétera, etcétera.

»Ahora bien —siguió diciendo—. Imagina que, en el momento actual, de repente, nace un niño que puede ver. Nadie se da cuenta, claro, hasta que ese niño tiene edad suficiente para expresarse. Ya ha intuido que es distinto, pero es confuso porque nuestro diccionario no tiene siquiera palabras como «ver» o «vista», y, por supuesto, no tiene otras como «claro», «oscuro», «rojo» o muchas otras, así que no sabe expresarse con claridad. Solo sabe que… —adoptó una sonrisa pícara— recibe cierta… información… que no sabe de dónde viene o cómo le viene, pero información que los demás no reciben.

Rebeca asintió, con la taza entre las manos.

—Vaya —dijo al fin—. ¡Esa también es buena!

Martina asintió.

—No te creas —dijo—, lo leí en alguna parte, así que siempre cuento lo mismo porque me hace parecer más lista.

Rebeca volvió a reír.

«Vaya», pensó. Hacía demasiado tiempo que no se reía tanto en un mismo día. Y tomando café en la terraza de la cafetería, además, como un madrileño de bien.

Definitivamente, la vida estaba llena de sorpresas.

—Pero… en serio… ¿qué… qué cosas llegas a ver?

Rebeca se sorprendió pensando que, si venía de aquella mujer, estaría dispuesta a aceptar, de alguna manera extraña, la posibilidad de que algo de todo aquello pudiera ser cierto.

Un poco, al menos.

Sonrió al pensarlo.

Pero Martina había mudado su expresión. Removía su café con aire pensativo, casi nostálgico.

—No es… lo más común —dijo de pronto, en un tono de voz dulce y bajo, como el de una amiga que le cuenta a otra que se ha enamorado del marido de otra mujer. Parecía que pensaba en algo que había aceptado, pero que no era precisamente la situación ideal — y creo que, de alguna manera, tengo que dar gracias por ello, porque cuando… te enfrentas a la visión desnuda de algo que tu mente insiste que… no es posible, no es real… como si se protegiera de ello… bueno, no es fácil. Es todo un trance, ¿sabes? No se supera de manera rápida y fácil. Pero ocurre, sí.

Rebeca no dijo nada. Sabía que ella quería seguir hablando.

—Los médiums no somos todos iguales —prosiguió Martina—. No todos tenemos las mismas capacidades. No es un botón que puedas pulsar y decir: «Ahora soy médium y, por lo tanto, puedo hacer esto y esto, y estas son las cosas que veo». Podría estar en una habitación con diez médiums más, y mientras uno se vuelve loco con la carga sensitiva a tope, el resto no vería nada más que el polvo en suspensión iluminado por los rayos de sol que entran por una ventana.

—Suena… complicado —admitió Rebeca.

—¡Y lo es! Es complicado. Yo tengo ya una edad y sé quién soy,

lo que puedo hacer y lo que no, y he aprendido a conocerme bien porque, por supuesto, muchas veces podemos tener… falsos positivos. Sensaciones fuertes que acaban en nada. Pero todo eso lleva tiempo, claro, y esa fortaleza, ese conocimiento, no se consigue de un día para otro. Antes has mencionado que te gusta la soledad que has construido, que las personas no te satisfacen, que te has hecho como persona y con eso estás… bien.

—Y así es —dijo Rebeca, ahora sutilmente ceñuda.

—Esa postura, esa posición en la vida, es el corolario de un buen montón de experiencias. Fricciones con la gente. Desengaños, decepciones que llevan al… hartazgo, supongo. Porque uno no dice: «Prefiero estar solo» y, además, lo cumple. A eso se llega con toda una larga cadena de vivencias y decisiones, más o menos conscientes, que te dan forma y cierta dureza.

Rebeca asintió.

Sí. Suponía que así era, sí.

—Lo mismo ocurre conmigo —exclamó la médium—. He llegado hasta aquí, me conozco, soy mucho más rigurosa con mis sensaciones, y cada vez soy más capaz de discernir si lo que siento es importante o no. Pero en tiempos, cuando era más joven… bueno… no siempre fue fácil.

—Entiendo… lo que me hace pensar… ¿Te han hablado del caso?

—¿Sí? —respondió Martina.

—La casuística de la droga que tenemos entre manos.

—Sí —confirmó Martina.

Rebeca sonrió y se encogió de hombros.

—Vale —dijo—. ¿Y qué piensas tú? De lo que dicen. Que cuando la tomas… puedes ver fantasmas.

Martina apuró su café y dejó la taza sobre el plato.

—Bueno, cielo —dijo ella—, he leído… he leído sobre esta droga, claro. He leído los informes. He escuchado a gente hablar de sus efectos. Y sé lo que dicen. Pero me preguntas… ¿Es cierto? ¿Si la tomas, puedes ver… fantasmas?

—Eso es —admitió Rebeca.

—Bueno. No lo sé. Como te he dicho, somos los… niños videntes en un mundo de ciegos. Nos cuesta explicar lo que vemos, lo que sentimos, porque ni siquiera el lenguaje está adaptado a nosotros. Y

me da la sensación de que, en estos días de tierra y carne, hay tantos tipos de médium como variedades de paella hay en el mundo.

Rebeca se rio entre dientes.

—No lo sé, francamente. ¿Qué ve alguien que toma esa droga, Rebs? No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros y componiendo una mueca divertida—. Dicen que ven fantasmas. Que ven formas neblinosas. Que ven siluetas. ¿Quién sabe lo que están viendo, realmente? ¿Y cómo saben que son fantasmas? ¿Solo ven o tienen también sensaciones? Porque si han visto algo de verdad… de eso no se sale fácilmente. Es una revelación íntima, profunda. Reveladora. Produce certezas. Es una puerta que, cuando se abre, no vuelve a cerrarse nunca más. Te hace quedarte muchas noches despierta, mirando al techo, preguntándote sobre la configuración de la vida, de las cosas, del mundo. Porque… hablando de mundo, bajo el cielo azul, hay muchas más cosas que… fantasmas.

Esas palabras tuvieron en Rebeca un impacto inesperadamente profundo. Tuvo que mantenerse un rato en silencio (y cosa curiosa, Martina respetó ese silencio como si supiera que lo necesitaba) y Madrid evolucionó con lentitud a su alrededor durante un momento todavía. Un ciclista con una canasta de Glovo pasó zumbando cerca de ellas, mirando su móvil. Pasaron coches y los semáforos cambiaron sus luces diligentemente, mientras alguien abonaba su cuenta utilizando su tarjeta sobre un datáfono. Una adolescente llamada Merche caminó por la acera entre ellas y la puerta de la cafetería como de puntillas, con una sonrisa en su cara limpia, sin maquillaje, porque había quedado, por fin, con el chico que llevaba meses siguiendo por Instagram.

Rebeca pestañeó, como saliendo de un pequeño trance.

—Entonces… ¿Podría ser… verdad?

Martina sacudió la cabeza.

—Podría. Y podría no serlo. Podrían ser alucinaciones. Una droga es una droga. Es un entramado salvaje de productos químicos que nos altera, que nos modifica, porque no olvidemos, cielo, que somos pura química. Incluso un sentimiento tan elevado como el amor puede explicarse con procesos químicos que tienen mucho que ver con la dopamina y la serotonina, como la droga que os trae de cabeza.

—Sí, claro —admitió la policía—. Desde luego.

—Ahora bien… —resolvió Martina—. La pregunta es… ¿Es relevante?

—Bueno —carraspeó Rebeca—, imagino que… puede serlo.

—Puede serlo —admitió ella—. Con lo cual… Llegamos a la parte de trabajo que tenía pensado comentar contigo cuando entráramos en materia. ¡No todavía! —añadió—. ¡No pretendía empezar tan pronto, creo que aún tenemos mucho de qué hablar! ¡Pero!

Rebeca levantó una ceja mientras Martina abría su bolso y extraía un pequeño folio.

Cuando lo extendió, Rebeca vio que se trataba de un mapa. La mancha verde central era inconfundible para un madrileño: era el Parque del Retiro.

Alrededor del parque había marcados algunos puntos rojos. Rebeca los conocía bien porque había trabajado mucho y muy duro mirando esos mismos puntos. Eran los lugares donde se habían cometido los cinco asesinatos.

—Oh —dijo.

—Exacto —dijo Martina—. No tengo que explicarte qué es, claro. Habrás mirado este mapa y esos puntos decenas de miles de veces.

—Sí —confirmó ella—. La cifra es bastante exacta.

La médium sonrió.

—Bien. Naturalmente, se ve que la disposición de todos los casos se arremolina alrededor de esta zona —dijo, marcando con el dedo un área que iba desde Chueca a Atocha, y que por el Este llegaba hasta el Retiro—, así que cuando nuestro jefe, Conde, me habló del caso, comencé por darme un buen paseo por la zona. No era un paseo que no haya hecho cientos de otras veces, como comprenderás, y aunque admito que esta vez iba con los ojos y los sentidos un poco más atentos, descubrí… que algo pasa.

Rebeca la miró, expectante.

—¿Algo pasa? —preguntó, con la boca repentinamente seca—. Qué… ¿Qué pasa?

Martina asintió con gravedad.

—Eso es, querida —dijo con gravedad—, que algo, de hecho, pasa.

Capítulo 7

Jules pasa la prueba

Jules Vikernes salió de su coche y fue muy rápido en abrocharse el abrigo. Al fin y al cabo, eran las cuatro de la mañana y la noche era fría y desabrida, aderezada con bandadas de jirones de una niebla débil e inconsistente como telarañas.

Esperaba que aquel fuera el sitio, porque le habían cambiado la ubicación hasta tres veces.

Primero dijeron el Polígono Industrial de Villaverde, una zona industrial al sur de Madrid dominado por calles oscuras y solitarias cuyo trazo dejaba grandes naves abandonadas a ambos lados. Un lugar amplio para dejar los coches, sin duda, y en absoluto un mal sitio para alguien que no quisiera llamar mucho la atención. Pero hacía tan solo dos horas cambiaron el punto de reunión, y ahora pasaba a ser los descampados junto al Manzanares, entre el Parque Lineal y la M-30. Sin duda, era también un buen lugar donde pasar inadvertidos, sobre todo, de noche.

Pero cuando estaba ya llegando, volvieron a cambiar la ubicación. Ahora sería en los antiguos terrenos de la estación de tren de Chamartín. Terrenos poco transitados de noche, con numerosas zonas tan apartadas como desoladas; tendrían suerte si encontraban algún yonqui que tuviera por allí su cubil.

A Jules le pareció que, cuando se trataba de hablar de negocios con cierta gente, aquellos movimientos dictados seguramente por la experiencia y la prudencia debían ser normales.

Se ubicó a cierta distancia del frontal de su coche, iluminado por las luces de sus faros, y esperó, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Eso era, exactamente, lo que le habían dicho. «Las manos en los bolsillos» podía parecer unas instrucciones muy

específicas y algo extrañas, pero en todo caso, eran de agradecer. Por el frío seco e intenso, casi penetrante del clima continental de la provincia. Uno casi no podía creer que hacía solo un mes habían tenido noches tan tórridas que era prácticamente imposible no andar sudando por todas partes.

Esperó y esperó, y casi veinte minutos después se encontró a sí mismo dando saltitos para combatir la sensación de estar quedándose aterido.

Llegó a pensar que aquella reunión no era sino una especie de acto de fe. O una carta de presentación solo de ida. Que nadie aparecería. Probablemente, alguien oculto en la distancia tomaría fotos de él con una cámara con un súper teleobjetivo. Luego, examinarían y estudiarían esas fotos para estar seguros de que trataban con la persona que decía ser. Quién era. Su pasado. Su historia. Y si esos exámenes resultaban satisfactorios, volverían a ponerse en contacto con él. Eso no le sonaba descabellado.

Pero no ocurrió.

Al cabo de unos momentos, un silencioso coche de alta gama apareció desde algún lugar a la derecha de donde él estaba, a cierta distancia, y condujo con suavidad hacia su posición.

Los faros le iluminaron cuando el coche estuvo bastante cerca, y Jules quedó ubicado justo entre los focos de los dos vehículos.

Prudentemente, sacó las manos de los bolsillos con movimientos lentos y evidentes, y las extendió ligeramente a ambos lados de su cuerpo. Poco después, escuchó el sonido de las puertas del coche abriéndose. No consiguió ver a nadie, no obstante, cegado como estaba por los haces de los focos. Focos de neón. Luces largas. Imposible ver nada.

Pasaron unos momentos.

—¿Su nombre? —dijo una voz en la oscuridad.

—Jules Vikernes —exclamó él, alzando la voz.

Y entonces, sí; escuchó el sonido de una cámara de fotos que, con seguridad, debía estar tomándole unos primeros planos. Lo entendió y se dejó fotografiar, aun cuando la intensa luz del coche lo forzaba a mantener los ojos entrecerrados.

Hubo un instante de silencio.

—Acérquese —dijo una voz.

Jules obedeció.

Avanzó con paso lento, dando pequeñas zancadas, hasta que un par de brazos lo tomaron de las axilas y le obligaron a apresurarse. El hombre de la izquierda era bastante grande, calvo, casi con seguridad, y el de la derecha parecía el prototipo del clásico exmilitar con marcas en la cara de más de una historia en algún conflicto armado, fuera en Irak o en los barrios más chungos de la propia Madrid. Los dedos de ambos se le clavaban en la carne.

Se encontró delante de la puerta abierta del coche.

—Mi coche —exclamó—. Lo he dejado…

Encendido, iba a decir.

Pero nadie dijo nada, y él comprendió.

El coche daba igual, por supuesto.

Subió al interior y, casi en el acto, se vio rodeado de los dos gorilas. Uno a cada lado. El hombre calvo grande seguía mirando al frente, pero el exmilitar le miraba fijamente. Jules intentó evitar el contacto visual. Miraba sus facciones, miraba su pelo, miraba su ropa.

Delante, otro tipo vestido con traje de chaqueta no había apartado las manos del volante. En el asiento del copiloto, otro individuo. Pelo corto, espalda ancha, porte elegante. Manipulaba la cámara con la que le habían hecho las fotos y, desde su posición, se pudo ver a sí mismo, con la cara pálida por efecto de la luz intensa de los focos. Supo lo que estaba haciendo: estaba subiendo las fotos a Internet, y ese detalle le satisfizo: no había tiempo que perder.

Olía ligeramente a fragancia de *after shave* y a coche nuevo, por cierto. Y a zapato de caballero caro. El coche era un Mercedes, por supuesto. Y olía a nuevo porque la gente de ese nivel solía cambiar de coche a menudo. Los vendían, los reemplazaban, se deshacían de ellos… lo que fuese. Pero no interesaba que estuvieran en circulación demasiado tiempo.

Carraspeó.

—Caballeros —dijo—, gracias por recibirme.

Nadie dijo nada.

El coche empezó a moverse. El propio Jules había conducido ya muchos coches eléctricos y coches híbridos, pero aún no se acostumbraba a la ausencia de ruido y de vibración. Uno ya no podía saber cuándo el coche estaba encendido o apagado siquiera, y eso era… era verdaderamente fascinante.

El exmilitar le extendió un trapo de color oscuro.

Jules comprendió de inmediato. Era una capucha, por supuesto. Le buscó el sentido y se colocó la capucha sobre la cabeza hasta que esta quedó completamente cubierta. Era una tela gruesa y costaba respirar con normalidad, pero se hizo cargo. También olía a nueva.

—Espero que el viaje no dure mucho —dijo—. No es precisamente cómodo respirar con esto puesto.

Resultaba extraño porque, debido a la naturaleza eléctrica del motor, no sabía si avanzaban rápido o despacio.

Iba a ser, ya lo sabía, un viaje largo.

Principalmente porque, con seguridad, que llegara a su destino o no dependía del informe que sacaran con esas fotos. Alguien, en alguna parte, había recibido el material y estaba realizando averiguaciones haciendo gala de un conocimiento ejemplar del manejo del Big Data, entrando a lugares donde no era precisamente legal entrar, pero por supuesto, sin ser advertidos. Sin dejar rastro.

No le importaba.

Jules Vikernes había hecho todos sus deberes.

2

Cuando le invitaron a salir del vehículo y le quitaron la capucha, sin ninguna advertencia previa, estaban, naturalmente, en una especie de garaje.

No era un garaje gris y sucio, sino una sala diáfana con otros coches aparcados. Suelos y paredes blancas, desprendía estilo y… dinero. Había un Pontiac de color *champagne* y un coche con aspecto de haber salido de las películas de *gangsters* de los años veinte, y había otros vehículos, pero cubiertos con una elegante lona gris. Y motos. Casi todas japonesas, sin distintivos. Y estantes con material de taller: bidones de aceite. Ruedas de recambio. Otros enseres de similares características.

—Sígame —dijo el exmilitar, hosco, que estaba desechando la capucha en una bolsita negra que una señorita de aspecto asiático le extendía. Ella mantenía la mirada en el suelo, pero, aun así, Jules la saludó cortés y brevemente con una ligera inclinación de cabeza.

Después de eso, fue conducido por un corredor hasta un ascensor que los llevó hasta la primera planta. Llegaron a una suerte de salón elegantemente decorado con muebles de innegable estilo. Techos altos, ventanales de suelo a techo desde donde se divisaba un frondoso jardín rodeado de árboles. El suelo, de mármol pulido en un tono de crema cálido, reflejaba sutilmente los destellos de los focos enclaustrados en el techo.

Jules recorrió la estancia con la mirada. Observó el sofá modular de limpias líneas de terciopelo cubierto de cojines de seda. Una mesa de cristal y acero exhibía, discretamente, un par de libros de arte. Jarrones italianos con orquídeas blancas dirigían la mirada hacia una chimenea enmarcada en piedra negra coronada por una obra de arte de estilo abstracto, el perfecto contrapunto con la limpia elegancia del salón.

—Siéntese —dijo el exmilitar, extendiendo el brazo hacia unas butacas apostadas alrededor de un mueble bar empotrado en la pared. Los estantes de vidrio estaban colmados de licores finos y copas de cristal de diversos estilos.

Jules obedeció de nuevo, pero antes de sentarse, otra chica del servicio le ayudó a quitarse su abrigo. Lo agradeció, porque el frío de la noche había quedado atrás hacía ya tiempo, en cuanto se encontró en el interior del Mercedes. Se sentó y cruzó una pierna sobre la otra, las manos reposadas sobre los brazos del butacón tapizado en cuero de tono caramelo. A su lado había una lámpara de pie, también de diseño italiano, junto a una escultura de bronce de manifiestos tintes aztecas. Una preciosa combinación, en su opinión: emanaba una elegancia discreta.

Y todo aquello no era… nada. Estaba seguro. Por mucho que le hubieran llevado en un coche silencioso con ausencia casi completa de ruidos, y aunque a través de los ventanales solo se vieran árboles que podrían formar parte de los exteriores de cualquier sitio de Madrid, el sitio estaba comprometido. Comprometido, sin duda. Podría identificar cualquiera de aquellos adornos, los muebles, incluso la firma sutil de los trabajos de mampostería cerca de los techos, o podría hacer una búsqueda, ayudado con una IA, en bases de datos de propiedades inmobiliarias. Algo le decía que aquella villa en particular se vendía como estaba, con prácticamente toda la decoración como estaba, y que desde luego no era, en absoluto, la

casa particular de su objetivo, el señor Kwame. Aún le faltaba bastante para llegar hasta él.

Aquella villa era un escaparate. Un lugar donde reunirse con gente, gente como él que, potencialmente, podían empezar a prestar servicios o formar parte de la cadena de trabajo y producción.

Un lugar que podía ser abandonado rápidamente.

Una villa de alquiler, con seguridad.

Pensando en eso, Jules no tuvo que esperar demasiado: un hombre vestido con chaqueta apareció desde algún lugar a su espalda y se sentó delante de él sin mediar palabra. Llevaba unos documentos en la mano.

—Buenas noches —dijo Jules.

Sus zapatos.

No le pasaron por alto sus zapatos.

Zapatos de John Lobb, de la línea Prestige, y no se equivocaba. Una casa británica de zapatería de lujo. Se hacían a mano y podían tardar meses en fabricarse. Costaban alrededor de diez mil euros.

Mientras tanto, el hombre estaba concentrado en los documentos: un puñado de folios grapados en su parte superior. Pasaba las hojas hacia uno y otro lado, haciendo una lectura diagonal. Sus gestos no estaban carentes de elegancia.

—Jules Vikernes —dijo por fin, con una voz grave y suave—. Es usted… noruego.

—*Faktisk* —respondió Jules.

El hombre levantó brevemente la mirada para dedicarle un pequeño contacto visual. Tenía una expresión adusta, casi aburrida. Su rostro delgado y alargado no le hacía parecer el hombre más amigable del mundo.

—Buena cuna —dijo el hombre por fin—. Sólida posición económica. Prestigiosa universidad europea. Tiene usted una consultoría de inversiones en Madrid. Empresario… Visionario… Bla, bla, bla… Relaciones comerciales en el extranjero… Operaciones bursátiles de éxito. Es poseedor de algunos reconocimientos de sitios como… cámaras de comercio, un banco, el Pedro Pastor, de inversión privada… Casado y luego divorciado, sin hijos. Varias gestiones inmobiliarias en Inglaterra y… —le dirigió una mirada tan furtiva como breve— Alemania, Grecia y… Rumanía.

Jules no dijo nada. Estaba, sin embargo, algo impresionado con la rapidez con la que habían recopilado todo aquel material. Un material que él había inventado, planeado y tejido con cuidadosa concentración y esforzado cuidado para…

Bueno, para ser encontrado, naturalmente.

Pero lo habían encontrado todo, al parecer. Incluso las pistas más escondidas. Todos los tesoros ocultos, sin ningún mapa de piratas por medio.

—No veo, sin embargo, nada que lo acredite para el tipo de operaciones que ha venido usted a ofrecer —añadió el hombre.

Jules asintió.

—Disculpe un instante —dijo—. Usted sabe quién soy, pero no he escuchado su nombre…

El hombre delgado arrugó la nariz en un claro gesto de desagrado.

—Puede llamarme señor Victor —dijo.

—De acuerdo —dijo—, gracias. ¡Bien! Soy un hombre que se viste por los pies, señor Victor. Satisfechas las formalidades, puedo decirle que, como comprenderá, el tipo de servicio que brindo a clientes especiales, como ustedes, no está entre mis cualificaciones… reconocidas. Creo que apreciará el hecho de que, a pesar de todo el visible esfuerzo que ha hecho su equipo, no ha podido encontrar absolutamente ninguna asociación entre mi persona y el particular mundo que rodea a su producto. No hay nada en todos esos documentos que sugiera remotamente ninguna ilegalidad. Ni la más remota.

El señor Victor le dirigió una mirada valorativa y asintió brevemente.

—Está bien —dijo, dejando los documentos a un lado—. Esto no nos va a ser útil en esta conversación, de todos modos.

Se pasó un dedo por la ceja izquierda mientras se miraba la otra mano, y suspiró largamente.

—Háblenme de sus servicios, señor Vikernes —dijo, extendiendo ambas manos hacia delante. Resultaba un gesto casi teatral.

—Expansión —dijo—. Expansión segura, rápida, garantizada, mucho más que rentable.

—¿Qué le ha hecho pensar que estamos interesados en expandirnos?

—Quizás no lo han pensado aún, pero lo harán dentro de poco. Están dominando Madrid y su producto cuenta con un interés creciente. La oferta era equis cuando el producto empezó a darse a conocer, pero la oferta ha crecido, de manera controlada y eficaz, para ser equiparable a la demanda. La demanda crece, el producto también. Eso me hace pensar que tienen mucha más capacidad de la que a muchos les gustaría para crecer.

El señor Victor no hizo comentario alguno. Escuchaba, con la mano apoyada en la cara y el dedo índice extendido.

—¿Ha estado siguiendo el… desarrollo de nuestro producto?

—Por supuesto. Siempre tengo un ojo puesto en cualquier cosa que ascienda como un cohete hacia el cielo nocturno. Allí arriba las cosas son diferentes. Es el lugar de los expertos. No se hacen cohetes combinando chatarra en un garaje. Hace falta dinero, conocimientos, una producción sólida, un plan y una estructura con la que yo me familiarizo. Porque me entusiasman las cosas bien hechas que tienen todas las posibilidades de ganar.

—Y quiere… fabricar más cohetes —musitó Victor.

—No solo eso —explicó Jules, inclinándose ligeramente hacia delante—. El espacio no se conquista con muchos cohetes. Puedes lanzar cien cohetes a Marte, pero si no son buenos cohetes, si no están fabricados a conciencia, no llegará ninguno.

—No le entiendo, señor Vikernes —dijo Victor—. Ha mencionado expandir el producto.

—Expansión con control —explicó Jules—. No necesita un asesor para llenar diez camiones con producto y mandarlo a varias ciudades. Los que venden productos como el suyo se los aceptarán con los brazos abiertos porque, como sabe, Madrid empieza a recibir visitas de turistas que vienen a comprar su producto. Algunos compran partidas grandes para llevarlos a sus ciudades y triunfar en sus fiestas. Barcelona, Valencia…

—Sí —dijo Victor mostrando cierto grado de fingido aburrimiento—. Lo sabemos. Y, como ha dicho, estamos preparados para expandirnos cuando queramos hacerlo.

Jules asintió mientras sonreía.

—Exactamente —explicó—. Pero la expansión conlleva riesgos. Riesgos elevados. Su producto, como sabe, está en lista de observación de muchos departamentos gubernamentales.

Autoridades competentes, con recursos y capacidad para hacer su trabajo bastante difícil. Pero una cosa es un producto que está teniendo éxito en Madrid, y otra… es una especie de pandemia nacional. Que es, naturalmente, donde estaremos dentro de un plazo de tiempo razonablemente corto, dada la calidad de su producto. Cuando eso ocurra, le aseguro que los esfuerzos se multiplicarán por diez o por cien. Habrá investigaciones, habrá presión por todas partes, y si hay crisis de salud pública manifiesta, se involucrará tanto el Ministerio de Sanidad como el Ministerio del Interior. Eso es mucho presupuesto en recursos y expertos como para hacerles frente. Si sale de Madrid sin control, la EDOA intervendrá haciendo el tráfico por carretera prácticamente imposible, y créanme, ese será el menor de sus problemas. Tendrán que enviar una enorme cantidad de producto para que un pequeño porcentaje lo consiga y llegue a su destino. Deberán tener tanto cuidado, que invertirán prácticamente todo lo que estén ganando para mejorar sus sistemas de seguridad y sigilo, ocultar sus cadenas de protección, mantenerse fuera de los ojos vigilantes de casi todo el mundo.

Victor permaneció en silencio unos instantes.

—De acuerdo —dijo despacio—. Y usted… es la solución a ese problema.

Jules sonrió, reposando la espalda otra vez en la butaca de piel de tono caramelo.

—Estoy bastante seguro —dijo.

—Véndamelo —increpó Victor, ceñudo.

—Ya he hecho esto antes —dijo en voz baja—. Con el fentanilo, por ejemplo. Consulte en Internet. Hay un informe financiado por el Ministerio de Sanidad que rechaza que en nuestras fronteras se pueda vivir una situación similar a la de Estados Unidos. Lo considera… alarmismo mediático. Pero el fentanilo está aquí, por supuesto. Le aseguro que es un negocio de lo más lucrativo para algunos de mis clientes. En los últimos cuatro años, su venta por prescripción médica se ha multiplicado por ocho, lo que, por supuesto, ha creado todo un mercado de clientes que demandan más de la felicidad instantánea que genera. Y a pesar de eso, sin embargo, los informes policiales revelan que apenas se ha incautado menos de un kilogramo.

El señor Víctor entrecerró los ojos.

—Y… ¿cómo explica eso? —preguntó.

—Bueno —exclamó Jules—, tengo mis métodos. Mis métodos, mis contactos, mis canales. Lo llamo crecimiento controlado garantizado exponencial. No… permita que su producto estalle y provoque una pandemia que ponga todas las dianas en su espalda. Deje la coordinación de la distribución y la logística en mis manos. Puede que gane menos en los primeros años de expansión de esta manera, se lo concedo, pero no habrá asesinado al producto, y de paso, a ustedes mismos, en un tiempo récord. En mis manos, en veinte años, esta será todavía una fuente de ingresos abrumadoramente rentable, segura, fácil, perfectamente consolidada y establecida.

—Es… interesante —admitió Victor—. Sin embargo, no ha dicho nada que no supiéramos. Lo que importa aquí es… lo que dice que puede hacer o lo que dice que tiene.

—Mis contactos —dijo Jules con una sonrisa.

—Interesante, sí. Qué duda cabe.

—Y no hablo solo de España —continuó diciendo Jules—. Puede que haya comprado la mejor mantequilla del mundo, pero una misma cantidad de mantequilla en un pan demasiado pequeño puede resultar pesada, puede llegar a saturar, y da igual que haya comprado un paquete de mantequilla suiza de mil dólares el paquetito, ya que, en poco pan sabrá a auténtica basura; querrá escupirlo en la taza del retrete.

Victor levantó una ceja.

—Hablo de… expansión internacional.

—¿Más… contactos?

Jules sonrió.

—Los tengo, por descontado —dijo con suavidad—. Pero no se trata solo de… contactos. Los contactos pueden hacerse, y el dinero, del que ustedes disponen en una cantidad evidentemente notable, compra muchos contactos muy rápidamente, ya lo saben. Hay un *know how* muy específico sobre la manera de manejar y distribuir un producto como el suyo, sobre todo, si queremos hacerlo de manera… controlada.

—Y usted lo tiene —repuso el señor Víctor—. El *know how*.

—Puede creerme.

—Entiendo…

Permanecieron en silencio, y Jules examinó a su interlocutor con suspicacia. Miraba sus zapatos, uno de los cuales, en el extremo de su pierna cruzada, sacudía ligeramente en el aire, como al son de una música invisible. Y Jules comprendió los silencios.

Era su oreja.

Había un pequeño dispositivo emergiendo tímidamente del conducto auditivo, tan pequeño que no había reparado en él.

Había sospechado que su conversación podía estar siendo grabada, sobre todo, porque estaba seguro de que, por encima del señor Victor, debía haber una larga cadena de jefes, y jefes de jefes, pero el señor Victor estaba, claramente, recibiendo instrucciones en ese momento.

Permaneció inmóvil, a la espera.

—Está bien —dijo—. Lo que dice parece interesante. La… expansión controlada, como dice, nos resulta atractiva. Pero querríamos saber qué opina del… ruido… que nuestro producto está produciendo.

—Desde luego… llama la atención —coincidió él—. Está provocando un pequeño revuelo, en efecto, sí.

—¿Ve eso un problema para la expansión? —preguntó el señor Victor.

—Nos referimos a toda la fenomenología relacionada con alucinaciones, ¿sí?

Victor asintió, despacio.

—Considero que forma parte del atractivo del producto —dijo —. Hace ruido, sí, pero, por el momento, es manejable. Hace que el producto sea objeto de deseo. Hay conversaciones, hay movimiento social, hay rumores… hay gente interesada en consumir el producto debido a esos rumores. Rumores sobre… ver fenómenos sobrenaturales.

—¿Cuál es su opinión sobre eso?

Jules pestañeó sin pretenderlo.

—Sobre… ¿las alucinaciones? —preguntó, confuso—. Como he dicho, forman parte del paquete. A los clientes les gusta. No parece, por el momento, un motivo de preocupación. Es más bien un motivo de compra, y, por lo tanto…, lo aplaudo.

—¿Ha probado nuestro producto? —preguntó Victor

rápidamente.

—No —respondió Jules con firmeza—. Lo siento, nunca pruebo ninguno de los productos que vendo, por motivos evidentes.

—¿Estaría dispuesto a probarlo?

La pregunta pilló a Jules fuera de juego.

Había estado manejando la conversación con verdadera soltura, como si siempre hubiera sido Jules Vikernes. Y se había conducido por derroteros que había previsto y para los que se había preparado. Pero… ¿qué tipo de comerciante de estupefacientes pregunta a alguien de su equipo que si estaría dispuesto a probarlo? En otro de sus personajes conoció a un tipo que comerciaba con sustancias que amenazaba con pegar un tiro a cualquiera que consumiera su producto, o cualquier otro, para el caso. Porque esas cosas eran nefastas para pensar con claridad. Porque eran salvajemente adictivas. Porque creaban problemas. Porque hacía esclavos de las personas, pudría sus mentes, acababa lenta o rápidamente con ellos. Entonces, ¿por qué esa pregunta? En la paleta de colores que tenía en la mano no existía ese tono, en absoluto. Él tenía colores. La pregunta era otra cosa. Era un sabor, un olor, algo totalmente inesperado y diferente.

Su mente trabajaba a toda velocidad.

—Es… es una pregunta curiosa —admitió al fin—. En principio, preferiría no hacerlo. Creo que todos sabemos el razonamiento detrás de esta preferencia.

Victor permaneció en silencio de nuevo.

Evidentemente, escuchaba.

—Permítame que insista, señor Vikernes —dijo con suavidad—. Si fuera necesario para hacer su trabajo, en el futuro, ¿estaría dispuesto a probar nuestro producto?

Jules inclinó ligeramente la cabeza.

—Si hubiera una necesidad imperiosa de probar el producto para mejorar el servicio que les ofrezco… Si probar el producto fuese a traer algún conocimiento especial sobre sus particularidades que me ayudara a tomar decisiones sobre los procesos que debo llevar a cabo… entonces, y solo entonces… sí. Lo haría.

Victor asintió, apoyó las manos en los brazos de la butaca y se incorporó con un movimiento rápido.

—De acuerdo —dijo—. Ahora, por favor, sígame.

3

Jules no mudó el gesto cuando fue conducido a través de unos corredores y una escalera de caracol hasta un sótano, apenas iluminado por unas lámparas de tonos fríos que colgaban del techo. Olía a cerrado y a humedad, y, definitivamente, todo el lujo y la ostentación de los pisos superiores quedaba en el recuerdo. Era un sótano oscuro, frío, destartalado y envejecido, y, por lo tanto, inhóspito.

Dos hombres sentados en una silla junto a una rudimentaria mesa de oficina se incorporaron para cuadrarse cuando Victor y él llegaron al pie de las escaleras. Victor les hizo un sencillo gesto con la mano mientras caminaba hacia un túnel que partía desde allí, y se pusieron en marcha, cerrando la marcha detrás de Jules.

Uno de ellos también olía bastante a loción para después del afeitado. Jules pensó, por lo que veía, que bien podría ser una especie de norma para la casa. Empleados, guardianes, centinelas y soldados perfectamente vestidos, aseados y afeitados. No le sorprendería nada en absoluto.

Al final del túnel, tras una puerta metálica de aspecto cochambroso, surcada por óxidos y hendiduras producidas por golpes contundentes, encontró a un hombre atado a una cadena.

Era un cuartito miserable, con el suelo manchado por viejos charcos de toda clase de fluidos y desechos vitales. Olía a orina y a heces, y también a sudor, y a hierro. Olía mucho a hierro.

El hombre levantó la cabeza para mirarlos con ojos llenos de profunda miseria. Su expresión era desesperada, abigarrada de un profundo temor. Tenía el cabello enmarañado, húmedo, y la piel cubierta por lo que parecían ser viejas manchas de sangre. Era más que evidente que había sido torturado, y a juzgar por las marcas en sus muñecas, llevaba allí algún tiempo.

Victor suspiró mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo y cubría su boca y nariz con un gesto de desaprobación.

—Él es… Ramón —dijo—. Bueno, creo que se llama Ramón.

—¡Por favor, señor Victor! —dijo el prisionero levantando ambas manos cuanto pudo. La cadena tintineó con un sonido espantoso y metálico—. ¡Por favor, señor Victor! ¡Por favor!

—Se… llamaba —rectificó el señor Víctor—. Se llamaba Ramón.

El prisionero empezó a sollozar.

Victor miró a Jules. Jules le devolvió la mirada, hierático, sin revelar ninguna reacción.

—Ronco, por favor —dijo, levantando la mano libre en el aire—. Dame tu arma.

Uno de los centinelas sacó su pistola de la funda que llevaba en la axila y se la colocó en la mano.

Victor la sopesó ligeramente y se la tendió a Jules.

—Mátalo —dijo.

El prisionero intensificó su sollozo. De la boca abierta en una mueca de pura desesperación caían dos hilachos de babas.

Jules miró la pistola, y luego, respondió a sus ojos inquisitivos, clavados en él.

—Entiendo —dijo despacio, con una suave sonrisa.

Y sin mediar ni una sola palabra más, tomó la pistola, comprobó que el seguro estaba quitado y que tenía balas en el cargador, y adoptó una pose de tirador: las piernas ligeramente flexionadas y una mano sujetando la mano que sostenía la pistola.

No se tomó más que un par de segundos para apuntar.

El disparo retumbó en la habitación, y Ramón dio un brinco hacia atrás. Una pequeña llovizna de sangre permaneció como congelada en el aire mientras caía y se desparramaba en el suelo, los brazos retorcidos bajo el cuerpo, una pierna apuntando a una pared, y la otra, hacia la pared opuesta.

Jules bajó la pistola.

El olor característico a una mezcla de químicos, metales y pólvora quemada comenzó a llegarle con prístina claridad. A Jules le gustaba ese olor. Según el arma, podía ser más o menos acre, pero siempre era penetrante y amargo como el azufre.

Le devolvió la pistola a Ronco ofreciéndosela por la culata, quien la recuperó inmediatamente.

—De… acuerdo… —dijo Victor—. Diría que ya ha hecho esto antes.

Había sido una prueba, por supuesto. La mayor parte de las veces, los negocios relacionados con estupefacientes ilegales se malogran por culpa de los infiltrados que, en ocasiones, emplazan las autoridades para extraer información y capturar a los

implicados. Un agente encubierto tendría verdaderos problemas para asesinar a un desconocido a sangre fría, aunque fuera para cubrir su juego. Pero él…

Para él, aquel hombre no era nada.

No sintió ni experimentó nada.

Era, sencillamente, algo que debía hacer. Y para decorar mejor su personaje, debía hacerse rápida y eficientemente. Como lo haría alguien que está acostumbrado a tratar con esos casos.

—Forma parte del trabajo. A veces, sí —respondió Jules con sencillez—. A… a veces, sí —repitió, entrecerrando los ojos. Por fin, soltó una pequeña carcajada.

—¡A veces sí! —repitió Víctor, risueño—. Reconozco que tiene sentido del humor. Es… ¡es bueno eso! —Después de reír, sin embargo, el señor Victor sacudió la mano en el aire—. Por el amor de Dios —soltó—, qué… pestilencia. Este sitio me enerva. ¡Volvamos arriba! Parece que… Es posible que, al final, hagamos negocios juntos, o, al menos, vamos a ver si podemos.

Jules inclinó la cabeza con cortesía, de una manera discreta, pero dejando ver que se mostraba satisfecho. Al fin y al cabo, solo estaba haciendo alarde de su buena cuna y educación.

Capítulo 8

Medicamentum Mortuorum

—¿Cu… cuatro, seguro? —preguntó Lidia con cierto deje de temor en la voz.

—¡Cuatro! —repitieron sus amigas al unísono, lo que provocó otro ataque de risa compartido por todas, menos por Lidia, que sujetaba el dichoso botecito como si fuera una granada de mano. Lucía cayó hacia atrás en la cama, incapaz de controlarse, y sus rizos cobrizos se desparramaron por la sábana de tono crema.

Estaban las tres en la habitación de Lili, sentadas o tendidas sobre la cama, que se veía manifiestamente revuelta con tantas idas y venidas; ahora de un lado, ahora de otro, ahora boca arriba, ahora boca abajo. Algunas de las almohadas y la mayoría de los cojines habían ido a parar al suelo.

Iban a pasar la noche allí, así que solo llevaban la ropa interior y una camiseta larga. La de Lucía decía: GRANDES *EXITOS*, solo que, delante de la E, en la segunda palabra, había una S manuscrita, como un añadido. Lo que se leía era «Grandes sexitos».

—¡Tía, estás cagada! —exclamó Lili, con una expresión pícara—. ¡Estás cagada de verdad!

—¡Ya os lo he dicho! —protestó Lidia—. ¡Sí, estoy cagada! ¡O sea, va! ¡Que esto es muy fuerte! ¡Que no es un juego!

—¡Vamos tía! —añadió Lili—. ¡Somos o no somos las Tres Eles!

—¡Las Tres Eles! —repitió Lucía, todavía riendo a carcajadas.

Lidia las miraba sin comprender. Si no habían tomado nada y no habían fumado nada… ¿a qué venía toda esa hilaridad? Se sentía fuera de juego, como si Lili y Lucía estuvieran en otro partido, otra liga, u otro puñetero deporte, y ella se hubiera quedado atrás, sin saber siquiera a qué se jugaba.

«Se han fumado algo sin mí», pensó de repente, y se quedó mirándolas con la boca y los ojos muy abiertos, tan sorprendida como furiosa de que se la hubieran jugado de aquella manera. ¿Fumarse un canuto las dos solas, sin avisarla? Un canuto era la única explicación.

—¡Oh, vaya! —exclamó, súbitamente furiosa, pero sin atreverse a mencionar lo que sospechaba en voz alta.

Un porrillo era también la única explicación para comprender a qué venía todo aquello sobre probar aquella…

Aquella cosa.

La droga.

El… ¿cómo lo llamaba Lili?

Medicamentum Mortuorum.

Era como lo llamaba. *Medicamentum* era, naturalmente, un eufemismo evidente para otro término más exacto.

Droga.

Nunca usaban esa palabra. Droga. Como adolescentes que eran, les gustaba echar unas buenas risas, naturalmente. Reír hasta reventar, como decía Lili. Y si para reír con verdaderas ganas tenían que recurrir a un porrillo o dos, bueno, pues… bienvenidos fueran. De todas maneras, un porro no era, estrictamente, una droga. Un porro, se decían, estaba hecho con ingredientes naturales, por mucho que no tuvieran ni idea de qué componentes tenía exactamente un porro. Hojas de algún tipo prensadas con aceites, a su parecer.

Pero droga… era una palabra muy fuerte.

Ellas no consumían drogas porque conocían las consecuencias. Todo el mundo las conocía.

Tomaban Aetheris porque…

Por sus efectos.

Por el morbazo increíble de ver…

Fantasmas.

—¡Venga tía! —increpó Lucía—. ¡Que se nos va la vida!

Lili soltó una carcajada con la ocurrencia, y Lucía se unió a ella con verdaderas ganas.

«Definitivamente, se han fumado uno. O dos», pensó Lidia, con creciente enfado. Últimamente, Lucía y Lili se habían vuelto muy amigas, y no le gustaba demasiado que hicieran tantas cosas juntas

sin ni siquiera preguntarle. La semana pasada fueron a comer al Sucky Jackie porque «había surgido de repente». «No fue nada calculado, tía», insistió Lili, pero por la forma de reír de Lucía, sabía que no había sido nada remotamente espontáneo. Habían planeado, se habían llamado y habían quedado. Sin ella. Intencionadamente. A propósito. Y hacía solo dos días, habían ido de compras porque ella, Lidia, tenía clases de tenis. Qué oportuno; verdaderamente casuístico, como decía Flavio, el tonto del culo de la clase. «Lucía necesitaba bragas, tía, era algo urgente», le había dicho Lucía. Y Lili, por supuesto, se había reído.

Siempre se reían juntas, las dos Eles.

Estaban habiendo demasiadas risas últimamente, y todo aquello del Aetheris, por cierto, no le estaba gustando un pelo.

—¡Pues tómatelo tú primero! —protestó Lidia, enfurruñada, extendiéndole el bote.

—No, tía —respondió Lucía con rapidez—. ¡Dijimos que te lo tomarías tú primero porque eres una cagada, y si nos lo tomamos nosotras antes, eres capaz de rajarte!

—Una rajada —repitió Lili riendo.

—Lo juraste —añadió Lucía desafiante, con los ojos entrecerrados.

—No, yo no juré nada —se defendió Lidia—. ¡No juré, tía!

—Sí que lo juraste, ¿verdad, Lili?

—Lo juramos todas, tía —confirmó Lili.

—No lo juramos. Dijimos… vosotras dijisteis que teníamos que probarlo. ¡Yo ni siquiera lo he comprado!

—Lo ha comprado Lucía —dijo Lili.

—¡Hala! —exclamó Lucía—. ¡Qué perra eres, tía! ¡Lo compramos las dos!

—Por cierto, nos debes setenta euros —dijo Lili—. Que nosotras pusimos nuestra parte.

Lidia arrugó el entrecejo.

—¿Quieres los setenta euros? —exclamó, visiblemente enfadada —. ¡Te los daré! ¡Te daré la pasta, pero no pienso tomar esa cosa!

Arrojó el bote sobre la cama y se cruzó de brazos.

Lili sonrió.

Lidia podía ser bastante ingenua, a veces. Infantil, incluso. Y una petarda de manual, por añadidura. Era como si ella y Lucía

hubieran pasado a otra fase, mental y físicamente, y Lidia se hubiera quedado atrapada en el tiempo. Estaba segura de que aún pasaba las tardes viendo a *youtubers* y chateando con un puñado de niñatos, cuando ellas… Lucía y ella…

Bueno, ellas ya habían pasado por la primera vez.

Bueno, no del todo, pero estaban, definitivamente, en otro nivel de madurez.

El nivel de madurez que se requiere para meterle la mano en los pantalones a un chico y tocar su cosa cálida, palpitante y tan impaciente como dura.

Pero… quizás gracias a eso, todavía podía manejarla.

A Lidia.

Era una tontilla retrasada y estaba segura de poder convencerla con facilidad.

Lucía la miraba como si estuviera leyéndole los pensamientos, y a Lili, eso le gustó.

Sonrió mientras trazaba con rapidez su pequeño plan mental para convencer a la cobardica de Lidia.

—Tía —dijo al fin, empleando un tono de voz suave—, ¿no estamos juntas en esto?

Lidia no dijo nada.

—¿No hacemos todo juntas, siempre? —insistió Lili.

Ella sacudió la cabeza. Parecía a punto de querer reprocharles lo que habían estado haciendo, quedar a solas sin ella, sin llamarla, sin avisarla. Pero en el fondo, Lidia sabía que, si se lo reprochaba, acabaría con el enfado de ellas. Le dirían que era una tóxica controladora y se unirían aún más, y volverían a quedar. Una quedada-sin-Lidia, porque es una cargante y una pesada, como si no tuvieran el perfecto derecho de quedar con quien quisieran sin el permiso de mami.

Sabía eso.

Así que no respondió, pero agachó la cabeza.

—Tía —dijo Lili, susurrando—, ¡que esto es la bomba! No es como… para tener miedo, ¿vale?

—Todavía no —dijo Lucía sin poder evitarlo, y empezó a reír entre dientes.

Lili le dirigió una mirada de reproche, y Lucía contuvo la risa.

—Oye, *pavícola* —continuó diciendo Lili, colocando una mano

sobre el cuello de Lidia—, es solo por las risas, ¿vale? Solo lo vamos a probar una vez, ¡solo una vez, lo juro!

—Lo juro —se apresuró a decir Lucía.

—Son cuatro gotas para que haga efecto y flipemos esta noche… —siguió diciendo Lili mientras le masajeaba el cuello con suavidad. Lidia era una enganchada de las caricias y los masajitos, y de las palabras suaves, por cierto—. Tenemos unas cuantas movidas mentales guais, nos descojonamos con las risas, y luego tiramos el bote por el puñetero váter. ¡Ya está! Dentro de un mes estaremos todavía descojonándonos con las movidas que vamos a ver y será guay…

—¡Muy, muy guay! —añadió Lucía, dando pequeños botes sobre la cama. Estaba realmente ansiosa por probar el Aetheris.

Sobre lo que hacía y lo que no hacía se había hablado muchísimo en todo el instituto. Dentro y fuera de él. Había videos en las redes sociales, y los amigos de los amigos que lo habían probado contaban historias… bueno, alucinantes. El Aetheris era el equivalente moderno de una fogata durante un *camping* en octubre, donde se cuentan historias de miedo y luego se miran las sombras entre los árboles con cierta suspicacia y temor. Era la güija de los noventa, que todo papá y mamá había probado al menos una vez en su juventud. Era el terror lúdico, siempre tan buscado. La fantasía de lo desconocido, del no saber, de la posibilidad remota, pero plausible de que fuera…

Bueno, de que fuera peligroso.

Que pudiera ser peligroso les producía un morbo casi sexual. Tocaba cada una de sus hormonas como Clayton Salace sacudía la batería: bestial, vigorosa y contundentemente.

Porque se decía que se veían cosas.

Cosas… fantasmales.

Cosas con caras, incluso.

Cosas que se movían delante de tus ojos.

Que ya estaban ahí, en tu casa, en tu habitación…, pero que el Aetheris te los ponía de manifiesto.

Y además de eso, había historias que involucraban cosas como…

Tijeras, por ejemplo.

Cuchillos.

A Lucía le sonaban algunos de los ingredientes de aquellas

historias de otros tiempos, de cuando era más pequeña y se contaban historias de miedo, casi siempre en voz baja, sobre niños que habían desaparecido porque se habían mirado en un espejo ya deslucido y casi opaco que habían encontrado en el ático de la abuela. Pero, aunque parecían invenciones o exageraciones, eso no ayudaba a que ella sintiera menos excitación.

—Vale —dijo Lili con suavidad, mientras recuperaba el botecito de la cama—. Mira, vamos a hacer una cosa. Lucía y yo lo tomamos primero, ¿vale?

Lidia se giró para mirarla a los ojos, como si, de repente, necesitara confirmar en su mirada que decía la verdad. Pero cuando lo hizo, la trastienda de su mente lanzó un pequeño mensaje a su mente consciente, y ese mensaje decía: «No te va a servir de nada porque Lili es una cabrona hijaputa». Y era cierto. Lidia sabía que Lili podría tener una polla como una pértiga de larga en la mano, y gruesa como un cabo de amarre de un barco, y asegurarte, con toda inocencia, que jamás, jamás en la vida, había tenido pensamientos impuros, palabrita del niño Jesús.

—¡Tía! —protestó Lucía.

—¡No, cállate un momento! —interrumpió Lili sin dejar de mirar a Lidia a los ojos—. Nos lo tomamos primero, y luego —añadió con cierta indiferencia—, puedes unirte a nosotras… o tranquilamente, puedes… irte a tu casa.

Lidia seguía mirándola, intentando descifrar en sus ojos color miel si decía la verdad.

Y pensó que, tal y como estaban las cosas, probablemente, decía la verdad.

Seguramente, le daba lo mismo si se iba o no.

Porque estaba con Lucía.

La divertida Lucía. Lucía la risueña. Lucía y su culo de magdalena.

Refunfuñó, mohína.

Lili sonrió, abrió la boca, sacó la lengua, y dejó caer en ella la primera gota.

—¡Hostia! —soltó Lucía con los ojos encendidos de excitación.

La segunda gota.

La tercera.

—No, para… —susurró Lidia.

La cuarta gota.

Lili cerró la boca y sonrió.

—¿A qué sabe, tía? —susurró Lucía.

Lili se encogió de hombros.

—Son cuatro putas gotas —dijo al cabo de unos instantes—. No tengo ni pajolera idea de a qué saben.

Lucía soltó una carcajada.

—Joder, no… —gimió Lidia. Empezaba a sentirse acorralada. No sabía cómo había ocurrido, pero de repente, no tenía opciones. No iba a quedarse allí con dos flipadas teniendo alucinaciones, y desde luego, no podía irse. Si se marchaba en mitad de aquel trance… bueno, estaba segura de que se cerraría una puerta que no podría volver a abrir porque, incluso si conseguía abrirla, algo le decía que jamás llevaría al mismo sitio que antes.

Habían cruzado una línea.

Habían empezado un viaje en un coche muy rápido, y ella… o estaba dentro o se quedaba en tierra.

Lili le extendió el botecillo a Lucía y esta se lo llevó a la boca con un gesto rápido y decidido. Había cierta avidez en su manera de echarse las gotas.

Cuando terminó, Lili le cogió el bote de las manos. Algo le decía que su amiga estaba lo bastante zumbada como para tomarse el bote entero si hubiera llegado a pensar que eso garantizaría una noche alucinante. Alucinante de veras.

Lucía volvió a reír y se dejó caer hacia atrás, los ojos muy abiertos, como si esperara que el techo se fuese a abrir para mostrarle los oscuros designios del universo.

—Estás como una cabra —concluyó Lili mientras sacudía la cabeza. Después, puso el bote entre sus dedos y se lo ofreció a Lidia —. Tú eliges. ¿Te vienes o te quedas? ¿O… te vas?

Lidia no sabía qué responder.

—Mira, guarra —dijo Lili con un tono más serio—, que me estás poniendo ya histérica. Tú abre la boca y yo te ayudo, ¿vale?

Lidia tampoco respondió en esa ocasión. Miraba el bote con una especie de miedo cerval, como si contuviese cianuro.

—¡Abre la boca, tía! —dijo Lili.

Lidia, sin saber realmente por qué, obedeció. Lili, a veces, tenía esa capacidad. Una especie de voz de mando.

—¡Me está subiendo! —decía Lucía desde su posición sobre la cama. Había levantado ambos brazos y juntaba los dedos índice y pulgar, como si estuviera entregada a alguna práctica esotérica de yoga de sábado por la mañana.

«Qué coño te va a subir», pensó Lili mientras contaba las gotas. Estuvo tentada de dejar caer una más, solo por las risas, para que Lidia alucinara de verdad, que alucinara pepinillos nucleares, y Lucía y ella pudieran partirse la caja de verdad. Pero después de la cuarta gota, Lidia cerró la boca inmediatamente.

—¡Vale, petarda! —soltó, y arrojó el bote hacia la mesita de noche. El bote rebotó contra el soporte del cargador del móvil y se quedó inmóvil sobre la superficie de la mesa. Se asemejaba a un inofensivo contenedor de pegamento Loctite en miniatura.

—¡Empieza el viaje, tías! —dijo Lucía.

Lidia movía la lengua por el interior de la boca, intentando manejar el sabor de aquella

droga

puta droga

sustancia. No era cierto lo que había dicho Lili, que no sabía a nada. Sabía a algo. Algo inaprensible. Aunque no hubiera sabido decir a qué, con exactitud, aunque le fuera la vida en ello.

«Si mis padres se enteran, me matan», pensó. Tenía una buena relación con sus padres y, realmente, no quería decepcionarles. En cierta ocasión, su padre le había dicho: «Siempre estaré de tu lado, peque. Siempre. Porque te he visto nacer, te he visto crecer, y sé de qué pasta estás hecha por dentro. Así que, si alguna vez te metes en ese tipo de líos que acaban contigo con un cuchillo en la mano y alguien muerto en el suelo, solo dímelo. Iré con una pala y te ayudaré. Pero no me lo escondas. Si me lo escondes, no podré ayudarte».

Bromeaba sobre lo del cuchillo, por supuesto, pero su padre era así. Siempre con el humor como bandera. Era su manera de demostrar su amor, regalando tantas sonrisas y carcajadas como pudiera generar. Sin embargo, el mensaje de aquel discursito le golpeó en la nuca como si un monje tibetano armado con una baqueta de gran tamaño hubiera tomado su cuello por un gong, y la reverberación de aquel golpe le hizo estremecerse.

Oh, papá.

Papi, tu niña ha tomado
drogas.

Drogas duras de verdad, no… un porro de viernes.

Cerró los ojos.

—¿Somos o no somos las Tres Eles? —exclamaba Lucía sin dejar de mirar el techo.

Lili resopló.

—Sí que te está subiendo, guarra —exclamó—. ¿Fase de exaltación de la mistad o qué?

—Yo qué sé. Pero me está subiendo, te lo juro, porque… —se rio entre dientes antes de continuar—… la verdad es que… ¡me pica bastante el chumino!

—Hija de fruta —dijo Lili, y soltó una carcajada.

—¡¿Qué?! —graznó Lucía dándole un codazo—. ¡Es verdad!

—Para eso no tenías que haberte tomado nada, zorra —dijo Lili —. Siempre te arde el chumino.

Rompieron a reír.

—¡*Nosécuántos* cien euros para que me pique el chumino!

Más risas.

Lidia no se reía.

Estaba ocupada analizando cómo se sentía.

Había aprendido a entender cómo le afectaba el hachís, y aunque lo conseguían de varias fuentes diferentes, con sus distintas proporciones y calidades, lo tenía más o menos controlado, siempre que no fumara demasiado.

Esa era la clave. No fumar demasiado.

Pero cuatro gotas…

En algún sitio había escuchado que cuando se empieza con el Aetheris, una sola gota es más que suficiente para tener un buen viaje.

Pero cuando se empieza, no se tienen visiones, claro.

Y la estúpida de Lucía, ese apretón viviente de hormonas y calenturas adolescentes, quería todo el paquete. La experiencia completa de meses de dosis, de adiestramiento de la química del cuerpo, de asimilación, de… adaptación, en una sola noche. Porque eran las Tres Eles y porque, qué narices… uno no tiene diecisiete toda la vida.

Y la verdad era que…

Que empezaba a sentirse bien.

Bien como en…

Como en bien de verdad.

Giró la cabeza para mirar a sus dos amigas y, de repente, se vio invadida por una certeza. Las vio allí tendidas, con sus bragas de topitos y rayitas y sus camisetas coronadas por dos minúsculos pezones puntiagudos, y pensó… que le importaba un soberano comino que quedaran juntas o no. Que salieran sin ella. Que susurraran o gritaran, que fueran o vinieran. Le daba lo mismo que a Lucía le picara el chumino o que se tirara a todas las clases del instituto entero. Porque…

Porque eran unas gilipollas. Controladoras. Egoístas.

Niñatas de medio pelo.

Y no merecían la pena.

Sobre todo, Lili.

Lili… Era un pequeño monstruo egocéntrico con más capas podridas que una cebolla abandonada en lo alto de un monte.

Lo vio claro como el agua. Prístino. Inequívoco.

—Qué… pérdida de tiempo —susurró, súbitamente feliz por la repentina comprensión.

Lili y Lucía seguían riéndose. Lucía se había puesto en pie de un salto y estaba levantando los brazos, exhibiendo una expresión de satisfacción tan grande que pensó que iba a estallar.

Lidia sintió algo. Algo que nacía en su pecho y que se expandía como las ondas que produce una piedra que ha caído sobre la superficie de un pequeño lago quedo y helado. Y pensando en esa sensación, le vino una palabra a la mente.

Plenitud.

Era curioso, porque no creía que hubiera usado esa palabra ni una sola vez en su vida.

—Plenitud… —susurró.

Respiró hondo mientras se miraba las manos.

Los dedos. Parecían flotar ante ella, casi ingrávidos, suspendidos como entidades de otro mundo. Las líneas de las palmas de sus manos, las curvas de sus nudillos, los tonos de su piel. Todos esos detalles que habían sido siempre insignificantes y tan familiares que los había ignorado sistemáticamente, ahora se revelaban como nuevos, como si contuvieran siglos de historias sin contar.

Movió cada uno de los dedos, haciéndolos bailar como si fueran criaturas independientes. ¿Cuántas… criaturas existirían en otros planetas que tuviesen esos mismos apéndices o unos similares? Cinco ramificaciones móviles en una extremidad. ¿Cuántos otros seres, en algún momento de la historia de la vida en el universo habrían rozado esa misma idea evolutiva, solo para perderla en el olvido del tiempo?

«Los dedos son herramientas de la conciencia», pensó de pronto. Con ellos, el hombre había creado herramientas, arte, y hasta escrito sus propios pensamientos, probablemente, para trascender el olvido. Como pequeños portadores de memoria, los dedos conectaban al hombre con su pasado y a la evolución aún pendiente de producirse. Porque en cada etapa de la evolución, desde las primeras aletas que habían codiciado los límites del agua, y se habían transformado en manos como las suyas, habían hecho cosas, innumerables tareas, desde moldear el barro a trazar una simple línea con algún material, como un sencillo carboncillo. «La naturaleza», pensó entonces, «era como una escultora paciente que había pasado… millones de años… millones de millones de años… ajustando con asombrosa tenacidad cada articulación, cada pliegue de sus falanges, como si supiera que algún día… algún día el hombre necesitaría esas manos para…».

—Para entender el universo —susurró, ahora en voz alta, abriendo mucho los ojos.

El misterio del movimiento de sus dedos se convirtió, de pronto, en una revelación: eran testimonio de una voluntad invisible, de una naturaleza que no se conformaba con la simple existencia, sino que buscaba formas de…

—De tocar la eternidad —dijo, al fin.

Estuvo así, haciendo reflexiones de cierta profundidad e incluso alguna relevancia durante más tiempo del que fue consciente, pensamientos que nunca había albergado, como si las conexiones entre sus neuronas hubieran encontrado una plétora de nuevos y desconocidos caminos para hacer sus conexiones, hasta que, al fin, se giró para mirar a sus amigas.

Para mirar a las que habían sido sus amigas, en cualquier caso.

Estaban…

Bizqueó, intentando comprender.

Estaban besándose.

Lili había introducido la mano en el interior de las bragas de Lucía, y el bulto se movía con una cadencia rítmica. Mientras se besaban. Un apasionado y complicado beso en los labios; las lenguas emergían de tanto en cuando, húmedas y rosadas. Lucía gemía con los ojos entreabiertos.

Tardó en entender lo que veía. El mundo a su alrededor se distorsionaba en oleadas de color y movimiento, como un cuadro que comenzaba a derretirse bajo el calor de sus propios pensamientos. En medio de ese caleidoscopio surreal danzaban Lili y Lucía, y el concepto de su acto de masturbación, el instante de apasionado desenfreno, se congeló en su mente. Se estaban besando, sí, embebidas la una de la otra, ausentes y encerradas en sí mismas. La escena podría haberse configurado como un hecho romántico, pero en lugar de eso, Lucía la percibió como una escena cruda, casi grotesca, como si estuviera presenciando un ritual arcaico de acoplamiento animal.

Sintió asco. Un asco visceral, una repulsión que le surgía desde el estómago y se esparcía en su pecho. El roce húmedo de los labios era perturbador. La mano de Lili, sacudiéndose con ansiosa avidez, y la respiración jadeante y acelerada. No era bonito. No era ningún juego. Era… primitivo. Era desesperado. Y era básico.

Lucía se sentía desligada de aquella necesidad puramente química generada por algún tipo de desesperación evolutiva. Se sentía ascendida y muy lejos del hecho básico del sexo por el sexo. Se trataba casi de una burla de la humanidad misma, como si el barniz de civilización, el lenguaje, las ideas, las artes, todos los logros de la mente humana, se degradaran y quedaran reducidos a un simple deseo.

El deseo primitivo y básico de la carne.

Se sintió lejos, distante. Experimentó una incomodidad punzante, como si ella misma fuera una forastera en su propio cuerpo, observando de lejos la absurda y despiadada simpleza de ser humano. De las otras dos Eles.

Compuso una mueca de desagrado y pensó en irse.

Marcharse.

Necesitaba… ver otras cosas.

Salir a la calle y observar de nuevo el mundo con sus nuevos

ojos. Con su nueva mente. Su recién adquirida visión de las cosas. Volver a experimentarlo todo otra vez. De nuevo, casi por primera vez. Recordaba los días en los que su padre, cuando dejó de fumar, mencionaba el sabor de las comidas. «Nunca había probado esto, os lo juro», decía, saboreando una sencilla crema de calabaza. Quería volver a comer paella. Quería paladear las comidas más sencillas porque eran otra vez nuevas.

Lidia se sentía igual.

Respiró hondo y miró al techo, al blanco casi espacial de su perfección lisa, de un vacío interminable. Era curioso; nunca se había fijado en el techo del cuarto de Lili. Nunca se había parado a observar ningún techo en absoluto. Pero en esa inmensidad blanca, sus pensamientos se desparramaban, se diluían. Eran tragados por su nada impasible, cada uno disolviéndose como un grano de arena en un océano de silencio. ¿Qué era esa blancura, sino un eco de su propio vacío? Algo tan inmóvil, tan desprovisto de todo y tan capaz de contenerlo todo a la vez, como si el techo guardara un espacio infinito en su simpleza, un abismo escondido en cada centímetro de pintura. Le pareció, entonces, que esa nada blanca era una suerte de espejo, un reflejo de todo lo que ella misma nunca había podido discernir: la posibilidad de que detrás de cada pensamiento solo existiera un fondo sin forma, un lienzo en blanco. El blanco techo de un cuarto cualquiera. Quizás, la vida era como ese techo: un vacío que podía llenarse con sus propias ilusiones, sus deseos y…

Sus miedos.

Y en la quietud de esa blancura, sintió por un segundo la vastedad de lo que yacía detrás de todo. De todo. Y eso le pareció, al mismo tiempo, aterrador y extrañamente hermoso.

Se estremeció.

Y cuando se giró otra vez para ver a Lili y a Lucía, descubrió algo.

Algo nuevo, como su nueva mente. Su nueva capacidad.

Algo que antes no estaba allí.

Era una forma de un añil eléctrico, estridente, sinuosa. Y en su complicada y espectral neblina se divisaban las líneas confusas de una forma. Una especie de cabeza redondeada que coronaban lo que podían ser unos hombros.

Se quedó inmóvil, sin ser capaz siquiera de respirar con

normalidad.

Y toda su poderosa y recién adquirida capacidad intelectual para formar ideas, conjugarlas y sacar conclusiones estimulantes, llenas de semillas para conjugar nuevas preguntas… sencillamente, se evaporó.

Se fue.

Se sintió como si su mente fuera la cabeza de una tortuga que recula al interior de su caparazón.

Como un pene henchido de plasma vital que pierde fuelle de repente y se achica, se apaga, y cae vencido por la gravedad para ser de nuevo un apéndice flácido y pellejudo desprovisto de interés o belleza, o de cualquier valor sexual.

Se quedó mirando la forma que flotaba a un lado de la cama, también sobre la cama, como si la atravesara, incapaz de decidir nada. Solo miraba, estupefacta, incapaz ya de decidir cómo se sentía, lo que aquella visión le proporcionaba. Los viejos engranajes de su propia mente ahora le parecían… insuficientes. Inútiles. Estériles.

Tragó saliva.

Fue Lucía la que gritó primero y la que desató el terror.

El terror sacudió a Lidia como una descarga eléctrica. Fue como si, de pronto, comprendiera lo que estaba mirando.

El fantasma.

La forma apenas sugerida de… alguien.

De algo.

Y por un solo instante, un súbito y efímero momento casi infinitesimal, Lucía deseó conservar aún la capacidad que había tenido hacía solo un suspiro para poder ver aquella manifestación con unos ojos más preparados para observar el mundo. Porque fue lo desconocido, el miedo atávico ancestral a lo ignoto, lo que la hizo estremecerse de manera compulsiva y caer hacia atrás, los brazos aleteando, las piernas sacudiéndose como si tuvieran vida propia. Se deslizó fuera de la cama y golpeó el suelo con un golpe seco, y una vez allí, observó con creciente horror lo imposible.

Había más de aquellas formas emergiendo de las paredes. Del techo. Conjurándose como por cosa de magia en el espacio confinado del cuarto de Lili. Cada una con una intensidad de azul diferente, unas más opacas que otras, pero todas avanzando hacia…

Hacia ella.

No, hacia ella no.

Hacia la cama.

Hacia la cama, sí.

Lucía sentía como el corazón bombeaba sangre por todo su cuerpo, retumbante como un tambor de guerra. Latía con tanta fuerza que pensó que el pecho iba a abrirse de manera salvaje y letal como un melón que choca con el suelo después de una caída.

Formas a su alrededor.

Demasiadas.

Demasiadas.

Intentó gritar, decir algo, dejar escapar un sonido que le arañaba ya la garganta, incapaz de soportar el presidio al que estaba sometido, pero se sentía como dentro de un sueño. No salía. No podía. Su garganta emitía el ensayo de un sonido, una suerte de estertor torpe, entrecortado, y la garganta le dolió como si la apretaran.

Estaba congelada en el tiempo. Detenida en medio de un océano cuyo oleaje eran aquellas figuras imposibles escapadas de una pesadilla que ninguna mente consciente se atrevió jamás a imaginar. Estaba, de hecho, petrificada, los ojos muy abiertos en un rostro lívido que empezaba a adquirir el color de la cera vieja.

Y al ser, quizás, consciente de eso, de su espantosa inmovilidad, el terror le mordió como un lobo salvaje.

Lidia terminó profiriendo un aullido estridente y atascado, demasiado grave para el timbre de su voz, mientras una de aquellas formas parecía mirarla desde arriba, la línea de la nariz perfilada en su sepulcral y etéreo rostro añil con dos hendiduras apenas sugeridas por ojos.

Y Lili gritó también.

Y Lucía.

Pero el grito de Lucía sonó apagado.

Lejano.

Como si…

Como si se estuviera asfixiando.

Como si muriera.

Capítulo 9

Solo humanos

Rebeca apenas había acabado de leer el informe de actuación remitido por sus compañeros cuando Conde entró en su despacho.

Sin llamar.

—¿Lo has visto? —preguntó casi inmediatamente.

Rebeca asintió. Lo había visto, sí. Lo había leído y aún estaba digiriendo el contenido. Porque se refería a eso, sin duda alguna. El puñetero informe.

Era, sin duda, relevante para ella.

Conde, por cierto, llevaba el traje bueno, eso no se le había pasado por alto. El gris apagado que solía ponerse cuando tenía que hacer declaraciones o visitar a alguien relevante, normalmente, alguna figura política. Imaginó que, aunque el caso no perteneciera al Cuerpo de Homicidios, tendría que prestar declaración como encargado del Cuerpo Nacional de Policía de Madrid, de todas maneras, y eso solo significaba una cosa: que debía estar cabreado.

En aquellos momentos, sin embargo, a Rebeca la importaba muy poco que estuviera o no cabreado. Solo pensaba en aquellas chicas. En lo que debían haber vivido para acabar así.

—¿Y bien? —preguntó él, impaciente y visiblemente nervioso.

—Es una tragedia, sin duda —admitió ella.

Tres chicas jóvenes, diecisiete y dieciocho años, montando una fiestecita privada en casa de una de ellas. Una noche de chicas en toda regla. Había restos de pizza en la cocina, restos de *muffins* de crema, arándanos y chocolate, la plataforma de películas basura Teenage prendida en la televisión del salón, y habían encontrado hachís en la ropa de una de ellas, evidencias de consumo de hachís, una botella vacía de Pulp Parlor de setecientos cincuenta mililitros

consumida recientemente, y un bote de Aetheris en la mesilla de noche.

Un bote de veinte dosis.

Las encontraron los padres de la mayor de ellas, Lili Jácome Montes, cuando regresaron a la residencia donde ocurrió el caso. El informe decía que les alertaron los gritos desde el jardín frontal, antes incluso de que abrieran. Asustados, irrumpieron en el domicilio y se apresuraron a subir las escaleras hasta el dormitorio de la menor, hija única, y encontraron un espectáculo dantesco.

Una de las niñas, Lucía Prieto Morillo, estaba inconsciente sobre la cama, con el rostro sobre un charco de su propio vómito. Se había arañado los ojos hasta producirse heridas visibles en la piel de alrededor, heridas de cierta consideración cuya gravedad aún debía evaluarse. Evidenciaba signos de haber sufrido asfixia, lo que le provocó, presumiblemente, el desmayo.

La otra amiga, Lidia Vigo Mirón, fue encontrada en estado de catatonia, sin que hubiera en su expediente antecedentes de dicha afección. Los ojos abiertos de par en par sufrían evidentes síntomas de desecación extrema de la superficie ocular, abrasiones y úlceras en la córnea, irritación manifiesta por falta de hidratación. El informe preliminar decía que los daños ocasionados a los ojos de la niña podrían ser el equivalente de los que se recibirían si hubiera estado tres horas sin siquiera pestañear, lo que, en opinión del personal sanitario que acudió al domicilio, podría coincidir con el estado de catatonia severa con el que fue encontrada. Poco probable, pero plausible.

En cuanto a la hija de los dueños del inmueble, Lili Jácome, aún gritaba cuando los padres irrumpieron en el dormitorio. De hecho, según el informe, gritaba todavía cuando el cuerpo de la Policía, avisado por el servicio sanitario de emergencias, se presenció en el domicilio.

Tenía la voz rota, casi metálica, producto del desgaste continuado. En palabras del oficial que redactó el informe, «sonaba como un cencerro».

Tuvieron que administrarle sedantes para inducirle reposo.

Rebeca sacudió la cabeza.

—Aetheris —dijo Conde, pasándose una mano por el bigote—. Parece que consumieron doce dosis del bote. Ya veremos en el

interrogatorio si había indicios de que esas niñas consumieran esa mierda habitual o periódicamente…

—Pero pueden sacarlo por analítica —observó Rebeca.

—Pueden… sacarlo por… analítica —repitió Conde, despacio. Tenía la costumbre de repetir las frases cuando necesitaba tiempo para pensar, para tener un margen extra y manejar la respuesta—. Sí. Sí, claro. Lo sabremos cuando hagan el examen. Pero…

—Pero… —dijo Rebeca, expectante.

Conde sacudió la cabeza.

—Eran niñas bien, Rebs —dijo Conde—. Maldita sea. El padre es Giacomo Jácome, maldita sea. ¿Sabes quién es?

—No me suena —admitió Rebeca.

—Un empresario de Madrid, cosas de tecnología, aplicaciones de IA, esos rollos. Una persona influyente, tiene un proyecto con Metro Madrid y algunas aplicaciones de cálculo de parcelas y tasaciones para… —sacudió la cabeza—, bueno, da igual. No me suena que esas niñas hayan estado metidas en…

Rebeca pestañeó.

—Espera —dijo—. ¿Desde cuándo las niñas bien no se meten en rollos de drogas?

—¿Con diecisiete años? —preguntó Conde.

Rebeca sacudió la cabeza.

—Vale —dijo en voz baja—, puede que no con diecisiete años.

No era el perfil, desde luego. Veinte, tal vez. Con veintitrés, la mayoría de los hijos de familias con dinero habían tonteado ya con muchas de las drogas más blancas, aunque la mayoría se asustaban cuando empezaban a notar los efectos de las drogas en su estado de ánimo, en su salud, y solían dejarlas, con un pequeño porcentaje recorriendo todo el camino hacia el lado más oscuro de la vida y de la noche. De las noches.

Pero sí… Diecisiete años no entraba en las estadísticas.

—Aunque está el tema del hachís… —exclamó Conde.

Rebeca negó con la cabeza.

—Vamos, jefe —dijo—, todos hemos tomado hachís. Y no digo una vez o un porro de tanto en cuando. Digo como costumbre. La noche de Madrid es complicada para los jóvenes.

—Pero es un indicio —añadió el jefe.

—Es testimonial —aventuró Rebeca—. Lo que importa es… la

posibilidad de que…

Abrió muchos los ojos.

—Cabe la posibilidad de que… —siguió diciendo.

—¿Posibilidad de qué? —preguntó Conde, impaciente.

—De que fuera su primera vez. La única vez.

Conde se quedó mirándola, sin decir nada.

—¿Doce dosis? —preguntó ella, más para sí misma que para contribuir a la conversación—. Las cuentas cuadran. Son cuatro dosis cada una.

—En un cuerpo no acostumbrado al Aetheris…

—Una de ellas se arañó los ojos —apuntó Rebeca—. Eso cuadra bastante con lo que hemos vivido. Alucinaciones insoportables.

—La otra se quedó con los ojos abiertos. Su cuerpo se… desconectó. Ni siquiera dio la orden de cerrar los párpados…

—Eso puede ser por la propia droga —aventuró Rebeca—. Desactiva y activa funciones. Pero la otra…

Se miraron el uno al otro, súbitamente preocupados.

—Habla con la droguería —dijo el jefe—. Ahora. Por favor. Yo tengo una reunión. El caso no es nuestro, pero pídeles que nos mantengan al tanto porque estamos investigando casos que tienen mucho que ver con esa mierda.

—Ya lo saben… —dijo ella.

—Sí, claro. Pero llámales… diles que…

—Que me cuenten qué efecto puede tener dosis tan altas en un cuerpo que no está acostumbrado a esa droga.

—Eso es —confirmó Conde.

—Y les pediré otra cosa.

Conde se quedó mirándola.

—Que averigüen si es, otra vez, una nueva versión.

El jefe asintió.

—Dios mío —susurró. Y luego, añadió—: Dios mío.

Rebeca no dijo nada, pero entendía la línea de pensamiento por la que caminaba su jefe en esos momentos.

No sabía qué motivos podían haber empujado a aquellas niñas pijas a tomar cuatro dosis cada una. Habría que estudiar quiénes eran, cuál era su entorno social, incluso sus calificaciones académicas para tratar de determinar si eran rematadamente estúpidas, y eso era todo, porque… porque había mucha

información de Sanidad en relación con aquella droga. Había advertencias en los centros de salud, había avisos de la Policía Nacional y otras instituciones gubernamentales, todas advirtiendo del consumo de estupefacientes en general, y en particular, del Aetheris.

Porque estaba de moda.

Cada vez más de moda.

Y si habían tomado cuatro dosis cada una así, de repente, porque sí, era porque… Porque el morbo y la promesa de un subidón espectacular y alucinante podía más que cualquier advertencia. Porque la gente que tomaba apenas una dosis de vez en cuando se sentía mejor, no peor. Y eso…

Si eso era así, entonces sí que estaban, con probabilidad, en los albores de una incipiente emergencia sanitaria nacional, y una, de proporciones cósmicas.

—Llama ahora —exclamó Conde mientras se dirigía hacia la puerta—. Averigua esas cosas.

Rebeca no respondió.

Estaba ocupada cogiendo el teléfono para llamar.

De repente, tenía la sensación de que ya iban tarde.

Con todo.

2

Rebeca recibió la visita del enlace de UDYCO a la hora programada. Para entonces, Conde había terminado con su rueda de prensa y mostró interés en asistir a la reunión, aunque, para que llegara a tiempo, tuvieron que esperarle unos buenos diez minutos.

Estuvieron charlando de banalidades, o, mejor dicho, Andrés estuvo parloteando y contando casi todo lo que se le pasaba por la cabeza, porque Rebeca no ayudaba demasiado. Incapaz de parlotear sin sentido, Rebeca se sintió fuera de juego y de lugar. Fueron, con probabilidad, los diez minutos más largos de su vida reciente.

—¡Buenos días! —saludó cuando entró en la sala de reuniones.

—Conde —dijo Andrés, levantándose y estrechándole la mano —, ¿cómo va todo?

—¿Cómo va? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. No va muy bien —admitió—. Me han arrinconado contra la pared y han pedido explicaciones. Antes era más fácil, solo estaba la prensa relevante y nos conocíamos todos, y podíamos darnos cierto cuartelillo. Pero esos gilipollas de los… pódcast y las redes son peores que los tiburones —protestó.

—Vaya —exclamó Andrés—. Lo siento mucho. La gente… está nerviosa.

—No están nerviosos. Están tensos —añadió Conde—. Esa mierda de droga está extendiéndose como la plaga. Es… es muy gracioso. Es la gente de ahí fuera la que la compra, la consume, se vuelven víctimas de ella… y luego, viene la gente de fuera a pedirnos explicaciones… a nosotros. ¡A nosotros! ¡Yo no la he creado! ¡No la vendo! ¡Lo único que hacemos es incautar, incautar y detener, detener e incautar! ¡Pero quieren que hagamos que desaparezca! Y cuando incautas cien, al día siguiente hay mil en la calle. O doce mil. Es una… hidra de mil cabezas.

—Ya… —susurró Andrés.

—Y agárrate a los machos —añadió Conde—. Porque hoy me ha tocado a mí. A nosotros. A toda la Policía. Que qué estamos haciendo, qué pistas tenemos, cuándo vamos a detener esto… Pero mañana os toca a vosotros.

—Sí —dijo Andrés—. Lo… lo sabemos. La presión es sofocante. El Ministerio nos tiene bastante apretados.

—La Fiscalía…

—Incluso la Delegación de Gobierno.

—Sobre todo, Delegación —se lamentó Conde—. Pero… ¡En fin! Vamos al lío. Nos gustaría un poco de asesoramiento sobre el Aetheris.

—Sí —dijo Andrés—, lo que necesitéis.

Rebeca carraspeó y abrió la carpeta que tenía delante de ella, sobre la mesa. Estaba llena de fotocopias.

Laza tenía a su disposición todo un abanico de comodidades tecnológicas para el proceso de documentos, pero a la hora de la verdad, prefería una carpeta de siempre con fotocopias de toda la vida. Estaba cansada de cuidar de la batería de todos los aparatos, siempre enchufando tabletas y terminales, siempre pendiente de su autonomía, de que estuvieran actualizados. En más de una ocasión

había necesitado trabajar con varios documentos y la puñetera máquina había decidido… pararse. Bloquearse. Irse al limbo informático de las actualizaciones y los errores de *software*. La vieja carpeta amarilla con papeles dentro, sin embargo, podía quedarse sobre una mesa durante toda una semana y ahí seguiría cuando volviera a por ella. Accesible. Consultable. Sin contraseñas. Sin esperas.

Extendió los papeles sobre la mesa.

—Bien —dijo—. El caso es… que hemos observado un patrón de… comportamiento entre las personas que toman Aetheris. Los cinco asesinatos relacionados con el producto, el reciente caso de las tres niñas menores, también relacionadas con el producto, y hay más. He estado mirando en los casos de los compañeros, lesiones, detenidos por posesión… Hay un elevado número de consumidores que se lesionan los ojos, de una u otra manera…

Conde frunció el ceño.

—Déjame ver —dijo, extendiendo la mano.

Rebeca había hecho copias, y le pasó un *dossier*. Conde se puso a revisarlo con los ojos entrecerrados. El papel, demasiado cerca de la cara, dejaba entrever que el hombre se resistía a llevar unas gafas que ya estaba necesitando.

—Lesiones en los ojos —exclamó Andrés—. Pues…

—Autoinfligidos —explicó Rebeca señalando los documentos—. Este hombre, italiano, con varios negocios de hostelería entre Madrid, Segovia, León y Marbella, consumidor eventual de Aetheris, literalmente se hundió los pulgares en los ojos durante una crisis.

—Ya veo —susurró Andrés.

—Dijo que soportó el dolor ansioso con la idea de que no iba a volver a ver… esas cosas.

Andrés asintió.

Naturalmente, sabía a qué se refería.

A las… cosas.

—Hay varios así —dijo, señalando los papeles—. Este… Este de aquí. Este también. Pero hay otros que son… interesantes.

—¿Por qué interesantes? —interrumpió Conde.

—Vale, sí. Este de aquí, por ejemplo —continuó exponiendo Rebeca—. Sergio Alonso Navarro, negocio privado de logística y

transportes, Logista Tres, Valdetorres de Jarama. Se golpeó la cabeza hasta abrirse una profunda brecha con severas contusiones craneales por las que habría muerto, de no haber sido encontrado en el suelo a tiempo. En apariencia, no está relacionado, pero durante el interrogatorio que suscitó su comportamiento suicida, declaró que lo único que había querido hacer era… palabras textuales… «asesinar a su mente para que dejara de…» —dejó de leer para mirar al frente—. Bueno. Ver lo que veía.

Conde tenía una expresión sorprendida en el rostro.

—Pero… —empezó a decir.

Rebeca asintió.

—Quiere decir que hay muchísima gente que está… lesionándose, superada por la potencia y, seguramente, la espectacularidad de sus visiones.

—Ya veo —repitió Andrés, la mano izquierda sobre la boca, como si quisiera impedir que se cayera al suelo.

—No he tenido tiempo de buscar demasiado. Solo le he dicho a Robocop que haga un rastreo preliminar entre los casos buscando estos patrones.

—Ro… ¿Robocop? —preguntó Andrés, confuso.

Conde movió una mano en el aire.

—Es como… como llamamos a los asistentes de IA que usamos para buscar información en los casos —explicó.

—¡Ah! —soltó Andrés.

—Imagino que cuando hagamos una búsqueda más pertinente, con una mejor base, vamos a tener un buen abanico de casos con las mismas características. Si cruzamos datos con Sanidad, supongo que la casuística explotará, porque la mayoría de estas lesiones autoinfligidas no son determinadas en sitios como centros de salud y hospitales, y no nos acaban llegando a nosotros —dijo Rebeca.

Conde soltó todo el aire en sus pulmones, dejando caer los papeles sobre la mesa.

—Y no hace falta decir que el número de casos es…

—¿Alarmantemente creciente? —interrumpió Conde.

—Sí —confirmó Rebeca—. Justo eso iba a decir.

—Es lo que han dicho esos hijos de puta de las redes sociales en la rueda de prensa —explicó—. Alarmantemente creciente.

—Bien —exclamó Rebeca con prudencia—, esta… particularidad

del Aetheris no existe en todos los otros casos de estupefacientes. Normalmente, los síntomas más comunes en todos ellos incluyen cosas como pupilas dilatadas, ojos enrojecidos, problemas de coordinación, temblores, movimientos descoordinados, y, por supuesto, ansiedad, paranoia, depresión, confusión, alucinaciones o delirios, pero, incluso entonces, estas alucinaciones se refieren más a creencias irracionales. Pero autolesiones concentradas explícitamente en la zona de los ojos, de la visión, marcadas por un patrón común tan claro, son inusuales.

—Sí —observó Andrés—. Tienes… Tienes razón.

—¿Puede darnos alguna pista que nos ayude a entender por qué el Aetheris produce eso?

—Bien —dijo Andrés después de carraspear brevemente—. Lo cierto es que en las pruebas que hemos hecho en animales, el Aetheris se ha mostrado… inusualmente inocuo…

—I… ¿Inocuo? —preguntó Rebeca, perpleja.

—Inocuo —confirmó Andrés—. He de admitir que esto nos tiene bastante confundidos. Los simples vapores de drogas como el LSD, en cantidades minúsculas, afectan incluso a los insectos. Una simple araña común sometida a estas emanaciones seguirá intentando llevar a cabo sus procesos biológicos naturales como tejer una telaraña, pero en su vida habrán visto una tela de araña tan absurda e ineficiente. Sin embargo, Aetheris es… como les he dicho… inexplicablemente inefectiva.

—¿Es eso tan raro? —preguntó Conde.

—Sí —confirmó Andrés—. Es… Es extraordinariamente raro. Hemos estado siguiendo varios caminos de investigación. Por ejemplo, los seres humanos tenemos niveles y tipos específicos de receptores en el cerebro que afectan funciones como el pensamiento abstracto, la percepción de la realidad y aún otros como la empatía avanzada, que no están tan desarrolladas en otros animales.

—Entonces, está diseñada para humanos… —reflexionó Rebeca —. ¿Qué sentido tiene?

—No diría que haya sido concebida para humanos, expresamente. No tendría sentido… comercial, digamos. Y le aseguro que nadie que se dedique al negocio de la fabricación de estupefacientes tiene en mente nada remotamente parecido a una especie de… intención preclara de no dañar a los animales.

Conde soltó un bufido.

—Sí —dijo Andrés—. Exacto. Ahora bien, sabemos que este producto reacciona a proteínas o enzimas producidas solamente en seres humanos. Estas enzimas metabolizan la droga de manera que genera efectos psicoactivos intensos, lo que explica que la droga sea inactiva y sea eliminada del cuerpo sin desarrollar efectos.

—Sigo sin entenderlo —dijo Rebeca—. ¿No parece muy… rebuscado?

Andrés asintió.

—Sí, lo es —dijo—. Muy rebuscado, en verdad. Lo que me lleva a la verdadera razón por la que les he pedido una reunión en persona y no una videoconferencia, que consume… menos tiempo, y parece, *a priori*, más eficiente.

Rebeca se enderezó en su asiento. Ya estaba muy interesada, pero ahora tenía toda su concentración.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Bien —dijo Andrés—, se trata del producto. Confirmamos que el bote que nos hicieron llegar en el caso de las tres niñas menores es, de hecho, otra nueva versión.

—Oh —exclamó Rebeca.

—Ya nos había llegado por otras vías —dijo—. Y aún estamos elaborando un informe para compartirlo en la base de trabajo común, pero… ya que me han llamado, puedo adelantarles cosas.

—Continúe, por favor —pidió Conde.

—Bueno, esta nueva versión parece haber afianzado lo que hacían sus antecesores, pero a falta de conclusiones, parece que apunta de una manera deliberada y muy inteligente hacia la autoconciencia, el sentido del «yo». De hecho, tenemos que reconocer que estábamos *in albis* sobre esta cuestión hasta que hemos visto patrones químicos y una formulación mucho más clara y declarada. Tuvimos que volver atrás para ver si este espectro químico se encontraba presente en las otras versiones, y… así era. Pero era apenas un borrador, un esbozo, de lo que hace ahora.

—Por el amor de Dios —soltó Conde—. ¿Puede explicarlo un poco más claramente, para legos?

—Sí —dijo Andrés—, sí, por supuesto. Veamos. Digamos que esta versión ha sido diseñada para estimular áreas específicas del cerebro asociadas con la identidad. La identidad, los recuerdos,

incluso el lenguaje, que son características humanas avanzadas.

—Por eso, los animales…

Andrés asintió.

—No tienen la base en la que la droga pueda actuar.

—Vale —dijo Conde—, pero… ¿Para qué?

—No lo sabemos —admitió Andrés—. En principio, una droga que puede, potencialmente, alterar la autoconciencia o el sentido del «yo», puede distorsionar o… intensificar… la percepción personal o la conciencia. Quizás sea parte del diseño de sus creadores, pensando que una droga de este tipo puede llegar a generar una adicción clarísima, pero sin los efectos claramente negativos de la drogadicción. El… mono.

—El mono —repitió Conde.

—Ustedes mismos lo han comprobado —continuó diciendo Andrés—. Normalmente, el común de las drogas atrae a gente que está fuera del sistema y que quiere evadirse aún más del sistema. Son maneras de apartarse de la realidad y evadirse a un nicho íntimo que les hace olvidar sus problemas, típicamente financieros, lo que los lleva a confinarse en un pozo insalvable que acarrea, bueno, aún más problemas financieros, etcétera. Pero Aetheris lo consume gente que funciona bien dentro del sistema. Había una abogada propietaria de un bufete, ¿no?

—Sí —confirmó Rebeca—. Es cierto.

—Un empresario con una empresa de logística…

—Sí —dijo Conde—. Sí, sí.

Andrés asintió.

—Creo que Aetheris, realmente, intenta hacerte sentir bien. No te distrae, no te marea, no te sumerge en un trance cerrado donde te puedes perder y dejar de estar… concentrado, enfocado. Más bien, sobre todo con esta última versión, te permite desarrollar lo contrario. El efecto psicoactivo que formula cuenta, de hecho, con una predisposición, digamos, cultural. La capacidad de simbolismo y sugestión, por ejemplo. Es una especie de placebo activo en el que el efecto en sí es, en parte, por la mente humana.

—Eso también explica lo de los animales —sugirió Conde.

—Aún estamos trabajando, pero… eso parece.

Rebeca asintió.

Le satisfizo esa explicación. Le… alivió, de hecho. Había tratado

ampliamente con seres humanos y comprendía los dilemas éticos y los conflictos con los que se manejaban, y podía entender perfectamente que un ser humano sea una entidad biológica afecta a fármacos que contenían modificadores del funcionamiento natural del cuerpo, para bien… o para mal. Pero lo que le traía de cabeza era toda aquella historia sobre lo de ver

cosas

fantasmas-

Pero ahora, lo entendía un poco mejor.

Lo sentía por Martina; era una mujer excelente, era fresca, divertida, y realmente sentía cierta satisfacción anticipándose a la reunión de trabajo que tenía con ella ese mismo día, un poco más tarde. Pero aquel no era un caso de fantasmas.

Gracias al señor por los pequeños favores.

Trataba, como siempre, de la miseria humana.

Terrenal… y fatalmente.

Como casi todo lo humano.

—Entonces… este efecto de provocarse lesiones…

Andrés se encogió de hombros.

—Estamos viendo que hay alguien ahí fuera que trabaja activamente en el desarrollo del producto —explicó—. Quizás, precisamente por su potencia, las alucinaciones tan reales e intensas sean un daño colateral de un producto aún sin terminar. Quizás estén concentrados en otros aspectos. Desde luego, parece que quieren conseguir eliminar la sensación de trance o caída y, por el momento, no parecen muy interesados en trabajar esos problemas que se han detectado. Las alucinaciones. Por muy letales que parezcan…

Conde soltó una pequeña carcajada.

—¡Esa es buena! —exclamó riendo—. ¡Esa sí que es buena! ¡Ojalá hubiera tenido estos datos antes de la rueda de prensa! O sea, si lo he entendido bien, tal vez no deberíamos perseguir a esos delincuentes, sino… ¡financiarlos! ¡Para que arreglen esos problemas con las alucinaciones y tengamos una especie de droga saludable para emprendedores y empresarios de éxito!

Rio con ganas todavía un rato, mientras Andrés asentía, intentando mostrar cierta empatía.

Pero no tenía ganas de reír, no señor.

Eso lo veía Rebeca tan claramente como los clientes de Aetheris creían ver cosas que parecían fantasmas.

No.

Lo que estaba era… genuinamente preocupado.

3

Martina llegó puntual a la reunión. Rebeca sonrió nada más verla; parecía una elegante americana sacada de los años cincuenta, con un vestido de silueta que llegaba a la mitad de la pantorrilla, por supuesto, en un tono pastel celeste, cerrado con un cinturón fino, unos tacones bajos y un pequeño bolso de mano. Casi… casi… podía oler su suave perfume desde allí.

Y cosa curiosa: también llevaba un paraguas.

Rebeca estaba segura de que hacía un día despejado cuando había entrado en la oficina aquella mañana. Un día normal, como casi todos los días en España, luminoso y diáfano. Pero si era un complemento de moda, era, quizás, un poco demasiado grande.

No le dio más importancia.

Martina había traído, además, una pequeña caja rosa con dos dónuts en su interior, lo que Rebeca celebró con ojos brillantes. Lo cierto era que se había estado sintiendo un poco baja en la última hora y había estado pensando en ir a dar un bocado. De lo que fuese.

—¡Espero que no tengas problemas con el azúcar! —dijo Martina riendo.

—De hecho… alguno, pero en el otro sentido —explicó Rebeca —. Mi cuerpo necesita azúcar para mantenerse arriba.

—No me lo digas —dijo Martina—. ¡Eso sí que es suerte! Yo me imagino la bronca del médico cada vez que me regalo uno de estos, pero ya sabes lo que dicen, la bronca dura unos minutos cada seis meses, ¡y la felicidad de un dónut a la semana es mucho, mucho mejor!

Rebeca rio.

Tomaron café de máquina mientras daban buena cuenta de los dónuts y hablaron de trivialidades, sin que esta vez supusiera un

problema para Rebeca. Que Matt Damon era mucho más guapo que Brad Pitt, sobre todo ahora, que contaba ya unos años. Que era inexplicable que, en pleno siglo XXI, aún hubiera gente que veía problemas en las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. Que había una tiendita, no muy lejos de allí, con al menos ciento setenta variedades de té, y que Martina sentía que no tendría tiempo en la vida para probarlos todos. Y otras varias cosas sin relación unas con otras.

—Vaya —dijo Rebeca suspirando y relamiéndose tan educada y discretamente los dedos como le era socialmente posible—. La verdad es que estaba necesitando… esta delicia de azúcar y trozos de cielo.

—Mucho mejor, ¿verdad, querida? —preguntó Martina sonriente.

Su expresión, un tanto enigmática, hizo que Rebeca arqueara una ceja.

—Vale —dijo despacio—. ¿A qué viene esa cara?

—¿Qué cara, cielo? —preguntó Martina, divertida.

Rebeca inclinó la cabeza.

—Ah —dijo despacio, sonriente—, ya lo pillo. Claro… Eres sensitiva y captas cosas. Y quieres hacerme entender que sabías que me hacía falta un chute de azúcar…

Martina soltó una carcajada.

—¿Te imaginas? —preguntó, aunque su expresión era todavía enigmática—. Aunque… lo cierto es que quería que me acompañaras a dar un paseo. ¡Uno corto! Pero un paseo. ¡Así que imagino que el aporte de azúcar te ha venido bien!

—¿Un paseo? —preguntó la agente con suspicacia.

—Sí, querida. La primera vez que hablamos te enseñé un mapa con los cinco puntos de conflicto, pero… lo dejamos ahí. No seguimos avanzando. Y ahora, querría seguir con eso.

—¿Quieres visitar alguno de los lugares donde se han producido los casos?

—No hace falta, cielo —dijo despacio—. Ha pasado tiempo. Los lugares son… como la memoria de un anciano. Almacenan recuerdos, sí, pero se fragmentan muy rápidamente. Demasiado rápidamente. ¡Yo tendría que ser mucho mejor en lo que hago para serte de ayuda en eso! Pero quiero llevarte… al centro de todos esos

puntos.

—¿Al centro de los puntos? —preguntó Rebeca, algo confusa.

—¡Claro, querida! Forman un círculo, ¿no? Por su disposición. Y todo círculo tiene un centro…

Rebeca comprendió.

—El Retiro —musitó.

Martina sonrió.

—¡Vamos de paseo! —exclamó, contenta.

Rebeca no sabía cómo se las arreglaba, pero para ser una persona con… aparentes conexiones con fantasmas o lo que fuera que veía o sentía, siempre parecía estar…

Bueno. Contenta.

Capítulo 10

Un premio para el mejor

Rebeca pensó que se había equivocado cuando salió a la calle acompañada de Martina, porque el cielo, pese a lo que había creído al principio, distaba mucho de estar despejado; era un palio sombrío recorrido por grandes estrías suaves, pero eso a Rebeca le gustaba. La calle tenía un tono casi cinematográfico, muy madrileño, por cierto, y los contrastes resultaban armoniosos, recogidos en una suerte de paleta de color uniforme. La luz de un día luminoso creaba zonas demasiado solarizadas, el sol devoraba los detalles, los apagaba, los consumía.

Y olía indeciblemente mejor, aun cuando no llovía.

—Parece que tenías razón con el paraguas, Martina —dijo.

—¿Verdad? —exclamó—. ¡Pero todavía no nos será útil! Un poco más tarde, quizás.

Rebeca miró alrededor.

No sabía qué tipo de previsión del tiempo había visto Martina, pero ninguno de los transeúntes a su alrededor llevaba paraguas, chubasquero, y muchos, ni siquiera un abrigo o similar. Al fin y al cabo, el frío aún no había llegado.

No le prestó más atención; al fin y al cabo, Martina demostró ser buena con el ritmo y el paso, y caminaron a buena velocidad durante todo el trecho que les separaba del Retiro, hablando otra vez de temas alejados del trabajo. Rebeca disfrutó tanto del paseo y la charla que hasta se sintió algo culpable por tener la sensación de que perdía el tiempo.

La Puerta de Felipe IV estaba custodiada por puestecillos. En uno de ellos, un sonriente señor mayor vendía almendras asadas ataviado con un inmaculado delantal blanco y un gorro de tela. Uno

podía mirarlo y pensar: «Bueno. Al menos algunas cosas siguen yendo bien». En otro, un grupo político con el que Rebeca distaba mucho de simpatizar recogía firmas, donaciones, y vendía camisetas, banderitas y pulseras. Rebeca no sentía simpatía por ningún partido en particular; personalmente, pensaba que eran todos, sin excepción, herederos de los antiguos inquilinos de la bendita cueva de Alí Babá, pero justo aquel le hacía sentirse perpleja. Indignada. Asqueada.

Sacudió la cabeza.

—No tendremos playa, querida —dijo Martina mirando alrededor mientras caminaban—, pero… ¡Qué maravilla es este parque! ¿Sabes? Mis padres fueron a remar en bote en el Estanque Grande cuando aún eran amigos, ¿sabes? Y cuando pusieron otra vez el pie en tierra firme, ya eran novios.

—Oh —dijo Rebeca.

—Mamá nos contó que aceptó su petición porque estaba bien guapo mientras remaba, tanto, que parecía un actor de cine —dijo riendo.

—Oh, vaya. ¿Era guapo tu padre?

—Con veinte años todos somos guapos, Rebs —respondió.

Rebeca asintió, sonriente.

—Sí… Estuvieron juntos más de cincuenta años. Una de las historias de amor más bonitas que haya conocido nunca. El cáncer se los llevó a ambos. Primero, a él, luego, a ella…

—Oh, lo siento —se apresuró a decir Rebeca.

—No hay nada que sentir, cielo —dijo Martina—. Tuvieron una vida llena, una vida plena. Mamá murió con noventa y dos años, rodeada de hijos y de nietos. ¿Qué hay que sentir ahí? Se fue cuando tenía que irse, con todos los deberes hechos, y debo decir que se fue cuando los achaques y los problemas de salud empezaron a degradar su calidad de vida. Ya no paseaba, ni siquiera pasaba mucho tiempo en el jardín, que era su otro gran amor. Se fue justo cuando empezaron sus problemas de salud, ni antes… ni después. A su manera, fue un último regalo de amor. Era lo que mejor hacía, regalar amor. No nos dejó estar preocupados por ella, ni nos permitió malgastar, entre comillas, tiempo y dinero en sus cuidados. Se marchó antes de que todo eso fuera…, bueno, necesario.

—Vaya —dijo Rebeca—. Visto así… es incluso… bonito.

—Lo es —respondió la médium—. Todo lo que rodeaba a mis padres lo era. Fueron… maravillosos en todos los aspectos. Nunca he conocido a nadie que pudiera equipararse a ellos en lo que toca a paciencia y bondad.

—Es muy bonito que tengas ese recuerdo de ellos.

—Uno tiene lo que le dan, cielo —dijo Martina.

Rebeca levantó la mirada hacia el cielo; acababa de sentir una gota, fría y con cuerpo, en la cabeza, incluso sobre el cabello del tono de la madera clara.

—Vaya —dijo—. Parece que tu paraguas nos va a servir al final.

Martina miró hacia arriba también.

—Sí —dijo despacio—. Ya estamos llegando. Creo que… —miró alrededor, como si buscara—, allí, en ese banco, tendremos nuestra conversación.

—¿Allí? —preguntó Rebeca—. ¿Quieres sentarte allí?

—De alguna manera, cielo, ya estamos allí sentadas —exclamó. Rebeca encontró el comentario bastante enigmático, pero no dijo nada.

Caminaron hasta allí mientras las gotas de lluvia comenzaban a percibirse de manera más y más evidente. Al cabo, la precipitación se hizo oficial, y la gente que paseaba por el parque empezó a caminar más rápido, cubriéndose la cabeza con lo que tenían a mano: una revista, un talego de la compra. Dos niñas se cruzaron con ellas y las superaron a la carrera, riendo con verdaderas ganas.

Martina había abierto el paraguas y las dos se apretaron bajo la lona que era, por cierto, bastante grande.

—¡Vamos rápido, querida! —dijo Martina—. ¡Antes de que el banco se moje tanto que nos empape los culos! No hay muchas cosas peores que tener el culo mojado.

—Martina —dijo Rebeca—, ¿por qué… por qué quieres sentarte en ese banco? ¿No deberíamos irnos? La puerta no queda lejos. Podemos ir a una cafetería.

Martina suspiró, pero no respondió. Ya estaban llegando al banco, de todas maneras, y se sentaron las dos en él, protegidas por el paraguas, y se tomaron unos instantes para mirar alrededor.

Los parques tenían un encanto especial cuando se los observaba bajo la lluvia. Las hojas parecían resplandecer, y el agua caía mansamente sobre el suelo de tierra batida y gravilla. Además,

estaba el hecho de que no hacía frío en absoluto, y eso ayudaba a disfrutar del momento.

—Bueno —dijo Rebeca al cabo—, ¿qué te traes? ¿Por qué estamos aquí?

Martina suspiró con tranquilidad. Tenía una sonrisa apacible en el rostro redondo.

—Esta mañana, cuando desayunaba —empezó a decir en un tono de voz bajo pero cálido—, tuve una… certeza. Podría decir que fue una visión, pero… no quiero asustarte.

Le palmeó la mano con un gesto amistoso y Rebeca sonrió.

—Esa certeza nos mostraba a nosotras dos, sentadas aquí, en el parque, hoy, a esta hora, con un paraguas que reconocía como mío. Este paraguas. Bajo la lluvia.

Rebeca pestañeó.

—¿Qué? —preguntó, y soltó una repentina carcajada. Al momento, se contuvo, sacudió la cabeza y levantó una mano en el aire.

—Ey —dijo—, per… perdona… no he querido…

—¿Molestarme, Rebs? —preguntó Martina con suavidad—. ¡No lo has hecho! Ahora que te conozco un poco, sé lo suficiente de ti como para asegurarte que difícilmente podrías decir algo que me molestase…

—Gra… gracias —balbuceó Rebeca.

El repiqueteo de la lluvia sonaba con fuerza contra la lona del paraguas, y las gotas resbalaban delante de ellas, formando una cortina que se precipitaba sin ningún ritmo hacia abajo.

—Mira, la vida es como estas gotas. Podrías mirarlas durante una eternidad y aún no sabrías cuál va a caer primero o por dónde van a caer en mayor cantidad. Si se pudieran calcular todas las variables como… la inclinación de la cubierta del paraguas, sus irregularidades, imperfecciones, y aún más, como la cantidad de agua que está cayendo o la fuerza del viento, si lo hubiera, o incluso el ángulo de la mano que inclina el paraguas en una dirección o en otra… bueno, es posible que pudieras calcular con alguna precisión el ritmo de las gotas, y decir cuál caerá primero o con más fuerza. Pero la vida… no es así.

—Bueno, cierto —dijo Rebeca, intrigada.

—La vida es la suma de una cantidad cósmica de variables como

estas. Los senderos que rigen nuestros pasos están sujetos a interacciones de tantos elementos que ni la suma de todos los súper ordenadores jamás fabricados podrían jamás calcularlos…

—Está clarísimo —musitó Rebeca.

—Y, sin embargo…, a veces, en ocasiones…, a gente como a mí se nos brinda una ventana que nos muestra un único camino de entre todos los posibles. Una instantánea de un sendero posible entre los cientos de miles de millones caminos. Una única conclusión.

—¿Este… momento? —preguntó Rebeca—. Vale, pero… ¿no es un poco… predecible? Quiero decir. El sitio lo has propuesto tú. Tú has elegido la reunión, tú has elegido este banco… No es como… ¡oh, guau, qué sorpresa que justo esto haya ocurrido!

Martina asintió.

—Reconozco que me pareció raro cuando vi esa imagen en mi cabeza. Miré por la ventana y me dije… Martina, amiga mía, tienes la radio cada día más estropeada, porque ese cielo de ahí arriba no parece el típico cielo de lluvia en absoluto. Entonces, miré el pronóstico del tiempo y no había ningún indicio de que fuera a llover. Pero me dije… vamos a ver cómo sale todo esto. Vamos a jugar a seguir el sendero marcado, a ver qué pasa.

Rebeca arrugó la nariz.

—Aun así…

—Luego —interrumpió Martina—, cuando venía hacia tu oficina, justo cuando pasaba por una de esas franquicias de dónuts, tuve otra… certeza. Otra visión. Son como fogonazos, ¿sabes? Se superponen a lo que estás viendo, aunque tengas los ojos abiertos, así que, si estás haciendo algo como conducir, no es precisamente agradable. ¡Afortunadamente, no son lo que diría comunes o me volvería loca! Pero ahí estaba, sí. En esa visión, Rebs… teníamos un problema con esa azúcar tuya.

Rebeca pestañeó repetidas veces.

—No te habías dado cuenta —siguió diciendo Martina—, pero estabas con niveles muy bajos y nos pillaba aquí sentadas, con la lluvia. Era un buen susto. Imagino que alguien con una condición como la tuya está preparada para esas eventualidades y lleva un azucarillo o algo similar en los bolsillos, ya que no sueles llevar bolso…

—¡Claro! —dijo Rebeca con rapidez.

—Pero… cosa rara… justo hoy, no llevabas ninguno.

—No, siempre llevo. Mira…

Se hurgó en los bolsillos de la chaqueta y sacudió la cabeza, contrariada. Luego, en el bolsillo de la camisa blanca con cuello de pico, y por fin, en los pantalones. Pero no encontró nada.

Arrugó el entrecejo.

—Vamos… —dijo—. No es posible… Yo siempre…

—Hoy no, ¿eh? —preguntó Martina, sonriendo. Pero era una sonrisa apagada.

—No lo… entiendo —murmuró.

—No te preocupes —dijo—. Pensé que esa otra certeza tenía fácil solución, así que entré y compré esos dónuts. ¡Seis euros y sesenta céntimos! ¿Te lo puedes creer? Pensé que me harían vislumbrar los designios ancestrales del universo por ese precio, pero no… ¡solo estaban rematadamente buenos!

Rebeca soltó una carcajada.

—Vaya —exclamó—. Bueno. Es…

—Es una buena historia, ¿verdad? —dijo Martina—. Pero aún no las tienes todas contigo, a pesar del hecho de que la última vez que saliste a la calle sin algo de azúcar encima fue hace… ¿cuánto? ¿Años?

Rebeca asintió.

—Sí —confirmó ella—. Puede que un lustro, incluso. O una década. No lo sé. De hecho, me siento rara… como si estuviera a punto de entrar en un túnel sin una linterna…

—Oh, no te preocupes —dijo Martina—, estaremos muy bien.

—Y lo sabes porque lo has visto —dijo Rebeca con una sonrisa.

—Exacto —confirmó Martina—. Pero como todavía no las tienes todas contigo y yo necesito que abras esa mente tuya a las posibilidades del mundo extraño y desconocido que te ofrezco, te diré otra cosa. Porque esas certezas, esas visiones, son como flases muy rápidos en la cabeza. Duran tanto como la reverberación de un tambor, y, de hecho, se sienten un poco así también. ¡Boom! —añadió, describiendo un movimiento expresivo con la mano libre—. Pero cosa curiosa, cielo…, suelen incluir detalles y cosas que duran más tiempo del que tardas en verlos… ¿Tiene eso algún sentido para ti?

—Bueno —admitió Rebeca—, realmente… no. No mucho.

Martina asintió.

—Digamos que mi certeza, la que tuve por la mañana, la que nos mostraba aquí sentadas, duró un par de segundos solamente. Lo sé porque estaba mirando el móvil cuando me vino… Es lo que suelo hacer cuando desayuno. A veces, miro noticias, a veces, miro… tonterías. Y esa mañana tocaban tonterías. Era una broma sobre un hombre que pide una botella de agua en una hamburguesería, y cuando intenta beber, ha cambiado la botella por una trucada en la que el agua no cae. El caso es que, cuando terminó la certeza, o la visión…, el video seguía casi casi por el mismo sitio.

—¿De acuerdo? —preguntó Rebeca.

—¡Bien! Pues en esa certeza estábamos aquí, como ahora, hablando… y, de repente, un repentino golpe de viento arrastraba una bolsa de plástico manchada de barro y se te paraba en la pantorrilla. Te manchaba el pantalón de barro, y tú lo retirabas con una mueca de fastidio.

—Oh —dijo Rebeca, mirando alrededor. No había ninguna bolsa de papel a la vista. Tampoco había viento de ninguna clase. En absoluto. Uno podía concentrarse en las partes más oscuras de los árboles del parque y comprobar que la lluvia caía perfectamente horizontal—. Vale… eso sería…

Martina la miró, sonriendo.

—¿Eso sería algo? —preguntó ella.

—Bueno, algo tan específico y tan… improbable, además, sería… ¡Bueno! Sería algo, desde luego.

Martina asintió.

—Te cuento todo esto porque necesito… realmente, necesito, que te alinees conmigo. Necesito que me creas, o al menos, que aceptes la posibilidad de que el mundo esconde más cosas de las que vemos con los ojos.

—Como tu gato —musitó Rebeca.

—Exacto —dijo Martina riendo—. Como lo gatos. Que siempre huelen porque no se fían de sus ojos, de que tú seas tú.

Rebeca asintió.

—¿Y por qué necesitas que te crea? —preguntó—. ¿Qué importancia tiene? Quiero decir… Pensé que sería al revés. Que

hablaríamos y tú tendrías algo que decir sobre la investigación. Alguna pista, algún dato que nos hiciera seguir una línea de trabajo que no hubiéramos considerado. Imagino que si esa línea de investigación nos llevase a unos… resultados… —se encogió de hombros—, bueno, en ese caso, sería más fácil creer…

Martina asintió.

—Con pruebas —dijo ella—. Pero eso sería… demasiado fácil, ¿no? Yo aporto cosas, señalo a un sospechoso, tú lo investigas y dices: «Vaya. Realmente ha sido él».

Rebeca volvió a encogerse de hombros.

—No lo… Bueno, no lo sé —exclamó—. No tengo experiencia con estas… áreas de trabajo.

Martina rio con ganas.

—Lo sé, cielo —exclamó—. ¿Quién tiene experiencia con estas cosas? Ni siquiera yo estoy muy segura. No es que tenga un expediente a mis espaldas de casos probados, precisamente, entre otras cosas, porque los de arriba no creen en el trabajo de la gente con sensibilidades. Así nos llaman. Gente con sensibilidades. Como cuando tomas un helado y te da un golpe de dolor entre los ojos, ¿no?

Rebeca rio, asintiendo.

—Rebs, no creas que no descarto la posibilidad de que esté… chalada. Soy la primera que, a veces, dudo. A pesar de todo. Porque al cerebro humano le pasa una cosa. Cuando trabajas con lo sobrenatural, comprendes muy rápido que el cerebro humano intenta reparar, o anular, las cosas que no parecen muy normales, que se salen de la norma. Si dejas ciertas cosas en el recuerdo, tu mente insiste en hacerte creer que…, bueno, que no viste lo que viste. Que no sentiste lo que sentiste. Que pudo haber sido otra cosa. Que… debe haber una explicación. Que te confundiste. Etcétera, etcétera.

—¡Qué curioso! —exclamó Rebeca.

—Es la repetición paulatina y constante de estos instintos, de estas certezas y visiones, lo que hace que finalmente aceptes la posibilidad de que… tal vez… no estés chalada. Y que estas cosas existan.

—Vale… —dijo Rebeca—. Pero sigo sin entender por qué necesitas que yo crea. ¿No podemos simplemente trabajar y ver qué

tienes que decir sobre los casos? Ya nos ocuparemos nosotros de averiguar si… funcionan. Si tienen sentido.

Martina asintió. Ya olía a lluvia, a tierra mojada, a limpio. A oxígeno. Lo que, en pleno centro de Madrid, una mañana laborable, era muy de agradecer.

—Podríamos, Rebs —susurró—, claro que podríamos. Y es lo que tendremos que hacer si no consigo que te alinees conmigo. Porque, entonces, serás como una puerta cerrada, y yo no puedo mirar dentro por mucho que quiera. Pero… si consigo que te abras un poco, existirá una especie de vínculo invisible entre nosotras. Esa puerta tuya con todos los datos del caso, lo que has pensado sobre él, lo que habéis trabajado, lo que sepas, consciente o inconscientemente, me llegarán.

—Vaya —susurró Rebeca—. Como en la… ¿telepatía?

—No es telepatía —explicó Martina—. Es otra cosa.

Suspiró largamente antes de continuar.

—Lo de ir a tomar café el otro día y charlar no fue casual —dijo en un tono de voz dulce y amable—. Te expliqué que prefería conocernos un poco, pero es porque así, nuestro vínculo… se refuerza. A medida que te conozco, que sé cómo eres… a medida que descubro cosas de ti y siento, de una manera íntima y no reflexionada, que me gusta como eres, como te mueves, hablas, lo que piensas de la vida y de las cosas, nuestro vínculo crece. Crece cuando pienso que es agradable pasar tiempo contigo. Crece cuando estoy en casa por la noche y pienso: «¡Oh, mañana voy a ver a Rebs! ¡Es estupendo! ¡Tengo ganas de ver cómo le va!».

Rebeca sonrió, algo superada por aquellas afirmaciones tan directas. Pero no dijo nada.

—Esta mañana —continuó diciendo Martina—, tuve esa certeza, precisamente, porque ya hemos tenido algunos ratos juntas. Si hubiéramos trabajado sin ningún preámbulo, en tu despacho o una sala de reuniones, y hubiéramos consultado datos fríos solamente, y nos hubiéramos dado la mano como dos buenas profesionales, las dos así de serias —compuso una mueca que hizo que Rebs soltara una carcajada—, pues… no habría tenido esa visión. De este momento. Ahora. Y entonces, lo que vamos a hacer ahora, no habría podido… hacerse.

Rebeca levantó una ceja.

—¡Vaya, Martina! —exclamó, divertida—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Martina asintió.

En ese mismo instante, empezó a soplar una repentina brisa. Rebeca no la sintió; estaba concentrada en la conversación, que, por cierto, le estaba resultando más interesante de lo que jamás se habría atrevido a confesar. No se dio cuenta… hasta que el viento, ahora menos cálido, arreció e hizo que el paraguas se estremeciera. Sin pensarlo, proyectó su mano hacia el mango para ayudar a Martina.

—Vaya —dijo—, parece que…

De pronto, enmudeció, la expresión en su rostro congelada en una mueca, como una máscara facial.

Se quedó mirando a Martina con una expresión extraña y difícil de preguntar.

La médium iba a decir algo cuando Rebeca miró hacia abajo.

Allí, aleteando como una avecilla herida contra su pantorrilla, había un trozo de cartón, un cartón simple, sencillo, como el de cualquier caja, sin marcas, húmedo y embarrado.

—No… —dijo—. ¿Qué…?

Antes de que pudiera pensar nada, había movido ya su mano hacia el cartón y lo había apartado con un gesto lento, casi teatral. Cayó al suelo, sobre la gravilla mojada, y se quedó allí, inmóvil, extraño. Como un trozo de otro mundo.

En el pantalón habían quedado manchas de barro, enmarcadas en una corona de humedad.

Se volvió rápidamente para mirar a Martina, pero esta, para su desconcierto, tenía una sensación afligida, más que de contento. Casi había esperado que tuviera una expresión de triunfo, como la de un mago que acaba de realizar un truco asombroso.

Miró alrededor, a uno y otro lado, tal vez como buscando alguna explicación para lo que acababa de pasar. Tal vez alguien había lanzado el trozo de cartón hacia ellas. Tal vez se trataba de una bufonada para… para…

«¿Para qué?», se preguntó.

Esa era siempre la pregunta.

Por qué. Para qué.

Pero Martina no tenía ninguna razón para tratar de engañarla,

como no fuera… hacer parecer que su trabajo era especial, esencial, y seguir cobrando un sueldo como asesora de cosas paranormales, sobrenaturales, como quisiera que se llamara.

Pero Martina no le parecía ese tipo de perfil.

Y desde luego, aunque fuera el caso, no había absolutamente ni un alma alrededor. La lluvia se había ocupado de darles unos instantes de soledad.

El marco perfecto para una… sesión de cosas inexplicables.

—Bueno —dijo al fin—, ahora sí que estoy confundida…

Martina no respondió.

—Cómo es… —susurró la policía—. Quiero decir. ¿Qué posibilidades había? Esa racha de viento que ha venido tan misteriosamente como se ha ido…

—Es raro, ¿verdad? —preguntó Martina despacio.

—¿Raro? —graznó Rebeca—. Vale, sí, es… raro… pero… —dudó unos instantes— si ya hubiera sido una bolsa, como tú dijiste, habría sido un pleno…

Martina asintió.

—Desconozco el motivo… —dijo en voz baja—, pero estas certezas, cuando se revelan, se comunican, se ponen sobre la mesa… suelen cambiar. A veces, en sus detalles más insignificantes, como esta bolsa de plástico que se ha convertido en un cartón. Es como si… el futuro se negara a ser… publicado. Pero quizás haya otros motivos…

—¿Qué…? ¿Qué motivos? —preguntó la oficial.

—¿Puedes…? ¿Quieres…? ¿Quieres darle la vuelta al cartón, cielo? Me… ¿Me harías ese favor?

La policía dio un respingo.

El trabajo policial tenía una suerte de efecto secundario. Una habilidad, o una especie de don, que se adquiría, sobre todo, con los años de experiencia. Para un investigador que trabajaba con indicios, pistas y datos, este sexto sentido resultaba muchas veces crucial, sin que hubiera absolutamente nada en ningún proceso, protocolo o manual, que le concediera un mínimo de crédito. Se trataba de una… incomodidad, casi siempre, repentina. Un cosquilleo, a veces, en la nuca, a veces, en el estómago. Un pequeño tirón invisible. Y en aquel preciso momento, cuando Martina le pidió que le diera la vuelta al cartón, esa intuición extraña y queda

le dijo: «Rebs. Aquí viene algo bueno. Algo para lo que no estás preparada. Pero será mejor que aprendas los pasos de este baile porque vas a estar bailando toooooda la noche. Y Rebs, solo hay premio para el mejor».

Solo hay premio para el mejor.

Porque Martina, desde su posición, no había podido ver el otro lado del cartón. Ni siquiera ella lo había visto. Había quedado atrapado en su pantorrilla y, luego, lo había dejado caer, y eso había sido todo.

¿Y qué pasaba con el otro lado del cartón?

Lo miró, inquieta.

Se trataba de un trozo del cartón de una caja de embalaje, demasiado mojado como para servir para nada. Pero se inclinó y alargó la mano para cogerlo con cuidado por un extremo, como haría con la prueba de un caso.

Y al darle la vuelta, vio parte de un logotipo conocido.

Era ScreenX.

Sonrió, aliviada.

Conocía ScreenX. Era una tecnología de proyección inmersiva, desde hacía un tiempo muy popular en muchos hogares. Podías ir al Carrefour o a Merchante y encontrar su publicidad por todas partes. «¡ScreenX, de 4DPLEX! ¡Amplía la pantalla en tres paredes virtuales para una experiencia envolvente!», decía la publicidad.

Era, de hecho, un alivio. Un puñetero alivio.

Era un cartón estúpido. Un trozo. No tenía nada de especial.

A menos que…

Arrugó el ceño.

Miró a Martina para ver si había visto lo que mismo que ella, y por su expresión, supo que sí. No solo la había visto. La había…

Previsto. Vaticinado. Lo que fuera que hiciese.

Debajo del logo estaba la muy reconocible marca ScreenX, con su tipografía estilizada, sólida, sin serifa; pero el fragmento del cartón solo mostraba una parte de la palabra.

Una parte concreta. Sin la S inicial. Sin la N y la X finales.

Y esa parte se leía así:

CREE

Capítulo 11

He tenido conversaciones, doctora

Marta era una apasionada de su trabajo.

Era psicóloga y, gracias a que el mundo era cada vez más un pequeño estercolero lleno de pequeños y grandes locos, le iba bien con su trabajo. Tenía muchos pacientes, de hecho, tenía lista de espera, y el dinero que llevaba a casa cada mes era suficiente para llevar una vida cómoda. Pagaba la casa, el coche, pagaba comidas en restaurantes como eFusion y Tragacanto (dos de sus restaurantes favoritos) y todos los caprichos que se le ocurrieran; un móvil extravagantemente caro. Unos zapatos de dos mil euros. Unas vacaciones en Bogotá.

De joven había sido una gran lectora y, durante un tiempo, acarició la idea de convertirse en escritora de novelas. Quería contar historias. Novelas de misterio, tal vez, con personajes bien construidos que impactaran con fuerza en el lector. Porque quería escribir novelas que gustaran. Quería firmar libros en una librería y que la cola de gente saliera a la calle. «Me encantan tus libros, Marta», le dirían lectores con ojos brillantes. «Marta, sigue escribiendo». «Acabo de comprar tu último libro y ya necesito saber de qué irá el siguiente».

Los personajes eran su parte favorita en toda novela.

No podía simpatizar con ellos si no le resultaban interesantes de una u otra manera; fueran oscuros y alineados con el mal, o entrañables y queridos, necesitaba… empatizar con ellos. Comprenderlos. Pero ya en sus tímidos primeros relatos percibió que iba a necesitar mucho más que buenas palabras y algo de voluntad; necesitaba descubrir cómo funcionaba, realmente, la psique y el corazón humanos. Desentrañar sus procelosos periplos

internos. Sus ansias, sus esperanzas, sus motivaciones. Pensó que esa, y no otra, podía ser la clave para conjurar una buena novela. Y no habiendo estudios especializados sobre creación de novelas, más que algunos talleres de dudosa utilidad, decidió estudiar Psicología.

Resultó que la psicología se le descubrió como un mundo apasionante en el que le fue fácil y agradable perderse. Cada teoría que aprendía, cada concepto, le abría puertas a mundos nuevos. Estudió con avidez y admiración a los grandes maestros de la psicología, desde Freud a Jung, también Pavlov, porque a sus ojos eran exploradores de un mundo invisible. A menudo, tomaba notas detalladas de sus propias dudas e inseguridades y los comparaba con los patrones de conducta que estudiaba, y en algún punto de sus estudios, decidió que la psicología no era solo una ciencia de la mente, sino que era la llave para entender la fragilidad, la esperanza y las complejidades de la mente y de todo lo humano. De su vulnerabilidad. O de su fuerza.

Poco a poco, fue olvidándose de su motivación más pronunciada: la de convertirse en una autora de libros. Tampoco tenía ningún interés en ayudar a otras personas a sanar; pero cada caso que estudiaba le hablaba de retos interesantísimos, de complejidades que había que descifrar. Era el desafío de desentrañar todos aquellos problemas sepultados en los escudos y barreras de la personalidad lo que despertaba su interés.

Miró la hora en el reloj de pared y suspiró.

Su próximo paciente era…

Revisó las notas de su ordenador a través de sus gafas redondas.

Santiago Mesa Valverde, llamado Zeppelin por los que le conocían, por una… irrelevante anécdota de juventud. Santiago tenía dependencia a los estimulantes suaves y a los tranquilizantes de venta controlada. Aseguraba no haber probado las drogas duras, pero la frecuencia de uso de todo lo que no era el complicado universo de los hermanos mayores de la familia de estupefacientes había aumentado en los últimos años. Usaba los primeros para mantenerse despierto en los largos turnos, y luego, usaba los segundos para conciliar el sueño, porque la ansiedad lo mantenía despierto más tiempo de lo que era saludable. Era un precioso círculo constante de dependencia. No letal, pero potencialmente preocupante.

Siguió leyendo para refrescarse, porque Santiago llevaba faltando a su cita durante un mes y medio, y con franqueza, no recordaba demasiado de él; era el típico tipo anodino, apocado y con bajo impacto que uno olvida dos minutos después de hablar con él. Uno de tantos.

Había ansiedad social, episodios de depresión leve, antecedentes familiares de alcoholismo en el padre y episodios de trastorno de pánico que tenían que ver con la madre. Había notas subrayadas sobre algunos comentarios hechos por el paciente, como «incapaz de controlar mi vida», que podían indicar una peligrosa tendencia al aislamiento social, o incluso, al suicidio.

Suspiró largamente, se ajustó las gafas, y pulsó el botón para indicar a recepción que estaba lista para que pasara.

Santiago no se hizo esperar.

Estaba empapado, por cierto; fue lo primero en lo que reparó Marta. Los cabellos oscuros sobre la frente despejada.

Marta comprendió de un solo vistazo, solo por su actitud y su lenguaje corporal, que Santiago estaba mucho peor de lo que lo había encontrado la última vez que lo trató. Solía pasar, sobre todo, en pacientes con dependencia a las drogas: una ausencia prolongada del tratamiento, a menudo, indicaba un descenso en picado hacia el abandono personal.

—¡Santiago! —exclamó mientras se levantaba de su escritorio—. ¡Pero bueno! ¿Te has caído en una fuente?

Santiago mantenía la cabeza gacha, las manos recogidas sobre el regazo, como si estuviera…

Como si estuviera abochornado.

Definitivamente, le había pasado algo.

—Es… estoy bien —balbuceó—. Ha… Ha empezado a llover… de… de repente.

—Espera… —dijo Marta, y trotó sobre sus tacones hacia el cuarto de baño, cerrado tras una puerta en su propia oficina, y tomó una toalla del estante.

Regresó junto a su paciente y se la ofreció.

—Ten… —dijo—. Tal vez puedas… secarte un poco, pero… ¡vaya, Santiago, estás realmente empapado!

—No… no pasa nada —dijo Santiago, tomando la toalla y pasándosela por la cara y las manos, también por el cabello. No se

podía hacer nada en cuanto a la ropa.

—¿Quieres… quieres que dejemos la sesión para otro día, Santiago? —preguntó ella.

Santiago levantó la mirada casi por primera vez. De repente, estaba visiblemente asustado.

—No… —soltó, repentinamente ronco—. No, por favor… Yo… yo necesito…

Marta comprendió enseguida.

—Está bien, Santiago —dijo con voz queda—, está bien… no te preocupes, ¿vale? Necesitas hablar un poco, ¿no?

El paciente asintió de manera vigorosa. De repente se le veía torpe con la toalla en la mano.

—Está bien —dijo ella, mirando alrededor. El diván era un Exquisite François Devon de casi tres mil seiscientos euros la pieza, y el sofá, aunque no era tan exquisito, no le iba tampoco a la zaga, y no estaba dispuesta a que dejara húmedos y afectados ninguno de los dos. Pero había una silla de oficina, de imitación de cuero, en la mesa de trabajo que tenía a un lado, y pensó que aguantaría bien un poco de agua—. Ven… —añadió, con una sonrisa forzada—. Vamos a… sentarnos aquí, ¿quieres, Santiago? Vamos a charlar un poco.

Santiago le siguió y se sentó donde ella le indicaba.

Era un tipo grande, mucho más alto que la media, y se le veía ridículo en la silla con toda la ropa empapada, la toalla blanca entre las manos.

Ella se sentó a su lado. Giró la silla ligeramente para quedar cara a cara con su paciente.

—Bueno, Santiago… —exclamó con suavidad—. Hace tiempo que no te veo por aquí y empezaba a estar preocupada por ti, así que… me alegro de verdad que hayas decidido volver. Dime, ¿cómo has estado? ¿Va todo bien?

—N-no… —balbuceó. Parecía a punto de romper a llorar.

Marta asintió.

—Vale… —susurró—. No estás bien, ¿no, Santiago? Ya lo estoy viendo. Qué… ¿Qué te ha pasado? Cuéntame un poco, por favor…

Santiago sacudió la cabeza. La mandíbula le temblaba. Realmente estaba al borde de una especie de colapso emocional.

—Yo… —dijo— quise… quise… mejorar. De verdad. Lo…

intenté.

—Sí —dijo Marta—. Y ha sido un poco duro, ¿no?

El paciente asintió.

—S-sí… —reconoció—. O sea, al principio… al principio estuvo… muy bien. Al principio todo iba… muy bien. Estuve hablando con una gente sobre mi… mi problema… con mi adicción, y me hablaron de… algo nuevo.

Marta frunció el ceño.

—¿Algo… nuevo, Santiago? —preguntó con suavidad.

Santiago se pasó la toalla por la cara con movimientos rápidos, casi furiosos.

—Sí —dijo, casi soñador. Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro enrojecido por la fricción con la toalla—. Sí. Algo… algo nuevo…

—¿Qué has tomado, Santiago?

—Esa… droga nueva. El Aetheris. Luminis, lo llaman también. La… Droga Fantasma.

Marta frunció el ceño.

Había oído hablar del Aetheris, por supuesto. Sabía que provocaba alucinaciones tan fuertes que resultaba difícil discernir qué era real y qué no. Y sabía que tenía un aparente perfil bajo en cuanto a su factura de adicción, al menos, al principio, sin efectos tan devastadores y acusados como otras drogas.

Y había escuchado la historia, el mito sobre los fantasmas. Claro.

—Ay, Santiago —dijo.

—Al principio, era… alucinante —exclamó Santiago—. Se… se lo juro. Sin temblores, sin mono… lo tomaba para ponerme a tono y lo usaba para dormir. ¡Sirve para las dos cosas, doctora!

Marta lo escuchaba con una mueca de disgusto en la cara, no solo por la decepción de que su paciente hubiera recaído de forma tan espantosa, porque estaba claramente peor que cuando entró en su oficina la primera vez. Era por la naturaleza de esa nueva droga en cuestión. Iba a necesitar consultar el cuadro completo de especificaciones para poder tratar a su paciente; consultar las bases de datos como PubMed, PsycINFO y Embase para conseguir artículos, estudios de casos o informes de cualquier investigación médica sobre el Aetheris. Tendría que consultar con centros de toxicología, revisar informes de salud pública… y un buen montón

de otras cosas para ponerse al día. Porque necesitaba saber con exactitud qué hacía, cómo lo hacía, y, sobre todo, cómo se salía de ella. Y eso era…

Un montón de trabajo.

Una agotadora cantidad de trabajo aburrido.

—¿Cuánto has tomado, Santiago? —preguntó.

—U… una dosis… una dosis por la mañana. Y bueno… otra por la noche…

—¿Desde hace cuánto?

—U… unas dos semanas. Dos… semanas. Creo.

Marta tomó nota mental. Tendría que averiguar cuánto era una dosis, exactamente. En esos momentos, no sabía si el Aetheris se tomaba en gramos, si era un tipo de ácido sobre cualquier superficie como un cartón o un trozo de papel, o incluso, una píldora de azúcar o chocolate. Había escuchado que algunos tipos de ácido se vertían sobre los M&M.

Pero creía recordar haber escuchado que eran una especie de gotas que se ponían sobre la lengua, o debajo de la lengua. No era el método de absorción más rápido; ese era, sin duda, la inyección intravenosa, pero era el método más fácil y conveniente para captar nuevos clientes. Inyectarse algo en el brazo, por ejemplo, tenía unas connotaciones demasiado negativas para gente que revoloteara alrededor del mundo de los estupefacientes de manera ocasional, pero unas gotas bajo la lengua… eso era algo que podía probarse. Una vez, al menos. En cualquier noche que fuera un poco más loca de lo habitual. Y luego, se probaba la segunda vez. Y la tercera. Etcétera.

—Vale —dijo—, pero… algo fue mal, ¿verdad, Santiago?

Santiago se quedó inmóvil.

Bajó la cabeza y empezó a gimotear.

—Vale —susurró ella—, tranquilo, ¿de acuerdo? Tranquilo. Respira. Respira profundamente, vamos…

Él obedeció, pero su respiración era todavía demasiado agitada.

Ella tomó una de las botellas de agua que tenía sobre la mesa y se la ofreció.

—Ten —dijo—, bebe un poco de agua, ¿vale? Para… equilibrar toda el agua que tienes sobre el cuerpo y la ropa, ¿vale?

Él aceptó la botella y soltó un ligero atisbo de risa.

«El bendito humor», pensó Marta.

—Vale —dijo ella mientras Santiago bebía, dando largos sorbos a la botella—. Vale, genial. ¿Un poco mejor?

—S-sí —balbuceó él.

—De acuerdo, Santiago —dijo—. Mira. Lo malo de las drogas, es que… son unas mentirosas. Son un fraude y una estafa, y son los peores amigos que puedas tener porque te dicen… «¡Eh, Santiago! ¡Mira, somos súper guais! ¡Somos increíbles, somos la solución, y si nos tomas… si nos tomas, tú también serás guay, Santiago!».

El paciente se quedó mirándola, como embobado. Nunca había visto a la doctora recurrir a ese tipo de trucos, pero estaba funcionando.

—Pero es mentira —continuó diciendo ella—. Es mentira, como ya sabes, porque las drogas nunca arreglan nada. Las drogas lo empeoran todo, Santiago. Te dan una única noche de fiesta y subidón especial y luego… Nada. Un año de miseria, de arrastrarse, de ser esclavo de ellas. Una vida de servidumbre donde te pierdes poco a poco. ¡Pero! —exclamó con rapidez antes de que Santiago tuviera tiempo de sentirse mal por sus palabras—. Pero Santiago. Tú… tú te has sacado un truco de la magia. Un buen truco que las drogas no esperan. Las drogas no quieren que pidas ayuda, no quieren que intentes escapar. Te quieren en tu jaula y han tirado la llave de la celda para que te quedes dentro. Y tú…, tú has tenido el valor, el coraje, de fabricarte una salida, Santiago. Has hecho lo mejor que se puede hacer… y es venir aquí, a buscar ayuda, a contar tu problema.

Santiago abrió mucho los ojos.

—Ahora mismo…, ya estás fuera de la celda, Santiago. Has salido. Ahora solo tenemos que encontrar la salida de esa mazmorra asquerosa que huele a… a estercolero… para que la droga no pueda encontrarte nunca. Jamás.

Santiago asentía, pensativo. Pero ya no lloraba. Hasta parecía receptivo.

«Soy buena, coño», pensó Marta. «Soy una máquina».

Pero de pronto, en mitad de esa pequeña entrega de medallas privada y personal, Santiago rompió a llorar de nuevo.

Marta chasqueó la lengua.

—¡Eh! —dijo—. ¡Vamos hombre! Estás aquí… Es lo que cuenta.

Es el… primer gran paso. ¡El más difícil! Es el paso más difícil y lo has hecho. Estoy… Personalmente estoy muy contenta y orgullosa de que hayas decidido volver. ¡Santiago! Escucha… Vamos a trabajar juntos. Vamos a esforzarnos mucho. ¡Hay muchas cosas que podemos hacer, Santiago! ¡Vamos a trabajarlo, a salir, y no volver más!

Santiago se incorporó de la silla.

Marta no esperaba ese… retroceso.

Ese amago de huida.

—Us… usted no puede ayudarme —dijo—. Usted no lo… entiende… me he… equivocado…

Marta se incorporó y le puso una mano en el hombro.

—¡Santiago! —exclamó—. Vamos. Démonos una oportunidad, ¿no? ¿Qué tienes que perder? Vamos… escucha, vamos a probar, ¿quieres? Mira… No te cobraré esta sesión y tampoco las dos siguientes… Ahora ya no tienes excusa, porque si al final compruebas que no he podido ayudarte… solo habrás perdido un par de ratos. ¡Y aquí, al menos, estás seco!

Santiago la miró.

—No lo entiende —dijo de repente, con los ojos enrojecidos. De pronto sonaba determinado. Decidido. Renovado—. Usted no lo entiende.

—Siéntate, por favor —pidió Marta—. Ayúdame a entenderlo. Por favor. Explícamelo, y ya veremos…

El paciente dudó unos instantes, pero luego, se sentó con movimientos lentos. Marta le imitó, aliviada.

—Cuéntame… —susurró.

A Santiago le llevó un tiempo responder.

Suspiró, como si se perdiera en sus propios recuerdos.

—Al principio… pensé que eran… visiones. Alucinaciones. Porque es lo que se dice. Lo que se… decía. Que ves cosas. Y estaba… Estaba preparado para eso… Viví con eso unos días. Los primeros días. Porque eran como manchas, y después de todo, mi mente funcionaba mejor. Me encontraba mejor. Y no digo… un poco mejor, sino mucho mejor, doctora. Mucho, mucho mejor.

Marta asintió.

—Pero después… —sollozó de nuevo, como si cabalgara de una manera alocada entre la calma y la tristeza profunda—. Después…

Empecé a… escucharlos.

Marta asintió, sin querer interrumpirle aún.

Las alucinaciones eran una cosa, sobre todo, bajo el influjo de las drogas, pero las alucinaciones auditivas podían indicar otra cosa. Alguna condición médica subyacente, probablemente, psicológica. Estaba particularmente relacionada con dolencias más graves como la esquizofrenia o el trastorno bipolar, o el llamado *delirium*.

—Doctora —dijo él—, ¿se pueden tener ese tipo de… alucinaciones?

—¿Auditivas? Sí. Sí, claro, Santiago. Son más comunes de lo que crees —explicó—. Ten en cuenta que has estado tomando una droga que es… bueno, bastante potente, y que es nueva, además. Aún no hay mucha información sobre ella. Pero en condiciones normales se pueden dar, por ejemplo, en casos de estrés o agotamiento. Y Santiago, lo que pasa con las drogas es que tu cuerpo puede estar física y mentalmente agotado, pero no lo notas porque las drogas inhiben esas sensaciones. Así que puedes tener alucinaciones auditivas cuando duermes o cuando despiertas… Se llaman alucinaciones hipnagógicas e hipnopómpicas, y se escuchan… murmullos, o voces o sonidos que realmente no están allí… Y Santiago, ni siquiera se consideran patológicas.

Santiago la miraba como si acabara de convertirse en un risueño espantapájaros de color verde.

—Doctora —susurró—, he… mantenido… largas conversaciones. Con ellos.

Marta tragó saliva.

—¿Con ellos, Santiago? —preguntó.

—Con ellos. Con los fantasmas. Con las cosas.

—¿Fantasmas?

Santiago asintió.

—Pero Santiago…, vamos a ver si estamos de acuerdo en algo. Los… fantasmas, no existen, ¿verdad?

Santiago compuso una mueca que podía interpretarse como divertida.

—No existen —susurró—. Pero haberlos, haylos.

—Haberlos, haylos —repitió Marta confusa—. De acuerdo, Santiago… Tengo… Tengo que preguntártelo… ¿Crees que has visto

y hablado con fantasmas?

Santiago asintió con lentitud.

—Vale —exclamó—, de acuerdo… Pero veamos una cosa, Santiago. Sabes que has estado tomando esa droga nueva, ¿sí? Y sabes… qué es lo que dicen. Que se ven cosas. Hasta dicen, explícitamente, que son fantasmas…

—Sí —admitió Santiago, sin comprender.

—Entonces… ¿No deberías estar preparado para ese tipo de efectos, Santiago? Prevenido, quiero decir. Has dicho que, al principio, sabías que eran alucinaciones… Si comprendías eso, ¿qué ha cambiado?

Santiago sacudió la cabeza.

—No son alucinaciones, doctora —dijo despacio—. Veía cosas y pensaba que no eran reales. Me parecía… curioso. Era hasta entretenido. Porque pensaba que eran alucinaciones… Cerraba los ojos y desaparecían. Ya no estaban ahí. ¿Y sabe una cosa? Emitían una luz fuerte, cada vez más fuerte, pero hice una prueba… y cuando cerraba los ojos, no se percibía el resplandor… ¿Sabe?

—Esa es una manera correcta de enfocarlo, Santiago —exclamó ella—. Es muy bueno.

—No duró mucho —continuó Santiago, como si no la hubiera escuchado. Hablaba como quien cuenta algo que ha contado ya cientos de veces y ya no le produce ninguna sensación en absoluto —. Empecé a escuchar sus voces, y ya… no pude detenerlo…

—¿Cómo eran esas voces, Santiago?

—Voces. Lejanas. Como cuando subes una montaña en coche, muy rápidamente, y se te taponan los oídos. O en un avión. O como cuando estás bajo el agua. Pero como las visiones, cada vez escuchaba mejor.

—Vale —dijo ella—. Pero… ¿Por qué no paraste? En ese momento, ¿por qué no dejaste de tomar el Aetheris?

Santiago se encogió de hombros.

—Creía que era… parte de la experiencia —exclamó—. Ni siquiera entendía lo que decían, y, de todas maneras, solo duraba un rato. Pero sí… Era raro. Lo era. Raro. Así que probé a… bajar la dosis. Para que no fuera a más, ¿sabe? Pero… —soltó una pequeña risa entre dientes— me echaba de menos.

—¿Qué quieres decir?

Santiago entrecerró los ojos.

—Esa hija de puta —dijo— te hace más listo.

Marta levantó una ceja.

—¿De veras?

—Oh, sí. Te ordena la cabeza. ¡Lo juro! He pensado cosas que… no podría haber pensado ni en un millón de años. Te mejora el coco. Y cuando dejé de tomarla… ¡Pum! Desapareció. Era otra vez yo. Y fue como… como haber estado en una suite presidencial de lujo, con champán y albornoz mullido, y de repente, volver a una pensión de mierda con una cama y cuatro cucarachas, el típico hostal de prostitutas de cuarenta euros la hora.

—Vale —exclamó ella, contrariada—. Y… Y, por eso, volviste a tomarla.

—Por eso volví a tomarla —repitió Santiago—. Y cuando lo hice… fue peor.

—Es un efecto habitual en las drogas —advirtió ella.

—Me hablaban. Me rodeaban. Estaban por todas partes. Me… me invadían, doctora. Se ponían encima de mí, como si… como si se frotaran conmigo. Se sentían como un aliento frío. Una vez tuve tendinitis en una mano y, algún tiempo después, en ocasiones, cuando hacía esfuerzos, sentía como si… como si un espíritu frío me atravesara brevemente la muñeca. Aquello era igual…

Marta sacudió la cabeza.

—Madre mía, Santiago… —consiguió decir.

No sabía por qué, pero empezaba a estremecerse.

—Me hablaban, doctora. Me decían cosas que yo ni siquiera sabía. Así supe que no eran alucinaciones. Sobre mí. Sobre gente que conocía. Me decían cosas para que me… enfadara. Cosas sobre… algunos secretos, secretos de mis compañeros de trabajo entre otros. Me dijeron que lo que hizo la hija de puta de mi jefa para que no me fuera a otra empresa donde iban a pagarme más por un horario mejor. Perdí una gran oportunidad porque les mintió, y yo ni siquiera sospechaba nada. Me dejó como la mierda para ahorrarse una miseria. Me jodió porque es una hija de puta egoísta, y yo nunca sospeché nada. No lo sabía, doctora. Pero cuando la encaré en el trabajo, se… se descompuso. Se lo saqué todo. Y me ofreció una compensación si lo dejaba pasar. Así supe que no eran alucinaciones, doctora, porque las alucinaciones… no te cuentan

secretos.

Marta estaba confundida.

No sabía qué decir.

—Pero… Santiago… —dijo—, tienes que poner las cosas en su contexto, usar el sentido común y… y valorar…

—Cuando llegué a casa —siguió diciendo él, sin prestar ninguna atención a sus palabras—, después de confirmar lo que había hecho aquella cabrona, estaba cabreado hasta decir basta. Estaba tan cabreado que… no lo pensé. Se lo juro. Solo quería volver a sentir la paz que se siente cuando eres tu otro yo, el otro yo listo, el yo Aetheris. La paz del… del conocimiento y la perspectiva. ¿Sabe?

Marta escuchaba.

—Así que… En ese estado, tomé el Aetheris… y aparecieron casi al instante. Todo lleno de ellos. Como si se hubieran avisado unos a otros, ¿sabe? Como si supieran que iba a tomar Aetheris y volver a conectarme. Y los veía con toda claridad. Y les escuchaba aún mejor. ¿Y sabe qué? Descubrí lo que buscaban. Los fantasmas, o lo que sean esas cosas, esos seres… Descubrí por qué aparecían, por qué me invadían, por qué venían a mí y ocupaban mi espacio personal. Por qué me contaron aquella y otras cosas. Y lo supe porque el Aetheris te vuelve listo, doctora… Te recompone el cerebro… lo juro… Si no hubiera sido porque estaba en modo listo, no me habría dado cuenta en mil años, pero…

Marta permaneció inmóvil, expectante.

—¿Sabe por qué me buscaban?

—¿Por qué te parece a ti? —preguntó ella.

—Por la energía —susurró el paciente.

—La… energía —repitió Marta, intentando seguir el ritmo mental del paciente. Intentaba conectar las líneas, eso era todo. Porque cuando un paciente hablaba, trazaba puntos aparentemente dispares e inconexos sobre un papel, puntos sin ningún sentido aparente. Pero allí, entre los puntos, había un diseño escondido. Un dibujo como el que hacen los niños cuando uno quiere averiguar cómo se sienten. Pura conexión psicológica inconsciente directa. Ella solo tenía que… unir los puntos para ver la imagen.

—La energía —siguió diciendo Santiago—. Esos fantasmas, esos seres… querían mi energía.

—¿Por qué esos seres quieren tu energía, Santiago?

—Yo qué… yo qué sé —respondió él—. Para alimentarse. Para… ser más fuertes. ¿Para qué quiere alguien energía? Para hacer cosas… para crecer…

—Entiendo —dijo Marta.

—Por algún motivo, esa energía aumenta cuando sientes miedo…, pero también odio. Cuando te enfadas, por ejemplo, por eso me dijeron aquellas cosas. Para cabrearme. Porque así ellos… —Hizo una pausa, como buscando las palabras adecuadas—. Ellos beben —susurró.

—En… entiendo —dijo ella—. Aparecen porque quieren alimentarse de tu energía, la cual se genera con… tu miedo o tu enfado.

Santiago no dijo nada.

—Y ahora mismo, Santiago… —susurró—, ¿estás enfadado?

Santiago pestañeó repetidas veces, componiendo una expresión de perplejidad.

—No… no me haga… preguntitas de… psiquiatra de mierda… —exclamó, usando un tono de voz bajo—. No me está… escuchando.

—Sí que te escucho, Santiago… Te he escuchado con toda mi atención.

—¿Y a qué viene eso de si estoy enfadado? Le estoy diciendo que hay seres… desconocidos… que te revelan cosas para absorber tu energía, por el… amor de Dios.

Marta asintió.

—Vale —dijo ella—. Entonces, Santiago… La existencia de esos seres es… ¿algo inequívoco? Para ti, ¿no hay ninguna duda de que esos seres existen? ¿No hay otras posibilidades? Es solo una pregunta, ¿vale? Para saber, nada más.

Santiago sacudió la cabeza.

—Pero… no se lo… ¿no se lo estoy diciendo? —preguntó con desesperación.

—De acuerdo. Sí… Y sabes que son reales porque los has visto. Los has escuchado. Y… porque te han dicho cosas que… no sabías. Y que resultaron ser ciertas. Como lo de tu jefa…

—Exacto —respondió Santiago.

—Y eso demuestra que son reales…

—¡Exacto!

—Vale —dijo ella—. Ahora vamos a pensar en todo eso un poco. Porque estamos jugando a un juego de naipes, el Continental, ¿vale? Pero el juego no sale, se bloquea, se corta. Las escaleras no se completan y pasan las manos una y otra vez, y las cartas que esperamos no salen. Es irresoluble porque… porque tienes la sensación de que faltan cartas. Así que lo que vamos a hacer es detener el juego un momento y poner todas las cartas boca arriba, sobre la mesa, y ordenarlas para ver qué está pasando. ¿Vale?

Santiago pestañeó, pensó unos momentos y asintió.

—Es para poder seguir jugando y que todos nos divirtamos —continuó diciendo Marta—. Vale. Vamos a ver. No puedo decirte, en justicia, Santiago, que los fantasmas no existen o que sí existen. La ciencia ha intentado abordar esta investigación en numerosas ocasiones, pero por el momento, sin éxito. Eso no quiere decir nada porque, a lo mejor, nuestra ciencia, nuestra tecnología, no permite medir el espectro en el que esos fantasmas existen. Cabe esa posibilidad. Pero eso da lo mismo, en realidad, porque lo que importa aquí no es la existencia o no existencia de fantasmas… Eso son actos de fe, hoy por hoy, y un debate interminable. Lo que importa, en este momento, es… ¿lo que has visto son de verdad fantasmas?

Santiago escuchaba. El pelo, aún mojado y lustroso, brillaba tanto que parecía refulgir, como hecho de metal.

—Dices que te han dicho cosas que ignorabas y que se demostró que eran ciertas. Pero también tienes claro que la droga que has tomado, y sin la que los fantasmas no pueden verse, por cierto, te hace… tener pensamientos más ordenados. Ser más listo, ¿no es así como lo has descrito?

Santiago asintió.

—Entonces, Santiago…, si contemplamos por un momento la posibilidad de que esos seres estén solamente en tu cabeza, que sean un producto del efecto de las drogas, la pregunta es: ¿cómo saben cosas que tú no?

—Exacto —repitió Santiago.

—Si son producto de las drogas, entonces, cualquier cosa que te digan, en realidad, son cosas que te dices a ti mismo. Quizás, incluso cosas de tu mente inconsciente a tu mente consciente. Un fantasma creado por las drogas o, mejor dicho, por tu mente bajo el

efecto de las drogas, podría incluso extraer recuerdos a los que no recurres desde hace muchísimo tiempo. Crees que los has olvidado, pero siguen ahí. La droga podría recuperarlos por ti. Piensa una cosa. Si eres capaz de pensar mejor cuando has tomado drogas, ¿contemplarías la posibilidad de que tu mente espoleada por el efecto alentador del intelecto haya sacado conclusiones inconscientes sobre datos que conoces, y haya generado una conclusión manifestada por los fantasmas?

Santiago inclinó la cabeza.

Era difícil intuir en qué pensaba, pero Marta siguió hablando.

—A veces, escuchamos conversaciones, vemos cosas, pequeños detalles en el lenguaje corporal de alguien, un documento sobre una mesa en el que no reparamos. Pero la mente, sí. El cerebro registra todo lo que vemos y oímos y lo almacena en alguna parte, como un disco duro. Es la accesibilidad lo que falla. La droga podría haber resuelto eso. Tú mismo ataste cabos en tu mente inconsciente y te diste la pista que faltaba. Fuiste tú, Santiago —dijo despacio—, tú mismo encontraste a la culpable de que no pudieras acceder a un trabajo mejor. Y tú mismo te lo contaste a través de fantasías espoleadas por los efectos de la droga.

Santiago seguía sin decir nada.

Por fin, suspiró largamente.

—Ha… olvidado una cosa, doctora.

—Dime.

—No ha sido solamente ese dato. Le he dicho que… he mantenido largas conversaciones con ellos…

Marta consideró sus palabras, e iba a decir algo cuando él siguió hablando.

—Usted no me cree —dijo—. Es… es cortita de miras porque no lo ha… vivido. No tiene ni idea de qué es. Está ahí sentada, jugando a hacer… conjeturas intelectuales. La explicación más… sensata. ¿Cómo es lo que dicen siempre? Tiene que haber una explicación —citó, y soltó una risa entre dientes.

—Santiago… —dijo Marta.

—No —dijo él—, no me cree, pero… voy a mostrárselo.

Marta arrugó el entrecejo.

Antes de que ella pudiera decir o hacer nada, Santiago estaba abriendo un pequeño bote que tenía en las manos. Un bote

realmente pequeño, como si estuviera diseñado para…

Para ser discreto.

Para ser escondido.

Comprendió lo que era, pero demasiado tarde. El paciente había abierto la boca y levantado la mano hacia ella. Marta vio la minúscula gota de líquido transparente y brillante caer hacia su lengua.

Dio un respingo.

—San… ¡Santiago! —protestó.

Él la miró con una sonrisa. Movía los labios como si estuviera saboreando una cucharada de algún exquisito postre francés.

—¡Santiago! ¿Eso es…? ¿Eso es droga? ¡No puedes tomar eso aquí! ¿Cómo se?… ¿Cómo te ocurre?

Santiago levantó un dedo en el aire, como solicitando un momento. A Marta le trajo un vago recuerdo peliculero; era un gesto que había visto muchas veces en uno de sus actores favoritos: Harrison Ford.

—¡Santiago! ¡Tengo que protestar! ¡Es… intolerable, Santiago! ¿Qué esperas conseguir haciendo eso? ¡Aquí, en la consulta!

Santiago cerró los ojos por unos instantes.

El gesto no lo demostraba, pero Marta tuvo la sensación de que sonreía, de una manera sutil y nada evidente, sonreía.

Ella se puso de pie.

—¡Tengo que pedirte que abandones esta consulta! Estás… ¡Estás intoxicado! ¡No podemos seguir con la sesión en estas circunstancias! ¡Voy a llamar a emergencias ahora mismo y que ellos decidan cómo proceder, Santiago, porque aquí no puedes tomar drogas, de ningún modo!

De pronto, Santiago abrió los ojos y Marta enmudeció.

Santiago no era un hombre atractivo, en absoluto. Entre los cuarenta y los cincuenta, parecía un hombre que había vivido demasiadas cosas como para conservar el brillo de la vida en los ojos; uno de esos hombres que dedica su vida a levantarse, trabajar y ganar dinero para pagar facturas, uno y otro mes, un año tras otro, sin darse cuenta de cómo su cuerpo envejecía y se degradaba. Tenía el desánimo escrito en la expresión mal afeitada de su cara, y la postura de su cuerpo lanzaba un claro mensaje: perdedor. Eso era. Un perdedor que sigue jugando al juego tan solo porque es

demasiado cobarde para rendirse, un hombre de solitaria, insatisfactoria y compulsiva masturbación nocturna.

Pero cuando abrió los ojos de nuevo, Marta recibió una nueva e inesperada lectura de sus ojos, que ahora mantenía clavados en ella.

Tenían un brillo nuevo.

Especial.

Una mirada profunda, el tipo de mirada que tiene alguien que ha vivido cosas. Cosas.

—Dios —susurró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

El nuevo Santiago sonrió.

Y la sola sonrisa hizo que se estremeciera.

Miró alrededor, complacido, como si la habitación fuera nueva para él. Como si evaluara por primera vez su entorno.

Y Marta, de pronto, comprendió.

No estaba mirando la habitación.

Estaba mirando…

Estaba teniendo alucinaciones.

Sus fantasmas.

Súbitamente asustada, Marta se desplazó dando pequeños, pero rápidos pasos hacia el teléfono.

—Voy a llamar, san… Santiago —dijo—. Voy a llamar ahora mismo.

—De acuerdo… Caperucita Roja… —susurró el nuevo Santiago.

Ella se detuvo en seco.

¿Cómo la había llamado?

Caperucita Roja.

El nombre tenía connotaciones… difíciles. Recuerdos. Formaba parte de su historia. Pero, aun así, desechó la tímida reencarnación de aquellos recuerdos tan pronto emergieron en su mente, conjurados por aquellas dos sencillas palabras.

Al fin y al cabo, era el título del cuento infantil más popular del mundo.

—Voy a llamar —exclamó decidida, cogiendo el auricular del terminal de teléfono fijo.

—Vaya, doctora —exclamó Santiago—, me estoy quedando… alucinado.

Marta se estremeció.

Incluso el timbre de voz de su paciente había cambiado. Era

como más grave. Más… decidido. Tenía una vibración nueva, diferente. Era, concluyó, la voz de un hombre seguro de sí mismo.

—Así es como él te llamaba, ¿no? Caperucita Roja. Tu paciente. Abel Shaw Francés.

Marta se quedó congelada en el sitio, el auricular en la mano, el dedo índice de la otra mano sobre las teclas, una expresión extenuada en el rostro.

Hacía… mucho tiempo que no escuchaba ese nombre. El nombre completo, Abel Shaw Francés, por mucho que se despertara en ocasiones con él en la cabeza. Aun cuando se escurría por su cabeza cuando removía, pensativamente, una taza de café a media tarde o al final de la jornada, o una tarde de domingo, cuando se suponía que debía estar relajándose y no removiendo…

Miserias del pasado.

Porque eso era Abel Shaw Francés.

Una miseria del pasado.

Un capítulo oscuro.

La pregunta, claro, era… ¿De dónde había sacado Santiago ese nombre? ¿Cómo conocía aquella historia?

Como respuesta, el nuevo Santiago rio con suavidad.

Hasta la risa, pensó, era distinta.

—Joder, doctora —exclamó en voz baja—, vaya historia entre él y usted. Menuda historia de… amor. ¿Era amor? ¿O era sexo? O control. Poder, ¿no, doctora? Sexo y poder.

Marta se dio la vuelta, sobrecogida.

—Qué… —graznó, pero no consiguió terminar.

Bastantes años atrás, con la consulta recién montada, una Marta meticulosa y muy pagada de sí misma, casi obsesiva con el control de las cosas, recibió un cliente nuevo; por entonces, todavía llegaban algunos a través de anuncios emplazados en Google, por aquellos tiempos todavía un motor de búsqueda relevante en el siempre cambiante Internet. Abel Shaw era… una especie de adonis. Una escultura griega. El hombre más atractivo que la joven Marta hubiera visto jamás. Pero además de ser el canon de belleza masculina, Abel era un hombre frágil y roto. Sus ojos grises parecían pedir ayuda y, al mismo tiempo, revelaban un dolor insondable.

Abel sufría de un cuadro de depresión severa, con episodios de

ansiedad y una historia de relaciones traumáticas. Marta debería haber sido su refugio profesional, pero empezó a tener fantasías con él. Románticas al principio, sexuales después. Ansiaba su cuerpo joven, hermosamente esculpido. Codiciaba su olor a perfume y jabón suaves sobre su cuerpo. Abel era amable, exquisitamente educado y solícito, y Marta interpretó esa amabilidad como una respuesta a sus insinuaciones, siempre veladas. Hasta que un día, se propuso.

Abel la rechazó.

Fue su cara. La expresión de su rostro la que Marta recibió con un martillazo. Una expresión de… desdén. De manifiesta repulsa.

De asco.

Marta se disculpó, inventó una absurda teoría sobre que aquella jugada era un experimento para estudiar sus reacciones ante una situación inesperada, y la excusa, inexplicablemente, coló. Abel siguió siendo su paciente, y ella… ella encontró en aquel hombre desesperantemente atractivo y, ahora, manifiestamente inalcanzable, una suerte de obsesión, algo que desató sus propios demonios: la posibilidad de ejercer un poder absoluto sobre su manifiesta y rendida vulnerabilidad.

La posibilidad de jugar con su mente para hacerlo…

Suyo.

No fue difícil. Los miedos y la dependencia emocional de Abel, prácticamente, le habían tendido el camino. Manipular las palabras para que Samuel confiara solo en ella y desconfiara de amigos y familiares fue una tarea básica de primer día de clase. Lo aisló, disfrazando cada sutil sabotaje como parte del proceso terapéutico. Abel, desesperado por aferrarse a algo, aceptaba cualquier palabra que Marta le diera como una verdad absoluta, y la tímida semilla del apego hacia ella creció poco a poco, como una obsesión dependiente.

Jugar con su mente fue una tarea satisfactoriamente plena. Placentera. Practicaba técnicas controvertidas, le sugería que él era incapaz de encontrar paz sin su ayuda, que su mente era demasiado frágil para el mundo. Le hizo creer que sus propias emociones eran un enemigo mortal y que solo ella podía protegerlo. Abel empezó a mostrar signos de desesperación cada vez más más agudos. Pedía cada vez más citas. La llamaba a su móvil personal fuera de horario

de consulta, y ella espaciaba sus respuestas con una calculada precisión. Tenían un nombre clave en sus conversaciones que él utilizaba para referirse a ella.

Su Caperucita Roja.

La dependencia era manifiesta.

Un día, Abel le declaró su amor. Quería saber si ella había sentido algo por él o si alguna vez lo había visto como algo más que un paciente. Marta se sintió infinitamente poderosa. Estaba eufórica, asentada en el cenit de un podio que existía en el templo de su propia mente. La Caperucita Roja había cumplido su destino, el mismo destino del cuento, y se había revelado como la asesina del lobo. Su respuesta fue una sonrisa despectiva. Le explicó que su mente inestable jamás… jamás podría aspirar a tenerla.

Después de aquella sesión, Abel cayó en una espiral de desesperación. Las semanas siguientes fueron un descenso a los infiernos. Hubo llamadas desatendidas, sesiones canceladas y visitas rechazadas. Para Marta, el trabajo estaba hecho. Cuando le anunció que le resultaba repulsivo y que era mejor que consultara con otro profesional, Abel… se quitó la vida.

Marta nunca fue relacionada con el suicidio. El incidente se archivó como una trágica consecuencia de una enfermedad mental intratable, y la noticia apenas tuvo una pequeña mención entre las miles de noticias que se sucedían en los estercoleros mediáticos de Internet.

Pero cómo Santiago había sabido de ella, no conseguía entenderlo.

—El hermoso señor Shaw Francés está bastante enfadado, doctora —siguió diciendo Santiago, riendo entre dientes.

Ella quiso tragar saliva, pero descubrió que tenía la boca seca.

—Está realmente enfadado. Sucia, manipuladora, mentirosa.

Marta intentó marcar los números de emergencias. Parecía una tarea sencilla: un uno, otro uno, un dos. Pero la mano le temblaba.

—Se pregunta si alguna vez se ha arrepentido, doctora…

Un uno. Intentó pulsar el uno. El primer dígito.

—¿Cómo se siente después de destruir la vida de un hombre? ¿Se siente mejor? ¿Realizada?

El… uno… si conseguía pulsar el uno y luego los otros dos dígitos, tal vez conseguiría que lo sacaran de allí. Que se lo

llevaran.

—¿Es cierto que es una cabrona, doctora? ¿Que nunca le interesó… salvar a nadie? Curar a nadie. Salvar a nadie. Solo le interesaban los canales enfermos de sus mentes para indagar en ellos. Para curiosear. Para probarse.

¿Cómo? ¿Cómo sabía eso?

Se imaginó a Abel Shawn Francés mirándola impertérrito, convertido en una nebulosa blanca traslúcida, con el rostro superpuesto al de una calavera espantosa en algún punto de la habitación, y dejó caer el auricular.

—Dice que cuando murió se masturbó pensando en él —siguió diciendo el nuevo Santiago—. ¿Es cierto eso, doctora?

Y sí. Era cierto.

Lo hizo.

Sintiéndose poderosa. Elevada. Triunfante.

Se masturbó sintiéndose una ganadora.

Eso… eso hizo.

Pero cómo lo sabía Santiago… cómo conocía ese detalle impensable, inimaginable, improbable por lo demás, jamás revelado absolutamente a nadie, y eso… Eso hizo saltar un relé en su mente.

Y cuando Santiago soltó una carcajada grave, estruendosa como una tromba de agua, Marta empezó a gritar.

Capítulo 12

Del otoño y la lluvia en El Retiro

El viento racheado hizo caer las hojas pardas de los árboles que aún habían aguantado la temporada, y cosa curiosa, el ruido de estas golpeando contra el suelo, aún tan livianas, sonaba como pequeños truenos distantes.

Pero poco después, cesó de manera tan imprevista como había surgido.

Rebeca Laza suspiró largamente, enredada en un montón de preguntas y sensaciones a las que no estaba acostumbrada a enfrentarse.

—Todo este… pequeño paripé —explicaba Martina con voz dulce, sosteniendo el paraguas de nuevo con una mano— nos servirá; ahora bien, ¿sabes…? Es… Es bonito cuando todo encaja de esta manera. Una se siente bien. Se siente útil. Imagino que tú debes sentir algo parecido cuando tus indicios encajan, cuando tus suposiciones sobre un caso determinado encuentran el hueco que habías esperado que tuviera. Esto pasó así… Este sujeto hizo aquello por esto y por lo otro… y fue en tal lugar, en ningún otro. Y cuando investigas, las pruebas se asientan y cuentan la pequeña historia que has formulado en tu mente.

Rebeca asintió.

—Sí —murmuró.

—Me hace pensar… que todo va a salir bien. A pesar de… —suspiró largamente y agachó la cabeza—, a pesar de los indicios.

—A qué… ¿a qué te refieres? —preguntó Rebeca, preocupada.

Martina se tomó unos instantes antes de responder.

—Los lugares, cielo —susurró—. No sé por qué, pero los lugares cuentan historias aun cuando haya pasado tiempo desde lo que sea

que ocurrió en ese lugar hasta el momento en el que los visitas. Tienen recuerdos. Y nosotros, los que estamos… conectados… los médiums, si quieres usar una palabra común que está en boca de todo el mundo…

—Los gatos —interrumpió Rebeca.

Martina asintió con una sonrisa.

—Los gatos de este mundo, sí, con un ojo aquí y otro allí. Pues nosotros, los gatos, podemos… podemos sentir esos lugares. Por eso, cuando Conde se puso en contacto conmigo y me pidió que me involucrara, a ver cómo salían las cosas, lo primero que hice fue… darme una vuelta por los lugares donde ocurrieron esos crímenes. A ver qué me llegaba, simplemente.

—Oh —exclamó Rebeca.

—Naturalmente, llevo toda mi vida aquí, en Madrid. Madrid no es solo una ciudad, es el latido constante que ha marcado mi vida. Estos lugares, esos sitios donde han ocurrido los crímenes, los he recorrido muchísimas veces. Y este parque en concreto, muchísimos más. Como te he dicho, fue aquí donde mis padres acordaron ser novios y donde empezó la historia reciente de mi familia, que ya incluye nietos que empiezan a crecer y a tejer sus propias historias, que involucran a más personas, etcétera. Soy una hija del Parque del Retiro, Rebs. He paseado entre los almendros cuando explosionan con flores en primavera y también ahora, en otoño, cuando las hojas doradas cubren los senderos y todo parece teñirse de una melancolía cálida y hermosa.

Rebeca asintió, apreciando sus palabras dulces, casi soñadoras.

—He pasado muchas tardes sentada mirando el Palacio de Cristal. La luz se filtra de una forma mágica en ese sitio, ¿no te parece? Crea un juego de sombras y reflejos fascinante, y el estanque, abigarrado de barquitos de remos, se llena de ellos. Tocan el agua de una forma elegante, casi delicada. Siempre me ha gustado la sensación que produce el estruendoso silencio que se percibe cuando miras esas cosas, muchas veces, la antesala de un café bien caliente en el barrio de Salamanca. La calidez de las parejas y las familias que llenan el ambiente de risas y murmullos.

—Vaya —dijo Rebeca.

—Todo eso, sin embargo… —exclamó Martina—, ha cambiado.

La policía arrugó el ceño.

De repente, tuvo una extraña sensación. La sensación de que no quería saber lo que Martina tenía que contarle a continuación. No quería oírlo. Eran problemas. Era un conocimiento del que uno no puede desprenderse. El tipo de datos que se te pegan a la piel de la nuca y ya no se despega jamás.

—Este lugar ha dejado de transmitir toda esa… esplendorosa sensación de felicidad. Ya no consigo pasear por aquí y sentirme en comunión con este sitio. No sabía lo que era, pensé que era yo, que estaba… desalineada, desconcentrada, pensé que no era capaz de sincronizarme otra vez con la gente que me rodeaba y de vivir los recuerdos hermosos que este sitio ha ido recogiendo con los años. Los lustros. Las décadas. Pero cuando Conde me habló de los crímenes, anduve de un sitio a otro, de arriba a abajo, sintiendo… sintiendo de verdad, afinando mis sensaciones y concentrándome, y percibí, muy a las claras, que mis sensaciones describían una especie de círculo.

—¿Un círculo… alrededor del Retiro?

Martina asintió.

—Me hubiera gustado hacer esto muy poco a poco, Rebs —dijo despacio—, y me refiero a hablar de estas cosas. Hablar de… la naturaleza del bien y del mal, del amor y la ausencia de amor. Porque lo opuesto al amor no es el odio, Rebs. Lo opuesto al amor es, simple y llanamente, la ausencia de amor. Todas estas cosas son conceptos que pueden parecerte sencillos, enseñanzas más propias de un niño pequeño, pero son… Son muy complejos. Lleva mucho recorrido aprender bien estas cosas. Sin embargo… Me temo que no hay tiempo. Nos quedamos sin él, así que… perdóname por ser brusca, cielo. Vamos a tener que hacer el amor sin ningún tipo de preliminares.

—Vale —dijo Rebeca, con una pequeña sonrisa. Había entendido el esfuerzo por traer el humor de nuevo a la conversación, pero empezaba a estar preocupada. Martina estaba visiblemente afectada.

—Existe una especie de… cáncer que se ha asentado aquí, Rebs —susurró ella—. Lo percibo desde antes de que Conde me contactase, y ya por entonces tenía la sensación de que lo que fuera que estaba mal, estaba cada vez peor. Pero cuando Conde me describió la situación y me pasó los informes, volví aquí, a…

Salamanca, Latina, Chueca… y sentí que mis percepciones eran peor que otras veces. ¿Sabes esos contadores geiser? Los de la radiación. En todas las películas hacen un ruido enervante.

—Sí —admitió Rebs.

—Como en esa serie. *Chernobyl*. Tic-tic-tic-tic. *In crescendo*. Pues el otro día hubo muchos más tics, y hoy… bueno…, creo que esta noche tendré un buen dolor de cabeza.

—Ay, no —soltó la policía—, pero… ¿qué ocurre? ¿De dónde viene?

—Viene de aquí —dijo—. Lo tengo muy claro. Es un círculo, como te he dicho. Si me alejo, el tic-tic-tic empieza a tranquilizarse, y cuando me he distanciado lo suficiente, como hasta el final de la Gran Vía, el *tic-tic*… desaparece del todo.

—De aquí —dijo Rebeca, mirando alrededor.

Parecía un día hermoso. Y lo era. Hermoso. Apacible, incluso, a pesar de la lluvia y las inesperadas ráfagas de viento que le manchaban el pantalón. Pero la lluvia le gustaba y los días nublados eran sus favoritos, así que lo que veía no le traía más sensaciones que algunas puramente agradables. Le parecía inconcebible que aquel lugar de Madrid fuera…

Un cáncer.

Eso había dicho.

Y, sin embargo…, su intuición adiestrada con años de servicio estaba tocando una vieja campana interna con una repentina y creciente insistencia. «Dios mío», pensó, «¿Me estoy… autosugestionando?». Pero no era eso. Su madre, como solía decir, no había tenido hijos tontos, y ella estaba muy lejos de considerarse sugestionable.

Era otra cosa.

Era la misma sensación que cuando interrogaba a alguien y el interrogado decía «A» mientras sus ojos, su lenguaje corporal y sus palabras balbuceantes y enredadas decían… «B». Y en términos de declaraciones, A estaba en la playa y B, en la montaña. Eran dos lugares diametralmente opuestos; no eran la misma liga. Ni siquiera era el mismo maldito deporte. Y esa intuición especial, que ella valoraba mucho más que mucho, le decía: «Sí, Rebs. Aquí pasa algo. Algo por debajo del maquillaje melancólico de la lluvia. Algo no va… bien».

Martina sonreía. Ahora tenía los ojos cerrados.

—Ahí está —susurró—. Ahora… ahora estamos alineadas.

Rebeca pestañeó repetidas veces.

Levantó ambas manos en el aire y sacudió la cabeza.

—Vale —dijo, de repente—. Esto… Perdona, no estoy acostumbrada a estas… situaciones.

—Te sientes rara —dijo Martina.

—Rara y un poco perdida —dijo.

—Tu sentido arácnido de policía empieza a zumbar —exclamó Martina.

Rebeca sacudió la cabeza, sonriendo.

—¡No, en serio! —protestó.

—Lo sé, Rebs —exclamó Martina—. Sé cómo te sientes. He hablado y trabajado con mucha gente como tú. Soy muy consciente de que estas cosas… no son precisamente fáciles de digerir. Es como intentar masticar… un preservativo. ¡Oye, los preservativos son muy útiles, existen y tienen un propósito en el orden de los acontecimientos de la vida, pero si los usas para cualquier cosa que no sea el control de natalidad, son un asco!

Rebeca soltó una carcajada.

—Dios mío —dijo—. ¡Eres incorregible! ¿Quieres… quieres dejar de hacerme reír? Me estabas diciendo que hay un cáncer en este sitio… y he mirado alrededor y… te juro que, por un momento, he tenido la sensación de que tenías… ¡de que tenías razón!

—Tener razón, no tener razón —repuso Martina—. Aquí vamos a tener que dejar de acogernos a esos patrones, me temo. Ya veremos al final de todo quién tenía razón o no, si acaso importa para entonces, porque esto va de otra cosa.

—Vale —dijo Rebeca, que se sentía de pronto algo perdida—, pero… ¿A qué te refieres con… un cáncer?

Martina llenó los pulmones con una sonora bocanada, retuvo el aire durante unos instantes, y lo soltó tomándose su tiempo.

—Un cáncer es algo malo —explicó—. Empieza como algo pequeño…, un desorden en alguna parte, una anomalía. Ni siquiera duele, sobre todo, al principio. Pero, poco a poco, te va afectando. Estás cansado. Pierdes las ganas de las cosas. Te haces una analítica y el médico te dice: «¿Qué te ha pasado? Lo tienes todo mal. Los valores que debían estar altos están bajos, y al revés. Tú antes

molabas». Y te miras al espejo y te dices: «Sí. No sé qué ha pasado. Pero ahora tengo cáncer y me voy a morir». Al final, el cáncer se ha apoderado de tus órganos y acaba destruyéndote por dentro. Y te mueres, claro.

»Aquí pasa lo mismo. Aquí hay algo que no está bien. Yo soy la analítica, cielo. Y te estoy diciendo que algunos valores están descuadrados. Hay una… anemia que no está justificada. Hay una alteración en el índice de glóbulos blancos. El PCR está demasiado elevado, etcétera.

—Pero… qué… ¿qué sientes?

—Qué siento. Es una pregunta muy directa…

—Necesito que dejes de andarte por las ramas y me cuentes de qué va todo esto —pidió Rebeca, con un tono de voz suave y conciliador.

—No es fácil explicarlo. Es una intuición. Es también algo físico. Es un malestar. Si todo estuviera bien, no sentiría… nada. No sientes tu cuerpo cuando está bien. No sientes la rodilla, no sientes el codo, ni el estómago. Tu atención está centrada entre los ojos, por donde recibes la información del mundo. Ahí estás tú. Pero cuando la rodilla tiene un problema, duele. Entonces, tus pensamientos vuelven a la rodilla continuamente y te dicen: «Eh, ahí hay un problema, y será mejor que hagas algo o voy a apretarte los nervios del dolor hasta que lo resuelvas».

—Sí —admitió Rebeca.

—Esto… es lo mismo. No puedes dejar de sentir que algo no está en su sitio. Lo que hay aquí desde que empezó todo esto de la droga y los asesinatos es… Es algo concreto que he sentido otras veces en el pasado. Y es serio, y es grave.

—¿Qué… qué es?

Martina sacudió la cabeza.

—Es el mal, cielo —susurró—. Eso es lo que es.

El mal.

Rebeca tragó saliva.

Era una palabra sencilla, desde luego. Eran tres… tres puñeteras letras. El mal. Sin embargo, era un concepto multifacético muy concreto que representaba numerosas cosas y que, aún en el siglo XXI, seguía desafiando a filósofos, científicos y teólogos, empeñados en comprender y explicar las profundidades de la misma realidad.

El mal.

—El… mal… —repitió Rebeca.

—Una palabra curiosa —admitió Martina—. ¿Qué significa?, es lo que te preguntas. ¿Una fuerza externa, real, que influye en el mundo y en los seres humanos? Bueno. Puede ser. Solo son palabras. El hombre siempre ha intentado enmarcar conceptos complicados con la menor colección de palabras que le fuera posible. En el cristianismo se personifica en la figura de Satanás. En el zoroastrismo, se representa por Angra Mainyu, una fuerza destructiva. En los dos casos son fuerzas oscuras que corrompen y desestabilizan todo orden. Y hay numerosos ejemplos.

»Un psicólogo como Jung diría que el mal son los aspectos reprimidos y oscuros de la psique humana. Sartre opinaba que el mal es la libertad personal llevada al extremo, sin control, porque la naturaleza humana tiende a ser egoísta, destructiva, y hasta violenta.

Rebeca, como policía, tuvo que verse obligada a asentir, cabizbaja.

—Pero para Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, y, sin embargo, el mal no es una esencia propia, sino… la ausencia del bien. Porque no nos confundamos, el bien no es natural, no existe *per se*. El bien requiere concentración y esfuerzo. El bien es sacrificio, conciencia, determinación y hasta disciplina. Todo lo que no sea eso genera caos, y el modelo del caos tiene un corolario muy concreto.

—El mal —dijo Rebeca.

Martina asintió.

—Así que… yo percibo que aquí se está creando algo que no funciona. Es una rodilla que avisa que se está quebrando. Es una analítica que empieza a ser preocupante y que está pidiendo a gritos una tomografía, una resonancia y una ecografía. Y añade a eso una biopsia, si quieres, para asegurarnos. Porque Madrid está enfermando, cielo. Y si no está meando ya sangre… pronto lo hará.

—Jesús —exclamó Rebeca—. No eres muy clara.

—Intento serlo, cielo —dijo—, te lo prometo. ¿Quieres que sea más explícita?

—Por favor.

Martina pensó durante unos instantes.

—No sé cómo llamarlo. El mal es una palabra sencilla, es conocida, y sirve para esta situación. En el mundo que he visto entre velos, entre visiones y sueños, con los ojos abiertos o cerrados, he comprobado que hay muchas cosas. Más cosas que… simples fantasmas. ¿Muertos, personas fallecidas que regresan entre neblinas y… velos fantasmales? Pues vaya cosa. No sé qué tiene de terrorífico ver a tu abuelito volviendo del más allá para dejarse ver. O un soldado republicano de la Guerra Civil, para el caso.

»No, ahí fuera hay muchas más cosas. ¿Demonios? Puede ser. No lo sé. Son entidades que luchan por sobrevivir en otros planos diferentes al nuestro, y tienen que obedecer sus normas y sus leyes, físicas o espirituales, que les afectan. Como nosotros, que no podemos, sencillamente… echar a volar. O vivir sin alimento o sin aire. Pero cuando una de esas cosas se escapa de su bioma y acaba en otro con reglas menos restrictivas… bueno… se convierten en súper campeones. Y eso es un problema.

—Eso… ¿eso es lo que está pasando aquí? —preguntó Rebeca, confusa.

Si esa mañana le hubieran dicho que acabaría hablando de demonios sentada en un banco del Retiro y que estaría escuchando con genuino interés, habría soltado la carcajada más grande de la historia reciente del país.

—Es como el problema de las cotorras en Madrid. Alguien las liberó, o se escaparon, y debido a su gran adaptabilidad y habilidad para anidar en entornos variados, se establecieron con facilidad. Y se expanden porque tienen una gran capacidad reproductiva. Son más fuertes que nuestros pájaros, pelean mejor, soportan los cambios climáticos con más posibilidades de vivir, así que están ganando terreno.

—Sí, lo sé —dijo Rebeca, ceñuda—. Estos… seres… fantasmas, demonios o lo que sea… ¿están… ganando terreno?

—Eso… creo —susurró Martina—. Es la sensación que tengo.

—Pero… ¿por qué? —preguntó la policía. Estaba mirando a una chica que pasaba corriendo a cierta distancia, vestida con una cuidada selección de ropa de deporte. Pantalones *legging* ceñidos Quechua, camiseta de deporte Decathlon, zapatillas para correr Nike. Cinta para el pelo SportLife, y móvil sujeto al brazo con una cinta e-sportif. Todo empapado. No parecía preocupada más que

por la lluvia; no sentía… el mal a su alrededor. No sentía nada más que el inconveniente de tener que acortar su hora y media de *fitness* y cardio. Pensó que… si se le acercara en aquel momento y le preguntara si sentía la presencia de fantasmas o demonios, la miraría con una cara de desdén tan impresionante que se sentiría abochornada durante el resto de la semana—. Y qué… ¿Qué tiene que ver eso con nuestros casos?

Martina inclinó la cabeza.

—El Aetheris, cariño —susurró.

—El… Aetheris.

—No sé absolutamente nada de estupefacientes, Rebs —explicó —. No sé lo que hace esa droga ni los efectos que tiene. No sé qué partes del cuerpo activa, lo que le hace a la mente. Solo sé una cosa. De manera inequívoca, la sensación de que algo va mal coincide en el tiempo con los primeros asesinatos, y ha ido *in crescendo* desde entonces. Ahora es… mucho peor. Ahora que el Aetheris está en boca de todos. Las redes sociales están llenas. La gente cuenta sus experiencias. Habla de sus efectos. De lo que ven. De lo que escuchan. Hay gente que ha salido de la experiencia tan aterrorizada que se han quedado tocados, probablemente, de por vida. La religión ha experimentado un auge en los últimos ocho meses. La gente que ha visto cosas ha… vuelto sus ojos al misterio de Dios. Creen en la vida eterna. Porque lo han visto.

—Pero eso no…

—Rebs —interrumpió Martina—, eso es un debate eterno y estéril, y podemos estar toda la vida hablando de ello sin llegar a nada. ¿Hace el Aetherium lo que dicen que hace? Pues no podemos saberlo. Puedes contratar al mejor químico del mundo que no te dirá: «Vaya, sí. Aquí hay una molécula de *pentatoflor* que se combina con las musarañas del cerebro y eso hace que ¡los fantasmas se vuelvan visibles al ojo humano!».

Rebeca sacudió la cabeza.

—Entiendo… —repuso.

—Tenemos que buscar en otro lado. Y, por eso… —susurró—, necesitaba que abrieses tu mente.

—Mi mente está abierta a las posibilidades, Martina —exclamó ella—. Pero… escucha… ¿Podemos irnos a otro lado? ¿Una cafetería? ¿La comisaría? Demonios, ven a mi casa si quieres. No

está lejos. Porque no deja de llover…

Martina sacudió la cabeza.

—Ojalá hubiera visto esto también —dijo, inclinando la cabeza —. Habría traído un termo con café caliente. ¡Pero no soy tan buena, lo siento!

—Oh, cállate —protestó Rebeca.

—De verdad que lo siento, cielo. Pero… Tiene que ser aquí, en el… meollo de las cosas. Y tiene que ser ahora.

—¿Por qué tiene que ser ahora? —preguntó, divertida.

—Porque no soy tan buena, ya te lo he dicho —rio la médium—. Necesito preparación para hacer lo que hago. Necesito tu colaboración. Y hemos hablado mucho en este ratito y hemos preparado la mente. Es como cuando te enteras de que estás embarazada y, de repente, cuando vas por la calle, mágicamente, ves embarazadas por todas partes. Bueno, siempre han estado ahí, pero tu mente no las captaba como relevantes, las pasaba por alto.

—Nunca he estado embarazada —expuso Rebeca.

—¡Vale! Cuando estás pensando en comprarte un coche. Un Toyota. Un Toyota Valinor. Estás pensando en eso y te pasas una semana viendo Toyotas Valinor en cada semáforo. Cuando aparcas. En la puerta de tu casa…

—Si, sí —dijo Rebeca—, sé a lo que te refieres.

—Con esto pasa lo mismo. Hemos hablado, hemos tocado temas, y eso nos va a ayudar —hizo una pausa—. Rebs, ¿sabes lo que es la psicometría?

—Psicometría —repitió—. No. No tengo ni idea.

—El término es un derivado del griego —susurró—. De *psyche*, alma, y de *metron*, medida. Es la habilidad de captar impresiones, emociones, o incluso, información contenida en objetos o personas, con solo tocarlos.

Rebeca torció el gesto.

El concepto de que hubiera información contenida en un objeto, o la piel de una persona, y pudiera transferirse por el simple contacto, era algo demasiado intenso para poder digerirlo con facilidad.

—¿Puedes… hacer eso? —preguntó, con la ceja levantada.

Martina asintió.

—No es mi especialidad —dijo—. Por eso te he dicho que tiene

que ser ahora. Llevamos aquí un rato, que es lo que necesitaba para sentirme rodeada por este lugar. Llevo un rato… abierta a las sensaciones. Y ha sido fácil porque es fácil estar contigo. Porque has hecho el esfuerzo de abrirte. Pero sí, puedo hacer eso, con la suficiente preparación. La preparación que hemos ido haciendo desde que me presenté en tu comisaría, el primer día. Y ahora, si quieres, podemos dar el primer paso real.

—Vas a… ¿Vas a tocarme y sentir cosas? —preguntó Rebeca, divertida.

Martina asintió despacio, sonriendo.

—No… entiendo cómo eso puede funcionar.

—Esa es la gracia —rio Martina—. ¡Yo tampoco! Pero sé una cosa, que funciona. Como te he dicho, no es mi especialidad. He visto gente muy capaz hacer esto con resultados que me han dejado estupefacta. Sorprendentes. Incomprensibles. Y tienes razón… ¿Cómo se transfiere conocimiento usando los dedos sobre un brazo, por ejemplo? Porque eso es lo que te voy a pedir. Que extiendas tu brazo. Rodearé tu antebrazo con mi mano y aprenderé cosas. ¡Boom! —Hizo un gesto divertido con la mano libre—. Y… ¡Y me hago cargo de lo que piensas! Imagina que la ciencia consigue entender ese proceso que nos parece tan imposible y misterioso. La revolución que sería la aplicación de algo así para el transporte de datos, Internet, la telefonía móvil… Sin duda, ¡hay un negocio de trillones de euros en esto!

Rebeca soltó una carcajada.

—Vale —dijo, al fin—. Entonces…, quieres mi antebrazo.

Martina asintió.

Rebeca sacudió la cabeza, se remangó el brazo derecho y lo extendió, con una expresión divertida.

—No sé cómo funciona, cielo —explicó Martina—, pero te diré lo que va a pasar. Ahora mismo eres la embarazada o el coche Toyota; quiero decir, tu mente está centrada en el caso. En el caso, las drogas, sus efectos, los demonios, qué significan, qué está pasando… todo lo que hemos hablado. Todo eso tiene toda tu atención. Así que, cuando te toque, recibiré información relacionada. No toda, claro. Por supuesto. Solo la más relevante. La que tengas rebotando entre las paredes de tu cabeza. Las aristas de un poliedro demasiado irregular. Para que nos entendamos, no

sabré qué has comido, si ha sido un plato de espagueti o una ensalada o un filete de cadera. Pero sabré en qué punto de la boca tienes ese trozo de comida que se te ha quedado entre los dientes, esa porquería trabada que llevas un buen rato dándole con la lengua intentando desesperadamente que se despegue.

Rebeca sacudió la cabeza.

—Lo tuyo son los ejemplos —repuso—. Pero sí, vale… Creo que te pillo…

—No es solo eso —añadió Martina, distraída, o quizás demasiado concentrada—. La información que voy a recibir de ti se mezclará con la mía. Con mis sensaciones. Se solaparán como dos partes de una misma cosa. Dos perspectivas diferentes de lo mismo. Veré algo, y será lo que tú has visto, pero con mis ojos. Veré tus datos y los interpretaré con lo que yo sé. Si hay algo que se te ha pasado por alto por no estar entre tus parámetros habituales de investigación, quizás sea relevante para mí. ¿Me explico?

Rebeca abrió mucho los ojos.

Intentó entender lo que Martina decía, aunque sonara a… película fantástica. A magia y brujería medieval. Algo sacado de una trama de novela fantástica más que del Madrid del siglo XXI. Conexión de mentes, traspaso de información puramente mental almacenada en el cerebro, como si el cerebro pudiera leerse con un cabezal de lectura de hacía treinta o cuarenta años. Pero, al mismo tiempo, le pareció…

Interesante.

Si Martina podía repasar lo que tenía en la cabeza con una perspectiva nueva, los resultados podían ser curiosos.

Y tenía mucha curiosidad por saber lo que tenía que decir sobre lo que ella sabía, desde luego.

Y además… ¿Por qué no? ¿Qué había que perder?

Si la información no era buena, no resultaba creíble, no tenía sentido, siempre podía… desdeñarla.

Así que, ¿por qué no?

—Adelante —dijo.

Martina no dijo nada. Respiró hondo y, sin más preámbulos, rodeó su antebrazo con la mano.

2

Rebeca no había tenido tiempo de imaginarse nada en concreto sobre cómo sería el proceso. Había estado demasiado concentrada en las palabras de Martina. Pero, sin duda, aunque fuera de una manera inconsciente, había llegado a esperar algo un poco más evidente. Espectacular, quizás. Había esperado sentir algo. Tener alguna confirmación de que estaba siendo leída, explorada. Invadida.

Pero no ocurrió nada.

Martina cerró los ojos y notó el movimiento de la pupila tras los párpados cerrados, moviéndose a toda velocidad por espacio de lo que, probablemente, fueron tres o cuatro segundos.

Después, retiró la mano y la agitó brevemente en el aire, como si doliera.

La agente de policía esperó con prudencia un instante.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente.

Sentía una franca curiosidad.

Martina se estremeció, como recorrida por un escalofrío. El paraguas se meció repentinamente en su mano, como amenazando caerse hacia un lado, y Rebeca fue muy rápida en proyectar su brazo para cogerlo.

—Lo llevo yo un rato —susurró, preocupada.

La médium agachó la cabeza y se quedó así, un rato, frotándose una mano con la otra. Acostumbrada a verla siempre de buen talante, sonriente y animada, creyó ver, por unos instantes, a la mujer mayor que era ella en realidad, preocupada y casi vencida por el cansancio.

—Martina —susurró—, estás… ¿estás bien?

Ella levantó una mano en el aire, pidiendo un momento. Martina esperó.

Parecía…

Triste. Esa era la sensación que tenía Rebeca.

Estaba triste. Como si acabara de recibir una mala noticia.

¿Qué había recibido?, se preguntaba Rebeca. ¿Qué había… visto? Si había algo de cierto en todo aquello y Martina podía hacer lo que decía que hacía, ¿qué había visto, en realidad? Se preguntó si

habría recibido un poco más de información de la cuenta. Cosas sobre ella. Sobre sus… pensamientos. Su historia. Sus aciertos. Sus fracasos. Sus… relaciones. No hay quien esté cien por cien satisfecho con todas sus decisiones y todas sus acciones. No hay quien asegure haberse comportado siempre de manera correcta y justa hacia todo el mundo, y si dicen eso, se engañan a sí mismos. Rebeca no era una excepción. Había habido amigos a quienes había hecho daño. Personas a las que había decepcionado. Formaban parte del bagaje de la vida, de los instantes de los que había aprendido más sobre su periplo vital y sobre las personas a las que una vez amó o valoró en medida alguna, pero no era el tipo de trapos que quería colgar a la vista de todo el mundo después de hacer la colada.

Sacudió la cabeza, como queriendo apartar aquellos estúpidos miedos repentinos.

—Martina… —susurró, poniéndole la mano libre sobre el hombro.

—De acuerdo… —exclamó al fin—. Sí. Vale.

—¿Sí? —preguntó Rebeca, algo aliviada.

—Sí…

—¿Estás… bien?

—Sí.

La agente de policía asintió.

Y de repente, Martina empezó a llorar.

Arrugó el gesto, cerró los ojos y empezó a sollozar como una niña pequeña, sacudiéndose como si estuviera montada en un caballito del tiovivo.

Esa reacción sorprendió a su amiga, su compañera de trabajo. No la esperaba en absoluto y, por unos momentos, se sintió torpe, incapaz de decidir qué hacer. Había visto adultos llorar con anterioridad, muchas veces en el cumplimiento de su trabajo, pero aquellas personas solían ser víctimas de un caso o sospechosos de un caso o, incluso, culpables de un caso. Pero no los conocía en realidad, no le transmitían mucho más que una ligera sensación de lástima o de asco, según fuera el caso. Pero todas aquellas veces, había agachado la cabeza, siguiendo una actitud estrictamente profesional, y había olvidado el hecho en unos pocos minutos.

Con Martina, era diferente.

Estaba preocupada. Asustada. Se sentía impotente y quería… quería consolarla. Quería que dejara de llorar y volviera a reír, de nuevo y otra vez. Quería que la mirara y le dijera algo como: «Vaya. No he podido ver nada. Parece que todo está bien». Pero eso no ocurría, y, por fin, después de unos instantes de duda, reaccionó: se las ingenió para abrazarla aun cuando sostenía el paraguas en la mano izquierda.

Permanecieron así unos momentos, Rebeca rodeándola con sus brazos, el paraguas asomando, ligeramente ladeado, con el tamborileo irregular de la lluvia sobre la lona. Martina lloró un tiempo largo y, luego, se fue tranquilizando, poco a poco, lentamente, hasta que el llanto se convirtió en un pesaroso sollozo, hondo y profundo, que por fin terminó remitiendo.

—Dios mío, Martina… ¿Estás… bien? —repitió la agente de policía, sintiéndose aliviada.

Ella la miró. Los ojos ligeramente hinchados, enrojecidos y húmedos. Su mandíbula aún temblaba ligeramente.

Sacudió la cabeza negativamente.

—¿Qué… qué pasa? —preguntó Rebeca—. ¿Qué te ha dado?

Pero el sexto sentido policial que la agente llevaba tantos años adiestrando, le avisó de nuevo. Era agudo y potente como una alarma antiaérea. Como una mordida de lobo.

Y ese sexto sentido le decía: «No preguntes.

No quieres saberlo.

No… queremos saberlo».

Pero Martina respondió de todas maneras, quisiera o no, estuviera preparada, o no.

Y con apenas un susurro de voz, musitó:

—Todo… es verdad.

Rebeca se estremeció.

Las palabras danzaron por su mente, rebotando por paredes invisibles pero muy tangibles.

Todo.

Es.

Verdad.

Rebeca Laza tuvo que admitir que hacía mucho tiempo que no se sentía tan súbitamente asustada.

COLUMNA DE OPINIÓN DEL DIARIO DIGITAL «EL PUEBLO POR EL PUEBLO», por Raúl J. Laza, periodista, creador de contenido y divulgador

¿Qué es el miedo? En pocas palabras, el miedo es una herramienta. Es una emoción humana primaria que surge, básicamente, como respuesta a una amenaza. Es como el dolor. El dolor nos avisa de problemas. El dolor activa los nervios y los músculos del cuerpo para retirar un dedo que está siendo cortado o quemado. El miedo hace lo mismo: no es más que una variedad de reacciones físicas, psicológicas y conductuales que preparan el cuerpo para ayudarnos a evitar lo que hemos interpretado como una amenaza.

De hecho, sin el miedo, no habríamos podido alcanzar el estadio evolutivo al que hemos llegado como especie. En el pasado, el hombre primitivo se sirvió del miedo para protegerse, no solo de depredadores, también de situaciones arriesgadas y de amenazas naturales. Un abismo que se abre ante nuestros pies puede darnos miedo, y rechazaremos de primera mano la tentativa de saltarlo. Un hombre sin miedo, probablemente, hará el intento; un hombre sin miedo puede morir.

Lo que ocurre con el miedo es que es subjetivo. No siempre responde a un peligro real y puede surgir de amenazas percibidas. La interpretación que cada persona hace de una situación influye en el nivel de miedo que experimenta. Y casualmente, los miedos que vienen de amenazas no reales o percibidas son los más irracionales. Estos se refieren a fobias, sobre todo, y cuando estamos afectados por ellos tenemos reacciones intensas y desproporcionadas ante algo que, seguramente, no representa un peligro significativo.

Como el miedo a los espacios pequeños.

O a los insectos inofensivos.

O a los fantasmas.

Durante cientos de años hemos fantaseado con la idea de los fantasmas. Los hemos alimentado con obras de ficción, los hemos ilustrado, y forman parte de la tradición escrita y oral de nuestra sociedad. La prolífica maquinaria de Hollywood nos ha contado, una infinidad de veces, que los fantasmas son seres incomprensibles, aparentemente indestructibles, que pueden aparecer ante nosotros sin que podamos hacer nada para impedirlo. El fantasma es el monstruo definitivo. No hay crucifijo que lo detenga. No hay balas de plata, ninguna némesis ante la que el fantasma se rinda. Y es, además, la reencarnación espectral de un ser humano, y, por tanto, transporta todo su odio, toda su

cólera, su intensa capacidad para la crueldad, infringir dolor… asesinar.

Madrid, en los últimos meses, se ha llenado de fantasmas.

El exasperante y aburrido debate sobre si los fantasmas existen o no es estéril y no conduce a nada. Los que toman la droga de moda, el Aetheris o Luminis o Mortis Connect o cualquiera de los otros nombres con los que se la conoce, creen ver fantasmas, y para ellos, esas visiones son tan válidas como la visión de una patata sobre la encimera de la cocina. La hemos comprado y la hemos dispuesto ahí, puede observarse, puede sentirse, existe. Los fantasmas, lo mismo. Hemos consumido la droga, sabemos lo que hace y, efectivamente, comprobamos que lo hace.

En ese momento, se produce una desintegración intelectual y emocional. No importa que hayas sido un devoto de la razón, de la ciencia, de los fenómenos que pueden explicarse, probarse y medirse. Nada de eso importa, porque, por mucho que intentes explicar lo que ves (es una alucinación, es un juego de luces, es una encarnación del estrés o del cansancio o de un problema en nuestra percepción que un médico podrá tratar), y a pesar de la incredulidad, el espectro sigue ahí, tan absolutamente real como cualquier otra cosa que puedas ver. Y es confuso, sin duda, porque todos los cimientos de la realidad se tambalean y se desmontan. Es tan real como imposible, tan improbable como fáctico, y entonces aparece ese bagaje cultural sobre el mito del fantasma que hemos absorbido desde pequeños. ¿Qué es un fantasma, en realidad? ¿Qué quiere? ¿Por qué existe? ¿Qué puede hacernos, si quisiera hacernos algo?

Es entonces cuando la confusión se enreda con el miedo. Miedo a lo desconocido. Miedo a perder nuestra identidad, afianzada por el conocimiento y la razón. Cosas como… mantenerse sujetos al suelo porque existe una ley que se llama gravedad. Si el fantasma está ahí, inequívocamente ahí, ¿qué otras cosas que creíamos ciertas pueden no serlo? ¿Es ese instante de dura comprensión y certeza el límite de la razón, o sus confusas fronteras se expanden hasta…? ¿Hasta dónde?

El hombre que consume Aetheris se enfrenta a preguntas trascendentales y filosóficas que, a menudo, no está acostumbrado a manejar, y sin la razón, el miedo se acrecienta, nos devora. El hombre con inquietudes intelectuales puede sobrevivir un poco más, pero las preguntas son igual de contundentes. ¿Y si lo racional es solo una pequeña isla en un océano de cosas desconocidas, incomprensibles? ¿Y si lo que se ha considerado «realidad» no es más que una estrecha franja de la existencia? ¿Y si lo que llamamos «razón» no es más que una

herramienta básica limitada, un intento primigenio de iluminar lo oscuro, pero… alimentado por los límites biológicos de la tecnología orgánica humana, y es incapaz de abarcarlo todo?

Imaginaos qué terror; el pozo que se abre para el hombre capaz del proceso intelectual es aún peor. ¿Y si lo inexplicable no es un error de su mente, sino una confirmación de que existen otras verdades? Otros planos de existencia, quizás, como planteaba Platón. ¿Y si toda esa existencia alternativa, inexplorada, desconocida… es definitivamente… imposible de ser aprehendida, comprendida, aceptada?

Sin duda, ese tipo de pensamientos deben asustar más que la visión *per se* del fantasma. Las certezas se disuelven como humo. La materia pierde su razón de ser, su consistencia, su entidad.

Quizás por este motivo, esta droga infame que nos abre las puertas de una posibilidad inconmensurable, inaprensible, y decididamente aterradora, es objeto de deseo y curiosidad. El hombre civilizado del siglo XXI está acostumbrado a usar un buen montón de tecnología que, en realidad, no comprende. Puedes comprar un móvil y hacerlo tuyo. Es de tu propiedad. Puedes darle uso o puedes dejarlo en su caja hasta que el sol se apague y la luna muera, puedes estrellarlo contra una piedra. Pero nada de eso hará que lo entiendas de verdad. ¿Cómo funciona realmente una señal de WIFI? ¿Qué hay detrás de los procesos mecánicos de la IA que usamos a diario en nuestros trabajos? O algo más básico y cotidiano, ¿cómo es posible, en realidad, real y genuinamente, que un barco de hierro y acero de más de cien mil toneladas como el Nimitz flote?

Quizás la demanda por esa droga sea una especie de llanto. Un pataleo. Quizás, de una manera inconsciente, estamos deseando que alguien nos certifique que el plano en el que existimos solo puede explicarse mediante un buen número de otras cosas inexplicables. Queremos que nos digan que los datos digitales que componen una fotografía no pueden viajar locamente por el simple aire, que no es más que dos miserables átomos de oxígeno unidos mediante un enlace covalente doble. Que Internet se sostiene sobre… nada. Que no puede existir. Que es imposible, a pesar de que…, fácticamente, existe. Que la IA no puede hacer lo que hace, responder lo que responde, comportarse como se comporta, porque no es más que un puñado de líneas de código funcionando sobre un procesador de simple silicio. Que los barcos tan pesados no flotan, aunque lo hagan, porque pesan demasiado, por muchas cámaras de aire que tengan en su interior.

Quizás por eso, el hombre, que siempre ha sido tan deliberada

y manifiestamente hedonista, entregado a la búsqueda del placer en todas sus formas, busca el terror básico y puro de la droga. Porque, veladamente, es la confirmación tangible y palpable de que la ciencia (que no entiende) se equivoca. Que todos los libros de conocimiento humano que se han escrito jamás no valen ya para nada porque se equivocan, o al menos, están carentes de datos, incompletos, son básicos, no ofrecen todas las perspectivas; son como un libro escolar de ejercicios que reduce la complejidad de la Segunda Guerra Mundial a «un conflicto armado en el que murió mucha gente por culpa de los delirios de grandeza de un loco llamado Hitler». Y faltan cosas, porque los fantasmas sí existen. Existen, coño. Y cuando tomas Aetheris, puedes verlos. Puedes incluso hablar con ellos. Y eso, se ha escrito, lo dice la ciencia, es… imposible.

Los tiempos en los que el ser humano comprendía su entorno experimentando miedo ante un depredador eran más sencillos.

La vida era más fácil.

Nadie te decía: «Eso es imposible». Y le ponía un sello con una borla certificada y te lo arrojaba al rostro, te llamaba imbécil y se reía de ti.

Antes, solo vivías. Y si sentías miedo, volvías a tu cueva y dejabas pasar otro día. Y si un bote de madera era demasiado pesado, se hundía. Y el aire se respiraba y no almacenaba… datos. Ni los componentes esenciales de aburrido silicio básico, como una piedra, eran capaces de hablar como un ser humano, realizar complicadas tareas intelectuales con procesos más propios del raciocinio que otra cosa.

Eso era antes.

Ahora, Aetheris abre las puertas de un mundo nuevo.

Ahora, quizás, entrever la muerte representada por una figura de aspecto vagamente humanoide en el salón de tu casa sea una suerte de alivio. Una última broma. Un «te lo dije» susurrado en voz baja, entre dientes, al amor de una chimenea que arde distraídamente mientras fuera, el viento aúlla.

Quizás el consumo de Aetheris, su franca expansión y su descomunal éxito, sea la manera que la especie humana tiene de decir basta.

Basta de falsos profetas científicos.

Basta de mentiras.

Basta, por favor. Basta.

Capítulo 13

El Hado Tacho

Jules Vikernes se había ganado el respeto de los Rosanegra en muy poco tiempo. Había entrado en la organización por la puerta grande, y todo gracias a su concentrado y eficaz trabajo construyendo su personaje. Jules era tan real como podía serlo cualquier hijo de vecino: tenía una historia, un trasfondo, tenía una vida, un trabajo, un saldo en la cuenta, un pasado, una casa, un coche, antecedentes profesionales… todo. Y cuando los discretos investigadores de los Rosanegra le seguían para dar cuenta de todos y cada uno de sus movimientos, siempre husmeando, legal o ilegalmente, buscando algo que sonara desconcertante, algo que no oliera a puras rosas de jardín, algo con unos cuantos tonos de color fuera de la gama que debían ser, estos informaban siempre con la misma conclusión: «Pues sí, joder. Este tipo es quien dice ser. Come lo que dice comer. Mea donde tiene que mear. Caga normal el número de veces que caga una persona normal. No, no habla con nadie raro. No manda correos ni mensajes sospechosos. Se masturba normal. Es noruego, se llama Jules Vikernes, y le juro por Dios, que es el tipo menos jodidamente sospechoso que existe en este lado del planeta».

Los informes siempre satisfacían a los Rosanegra.

Y estaban contentos, vaya que sí. En un tiempo récord, Jules había conseguido multiplicar los canales de distribución del producto. Y no de cualquier manera. Había encontrado formas y métodos seguros donde no había fallos, no se registraban problemas, no alertaba a los miembros de otras organizaciones con zonas de distribución de sus viejas mercancías cuando vendía su producto bajo sus propias narices, y había construido una red fiable

en la que el dinero circulaba a un ritmo frenético.

Una noche, Jules fue llamado a recoger a su casa.

No tuvo que decir nada cuando sonó el timbre y abrió la puerta para descubrir a un tipo enchaquetado con una expresión de manifiesta apatía en la puerta; simplemente, cogió su abrigo y se subió a su coche.

Lo trasladaron a la casa. Ya hacía mucho que no le llevaban allí con una capucha, pero aún no había conseguido lo que se proponía: que le llevaran en presencia del gran jefe. Del propio Kwame. De lo único que estaba seguro era de que, si seguía haciendo bien su trabajo, esa reunión acabaría produciéndose. Solo se trataba de averiguar maneras mediante las cuales esa reunión se celebrase más pronto que tarde, ya que, al fin y al cabo, los clientes siempre agradecían que además de la eficiencia existiera…

La celeridad.

Esa noche, el coche le dejó en la puerta principal de la villa, y Jules bajó del vehículo para dirigirse a la entrada de la casa. Resultaba, de una forma extraña, tan imponente como discreta. A su espalda, a mucha distancia, se distinguían los altos muros de piedra oscura que delimitaban la finca, bordeados por gruesos setos perfectamente podados y coronados por discretas cámaras de vigilancia que se camuflaban en el follaje. La puerta estaba abierta de par en par, y del interior escapaba un cálido resplandor agradable que recordaba al de una decoración navideña. La puerta en sí le resultó llamativa: madera maciza tallada a mano, sin duda, revestida con intrincados patrones geométricos y detalles metálicos que parecían inspirados por símbolos de distintas culturas; y en el centro, sobre el tirador de bronce en forma de anillo, un grabado único: una rosa negra.

Victor salió a recibirle.

—¡Jules! —saludó, extendiendo los brazos con un gesto elegante.

Jules saludó con la mano mientras avanzaba hacia él.

Mucho habían cambiado las cosas desde la primera vez que estuvo en aquella casa.

—¡Victor! —exclamó—. ¡Si me hubieras avisado de que querías verme, habría traído un poco de Dudognon Heritage!

Victor inclinó la cabeza y luego soltó una sonora carcajada.

—¡Mi querido Jules! —dijo riendo—. ¡No te pagamos lo suficiente para un Henri IV, no todavía!

Jules, o, mejor dicho, el invicto y concentrado Hombre sin Nombre que existía bajo el disfraz había investigado también a Victor, por supuesto. Era un idiota apasionado de las cosas rematadamente caras, exclusivas, únicas. Podías meter una mierda en un estuche de lujo y ponerle una etiqueta de precio con cualquier número de siete cifras, que Victor se desviviría por conseguirla. El Henri IV Dudognon Heritage era conocido como el ADN del coñac, una excentricidad valorada en unos dos millones de dólares la botella.

—¡Bueno, ya veremos! —dijo Jules, sonriente.

Se estrecharon las manos y, con una gestualidad exagerada y casi teatral, Victor le invitó a entrar en la casa.

Jules no dejó de aprovechar la oportunidad para fijarse en el lóbulo de la oreja de su anfitrión. Su cliente. Tenía el pequeño aparato de todas las otras veces, el intercomunicador. Eso le satisfizo. Le hizo pensar que su objetivo, el todavía misterioso Kwame Okoro Adeyemi, seguía escuchando sus conversaciones con Victor, como la primera noche. Esperaba que fuera él. Que estuviera tan interesado en sus operaciones y progresos que quisiera saber y tener la capacidad de poder intervenir. Era su esperanza, la única manera por la que podría acercarse a Kwame, una esperanza que trabajaba y ostentaba con paciente tenacidad.

—Bueno —dijo mientras caminaban—, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—¡Ah! Siempre al grano —exclamó Victor—. ¡Ni un instante que perder! Tenía la impresión de que los noruegos sois gente con… ritmos tranquilos, manifiestamente pacientes. De enfoques calmados y hasta… pragmáticos hacia la vida. Pero tú, amigo mío, ¡eres una máquina de trabajo!

Jules asintió.

—Y no te falta razón —respondió Jules—. El noruego medio es tranquilo. Yo lo soy. ¡Hace falta ser tranquilo para manejar ciertas situaciones, y en este negocio en el que estamos, hay que manejar unas cuantas situaciones!

Victor volvió a reír.

—Es interesante que lo hayas observado —siguió diciendo Jules

—. Es una característica nuestra que tiene raíces culturales profundas. Nuestra historia, el estilo de vida, incluso el clima. La naturaleza impone sus propios ritmos, Victor, y nuestros inviernos son largos y duros. Los inviernos así desarrollan la paciencia. En el trabajo somos estructurados y organizados, pero… ¡eso no quiere decir que no estemos tan concentrados en ganar dinero como cualquiera!

—¡Por cierto, por cierto! —confirmó Victor mientras se sentaba en su acostumbrada butaca. Jules le siguió.

—¿Se trata de eso, Victor? ¿Por eso querías verme?

—No, Jules… No, por descontado…

Sonrió de una manera enigmática y alargó el brazo para abrir una discreta pero lustrosa caja de madera. Caoba roja, por supuesto.

Extrajo un pequeño cigarrillo y lo miró con deleite.

—No… Esta conversación no va de… ganar más dinero, Jules. De hecho, va de lo contrario.

—¿De lo contrario? —preguntó Jules, genuinamente sorprendido.

—Sí, Jules. Has conseguido algo muy bueno: una base de propagación de nuestro producto realmente consolidada. Es sólida, es estable, funciona bien, y tenemos ya una base de consumidores con la que estamos muy satisfechos.

—¿Entonces?

—Verás, Jules. ¿Cómo explicarlo de una forma sencilla? —se preguntó, encendiendo su cigarro y dando una primera calada. Se observaba en él un profundo deleite al hacerlo: la manera queda y calmada con la que inhaló el humo, el instante que se tomó en retener la inspiración en sus pulmones y la elegante parsimonia con la que exhaló. La sonrisa complacida y discreta, íntima, como si fuera solo para él, que exhibió cuando hubo terminado—. Nuestro producto tiene mucho potencial y estamos muy satisfechos con el camino recorrido. Más o menos, hace lo que queríamos, y nuestros estudios de mercado indican que estamos cada vez más cerca de nuestro objetivo.

—¿Que es…? —preguntó Jules.

Victor sonrió. Era una sonrisa enigmática.

—Pero necesitamos más datos. Observación. *Feedback* de los usuarios.

Jules sacudió la cabeza.

—Eso va a ser complicado —susurró—. Nuestros clientes son gente peculiar, cuanto menos, y por la naturaleza del producto, no creo que estén abiertos a hacer una encuesta de satisfacción. ¿No podéis hacer pruebas sobre un puñado de yonquis? Esa gente tira con unas cuantas dosis, un puñado de billetes en el bolsillo y dos hamburguesas.

Victor soltó una carcajada.

—Sí, Jules —dijo—, tenemos un banco de pruebas. Y créeme, no hace falta pagarles y, en ocasiones, ni darles una hamburguesa. Pero estos especímenes humanos se degradan muy rápidamente… y su *feedback* acaba resultando… inútil. Lo que necesitamos realmente es la valoración de personas que no lleven demasiado tiempo consumiendo el producto.

Victor dio otra calada al cigarro, pero su gesto, esta vez, no fue tan exaltado.

—Hay un instante mágico en el proceso de consumición del producto que es indeciblemente valioso, Jules. Es ese estadio el que queremos conservar, extender… C están empezando, pero no tienen aún demasiada historia con él. Después… —sacudió la cabeza—, el producto se hace con ellos, a pesar de todos nuestros intentos. Se vuelve demasiado poderoso, los sublima, los posee, los… destruye.

—Entiendo —exclamó Jules.

—Como este cigarro —dijo Victor, mirando el cilindro humeante con una cara de desaprobación. Lo apagó con un gesto de evidente desprecio—: La primera calada es un deleite. La primera calada tiene todo el sabor del tabaco concentrado, fresco, puro, directo. La segunda… ya no es tan buena. El tabaco se quema, se humea, arrastra la quemazón, empieza a saber a filtro quemado. La tercera… es repugnante. El sabor se ha perdido, corrompido. Es como aspirar el humo de una hoguera. Lo detesto en la misma medida en la que amo la primera calada.

»Hemos refinado el producto tanto como hemos podido, Jules —siguió diciendo—, y sin humildad, debo decir que nuestros expertos han hecho un trabajo de ingeniería química realmente notable.

—Soy consciente —dijo.

—Sin embargo, no es suficiente. Y para avanzar, necesitamos… Necesitamos saber cosas. Datos. Tenemos que conseguir datos sobre

cómo afecta a nuestros clientes. Aunque, naturalmente tenemos mucha documentación de primera mano, queremos saber más sobre qué sienten, qué experimentan, por qué siguen tomándolo o por qué hacen esfuerzos por dejarlo.

Jules inclinó la cabeza.

—¿Realmente… necesitáis esos datos? —preguntó. Pensó unos instantes antes de seguir—. Pero… ¿por qué, Victor?

—Por qué… por qué… por qué. Eso es circunstancial y…, permíteme, Jules, hasta irrelevante. Tú, Jules, eres alguien con inteligencia y capacidad para el trabajo. Lo que has conseguido no deja de ser, en gran medida, innovador. Soluciones nuevas para problemas viejos; el mundo de los productos como el nuestro se habría servido de alguien como tú.

A Jules le seguía divirtiendo que, ni en aquella casa ni en ninguna otra parte se mencionaba la palabra «droga». Jamás. En ningún caso. Ni estupefacientes, ni sustancias, vicio, polvo o ácido, mercancía o jale. Siempre el eufemismo «el producto» por acuerdo sobreentendido tácito.

—Piensas rápido y ejecutas bien —seguía diciendo Victor—. Y por eso hemos pensado en ti para un tipo de trabajo diferente.

—Vaya —exclamó Jules, interesado.

—Necesitamos que inventes una manera para recabar datos. De los clientes. Monta… lo que quieras. Instala vendedores que interroguen a sus compradores a cambio de más dosis, monta clínicas de desintoxicación falsas, un… club de fans de nuestro producto, una línea de ayuda para enganchados. Haz lo que te dé la gana… No tienes límite de presupuesto, tampoco para tus honorarios. Este es un trabajo especial que tiene luz verde. Pero consigue objetivos, Jules. Consigue esa información para nosotros, y da a esta tarea toda la prioridad.

Jules asintió, reflexionando.

—Parece que necesitáis mucho esa información —exclamó con prudencia.

—La queremos —dijo Victor, después de unos instantes.

Jules se compuso brevemente el traje, alisando las arrugas de su pantalón.

—Puedo hacerlo, Victor —dijo—, sin duda. Pero… Me ayudaría mucho saber lo que estamos buscando, exactamente. Nuestro

producto es ya una *rara avis* en el mercado de los productos de características similares. No tiene la curva de enganche de otros productos, y nuestros clientes aplauden, celebran y persiguen ese estímulo que nuestro producto les proporciona. No atonta. Ensalza. Al menos, por un tiempo.

Victor asintió despacio.

—¿Qué más, Victor?

Como Victor no respondió, Jules siguió hablando.

—Las visiones —susurró Jules—, lo que la gente dice que nuestro producto hace. Pero eso… no es un problema, ¿no es verdad, Victor? Eso no os molesta… Es evidente… Porque a medida que habéis ido introduciendo versiones nuevas y mejoradas, el efecto de las alucinaciones no ha menguado, sino que ha crecido. Ergo, es intencionado.

Victor levantó sutilmente una ceja.

—Además…, sin ese efecto, ¿qué nos queda, en realidad? Nuestro producto no es adictivo *per se*. No produce el mono habitual donde uno se vuelve esclavo del producto y destruye su vida. Y dado que eso no ocurre, podemos pensar que el producto es… opcional. Demonios, si no fuese por ese efecto alucinógeno, hasta podríamos conseguir comercializarlo de manera legal. Un auténtico estimulante físico, conductual, intelectual. Hay todo un mercado para ello, uno enorme, y dado que se puede comercializar libremente, hasta podría ser más rentable económicamente…

Victor seguía escuchando con atención, hierático como un maniquí con un traje demasiado caro.

—Ergo… —decía Jules—. el efecto alucinógeno es intencionado. Pero hay que afinarlo. Ajustarlo. Es la parte que necesita trabajo. Para eso es el *input* de los clientes. Hasta diría que… esa parte… es, en realidad, la esencia del producto.

Victor empezó a aplaudir, pero lo hizo como a cámara lenta. Cada palmada producía un sonido sordo que parecía replicarse por los techos indeciblemente altos del salón donde se encontraban.

—No te aplaudo yo —dijo Victor—. Me han pedido que te aplauda.

Jules sacudió la cabeza.

—No… entiendo.

Victor soltó una pequeña carcajada. Se señaló el pinganillo.

—Sí que lo entiendes —dijo—. Parece que hoy has conseguido algo grande con tus dotes detectivescas, Jules. Enhorabuena. No es para nada habitual. Vas a conocer al gran jefe.

Jules sonrió.

Intentó no hacerlo, pero no pudo evitarlo.

2

Habían dejado atrás el Retiro y, pese a que la lluvia estaba por fin amainando, encontraron una cafetería recogida y coqueta en el lado este del parque, y decidieron entrar en calor con otro café.

—¿Café y toalla? —bromeó el camarero, con un ligero acento andaluz, cuando las vio sentadas en la mesa con evidentes signos de haber estado expuestas a la lluvia, a pesar del paraguas—. ¡Qué manera de llover! Aquí, o no llueve nunca o cae la del pulpo. ¡Cuando éramos chicos estudiábamos en el colegio que nuestro clima es mediterráneo, pero yo creo que eso ha cambiado, aquí lo que tenemos es clima tropical! ¡El cambio climatológico o vete a saber!

—Café solamente, gracias —dijo Rebeca.

El camarero comprendió que habían elegido un sitio apartado y que no había muchas ganas de charla, así que asintió con rapidez y amabilidad.

—Venga. ¡Eso está marchando ya mismo! —dijo mientras se alejaba.

Permanecieron calladas unos instantes, repasando lo que habían vivido en aquella mañana, hacía solo unos minutos.

—Vaya… —dijo Rebeca al fin.

Martina asintió, intentando esbozar una sonrisa.

—Oye… ¿De verdad estás bien? —preguntó con prudencia. Seguía preocupada. La había visto llorar como una niña pequeña, y no llorar de cualquier manera, sino desconsoladamente, y por espacio de varios minutos. Estaba preocupada, por supuesto, y también se encontraba bajo una suerte de estado de alerta. Por las palabras. Las palabras de ella.

«Todo es verdad», había dicho.

Estaba realmente impaciente por saber cómo seguía la historia, qué había detrás de aquellas palabras.

Qué era… verdad.

—Cielos, sí, cariño —dijo ella—, estoy bien. No te preocupes. Es… es normal, ¿sabes? Tienes que comprender algo. Cuando recibes sensaciones de otra persona, se mezclan con las tuyas. También los recuerdos. Es fácil ordenarlos cuando no se corresponden, pero cuando hay coincidencias parecidas, es como una bomba. A ver… —dijo, mirando hacia el techo recorrido por vigas de madera oscura—, imagina que hace unos años fuiste al cine. Fuiste a ver una reposición de *Annie*, ¿de acuerdo?

—¿*Annie*? —preguntó Rebeca—. ¿La niña huérfana que cantaba *Tomorrow*?

—Sí —dijo Martina.

—¿Otro de tus ejemplos?

—Oh, vamos, déjame explicarme —protestó Martina—. Fuiste a ver *Annie*, y yo, también. Cada una por su lado, porque no nos conocíamos. Pero en tu versión… mientras mirabas la película, tomabas un helado de pistacho, y yo, nada. Ahora recuerdo a qué sabía ese helado de pistacho, ¿comprendes?

Rebeca abrió mucho los ojos.

—Un helado de pistacho —susurró—. Espera. Eso ocurrió realmente… Eso… ¡Eso pasó! ¡Yo hice eso!

Martina asintió despacio.

—¡Tomé ese helado viendo *Annie*, hace… hace como quince años!

—Sí, cielo. Igual que yo.

—Pero… Pero dijiste…

—Déjame terminar, cielo —pidió Martina—. La cosa va más lejos porque en mi cabeza tengo el helado de pistacho relacionado con la película, y a la vez, la película sin absolutamente ningún helado, que es como la vi yo. Ningún helado, de ningún sabor. Nada. Es como si en mi recuerdo, el helado parpadeara. Es una secuencia enloquecedora en la que parece que el helado intenta saltar a otra dimensión.

—Por el… amor de Dios —soltó Rebeca. No sabía si reír o llevarse la mano a la boca.

—Y otra cosa curiosa: odio el helado de pistacho, ¿vale? Es

asqueroso. Sabe a… cáscara de nuez. Es horrible, y no solo no quiero probarlo, no quiero ni que exista. Pero en mi cabeza tengo dos certezas. Que odio el helado de pistacho. Y que aquel helado de pistacho estaba increíble. Fresco. Nuevo. Delicioso. Porque ese recuerdo es tuyo.

Rebeca se llevó las manos a la cabeza.

—Y… ¿Por qué demonios lo llamabas Tacho, si se puede saber?

Rebeca pestañeó.

Tacho.

El nombre quería traerle algún recuerdo. Lejano.

Tacho. Tacho… Tacho.

—El… Hado Tacho —siguió diciendo Martina.

—El Hado Tacho —dijo, abriendo mucho los ojos.

De pronto, le sobrevino un recuerdo. Pero no era reciente. No pertenecía a cuando vio la reposición de *Annie, el Musical* en el cine, con la inenarrable voz del maestro Constantino Romero interpretando el personaje del adinerado y poderoso empresario que acoge a la huerfanita en su casa. Era de antes. De mucho antes. De…

De cuando era pequeña.

—Tacho —dijo—. El Hado de Pis Tacho.

—El Hado de Pis… —susurró Martina—. El Hado de Pis… Tacho —y como teniendo una revelación espontánea, añadió—: ¡Helado de Pistacho!

—Exactamente —dijo Rebeca, con la cabeza dándole vueltas—. Eso es, exactamente eso…

No podía creerlo. Aún peor, no podía explicarlo. Era como llamaba su padre al helado de pistacho. Lo llamaba Tacho, el Hado de Pis. Una tontería. Una broma, un juego de palabras estúpido pero que a ella le hacía mucha gracia. Solía decirlo cuando lo tomaba, y ella fingía poner cara de asco: «¡Helado de Pis, qué asco!», y se reían mucho. «¿Hacemos un Tacho, peque?», solía decir. Y ella batía palmas y se reía. «¡Pero no digas lo del pis!», añadía con rapidez.

Pero siempre. Siempre. Decía lo del pis.

—Cómo… cómo puedes saber… eso —susurró Rebeca.

—En… ¿entiendes por qué lloraba? —preguntó Martina, ahora en voz baja—. Aparte de lo que averigüé, que ahora hablaremos de

eso…, me he inundado de recuerdos y sensaciones tuyas. He tenido que solaparlos con los míos. Ordenarlos. Y eso ha sido… una carga sensorial y emocional bastante fuerte.

—Pero… ¿qué ha pasado? —preguntó Rebeca—. No es lo que dijiste… ¿Cómo has podido tener esos recuerdos míos, que yo casi había olvidado? —E insistió con vehemencia, deseando saber, conocer, explicar ese mundo nuevo, insondable, que acababa de abrirse a sus pies con una verdad casi irrefutable, tangible.

—Rebs —dijo la médium—, no lo sé. Lo lamento, no lo sé. Es la verdad. No he hecho muchas conexiones, y cuando las he hecho, he obtenido alguna cosa. Algún dato, o algunos datos, pero, comparativamente, era como escribir una palabra en un bloc de notas. Esto ha sido como comprar toda una novela.

Rebeca, con la mano en la frente, la miraba atónita.

—¿Tienes… tienes partes de mi vida en tu cabeza ahora?

Martina asintió.

—Parece que… una buena parte —admitió—. No es como que lo sepa todo sobre ti, ¿vale? —añadió con rapidez—, no te preocupes. Pero si pienso en cosas, me vienen. Si… si fuésemos a comprar café juntas, sabré que prefieres Santa Cristina, que siempre compras Santa Cristina en el paquete verde porque era el que compraba tu madre, sencillamente por eso, y cuando te emancipaste y te fuiste a tu primera casa, de alquiler, empezaste a comprar Santa Cristina. Sabré que casi siempre que abres un paquete nuevo, lo palpas primero porque está duro como una piedra, a pesar de ser solo polvo de café, café molido, porque está envasado al vacío y te fascina y te sorprende que cuando cortas el pico con las tijeras, el aire penetre y, de repente, se vuelva blando y maleable. Y te gusta el aroma que escapa del envase, en ese momento. Ese es tu ritual.

Rebeca la miraba con la boca abierta, entre fascinada y asustada; tan sorprendida como se puede estar.

—Mira… no te asustes. No sabía eso del café hasta que he pensado en un ejemplo. Seguramente, he elegido el café porque estoy deseando que nos pongan el que hemos pedido. Necesito calentarme. ¡Tengo el frío metido en los huesos, y sospecho que no es por la lluvia!

—Claro —repuso la agente de policía—. Pero entonces… ¿qué ha pasado?, ¿cómo?

Martina sacudió la cabeza.

—Por algún motivo, seguro —susurró entonces—. Estas cosas rara vez son casualidades. No cuando tratas con estos temas, estas cosas. Quizás hemos hecho una conexión más fuerte de lo que creía. ¡Oh, mira, ya te lo he dicho! Me siento a gusto contigo desde el principio, y por lo que ha pasado, me atrevería a decir que te pasa lo mismo…

—S-sí —balbuceó Rebeca, y no mentía.

—Puede que sea eso y puede que sea otra cosa. Quizás, este nivel de conexión era necesario para que viera lo que he visto. A veces, cielo, cuando el mundo espiritual se desorganiza, se desestabiliza, o pasan cosas… se recibe ayuda de alguna parte. No sé explicarlo mejor. Pero seguro que has escuchado tonterías de Instagram como: «¡Cuando pides ayuda al universo, el universo siempre responde!».

—Sí —reconoció Rebeca, componiendo una especie de mueca.

—No me pongas caritas —exclamó Martina—. Eso suena a memez, y es una memez. El universo tiene mejores planes que hacer que la vida de una persona mejore, cambie, o empeore, para el caso. Pero —dijo, levantando un dedo— ese mensajito de MEME barato que ponen sobre imágenes de chicas monas en la playa tiene un trasfondo. Es verdad que, en ocasiones, cuando se requiere, sí que parece que ciertos elementos se alinean para… echar una mano.

—Ahora me estoy perdiendo —admitió Rebeca.

—Es normal —dijo Martina—. Tampoco pretendo que lo entiendas todo en una mañana. Estas cosas llevan su tiempo. Pero para lo que importa, quizás debamos hablar ahora de lo que nos ha juntado. Me parece que es hora.

«Todo es de verdad».

Rebeca asintió.

Habían tenido más agua de la que hubieran deseado, pero curiosamente, tenía la boca seca.

—De acuerdo —dijo la agente de policía.

Una voz a su espalda la sobresaltó. La experimentada agente de policía del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional saltó sobre su silla como un pequeño conejito asustado.

—¡Dos cafelitos por aquí! —decía el camarero.

Rebeca cerró los ojos con alivio, la mano en el pecho, y Martina rio con ganas.

Estaba siendo un día muy largo.

3

—Hace unos meses —dijo Martina, después de sostener la taza caliente entre las manos y darle un par de sorbos—, pudiste entrevistar a alguien. Un testigo o alguien relacionado con un testigo, o alguien que parecía relacionado con el caso de alguna manera. No tengo la información de quién era, no tengo su nombre porque, seguramente, en aquel momento, te pareció desdeñable. Como mucho, apuntaste su nombre en alguna parte y no volviste a pensar en él, y por eso, esa información no me ha llegado.

—Hemos interrogado a muchísima gente —dijo Rebeca.

—Sí. Pero tengo tu recuerdo de aquel momento. Viernes por la mañana. Taller de recambios El Madroño. Paredes alicatadas con horribles azulejos de color azul.

Rebeca entrecerró los ojos. Creía recordar de quién estaba hablando.

—No sé su nombre, pero tengo su cara grabada. Si me enseñas fotos te diré quién es. Camiseta interior blanca manchada de grasa de motor, pelo corto rizado, barba de tres días, nariz prominente, barbilla terminada en punta, ojos hundidos…

Rebeca recordó.

—Rafael —dijo— Rafael Corpas Blasco. Lo vieron varias veces en el piso de Chueca, el primer caso…

—Sí —dijo Martina—, es posible. Bueno, cuando fuiste a verle no viste nada extraordinario. El tipo parecía estar trabajando, respondía con coherencia, sin dar señales de estar a la defensiva o preocupado, fue cooperativo y hasta amable. Te pareció inocente y hasta contento, como un niño en cuarto curso a quien sus papás le han prometido ir a Eurodisney.

—Sí —admitió Rebeca—, así es…

—Bueno —dijo Martina—. Fue él. Él mató a Mario y al otro pobre infeliz que estaba con él en el piso.

Rebeca abrió mucho los ojos.

—Qué… —graznó.

—Escapó de tu interrogatorio con éxito porque estaba puesto de Aetheris en aquel momento —explicó Martina—. Una mala coincidencia porque, después de tocar fondo por ver las apariciones, y después de asesinar a su camello por considerarlo culpable, consiguió dejarlo un tiempo, no por gusto, sino por estar hospitalizado por problemas mentales. Así que, en aquel momento disfrutaba del chute intelectual de la droga. Sabía exactamente cómo comportarse y qué decir para librarse de ti.

—Mierda —soltó Rebeca en voz baja—. Pero… ¿Cómo lo sabes? Quiero decir…

—Tú lo viste con tus ojos normales —dijo Martina—, pero yo veo ese recuerdo con los míos. O con los míos a través de los tuyos, no estoy segura. Pero… ese hombre, en aquel momento… estaba rodeado de ellos.

—De ellos —repitió Rebeca.

Empezaba a estar asustada, eso tenía que reconocerlo. Ella, que se había asomado en incontables ocasiones a la más abisal oscuridad del alma humana, su capacidad para la violencia, la crueldad, la indiferencia más monstruosa hacia el dolor de sus semejantes, o el placer, incluso, al dispensar dicho dolor o la muerte, estaba… asustada. Sí.

No estaba acostumbrada a esa sensación. Había sentido inquietudes a lo largo de su vida, por supuesto, pero nunca había llegado a sentir miedo.

Miedo de verdad.

Como una mordaza provista de pequeños pinchos de hierro emplazada en su nuca, una que le inmovilizaba y le hacía sentir una suerte de frío inexplicable recorriéndole el cuello y la espalda, que teñía de blanco los márgenes de su visión. El tipo de miedo que hace que duela respirar porque pasas mucho tiempo, demasiado, olvidando hacerlo.

Como si uno quisiera… desaparecer.

Martina debió percibirlo de alguna manera.

—Tranquila —exclamó con voz suave—, es… normal. No es… fácil de digerir.

—No lo es —admitió Rebeca.

—Rafael no sabía quién era el otro individuo, por cierto —añadió la médium—, el otro cadáver del piso. No sabía quién era ni cómo se llamaba. No le importaba en absoluto, ni siquiera pensó en él demasiado. Solo lo mató porque… estaba allí en aquel momento, entre él y su objetivo. Lo mató porque le echaba la culpa de lo que le pasaba; fue su droga la que le había vuelto loco, fue su droga la que le trajo todas esas visiones. Y las voces. Las voces son aún peor.

Rebeca escuchaba con el corazón palpitando deprisa en el pecho. El café se había quedado frío en la taza.

—Las voces le reclamaban que lo hiciera. Lo cabrearon. Lo volvieron absolutamente loco hasta que se vio obligado a matar, y cuando lo hizo, desarrolló una violencia inusitada.

Hizo una pausa.

—Podrías ir a por él, Rebeca. Quizás, hasta deberías; yo, en eso…, no me meto. Pero después del asesinato, aquel hombre lo pasó mal. Un auténtico infierno, puedes creerme. ¿Te acuerdas de Tom Cruise gritando «¡Sake!» en la película *El Último Samurai*?

—S-sí —admitió Rebeca.

—Sí —dijo—. Vaya. Lo sé. Qué cosas, ¿eh? Pues lo mismo. Recayó varias veces más porque echaba de menos sentirse listo, agudo, inteligente y calmado. Cuando estaba así hasta parecía que las cosas podían irle mejor: trabajaba mejor, tenía mejores ideas, sus relaciones con su jefe y los clientes mejoraban… el futuro empezaba a brillar con fuerza. Pero luego… luego venían las visiones y las voces, siempre las voces, y ahí acababa el sueño bonito. Todo se venía abajo. Ser listo no servía de nada.

»Cuando se dio cuenta de eso, Rebs, se desintoxicó. Por el camino más duro. Y hoy en día, ha salido de la red, de mi radar. No sé nada más de él, no consigo… verlo, no tengo datos…

—¿Qué… quiere decir eso?

—Bueno… —susurró Martina—, eso significa, o bien que ha muerto, o bien que ha conseguido dejar el Aetheris. Dejarlo de verdad.

—Lo averiguaré —dijo Rebeca.

—Escucha, Rebs —exclamó Martina—, puedes… puedes hacer eso. Puedes ir a por él, encontrarlo culpable y acusarlo. Puedes meterlo en la cárcel. Seguramente, lo merezca, ya te he dicho que en esas decisiones no opino ni son cosa mía. Pero este hombre no es

el mismo hombre de tus otros asesinatos.

Rebeca abrió mucho los ojos.

—No es el mismo hombre. Fue un homicidio… involuntario. Un único homicidio. Homicidio culposo. Quizás podrías meterle un homicidio con dolo eventual, pero… ¿a quién le importa? Quiero decir, no conseguirías nada, no tendría efecto en nuestra investigación, y ese hombre pasó lo suyo. No volverá a matar a nadie. Y hay cosas más acuciantes. Hay otras direcciones en las que mirar.

—Ese hombre tiene que ser juzgado —dijo Rebeca entre dientes.

Martina se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Hazlo. Pero envía a alguien, Rebs. Porque nosotras tenemos trabajo que hacer, me temo.

Rebeca se cubrió el rostro con ambas palmas y resopló.

Estaba confundida.

Hasta le dolía la cabeza. Era una sensación algodonosa que comenzaba en algún lugar de las sienes, una especie de aviso de que se acercaba una migraña. Y no le extrañaba. Había demasiada información con tintes de ser genuinamente verdad

el Hado de Pis Tacho

que resultaba del todo insospechada.

Inusitada. Insoportable.

—Entonces… —se atrevió a decir Rebeca—, los fantasmas son reales. Es eso. De eso va todo esto.

—Sí —dijo Martina.

Era un sí sonoro, contundente. Sin mácula.

Un sí bonito, a pesar de las circunstancias.

—Los fantasmas existen.

—Sí.

—Y el Aetheris permite… contactar con ellos.

Martina sacudió ligeramente la cabeza.

—Más… Más o menos. Sí.

—De acuerdo —dijo Rebeca, sin saber qué más decir.

Martina sonreía, pero sus ojos no la acompañaban.

—Me parece que ha sido demasiado por hoy, cielo —explicó.

Rebeca sacudió la cabeza con visible pesadumbre.

—Demasiada información —continuó diciendo la médium—. ¡Es demasiado hasta para mí! Sugiero dejarlo por hoy. Seguiremos

mañana o pasado mañana. El asunto es urgente, no te diré que no, pero creo que el mundo aguantará todavía uno o dos días.

Rebeca sonrió.

Martina seguía hablando, pero ella ya estaba absolutamente convencida.

—Tienes que interiorizar estas cosas que ahora sabes, ver cómo se mueven en tu interior. La información tiene que reposar, como una buena paella o como cualquier guiso, en realidad. Jesús, ¡me encanta un buen estofado de ternera y patatas servido en un cuenco de madera, con una cuchara de madera! Bien caliente. ¡Esa es la única forma de comer estofado!

Rebeca parpadeó un par de veces y luego, sonrió.

Y esa era Martina.

Acababa de decirle que la gente, ahí fuera, estaba viendo puñeteros fantasmas; fantasmas de verdad, fantasmas que les decían que asesinaran a otras personas, y ella hablaba de estofados bien calientes servidos en cuencos de madera.

Pero agradeció ese corte en el discurso sobre lo que acontecía. Era como una agradable pausa antes de la tromba de trabajo que parecía que tendrían por delante. Un muy necesitado respiro. Una pequeña bocanada de aire fresco. Un trabajo, además, que zigzagueaba por derroteros pantanosos, inexplorados, llenos de…

De fantasmas, claro.

De puñeteros fantasmas.

Capítulo 14

El Jarumi Babba

El presentador parecía una especie de muñeco de cera, su rostro perfectamente esculpido, simétrico, el pelo tallado sobre su cabeza prototipo de una cabeza perfecta, el canon de belleza de una cabeza humana. No había ningún rasgo en él que pudiera parecer desproporcionado, exagerado, que llamara más la atención que los otros. Ni la nariz era demasiado grande o pequeña ni los ojos demasiado prominentes o hundidos. Y era, además, estudiadamente andrógino. Uno podía imaginarlo ataviado con un vestido y podría pasar por una mujer.

Incluso existían rumores que decían que la imagen de aquel presentador se procesaba en tiempo real con algún tipo de filtro de belleza, pero la cadena nunca confirmó ni desmintió ese rumor.

Era, en suma, el perfecto presentador para una cadena que se manejaba con cuidado en los océanos de espectadores demasiado propensos a sentirse ofendidos, a cancelar cualquier comentario que no se plegara a las tendencias de moda.

—Continuamos con el debate que nos ocupa esta noche, a las… veintitrés once horas —dijo a la cámara—, lo que nos deja todavía unos cuarenta y cinco minutos de estudio en profundidad sobre el tema. Para ahondar un poco más sobre los testimonios que hemos ido observando hasta ahora, tenemos con nosotros al doctor Alejandro Segado, renombrado experto en el estudio de sustancias estupefacientes y sus efectos en el organismo humano. El doctor Segado cuenta con una vasta experiencia en el campo de la medicina y la ciencia de las adicciones, y ha trabajado extensamente en la investigación de los efectos de estas sustancias en el cerebro y el comportamiento. Además, actualmente es

profesor en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid, y un referente en el área de salud mental y adicciones.

Se volvió a su invitado.

—Doctor Segado, buenas noches.

—Buenas noches.

—Doctor, ¿qué está pasando con esta droga de moda que está sacudiendo Madrid, sobre todo?

El doctor, un hombre grueso con una brillante calvicie y unas diminutas gafas redondas, carraspeó brevemente antes de empezar.

—Bueno… efectivamente, lo que pasa aquí es lo mismo que ocurre con todas las nuevas drogas. Hay unos efectos que se perciben como novedosos y que atraen a un determinado sector de la población. Es importante observar que una droga nueva, cualquier droga nueva, consigue un interés entre los consumidores de sustancias debido a sus efectos particulares. Cada droga que ha visto un nacimiento y un auge ha conseguido su público porque el discurso de enganche de esa droga sucede en una línea de tiempo más dilatada, así que, al principio, todo es… bueno, fiesta y alegría, y se tiene la falsa sensación de que esa droga no es tan adictiva como otras o tiene efectos mejores, más interesantes, más atractivos…, pero todas las drogas tienen, por definición, y por escaparse de los controles sanitarios pertinentes, una naturaleza perniciosa. Y esta droga nueva, el Aetheris, no es una excepción.

El presentador asintió.

—Entonces, no es cierto lo que dicen…, que esta droga es menos adictiva que otras más conocidas, como la cocaína, la heroína, el hachís, la meta…

El profesor negó con la cabeza.

—No es cierto —dijo con rotundidad—. Lo que ocurre es que las drogas tardan un tiempo en hacer mella en el organismo, y el efecto de adicción aún no ha hecho la… mordida, digamos, entre la gente que la consume. Pero muchos de los que están tomando Aetheris y creen que les va muy bien, que se controla mejor, que tiene un discurso de adicción menor, van a encontrarse con la verdad dentro de muy poco, ¿correcto?, cuando intenten dejar de tomarla y descubran que no pueden pensar en otra cosa, que antes de decidir dejar de tomarla estaban mejor, que ellos se merecen ese efecto que

les provoca tanto placer, etcétera. Esas mentiras con las que un adicto se autoengaña son el testimonio y la prueba fehaciente de que Aetheris no es diferente a la cocaína. Es destructiva, adictiva, y tiene efectos para la salud bastante graves, incluso fatales.

—Muy bien, doctor. ¿Y qué opina un referente en el área de salud sobre ese fenómeno asociado a esta droga? Se dice que es posible ver…, bueno, espectros o fantasmas o fenómenos inexplicados de tintes, digamos, sobrenaturales…

El doctor se revolvió en su asiento, incómodo.

—Bueno —exclamó, molesto—. Naturalmente, creo que todos los espectadores que nos están viendo comprenderán que los… fantasmas, los espectros, las apariciones o como quiera llamarlos, absoluta y positivamente, no existen, ¿cierto? Es manifiestamente claro que esos testimonios vienen de gente afectada por los efectos de esta droga, pero desde un punto de vista científico, médico, incluso químico, no hay ninguna duda de que son simples alucinaciones, delirios mentales agravados o acrecentados por las sustancias contenidas en la droga en cuestión.

—Bien, doctor, creo que todos nos alineamos con esas declaraciones, naturalmente, pero solo por conocer su opinión, es cierto que existen testimonios muy específicos sobre casos concretos en los que las personas que han contactado con fantasmas han obtenido datos… Datos que se refieren a circunstancias u otras personas que no habrían podido saber de otro modo.

El doctor se frotó la nariz con la mano, como si el comentario le hubiera puesto nervioso.

—No, mire —dijo—, tengo que negar de forma contundente cualquier… superchería, superstición, fábula… relacionada con ese tema. A cualquier profesional de la medicina que conozca los efectos de las drogas en el cerebro le dará igual lo que parezca, o los datos que el consumidor pretenda haber obtenido de su… Más Allá. Mire, cada uno puede creer lo que quiera sobre lo que nos espera después de la muerte, eso son… actos de fe, y entran en el ámbito de la religión y las creencias personales. Pero no es aceptable que una droga nos ponga en contacto con entidades supraterrenales que son solo observables mediante el consumo de dicha droga. Si alguien dice tener datos privilegiados, bueno… Pensemos en mentalistas, por ejemplo, ¿no? Un mentalista tiene un

conocimiento profundo de la psicología y posee habilidades de observación que van más allá de lo que es común y normal. Con esas dos cosas, un mentalista puede crear experiencias fascinantes donde el espectador siente que su mente está siendo leída o influenciada de maneras que parecen mágicas, ¿no es verdad?, completamente inexplicables.

—Entonces, doctor, ¿es un truco? —quiso saber el presentador.

—No es un truco —declaró el doctor—. Es un autoengaño: el primer engañado es el consumidor que dice ver fantasmas porque lo cree realmente. Esos fantasmas son un producto de su mente, que está envenenada por los agentes químicos contenidos en la droga que consume. Él es el primero que cree en lo que está viendo y oyendo, pero tales cosas no existen.

—De acuerdo —dijo el presentador—, muchas gracias por sus declaraciones, doctor. Ya lo han oído, parece que los expertos en estupefacientes y la salud mental rechazan de…

El presentador desapareció.

La pantalla se fue a negro con un pequeño y sutil crujido electrostático.

Conde, todavía con el mando en la mano, bajó el brazo y suspiró largamente; ya había visto suficiente.

—Deberían dejar de dar tanta cobertura a esa basura —susurró en el despacho vacío.

La gente, pensó, ya no era lo que fue una vez. Décadas atrás, todavía se prestaba atención a los profesionales de cada tema. Si hablaba un experto en un tema determinado y daba su opinión, la gente se miraba con una expresión valorativa y se decía: «Vaya. Pues sí. Ese tío… tiene razón». Hacían caso. «Lo ha dicho un experto», decían. Y si el experto decía que las zanahorias eran buenas para la vista, la gente compraba y comía zanahorias.

Pero en aquellos días, la gente hacía más caso a pseudocelebridades, que decían casi cualquier cosa en sus pequeños nichos de las redes sociales, que a los profesionales. Los profesionales de verdad. Conde pensó que debía tratarse de un daño colateral de la situación sociológica actual. De una manera tal vez inconsciente, el ciudadano de a pie captaba que se le engañaba continuamente. Mentían los dirigentes, por supuesto, mentían los políticos, mentían los bancos, mentían las instituciones médicas

privadas cuando decían, en su publicidad, que se preocupaban por la salud de la gente. En todo caso, reflexionó Conde, se preocupaban por la salud de quien tuviera dinero, en todo caso, quizás.

Y ese conocimiento íntimo que rara vez afloraba a la superficie, de que estábamos en manos de timadores, defraudadores, egoístas sedientos de dinero y poder, hacía que la gente creyera cualquier cosa menos lo evidente. Conspiranoicos, terraplanistas, antivacunas… descreídos.

Sacudió la cabeza, abrumado.

Las palabras de aquel profesor solo conseguirían la reacción opuesta entre la gente de a pie. Las reacciones en redes sociales eran previsibles. «¿Qué estarán encubriendo?», se preguntarían. «Otra conspiración social comunista», escribirían algunos. «¿Por qué no quieren que tomemos esa droga?», dirían otros. Y el resultado final de aquellas observaciones era más que evidente: otro despunte en el gráfico de consumo de Aetheris en Madrid. En Madrid y en muchas otras provincias españolas.

Estaba todavía pensando en eso cuando la puerta de su despacho se abrió.

Era Rebeca.

Parecía cansada. Superada, incluso.

Y preocupada.

—Rebs… —dijo—, ¿qué… qué pasa? ¿Novedades?

Rebeca asintió.

Detrás suya apareció la médium. Martina. Con uno de sus trajes cuatro o cinco décadas anticuado, pero todavía revestido de elegancia.

—Tenemos que hablar —dijo Rebeca.

2

Jules fue conducido en coche hasta su objetivo. Le sorprendió que fuera en un lugar tan reconocido como La Finca, una urbanización de lujo asentada en pleno Madrid. En concreto, en la zona de Los Lagos I. Allí, los vecinos solían dejar la puerta de su casa abierta

porque los sensores de movimiento, las cámaras nocturnas, los detectores de infrarrojos, los coches de seguridad que rondaban las calles las veinticuatro horas del día y las garitas garantizaban que La Finca fuera, probablemente, el lugar más custodiado y seguro de la provincia, y probablemente, de todo el terreno patrio.

La villa en cuestión era notablemente diferente de las demás; no se trataba del clásico casoplón señorial rodeado de lagos artificiales y arte contemporáneo, sino, más bien, de una suerte de fortaleza de lujo entre suaves colinas verdes. Resultaba interesante: combinaba la opulencia moderna con un exotismo manifiesto que desafiaba toda norma. En los muros exteriores había tallas de máscaras de piedra, rostros angulosos con ojos inexistentes y figuras de ébano que parecían guerreros tribales, o tal vez espíritus en actitud defensiva, como si custodiaran el lugar. En cuanto a la fachada exterior, era una sorprendente fusión entre elegancia contemporánea y cierto estilo rústico inspirado en la naturaleza africana. Desde la entrada, el lugar se asemejaba más a una fortaleza exótica que a un hogar, con muros de piedra arenisca cálida revestidos de tonos ocres y rojizos; producían la sensación de mimetizarse con el paisaje, como si la villa hubiera nacido del propio terreno, y las altas paredes presentaban detalles tallados a mano, patrones tribales que recordaban las texturas de antiguos petroglifos.

El coche dejó a Jules a cierta distancia de la puerta principal. El jardín que la rodeaba contenía enormes macetas de barro con plantas tropicales y árboles de acacia. A lo largo del exterior, una combinación de luces bajas y antorchas modernas resaltaban la estructura en la oscuridad, proyectando sombras que daban a la villa un aire místico, ancestral. Ciertamente, el conjunto transmitía poder, opulencia y, a la vez, misterio.

Jules dedicó un instante a admirar la imponente entrada principal: dos robustos pilares de madera oscura esculpidos en forma de figuras guardianas, que recordaban el estilo africano, enmarcaban un gran portón de madera maciza, tallada con símbolos ancestrales y adornada con remaches de bronce que brillaban bajo la suave iluminación exterior. Por encima, una viga de piedra sostenía una serie de tallas de cabezas de criaturas imposibles que parecían observar desde lo alto con una mirada eterna y solemne.

Jules pensó que su objetivo, Kwame, debía ser todo un personaje.

El interior no iba a la zaga. El receptáculo del interior, apenas un recibidor, contaba con una inmensa lámpara de cuentas de colores que colgaba del techo abovedado. Lanzaba destellos que danzaban en las paredes. Había tambores djembe y mesas talladas a mano con más símbolos ancestrales, como si cada uno de aquellos muebles ocultara un secreto. En cada esquina, esculturas de animales vigilaban silenciosas, procurando un equilibrio casi mágico entre la manifiesta opulencia y la mística de culturas ancestrales.

Jules fue conducido hasta otra habitación. Se sentía, de nuevo, como la primera noche, hacía ya muchísimo tiempo. Otra vez en la casilla cero, aunque a un nuevo nivel, más cerca del objetivo. ¿Se había acercado?, por supuesto que sí. Pero de alguna manera, mientras progresaba por los corredores recorridos por sencillos ventanales sin cortinas que creaban un contraste evidente y hasta audaz con el pulso de las tradiciones antiguas que allí se homenajeaban, tuvo la sensación de que podía haber ido más rápido.

Pero sus pensamientos se interrumpieron cuando, tras una puerta doble, se encontró, inesperada y abruptamente, con su objetivo.

Por fin.

Kwame, el hombre que solo había visto en fotografías hasta ese momento, lo esperaba en mitad de un despacho comparativamente pequeño. Era él, sin duda. La misma mirada. La misma actitud de superioridad. Vestía ropas blancas holgadas y un ghutra del mismo color, sujeto por un agal negro, y un elegante cinturón decorado con más petroglifos. Lo miraba con una penetrante intensidad mientras sonreía, la mano izquierda sobre el abdomen.

Jules se quedó clavado en el sitio.

Siempre había sentido una especie de alivio emocional cuando se encontraba con su objetivo. Era como tener la otra mitad del contrato firmado y asegurado, una clara señal de que el trabajo estaba bien encarrilado. Era lo que debía sentir el lobo cuando se encuentra con las ovejas sin que se vea al pastor o al perro guardián por ningún lado; una sensación de «cosa hecha», la certeza de que la

superioridad era absoluta. Pero en aquella ocasión, no tuvo esa sensación.

«Los guerreros se reconocen», pensó Jules.

Los impostores también.

Y Kwame lo era.

Era ambas cosas.

—Jules Vikernes —dijo con suavidad—. ¿Es así como quiere que le llame?

—Así me llamo —respondió Jules, con tanta naturalidad como pudo. Carraspeó, intentando concentrarse de nuevo en su personaje. No era un guerrero, tuvo que recordarse. No era un lobo, ni un impostor. Solo era… Jules.

Kwame asintió.

Extendió el brazo para indicarle que se sentara. Eran tres sofás dispuestos en U alrededor de una pequeña mesa de madera, demasiado rústica tal vez para el entorno, incluso tosca en su terminación. Jules pensó que era el tipo de mesa que debía tener un valor sentimental para Kwame, y ese tipo de información podía resultar muy valiosa en el futuro. Era exactamente el tipo de información en apariencia trivial que podría darle ventaja más adelante.

Se sentaron en los sofás, cada uno ocupando uno, como en una reunión presidencial. Jules pensó brevemente que era una verdadera pena que su trabajo tuviera dos partes. La segunda parte la tenía a la mano, ahí mismo. La cantidad de guardias y centinelas que había visto hasta ese momento era ridícula, pero, aunque se hubiera encontrado con varias decenas o estuvieran apostados en alguna parte, vigilando a través de cámaras de seguridad, ese nunca había sido un problema. Podría matarlo en ese mismo momento, con tanta facilidad como escupir en un vaso. El problema era la otra parte. La primera parte. La parte que requería que descubriera cómo se fabricaba el producto. El Aetheris. Para llegar a eso, aún tenía trabajo que hacer, por supuesto; un trabajo minucioso y delicado, sin duda, y un trabajo, además, que requería de tiempo, pero perfectamente alcanzable.

Kwame lo observaba con atención, con una media sonrisa en la cara.

Jules se sintió estudiado. Era lo que estaba haciendo, sin duda.

En ocasiones, y el Hombre sin Nombre lo sabía, la simple apariencia de alguien podía decir muchas más cosas que sus palabras. Las arrugas alrededor de los ojos. Las marcas en la piel, las pronunciadas y las apenas sugeridas. La profundidad de la mirada. El lenguaje del cuerpo o la ausencia de este.

Pero Jules era un experto; sus personajes habían escapado de todo escrutinio durante décadas, y Kwame no era el único que había intentado extraer sus secretos.

—Señor Vikernes —dijo Kwame al fin—, los dos tenemos mucho trabajo que hacer, así que iré al grano. Quiero mostrarle un video.

—Desde luego —dijo Jules con curiosidad.

La pared que tenían delante se iluminó, activada por un simple proyector instalado en el techo. Jules vio una imagen nocturna de unos árboles evolucionando a cierta velocidad.

En un momento dado, la cámara giró para mostrar algo: una figura apostada en la copa de uno de los árboles, tocado por un abrigo de tonos marrones y verdosos, como de camuflaje. La figura estaba apuntando con un rifle de francotirador. El tubo del fusil era largo y en el extremo era visible un complemento: un silenciador.

Jules se sintió tan genuinamente sorprendido que no movió un solo músculo de la cara. Tan solo un observador experimentado que le hubiera estado escudriñando con ojos más que atentos habría notado una casi imperceptible sacudida en la base del cuello. Como un reflejo inconsciente. Inevitable.

Porque no eran muchos los que le habían sorprendido en el pasado, como no fuera en el marco de lo… sorprendente; había ocasiones en las que lo sorprendente era una condición esperable, por supuesto, pero en esos casos, paradójicamente, lo sorprendente no tenía capacidad para causarle sorpresa.

Y era una sensación… nueva. Extraña.

Desagradable.

Porque el tipo del árbol era él.

Aquel era el fusil que había adquirido para hacer parte del trabajo. Y el abrigo que había comprado y había preparado él mismo, con los tonos exactos de la vegetación de la zona.

Recordaba incluso la noche que mostraba el video. El trabajo que había ido a hacer. Pero no se había percatado de que lo estaban grabando. No aquella noche, por cierto, ni ninguna noche posterior.

Grabado a escondidas por un dron con capacidad para video. Un dron de alta tecnología, por lo que veía, con teleobjetivo y visión nocturna. No hubiera podido escucharlo, ni aunque llevara potenciadores de frecuencias en los oídos.

Kwame no miraba la pantalla. Le miraba a él.

En el video, él disparaba. Tres disparos casi consecutivos, ejecutados con terrible y despiadada efectividad, con un intervalo de menos de un segundo entre uno y otro. Dos segundos y pico en total. El dron giró con rapidez para mostrar una casa de campo. En el tejado, una azotea y un balcón, tres figuras armadas caían al suelo en silencio.

Cuando la cámara giró de nuevo, el cazador había saltado ya al suelo. Eran unos buenos cinco metros, pero el cazador daba vueltas sobre el suelo y se ponía de pie con rapidez, lanzándose a la carrera hacia la villa. El dron también mostraba cómo el fusil del francotirador caía el suelo, ahora inútil e inservible: había cumplido su propósito y salía de escena sin esperar aplausos.

Las siguientes secuencias mostraban a Jules infiltrándose en la villa. Se movía con la agilidad de un atleta o un superhéroe de película, una especie de ninja nocturno tan eficaz y rápido que el dron tenía dificultades para seguirle aun cuando se elevaba para mostrar una vista tan cenital como fuera posible.

En ocasiones, se veía a Jules saltando un muro como un auténtico Spiderman, en otras, ocupándose de un centinela con un rápido movimiento de cuchillo, la boca de la víctima tapada con la mano. A veces, el dron solo llegaba a tiempo para mostrar el cuerpo caído.

Se ocupó de los catorce centinelas que patrullaban alrededor de la villa con una eficiencia casi sobrenatural, en un tiempo récord, en cierta ocasión, utilizando técnicas de distracción como producir un sonido discreto para separar a los guardias cuando estos estaban juntos. Por fin, se introdujo en la villa trepando ágilmente por la fachada hasta una ventana del primer piso.

Mientras miraba, Jules pensó en lo curioso que era observarse trabajar desde fuera. Incómodo, pero curioso, sin duda. Cuando hacía aquellas cosas, no pensaba demasiado. En realidad, no recordaba haber pensado casi nada. Se pensaba antes de la ejecución, eso por descontado. Cada paso, cada punto débil, la

situación de los focos y las cámaras, el número de centinelas y su ubicación aproximada, cuando era posible. Pero casi nunca era posible, por supuesto. Aquellos centinelas solían ser desordenados y poco disciplinados, y se movían de manera errática como ellos creían oportuno en cada momento.

Pero tenía que admitir que su ejecución, desde aquel punto de vista, quedaba incluso… ensalzada. Sí, esa era la palabra. Casi peliculera. Él, que estuvo allí e hizo todo aquello, no lo recordaba tan espectacular. Solo recordaba una cosa: que la misión tuvo el éxito que había esperado. Todo lo demás era circunstancial.

Pasaron unos instantes, mientras Jules estaba en el interior de la villa, en las que el dron solo pudo mostrar tomas de la fachada. Se movía con rapidez intentando mostrar las ventanas, intentando captar algo, sin éxito. No había audio, así que la situación en la aquel despacho, con Kwame registrando sus reacciones, se volvió algo incómoda.

—Los dos sabemos cómo acaba —dijo Jules de repente.

—Aun así —dijo Kwame—, veámoslo.

—Como quiera.

La luz en el interior de la villa se fue, y la escena quedó a oscuras. El filtro de la visión nocturna se intensificó de inmediato, y la imagen se convirtió en una amalgama de tonos verdosos. Hubo fogonazos repentinos, claras señales de ráfagas de disparos, y cuando el dron se acercó a las ventanas de donde venían esas señales, se divisó un pasillo con varios cadáveres en el suelo. La sangre manaba de sus cuellos, de sus pechos, del centro de sus rostros desfigurados. Los ojos abiertos miraban el techo con ceñuda concentración. Había armas tiradas.

El dron captó a Jules moviéndose con rapidez a través de una de las puertas. Ya no llevaba el abrigo; como el fusil, lo había descartado en algún momento porque había llegado el momento de la lucha cuerpo a cuerpo. El combate intenso que denunciaba la supremacía de la velocidad y la destreza contra el burdo uso de las mediocres armas de fuego.

Cuando el dron giró para enfocar la ventana, vieron al implacable asesino escabulléndose entre los árboles, corriendo agazapado, huyendo con éxito de la operación para no ser visto jamás.

El dron buscó entonces por la casa, abigarrada de cadáveres. Una mujer desnuda yacía en el suelo, sus pechos operados apuntaban al techo, desafiando las leyes de la gravedad. Por fin, se quedó enfocando la cara de un solo hombre. Tenía un bigote espantoso y una severa raja letal en la línea del cuello, por donde la sangre manaba a trompicones, impulsada por un corazón que latía cada vez con menos fuerza.

Luego, la imagen se congeló, y permaneció así, grabada en la pared, con la cara de aquel tipo añadiendo un toque macabro a la cuidada decoración de la sala.

Jules recordaba aquella noche.

Aquel tipo era… Marcelo. Marcelo algo. No recordaba el apellido porque había reclamado apenas unos pocos días de su atención en el cómputo de días de trabajo que había dedicado al Aetheris. Un colombiano de mierda, por lo que recordaba, presumido y redomado fanfarrón hasta las lágrimas con una hija inútil que se dedicaba a hacer *streaming* por Instagram.

Era el líder de una banda de latinos que estaba interfiriendo en la distribución del Aetheris. Causaban problemas a sus distribuidores porque tenían un rentable nicho de mercado en los sectores de discotecas y salas de fiesta de alta reputación, y estaban empezando a dar problemas. Jules no tenía tiempo de trazar refinadas estrategias ni afrontar el problema poco a poco, así que averiguó qué días se reunía la cúpula de la banda y dónde, estudió la situación mientras cenaba *tortellini*, y la ejecutó. Un trabajo sencillo. Uno de tantos.

Ni siquiera informó a Victor. ¿Para qué?

Pero le habían grabado, y entendía que eso podía ser un problema. Sobre todo, porque, en la grabación, parecía una especie de Terminator con esteroides y capacidades de sigilo más propias de una película de acción que de cualquier persona normal.

Miró a Kwame, expectante.

—Nunca había visto nada parecido —musitó Kwame.

La frase no pilló por sorpresa a Jules, quien asintió con discreción.

—Lo entiendo —admitió.

Kwame arrugó el entrecejo.

—Entonces admite que es usted —susurró.

—Sí. Por supuesto —dijo Jules—. Aunque eso… ya lo sabe.

—Es usted una persona curiosa —siguió diciendo Kwame—. Como puede comprender, y como ahora sabe, monitorizamos a todos los elementos clave de nuestro trabajo con una minuciosidad digna de elogio. No podemos dejar nada al azar.

—Me ha sorprendido —admitió Jules—. Este video, me sorprende. Aunque es esperable que haya investigación y seguimiento, salvo en un par de ocasiones, nunca me he dado cuenta de que estaba siendo observado.

—En todo momento —dijo Kwame—. Lo que he visto de usted me ha gustado. Trabajador, concentrado, dedicado, enfocado…, rápido y resolutivo. Su capacidad para diseñar un plan, una línea de acción, y llevarla a cabo, es una especie de don.

Jules asintió con discreción y cortesía, a modo de agradecimiento.

—Tengo personal como usted —siguió diciendo Kwame—. He conocido… mucha gente como usted. Capacidad de trabajo, trabajo mental, intelectual, ideas… Casi siempre delegan las tareas. Son directores, jefes de departamento, etcétera. Pero nunca… he visto a alguien como usted. Alguien con esas aptitudes que, además, sea capaz de ejecutar una operación de infiltración y eliminación con esta rapidez, eficiencia y letalidad. ¿Cuántos hombres había en esa casa?

—No lo recuerdo —dijo Jules.

—¿Veinte? ¿Treinta, tal vez?

—Es posible —respondió Jules.

—Todos llevaban armas de fuego. No solo pistolas. Ametralladoras. Son toscas y ruidosas, pero fatalmente letales en sitios cerrados. Aunque solo sea por estadística, es bastante posible que le den a algo.

—Así es —dijo Jules.

—En su informe no hay nada sobre… entrenamiento militar —dijo Kwame—. Ninguna entrada que haga pensar que usted es capaz de hacer lo que ha hecho. Ningún permiso de armas, ni siquiera unas clases de judo en los tiempos del colegio. Pero le he visto hacer cosas que un profesional entrenado durante largos años en academias militares o cuerpos de seguridad no podrían hacer. No solos. Nunca tan rápido.

Jules suspiró.

—Sí. Así es —susurró.

—¿Cómo lo explica? —preguntó Kwame.

Jules asintió despacio, antes de continuar.

—Si pidiera ahora, en este momento, un informe sobre mis conocimientos, estudios, prácticas, las cosas que he aprendido, hecho, y consultara mi experiencia laboral… —explicó Jules—, créame, en ningún sitio aparecería que llevo un año trabajando para usted. No podría encontrar ni un solo indicio, ni una pequeña pista. Lo considero una prueba de mi profesionalidad y un motivo de tranquilidad para usted.

Kwame asintió, reflexivo.

—Lo sé, lo sé —dijo—. También he averiguado que no tiene usted ningún equipo detrás. No trabaja con nadie. No delega en ningún otro profesional ni en ninguna persona de confianza. Contrata gente, pero lo hace en el momento en el que la necesita, y luego, la deshecha.

—Las personas no son confiables —explicó— por la propia naturaleza humana. Hay momentos, en el transcurso de una operación, en la que tienes que poner cierta confianza en otra persona. Es inevitable. No puedo estar en todas partes, no puedo estar vendiendo el producto en cada esquina, en cada calle. Pero aun cuando el trabajo termina con éxito, es mejor cambiar de persona. Que no se acostumbren a conocer los procesos de trabajo, o demasiados procesos.

Kwame sonrió.

—Entonces… ¿Debería sustituirlo a usted?

Jules le devolvió la sonrisa.

—Tendría que reemplazarme por unas veinte personas para obtener mis resultados.

Kwame parecía complacido.

Por fin, se levantó, retiró la tela que le cubría la cabeza con delicadeza y la depositó en el sofá. Sus ademanes eran exagerados y había cierta parsimonia en su ejecución, casi teatrales, pero, aun así, resultaban elegantes.

Luego, se inclinó, una especie de reverencia, con la mano en el pecho.

Jules no dijo nada.

Kwame repitió el gesto hasta tres veces antes de volver a mirarle.

—Yo te saludo, Jarumi Babba.

Jules arrugó el ceño.

—Discúlpeme —dijo, haciendo un amago de incorporarse del sofá.

—No, por favor —dijo Kwame con rapidez—, usted no debe levantarse. Yo sigo de pie en señal de reconocimiento hacia usted, porque tenga clara una cosa: usted es el Jarumi Babba.

Jules se sentía desorientado.

De repente, le hablaba de usted, lo cual, desde luego, podía interpretarse como una señal de respeto. De reconocimiento, había dicho su objetivo.

Pero era…

Bueno. Raro.

La conversación, desde luego, no estaba yendo por los derroteros que él había esperado. Víctor le había hablado de un nuevo enfoque del negocio, la captación de *feedback* de sus clientes, pero no conseguía entender qué tenía que ver con todo aquello, ni por qué el gran jefe de la organización Rosanegra estaba haciendo lo que hacía.

Le molestó profundamente no haberlo… previsto.

No estar preparado para saber lo que era… ¿cómo había dicho?

Un Jarumi Babba.

Sonaba ridículo, desde luego, pero a Kwame le brillaban los ojos cuando mencionaba las palabras. Era algo que consideraba importante.

—No creo que haya oído hablar de la leyenda del Jarumi Babba porque se perdió tiempo atrás —explicó Kwame—. Pero si me lo permite, me gustaría explicarle.

—Me encantaría escucharla —admitió Jules. Y decía la verdad. Estaba deseando saber.

Kwame asintió y empezó a pasear por la habitación, alrededor del sofá donde había estado sentado. Sin la prenda de la cabeza, tenía un aspecto aún más imponente, con su lustrosa melena negra cayéndole sobre los hombros.

—Hace mucho tiempo, en una tierra que hoy yace bajo el polvo del desierto, del seno de una madre nació un niño al que llamaron

Amari, que curiosamente, en la cultura yoruba significa «Eterno». Se recuerda, por cierto, que, al nacer, la luna brilló con un fulgor inusual; los ancianos vieron en ese hecho el augurio de un destino extraordinario.

»Amari creció como crecen todos los niños, pero con ciertas dificultades añadidas: pasó hambre y luchó contra la miseria y la pobreza, pues su madre, una sacerdotisa extravagante, no conseguía hacer mucho dinero. Su padre estuvo ausente: se cree que pudo ser un cazador de una aldea de hausa, pero no lo vio mucho y aprendió de él aún menos. Sin embargo, como por entonces todos los hombres eran cazadores en una u otra medida, no le faltaron maestros.

»El pequeño Amari recibió, además, otras enseñanzas: desde que era muy pequeño, fue testigo de los rituales sagrados que su madre repetía incansablemente, honrando las costumbres de sus ancestros. Le resultaban interesantes, o eso se contó más tarde: es posible que comprobara de primera mano que, al menos, algunos de aquellos rituales obtenían resultados, o ciertos resultados.

Jules asintió.

—A medida que crecía, Amari demostró tener una fuerza, una destreza física y una habilidad sin igual para todo lo que tuviera que ver con el combate. Era un cazador intuitivo y prodigioso, y cuando los grandes depredadores rondaban las aldeas, Amari hacía el trabajo de diez hombres en la mitad de tiempo, y su fama creció más allá de los confines de su aldea. Siempre llamaban a Amari, y Amari… nunca fallaba.

Jules escuchaba, aunque empezaba a atar cabos y a entender.

—Pero… lo que hacía a Amari tan excepcional y temible no era tan solo su mera fuerza o su innata capacidad para el combate, la guerra, la lucha. En aquellos tiempos y en aquellas latitudes, la madre tierra engendraba muchos hijos fuertes, acostumbrados desde pequeños al combate y la caza. No, había algo más. Se cree que su madre, cansada de penurias, ansiaba un futuro para ambos: ella y su hijo, y le transmitió cuanto sabía de los antiguos rituales que ella había aprendido de su madre, esta de la suya y, así, sucesivamente, de generación en generación. Aunque ella misma no había tenido suerte, estaba convencida de que ese conocimiento secreto transmitido entre mujeres le serviría bien a Amari, quien

demostró ser excepcional también en eso: aprendió no solo cuanto su madre sabía, sino que llegó a descubrir una o dos cosas por su cuenta. Aún con temprana edad, su propia madre pasó de ser su maestra a su mayor admiradora y su más humilde alumna.

»Durante muchos años, trabajaron juntos y con verdadera intensidad. La leyenda cuenta que estudiaron los rituales de su familia, y Amari llegó a viajar al continente europeo para investigar ciertas materias, sobre todo, en las antiguas regiones de Lechia.

Jules inclinó la cabeza. «Con Lechia…, ¿se refería a Polonia, probablemente antes del año mil trescientos?», pensó.

—Todo aquel conocimiento secreto, Jules —siguió narrando Kwame sin dejar de pasear—, era lo que hacía de Amari un guerrero tan sorprendente e invicto. Lo que le daba su fuerza y su prodigioso talento para el combate, para eludir a la muerte y procurarla. Entre otras cosas. Como su sagaz inteligencia. No tardó mucho en consolidarse no solo como líder de su aldea, sino de todas las aldeas de alrededor. Y tanto él como su madre se convirtieron en las dos personas más respetadas, temidas e importantes de toda la región.

—Curioso —dijo Jules—. Si la leyenda es cierta, ¿se sabe qué tipo de rituales hacían esa madre y su hijo?

—Se sabe —dijo Kwame—. Sobre todo, eran sus conexiones con lo que en afrikáans se llama… el anderkant.

Jules entrecerró los ojos.

Esa palabra sí la conocía. No Jarumi Babba. Esa no. Pero anderkant…, desde luego que sí. Era afrikáans común y, aunque se usaba habitualmente para hacer referencia a algo que estaba lejos, o incluso muy lejos, también se usaba en un sentido metafórico para referirse a la vida. O, mejor dicho, la vida… después de la muerte, como el ankh egipcio. No era inusual encontrarlo traducido como «el otro lado» o «más allá».

Ahora las piezas empezaban a tener cierto sentido.

Era una tontería, pero… Jules empezó a comprender toda la decoración de la finca. Los petroglifos, las estatuas, el ambiente claramente africano y tribal que se veía en cada esquina. Por la manera en la que Kwame contaba aquella especie de cuentecito para niños, la leyenda de Amari parecía haberle causado un gran impacto. Era importante para él por algún motivo que aún no

comprendía.

Y estaba, sobre todo, el tema de…

Los fantasmas, claro.

No hacía falta ser muy listo para ver una clara conexión entre el efecto del Aetheris y aquella loca historia sobre un líder tribal en algún momento entre el año mil y mil trescientos.

Le costó no llevarse la mano a la cara y restregar la palma contra ella, a modo de súbita desesperación.

¿De eso iba todo?

¿Estaba en presencia de un… loco?

¿Un sonado?

¿Había fabricado… una droga que provocaba alucinaciones muy concretas referentes al anderkant, el más allá, para llegar a tener el poder que ostentó el hipotético Amari lo que fuera?

—Amari aprendió a cruzar el velo que separa a los vivos de los muertos, señor Vikernes —seguía diciendo Kwame—. Durante las frías noches africanas, él y su madre entraban en trance y viajaban a reinos invisibles donde los ancestros y las almas de guerreros caídos vagaban eternamente.

Jules tuvo que esforzarse para mantenerse tan hierático como le fue posible, aunque en su interior, no pudo evitar sentirse… decepcionado. Desilusionado.

Había imaginado que Kwame sería una persona diferente. Alguien con un plan mucho más elevado, aunque solo fuera desde un punto de vista estrictamente financiero. Esa, pensaba, era una motivación tan buena y honorable como cualquier otra, al menos desde su particular perspectiva. Había creído que sería alguien que había desarrollado un producto con unas características muy especiales, entre ellas, la ausencia de destrucción evidente por efectos corolarios de la adicción. Alguien inteligente, cabal, como parecía indicar su aura personal especial, todo aquel imperio de evidente capacidad económica.

Un auténtico enemigo.

Un enemigo digno.

No un… alucinado que creía que se podía obtener algún tipo de poder de algo tan imposible como unos… fantasmas.

Se sintió tan abruptamente enfadado que, por unos momentos, pensó en matarlo. Sencillamente. Después de todo el minucioso

trabajo y la dedicación que había malgastado, el tipo lo merecía. Al cliente podían darle… ¿cómo se decía? Sopas con ondas.

Pero consiguió controlarse, a duras penas, mientras Kwame seguía hablando.

—Escuche esto, señor Vikernes. En una de aquellas travesías espirituales, se encontró con un espíritu muy especial; en vida había sido un guerrero ciego invencible y cuyos sentidos sobrehumanos le permitieron vencer incluso sin el sentido de la vista. Amari entró en tratos con él, y el espíritu acordó enseñarle sus habilidades a cambio de un juramento: nunca derramar sangre inocente. Cuando aceptó, Amari estuvo en trance durante veintiún días y veintiuna noches, y después del transcurso de ese tiempo, emergió del trance transformado. Ahora podía anticipar cada movimiento de sus enemigos, percibir cada sonido, incluso el más leve, y mover su cuerpo con una precisión aún más letal.

»Su fama como un ejército de un solo hombre creció y, pronto, los reyes y líderes de tierras lejanas lo llamaron para defender sus pueblos de bandidos y reinos invasores. Se decía que, en batalla, un aura oscura le rodeaba y que, con cada golpe, parecía asistido por manos invisibles que hacían imposible que sus enemigos se le acercaran. Amari no solo luchaba con su cuerpo o con cualquier tipo de armas, sino con el poder de los espíritus que le guiaban en cada batalla.

—Entiendo —mintió Jules, algo exasperado.

—Un día, una legión de guerreros extranjeros llegó para saquear su aldea. Desbordado en número, Amari contactó con sus ancestros, y sus ojos se tornaron negros como el ébano. Solo contra cientos, combatió hasta el amanecer. Al salir el sol, los extranjeros yacían vencidos a sus pies, pero Amari…, inexplicablemente, aún sin una sola herida en su cuerpo, caminó con lentitud hacia el desierto y se desvaneció entre la bruma matutina.

»Se dice que Amari nunca murió, sino que se convirtió en un guardián eterno, acechando en el viento que silba en las noches del desierto. En hausa se le conoce como el Jarumi Babba, señor Vikernes. Jarumi se traduce como «guerrero» o incluso «héroe», y Babba significa… «grande» o «importante». Eso significa el título que usted se ha ganado: Jarumi Babba. Se dice que cuando un guerrero alcanza un estado y una capacidad similares a la de Amari,

sentirá una presencia silenciosa a su lado: la de un guerrero letal con el espíritu de un ejército en su interior. Y eso, señor Vikernes, es lo que siento yo en su presencia.

Jules asintió, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Me… alegro que me tenga en tan alta consideración —consiguió decir.

Intentó verlo por el lado positivo. Normalmente, le llevaba una buena cantidad de tiempo encontrar resquicios en la personalidad de sus adversarios, pequeñas fallas en los que introducir su palanca psicológica. Pequeñas taras en sus capacidades intelectuales, sus creencias, sus miedos…, cualquier cosa valía. Pero allí tenía diecisiete mil cartas diferentes que podía jugar, casi todas ganadoras. Si aquello era una partida de póquer, tenía la puñetera escalera real, la de color, las cuatro cartas del mismo valor, Full House y toda una colección de color, escaleras, tríos, dobles parejas y parejas a su disposición. En la mano. En la misma partida. Resultaba tan exasperantemente ofensivo, tan burdo, que se sentía algo desorientado y hasta perdido.

—Sin embargo, señor Vikernes, aunque estoy muy seguro de mis sensaciones, me encuentro en estos momentos tan excitado y entusiasmado que me gustaría que me otorgara un pequeño capricho.

Jules pestañeó.

—Usted dirá… —musitó.

Kwame sonrió.

—Si le soy sincero —añadió—, había perdido la esperanza, pero… ahora que tengo la oportunidad… créame, no dudo. Es solo por el placer de ver y sentir algo que creía que no se produciría, después de tanto tiempo.

Jules inclinó la cabeza, algo desorientado.

—Lo que sea que necesite de mí… —susurró, incapaz de terminar la frase.

—Me entusiasmaría, de corazón —dijo al fin, después de alejarse intencionadamente de él unos buenos diez pasos—, que intentara usted matarme ahora mismo.

Y en ese momento, la pared que Kwame tenía más cerca se reveló como un panel corredizo. Se deslizó hacia arriba con un ligero ruido hidráulico y una rapidez pasmosa, revelando una sala

oculta anexa.

Y al otro lado, Jules contó al menos diez hombres, todos con cuerpos fornidos y atléticos, provistos de diferentes tipos de armas, desde una espada japonesa a un martillo de demolición. Sus rostros adustos y altivos revelaban intenciones hostiles; estaban más que preparados para luchar con él.

Para impedir que Jules matara a su jefe, como le había pedido. Evidentemente.

Una suerte de juego de gladiadores. Una prueba tan fastidiosa como ridícula.

Los gladiadores rodearon y superaron a Kwame, protegiéndolo.

Alguno de aquellos idiotas incluso sonreía.

—Válgame el cielo —susurró Jules, súbitamente aburrido, en un tono tan bajo que ni siquiera su objetivo, aún sonriente y visiblemente entusiasmado, pudo escuchar.

3

Jules estudió sus opciones, pero no durante demasiado tiempo. Cuando se trataba de luchar, no había tiempo para ceñirse a ningún plan determinado; las reacciones que se pedían eran infinitesimales, y con el tiempo, había descubierto una cosa: que la mente, si se dejaba libre, podía funcionar a una velocidad mayor que cualquier estado consciente.

Así que planeó sus primeros movimientos, y luego… se entregó a la cadena de combate como lo haría un bailarín experimentado que va a realizar un baile clásico completo de una hora de duración. Sin pensar. Pensar mata la mente. Solo fluir.

Jules se puso en marcha.

Inicio en *plié* manteniendo un *aplomb* perfecto, deslizando el pie en un *tendu* controlado. Brazos elevados en *port de bras* suave, acompañando la energía de su torso hasta alargarse en un *cambré*. Movimientos hermosos, perfecta ejecución.

Se movió hacia el primero de los hombres y empezó a correr cuando estaba llegando a él. *Tour n'lair* de impresionante precisión

terminando en un *arabesque* equilibrado contra su torso, mientras una música inaudible seguía sonando en su cabeza. Su enemigo se inclinó hacia atrás con un sonido de huesos rotos y la cara descompuesta por una expresión de dolor supino. Jules, como un virtuoso de la danza y de la muerte, tomó su arma en el mismo aire antes de caer al suelo.

Tres segundos.

Sus músculos estaban en armonía. Se movió describiendo una especie de finta para engañar al resto de sus adversarios y volvió a saltar, un *petit jeté* de una ligereza tan exaltada que daba la ilusión de flotar. En mitad de ese movimiento impecable, eficiente y magistralmente económico en movimientos, lanzó un tajo de su espada japonesa, delgada y alargada, para cercenar el rostro del enemigo. La sangre pareció explotar de su cuerpo.

Pirouette tras *pirouette* fue acabando Jules con los hombres en su pequeña prueba de destreza. Fluía de manera que casi parecía burlarse de las leyes de la inercia, una combinación letal y sorprendente no solo por la ejecución y las mecánicas del cuerpo, sino por el uso de las armas, las cuales proyectaba a distancia para encargarse de aquellos que aún estaban lejos de él, y por la economía de movimientos. Ni un solo paso dubitativo. Ni un solo giro más de los indicados.

Los cuerpos de los lacayos de Kwame cayeron al suelo sin vida produciendo sonidos blancos y secos, uno tras otro. Las armas tintinearon y quedaron inservibles. Tan solo Jules quedó en el centro de la habitación con el arma que había ido cambiando durante la pelea, una pequeña hachuela de filo terrible y centelleante con un pico afilado en el extremo y otro, más pequeño, en la punta del mango.

Solo Jules y Kwame.

Jules dejó caer la hachuela y se compuso el traje. Chasqueó los dientes: se había descamisado ligeramente y eso le molestaba.

Kwame lo miraba con fascinación.

—No tengo palabras —dijo al fin—. Realmente… Te saludo como el Jarumi Babba que he visto muchas veces en mis sueños, aunque en ellos, era un hombre sin cara cuyo cabello cambiaba de una revelación a otra. Pero eres… tú —añadió con suavidad—. Realmente, eres tú.

Jules aún estaba arreglándose la ropa con gestos parsimoniosos. Resultaba un gran contraste después de haberlo visto eliminar a todos aquellos hombres en un espacio de… ¿quince segundos, veinte, tal vez?

—Ha sido descortés —dijo Jules.

—Te pido disculpas, mi campeón, Jarumi Babba, guerrero entre los guerreros. La sangre de estos hombres te rinde pleitesía. Pero entiende que, tras tantos años de espera…, tenía que verlo con mis propios ojos. He visto hombres fuertes y hombres preparados con anterioridad. Mi propio guardaespaldas, Punjab, es un hombre sorprendente. Pero no tendría absolutamente ninguna oportunidad contra ti. Me hace pensar en…

Jules intuyó lo que iba a decir.

—Amari —exclamó Kwame.

Era evidente que Kwame estaba complacido y visiblemente fascinado, así que Jules vio en aquel momento una oportunidad única para intentar… una aproximación.

—Pero Amari sacaba su fuerza del Más Allá —musitó.

Kwame abrió mucho los ojos.

—Sí —exclamó—. Eso es… exactamente. ¡Exactamente! Amari ya era un guerrero invicto antes de aprender los secretos de su madre, fue solo más tarde cuando consiguió acceso a otros planos, cuando se convirtió en… leyenda.

—¿Ha quedado registrado, quizás, algo de aquel conocimiento?

Kwame, que había estado dando pasos hacia él, se quedó a poca distancia, mirándolo como si Jules fuera un hijo perdido o una escultura de oro macizo. O una roca conteniendo todos los misterios del universo.

—Algo —susurró Kwame con cierto aire de misterio—, algo sí.

—Y tiene… que ver con el Aetheris —añadió Jules, rompiendo la regla no escrita ni mencionada del eufemismo de «producto».

—Eres sagaz —dijo Kwame—. Sin embargo, ese conocimiento solo puede entregarse de un Rosanegra a otro. No existe otro modo. Estás aceptado en nuestra Orden como nuestro Jarumi Babba, pero… para firmar este contrato sagrado, tienes que hacer un juramento, Vikernes. Es un juramento ancestral que ata tu esencia eterna a la Orden. Serás uno con nosotros.

—¿Con la organización? —preguntó Jules.

—No con la organización. La organización es solo un artificio, un medio, una… herramienta. La Orden Rosanegra existe desde hace mucho, muchísimo tiempo, y ha permanecido oculta de la curiosidad de los hombres, trabajando para conseguir su objetivo.

Jules asintió despacio.

Tenía preguntas, por supuesto, pero sabía demasiado de la psicología de aquellos iluminados con demasiado dinero en el bolsillo como para no caer en la trampa de preguntar demasiado. Las preguntas levantaban sospechas; las preguntas punteras traían certezas.

—Si aceptas, Jarumi Babba, estarás jurando no actuar nunca en contra de la Orden. La Orden es tu hogar. La Orden es madre…

—La Orden es el Hogar —repitió Jules.

Kwame asintió.

Extendió la mano hacia él.

En su dedo había un anillo oscuro con una hermosa rosa negra tallada; las aristas y los bordes relucían como plata bruñida. Mirándola, Jules comprendió en el acto lo que se esperaba de él.

Estaba tan harto y decepcionado de todo aquel paripé ridículo, que no conseguía librarse de la tentación de acabar con aquel patán exaltado. Una vez, interpretó un personaje que lo hubiera calificado como «un flipado de la vida», pero aquel fue un pensamiento fortuito porque él ya no era aquel personaje. Aquella persona murió, como su objetivo, como moriría Jules Vikernes si conseguía cumplir su objetivo. Iba a ser el sospechoso perfecto, después de todo el trabajo que había hecho para la…

Organización.

Para la Orden.

—Sí, juro —exclamó Jules.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—Besa el anillo y sella el pacto, Jurami Babba.

Jules lo hizo.

Kwame sonreía.

—Bienvenido a tu hogar, maestro —exclamó—. Formas parte de una Orden antiquísima.

—Entonces… —dijo Jules en voz baja—, ¿qué se espera de mí ahora?

—Serás nuestro paladín —exclamó Kwame—. Nuestro valedor. Eres el puño. Eres la llama. Eres la punta de la lanza. La Orden lleva mucho tiempo esperándote, Jarumi Babba, y tenemos grandes planes para ti. ¡Grandes planes! Pero… todo será a su debido tiempo.

Jules se contuvo para no poner los ojos en blanco.

Había subestimado, quizás, a aquel espeluznante flipado. Por un momento, casi había esperado acceder al secreto de la fabricación del Aetheris aquella misma noche, en aquel momento, sin más preámbulos. Era decepcionante, sin duda, pero a la vez, podría pasar página y centrarse en un nuevo trabajo con un adversario con dos dedos de frente, o con los pies en el siglo XXI, y no en histéricas historias primigenias sobre… jefes tribales que hacían una especie de magia. Una pena; una chapuza de trabajo apresurado, sin interés, un trabajo que se había venido abajo cuando, hasta esa mañana, había parecido prometedor. Y había pensado que quizás tendría la información porque, al fin y al cabo, Kwame parecía mirarlo con la veneración con la que se mira a un semidiós. O a un Jurami Babba, lo que fuera que significara aquello. Pero… no iba a ocurrir. No, porque, por supuesto, hacía falta… tiempo.

Los idiotas siempre consumían tiempo.

Siempre.

Asintió, no obstante.

Era un puñetero fastidio.

Kwame había intentado analizar el Aetheris. Un intento que sabía que sería estéril, por supuesto, o su cliente habría dado con la formulación mucho antes de intentar contratarlo. Tenía contactos, un laboratorio especialista que contaba con absolutamente todos los medios para hacer análisis exhaustivos y minuciosos de cualquier droga o fármaco. Pero como había sospechado, el laboratorio le corroboró que el Aetheris contaba con una insólita particularidad. Su estructura química no solo era altamente compleja, sino que era intencionadamente inestable, como un candado químico anti *hackeos*. Dicha estructura se degradaba con rapidez al ser expuesta a métodos de análisis como una cromatografía o una espectrometría de masas. Además, estaba compuesta por cantidades minúsculas de un gran número de compuestos distintos, incluyendo proteínas, péptidos y moléculas sintéticas, con lo cual era muy complicado

separar su presencia de las existentes en el cuerpo humano. Y eso por no mencionar el problema de sus enzimas, que se autodegradaban con rapidez en un entorno diferente a su envase original.

Una genialidad, sin duda, por eso… estaba molesto. Había esperado conocer a un gran científico. Una mente brillante. Pero solo era… alguien con dinero. Mucho dinero. Alguien con capacidad de contratar a la gente adecuada que habían diseñado y trabajado aquel prodigio, envestido de superchería chabacana estrafalaria.

Fantasmas.

Toda aquella basura de la Orden… ancestral.

Y sagrada, se recordó con una amarga sonrisa interior.

—Y ahora, Jarumi Babba… —dijo Kwame, interrumpiendo sus pensamientos—, demos el primer paso en esta recién nacida colaboración y amistad. ¿Me harías el honor… de cenar conmigo?

Jules se juró a sí mismo que, si volvía a llamarlo de aquella manera, le arrancaría los ojos y los herviría como dos huevos duros, pero se resignó y, haciendo un gran esfuerzo, asintió con gran elegancia y maneras.

Capítulo 15

Tenemos que hablar

Conde había escuchado con atención el informe que Rebeca Laza y Martina Pipó le habían presentado, con la experiencia que habían vivido esa misma mañana. Había hecho algunas preguntas, pero no demasiadas, prefiriendo, sobre todo, absorber la información que le estaban exponiendo, y había evitado, con verdadero expuesto, hacer juicios de valor.

En conjunto, la historia de lo acontecido en el Parque del Retiro, el cartón, la lluvia, el Hado de Pis y todo lo que había ocurrido, le había parecido tan curioso como interesante. Creía con sinceridad que la pequeña puesta en escena de Martina había sido espectacular e incluso convincente, y que, ciertamente, podría romper con la mera estadística. Demasiados aciertos. Demasiados datos privados de Rebeca en la cabeza de Martina.

Pero la parte de los fantasmas…

—De acuerdo —dijo Conde despacio—, tengo… tengo mis propias ideas al respecto de todo esto, naturalmente, pero… la pregunta… la verdadera pregunta es… ¿es eso relevante? ¿Importa para algo en el contexto de este caso?

Martina asintió, complacida.

—O sea, vamos a explorar esta vía, ¿no? Es lo que hemos decidido. Hemos apostado por ella, así que… Sigamos adelante.

Rebeca movió la cabeza afirmativamente.

—Pero… fantasmas… —añadió Conde, sacudiendo la cabeza—. Tenéis que entender que no es una píldora fácil de tragar.

—No lo es —admitió Rebeca.

—Pero bien, sí. Tengamos una mente abierta. Manejemos la hipótesis de que esta droga no trabaja con alucinaciones, sino con

fantasmas. Fantasmas de verdad. —Agachó la cabeza y soltó un preocupado bufido, como si al pronunciar la palabra en voz alta no diera crédito a lo que estaba diciendo—. Y, bueno…, si podemos unir unos cuantos puntos y formar una base más o menos sólida que sustente la hipótesis…, bueno, ya veremos cómo trabajamos desde ahí.

—Me gustaría verte vendiéndoles el informe a los jefes —exclamó Rebeca.

Conde compuso una mueca.

—Exacto —soltó—. Madre mía, Rebs. Imagina eso. Tan solo imagina cómo redactar eso.

—En realidad —dijo Rebeca—, aparte de todo lo demás, tenemos un posible pilar sobre el que cuadrar esa hipótesis. No es lo mismo contarlo sin más que basarlo en una fundamentación.

—Te refieres a Rafael —dijo Conde.

—Exacto —confirmó Rebeca—. Ya he dado aviso de que cursen y emitan una citación para que el sospechoso acuda a prestar declaración. Pero…, además, le he pedido a los compañeros que vayan a ver en qué anda y le informen de las circunstancias, que queremos hacerle unas preguntas otra vez, a ver cómo va la cosa. Es lo más rápido que se me ocurre sin más indicios justificados.

Conde asintió complacido.

—Perfecto —dijo—. En cuanto a los datos que obtuviste, Martina…, ¿qué más puedes aportar? Por ejemplo, los otros crímenes.

Martina carraspeó.

—Bien. Esto es lo que ocurre —dijo con suavidad—. La información de este caso, el primero, llegó con fuerza por varias razones. En primer lugar, lo más importante, es que Rebs tuvo contacto con el asesino; contacto de primera mano. No ha debido tener contacto con el asesino o los asesinos de los otros casos, así que no recibí esa información.

—Vale, lo entiendo —admitió Conde—. Quiere decir que con los otros casos… estamos más lejos.

—Ahora vamos con eso —dijo Martina—, porque es más complicado. La segunda cosa es… que Rafael estaba puesto de Aetheris cuando Rebs le interrogó. Si ese no hubiera sido el caso, no habría podido hacer la conexión, porque esa conexión estaba…

extendida por el efecto de Aetheris en el entorno de Rafael, en aquel justo momento, y yo pude verla, y saber.

—¿Qué significa?

—Significa que, a lo mejor, Rebs sí ha estado en contacto con el asesino o los asesinos de los otros casos, pero si ellos no estaban conectados en ese momento, no me ha saltado a la mente —explicó Martina.

—Oh —dijo Conde—, claro. Supongo que eso complica que podamos usar este poder, esta capacidad tuya, para seguir indagando…

—Bueno, no tanto —dijo Martina—. Algo puede hacerse en ese sentido, aunque la tercera cosa lo complica. Me explico. Hay una tercera razón por la que pude ver esa imagen, una razón por la que Rebeca, de manera inconsciente, me la lanzó como se lanza una pelota de playa cuando juegas en la orilla, cuando me asomé a ella. Rebs se fue del interrogatorio pensando que todo estaba bien, más o menos, seguramente, y, sobre todo, porque fue muy al principio y estaba tanteando el terreno. Tenía otras muchas opciones y quedó satisfecha.

Rebeca no dijo nada. Escuchaba las palabras de Martina y no sentía que debiera hacer ninguna precisión o corrección. Era coherente con lo que había vivido.

—Rebeca se olvidó prácticamente de aquello, pero la sabuesa detective que lleva dentro, cuando abrí la puerta de su mente y me asomé, cogió ese recuerdo y me lo lanzó. Fue una de las primeras cosas que vi. Seguramente, porque no terminaba de encajar. Algo no estaba del todo bien. Y la Rebeca interior lo sabía. Su… poderosa intuición. Su sexto sentido de policía.

—Creo que entiendo el problema —apuntó Rebeca, pensativa—. Veamos. Si lo he entendido bien, podríamos usar este método de conexión con otros policías que hayan intervenido en el caso. Los que han hablado con sospechosos, testigos, etcétera, para que puedas extraer información de ellos…

—Sí —confirmó Martina.

—Esa sería una línea de trabajo. Pero… si ellos no sospecharon de algo, como hice yo, aunque fuera de manera inconsciente…

—Exacto —dijo Martina con un movimiento enérgico de cabeza.

—Y si el testigo no está colocado con Aetheris, tampoco

captarías una imagen tan clara.

—Correcto otra vez.

Conde masculló, ceñudo.

—Eso es… inconveniente —dijo.

—Hay otra cosa más, imagino —dijo Rebeca—. Tendrías que… pasar tiempo con todos esos agentes, con los testigos, tendrías que conocerlos, como hiciste conmigo.

—Así es —dijo Martina despacio, ahora cabizbaja.

—Co… ¿cómo? —preguntó Conde, confuso.

—Es como funcionan estas cosas —dijo Rebeca—. Ella necesita conocer primero a la persona que va a leer.

—Bueno —dijo Martina—, no es cómo funcionan… estas cosas. Es como funciono yo, Rebs. —Giró la cabeza para mirar al jefe—. Conde… no soy… la mejor profesional de esto. Hay gente mucho más capaz que yo. Muchísimo más. Gente con más capacidad, más conexión. Podrían acelerar mucho las cosas.

—Pero… ¿están en el cuerpo? —preguntó Conde.

—¿Si son… agentes de…? No. No, no lo creo. En nuestro pequeño grupo, la división, éramos tres. Fue un experimento circunstancial sin mucho presupuesto y aún menos esperanza, así que el tercero de nosotros estaba ahí para romper la estadística, sobre todo, en caso de desacuerdo.

—¿Y podrán ayudar?

Martina negó con la cabeza.

—No Carmen, desde luego. Tenía capacidades, pero… no estaba muy centrada. Hay unos… fundamentos para que esto funcione, ¿sabéis? Vienen del interior. Digamos que se precisan unos pilares para que la información sea accesible, visible, audible, leíble, y sin esos pilares, el don se pierde. Porque es lo que es, un don. Y un don es un regalo de la vida. Pero la vida requiere caminar bajo unos principios y un orden, no atendiendo modelos caóticos que persiguen cosas como fines egoístas, por ejemplo. Cada decisión que tomamos en la vida, aunque parezca trivial, nimia, irrelevante, acrecienta o merma estas capacidades. Carmen pudo haber elegido otros caminos en la vida, pero sus elecciones, tristemente, la hicieron perderse. Cuando dejó el cuerpo no podía distinguir una vaca de un piano.

Rebeca pestañeó varias veces. Creía entender a lo que Martina se

refería.

—Vale, de acuerdo —susurró Conde, todavía ceñudo—. ¿Y la otra persona?

—Gabriel —susurró, con la mirada perdida en sus propias manos rechonchas—. Un alma única, en verdad. El ser humano más… hermoso que he conocido jamás. Uno podía sentirse mejor persona estando simplemente a su lado; una se sentía especial solo porque Gabriel te consideraba su amiga, y eso… eso hablaba muy bien de una.

Rebeca la miró con curiosidad. Algo en su instinto femenino le susurró que aquel tal Gabriel podía haber sido, quizás, una suerte de enamoramiento.

—Desapareció —dijo al fin—. Un día, se fue. Se marchó a alguna parte. Dinamarca, quizás. O Escocia. Quién lo sabe. No he vuelto a…

—Qué fastidio —interrumpió Conde—. Bueno, es una vía que puede explorarse, pero no son… Esta no es un área de conocimiento especializado a la que estemos acostumbrados. Usamos peritos y consultores en área de informática, psicología, finanzas, medicina forense… Pero esto…

—Se puede intentar —dijo Rebeca.

—Pero mientras tanto, tendremos que seguir trabajando con lo que tenemos —dijo Conde, señalando a Martina—. Y esa eres tú, Martina.

En ese momento, el teléfono fijo de su mesa empezó a sonar con un repiqueteo discreto.

—Vaya —dijo—, disculpad. Nadie me pasa llamadas en una reunión si no es… bueno, importante.

—Sí, sí —exclamó Rebeca.

Conde cogió el aparato, se identificó y escuchó mucho más de lo que habló, usando apenas monosílabos. Terminó dando las gracias y diciendo «Buen trabajo», y colgó el aparato.

—Bueno —dijo en voz baja—, esto es… Es increíble.

Martina inclinó la cabeza y Conde la miró valorativamente.

—De los compañeros —dijo—, sobre nuestro sospechoso, Rafael. Bueno… En todos mis años… —añadió, y se interrumpió. Su expresión era una mezcla entre divertida y consternada—. Por lo visto fueron a visitarle, como pedimos, como pediste… y cuando los

agentes se presenciaron en su casa y le informaron de que queríamos hacerle más preguntas sobre la muerte de Mario…

Rebeca tragó saliva.

—Se derrumbó —dijo Conde, con una manifiesta expresión de incredulidad—. Se derrumbó y…

—¿Ha confesado? —preguntó Martina.

—Ha confesado —confirmó Conde.

Rebeca se llevó las manos a la boca, súbitamente transportada por una sensación que cabalgaba entre la sorpresa y la euforia.

Ya estaba.

Rafael había…

Bueno, había confesado.

El primer avance significativo después de un año de trabajo. Por fin.

Se emocionó y sus ojos se humedecieron de repente.

—Esto es… —decía Conde, todavía atónito.

—Martina… —exclamó, sorprendida, buscando su mirada. Martina sonreía, una sonrisa genuina y alegre. Asintió y le ofreció un pequeño abrazo de celebración que Rebeca aceptó de buen grado.

Durante unos instantes, nadie dijo nada.

—Enhorabuena, a las dos —dijo Conde—, realmente. No sabéis el peso que me quito de encima con este avance. Jesús bendito.

—Vaya —dijo Rebeca—. Esto… ¿Esto mejora nuestra situación?

—Oh, sí —dijo Conde—, desde luego. Esto era una espina podrida clavada en el fondo de mi alma y nuestro expediente. Todavía… Todavía tenemos que pensar cómo vamos a redactar el informe porque… —añadió, ahora otra vez ceñudo— porque claro, es complicado.

—¿Nos escucharán ahora, tal vez? —preguntó Rebeca.

Conde negó con la cabeza.

—No… No lo creo, Rebs. De hecho, tendremos que ser sumamente prudentes. Podemos mencionar ciertas cosas, por supuesto, y tu nombre, Martina, estará en el informe. Pero hay que ser muy cuidadoso porque…

—Pero la raíz del problema —interrumpió Rebeca, ahora excitada—, quién fabrica y vende la droga, que no es nuestra competencia…, ¿los compañeros de drogas no colaborarán mejor

ahora que hemos hecho este avance?

Conde soltó un bufido.

—Son… Son químicos, Rebs. Son científicos, tarados de las explicaciones talladas por la tabla periódica. Hablan con fórmulas como… C8H11N. Para ellos, hasta el amor es un bonito cuadro de… de yo qué sé… dopamina, supongo. Oxitocina. *Loqueseamina*. ¿Entiendes? No podemos ir a ellos con este cuento, especialmente a ellos, porque seríamos cuestionados. Alguien se quejaría, sin duda, y nos llovería algo desde arriba.

—Qué mierda —soltó Rebeca.

—Pero vale… —dijo—. déjame que me mueva. Dame un poco de tiempo. Un logro es un logro, y cuando la gente de los medios se entere de que pueden convocar a la prensa, ahí arriba estarán más receptivos.

Rebeca levantó ambas palmas en el aire.

—De acuerdo —dijo.

—Bueno… —añadió Conde, pensativo—, esto es… Increíble. Y si he de ser sincero, hasta me asusta. Me asusta la posibilidad de que ese mundo que describes, Martina, sea cierto. O sea, fantasmas y todo eso. Pero ahora que tenemos algo corroborado, que parece que es cierto, que es una teoría de trabajo plausible, Martina, por el amor de Dios…, puedes… ¿puedes explicarnos qué pasa? O sea, qué pasa realmente. Con este tema. Por qué. Por qué existe esto. Cómo es que una droga permite ver fantasmas. Qué quieren. Hay asesinatos… ¿Es peligroso?, ¿tenemos que preocuparnos?

Martina asintió.

Eran buenas preguntas, y Rebeca se giró para mirar a Martina, muy interesada en sus respuestas.

—Son muchas preguntas —dijo la médium con una sonrisa—, pero capto la inquietud general, y comprendo que, en realidad, la pregunta principal es solo una. ¡Bueno! Podría decir «No lo sé» a todo y no estaría muy lejos de la verdad. Pero… A medida que pasa el tiempo, voy comprendiendo mejor el cuadro general. Imagino que en unos días podré explicarme mejor. Pero vale… Ahora mismo, por hacer un dibujo robot de la situación, por lo que he sabido de la trastienda de la mente de Rebeca, el Aetheris es un producto concreto, trabajado, diseñado, muy estudiado. No me parece que el efecto que se consideraba como alucinógeno sea

casual. No puede serlo.

—Eso casa con las versiones que hemos registrado —admitió Rebeca en conformidad.

—Sí. Dicho esto…, hasta hoy…, jamás hubiera admitido que una droga pudiera… abrir las puertas del mundo espiritual. Si entiendo algo de lo que siento y veo, y las experiencias que he tenido, diría que este mundo no es una puerta que pueda abrirse con una formulación química. Nuestra carcasa humana, estos cuerpos, ciertamente lo son, y si tengo problemas en el páncreas, o sufro mareos, o quiero protegerme de otro COVID, os aseguro que seré la primera en ir al médico a que arreglen esos problemas con unas cuantas pastillas. Pero el mundo espiritual…

Reflexionó unos instantes.

Rebeca, con una media sonrisa, intuyó que Martina iba a descolgarse con otro de sus ejemplos.

—Es como si nosotros fuésemos… plantas de tomates, ¿vale? Somos tres tomateras y estamos intentando captar la señal de WIFI de Internet. Bueno, podríamos injertarnos con unos pepinos y crear un híbrido nuevo, podríamos mejorar la tierra con la que hemos crecido, podríamos regarnos con diferentes tipos de agua, más mineralizada, más pura, hasta podríamos probar a tomar más o menos cantidades de sol, en diferentes puntos del planeta, etcétera. Pero… ¿Captar la señal de WIFI? Es sencillamente imposible. Es otra tecnología, otra liga, es un mundo tan diferente que este ejemplo suena hasta ridículo.

—Bueno —exclamó Conde, algo confundido—, desde luego, es bastante gráfico.

—Sí… —confirmó Martina—. Perdón. Pero creo que se ha entendido…

—Sí —dijo Rebeca, divertida. Seguía contenta del gran logro de haber capturado a uno de los asesinos, y eso se reflejaba en sus ojos, ahora luminosos.

—El mundo espiritual es algo que corresponde más a algo invisible que tenemos dentro —siguió diciendo Martina—. Yo no lo llamaría alma. Ese es un concepto religioso con unas connotaciones muy específicas con las que nunca he comunicado, francamente. Pero al mismo tiempo, es una palabra elegante y bonita que describe un concepto que hoy día muchos describen como… el yo

interior. Bueno, podemos ponerle la etiqueta que queramos, pero eso no quita que ese mundo invisible siga siendo inaccesible para unas simples y sencillas tomateras.

—De acuerdo —concedió Conde—. Pero entonces… Bien, ¿cómo se explica lo que está ocurriendo?

Martina se encogió de hombros.

—Eso tendrán que preguntárselo a sus colegas del departamento de drogas —dijo— o a sus científicos, los mismos que dicen que la sinfonía de moléculas de feniletilamina con otras conforman el cóctel químico que percibimos como amor.

Rebeca seguía sonriendo.

Le gustaba mucho el hilo de pensamientos que alimentaba la cabeza de su amiga.

—Me temo que… en su opinión, —explicó Conde—, no hay nada relacionado con este mundo invisible con el que te manejas, Martina. Hemos hablado en numerosas ocasiones y…

—Lo sé —interrumpió Martina—. He visto suficientes declaraciones de médicos y profesionales de la ingeniería química como para rellenar tres libros. Y sin embargo…

—Y, sin embargo, se mueve… —declaró Rebeca, soñadora.

—*Eppur si muove*, sí —susurró Martina.

—¿Eppur si…? —preguntó Conde, confuso.

—Una frase de Galileo Galilei —explicó Rebeca— que, al parecer, pronunció después de abjurar de la visión heliocéntrica del mundo ante un tribunal de la Inquisición. Renegó de esa teoría para salvar la vida, pero añadió: «Y sin embargo… inexplicable y fácticamente, se mueve».

—Vaya —dijo Conde.

—Con el Aetheris pasa lo mismo —siguió diciendo Martina—. El Aetheris no puede abrir las puertas del mundo de la percepción de las entidades invisibles, o eso creo yo, y sospecho que muchos de mis compañeros con capacidades similares a las mías estarán de acuerdo. Y sin embargo… puede.

—Sin embargo, puede —repitió Conde, asintiendo.

Se quedaron callados unos instantes.

—¿Qué más, Martina? —preguntó Conde de repente.

—Básicamente…, sospecho que los otros asesinatos han sido eventos aislados, aunque parezcan relacionados. Son un daño

colateral de la apertura de ese otro mundo.

—Espera… —pidió Conde—, ¿qué… apertura? ¿Qué se está abriendo?

Martina compuso una expresión afligida mientras Rebeca suspiró largamente.

Conde intuyó que ahora venía…

Otra parte.

La parte menos buena de la historia.

—¿Cómo lo explico? —susurró Martina—. Bueno. Digamos que el consumo de la droga está permitiendo a esas entidades invisibles que llevan por aquí desde siempre, interactuar con nosotros. Y eso… no es bueno. Este plano de existencia tiene unas normas, unas gratificaciones y unas limitaciones. El de ellos, nuestros fantasmas, entre comillas, tiene otras muy diferentes.

—Pero Martina —exclamó Rebeca de pronto—, perdona por interrumpirte, pero… todo esto es… nuevo, y es raro. Hablamos de fantasmas, entre comillas, como algo concreto, y te juro por Dios que no sé de qué estamos hablando. Quiero decir, ¿son realmente fantasmas al uso? Como… resucitados. Fantasmas de gente fallecida. Ese tipo de fantasmas. ¿Es lo que pasa con nosotros cuando morimos? ¿Se trata de eso?

—Joder —soltó Conde—, no me atrevía a preguntarlo. Es raro todo esto, ¿no?

—Raro —confirmó Rebeca.

Martina sonreía.

—Si, perdón —susurró—, son… ¡son preguntas muy legítimas! Pero la respuesta no es sencilla. Estas entidades no son de este plano. No son de aquí, y nuestro cuerpo no está preparado para interpretar sus formas, dicho de una manera sencilla. Sería como abrir los ojos debajo del agua, sobre todo, al principio, antes de que la vista se acostumbre. Si te sumerges y abres los ojos de repente para observar un simple pez, verás una forma borrosa en movimiento porque la estructura de nuestros ojos se ha acostumbrado por evolución a la superficie, así que ni de lejos vemos de manera nítida bajo el agua. Y vale… Sabes que es un pez porque lo has visto antes, en Internet, en la pescadería, en tu plato en un restaurante, en el mar… y, además, está el conocimiento previo: ya sabes que, debajo del agua, hay peces como ese. Pero…

Si nunca hubieras visto antes un pez y fuera la primera vez que abrieras los ojos bajo el agua… ¡te aseguro que la visión sería difícil de interpretar, sorprendente, y puede que hasta terrorífica!

Rebeca rio con ganas.

—Sí, comprendo —dijo.

—Bueno, es aún peor, en realidad —dijo Martina—. Ellos se mueven en un plano de existencia muy distinto, mucho más que el agua. Ni siquiera el tiempo circula allí en sentido lineal, como aquí. Así que lo que los usuarios de Aetheris ven cuando entran en contacto es una interpretación de un cerebro humano de algo que… ni siquiera tiene tres dimensiones.

—Vale… —dijo Rebeca, pensativa.

—En cuanto a lo otro… ¿Son fantasmas como los fantasmas clásicos, tan manoseados por películas y literatura? Bueno. Algunos sí, cielo. Algunos. Pero entre esas visiones distorsionadas y lejanas de cosas que existen en los márgenes de esta realidad hay otras cosas, cosas sobre las que sabemos muy poco. Creo que gente con capacidades ha habido siempre, en todas las eras. No muchos, concedido, digamos… ¿un uno por ciento de la población?

Rebeca hizo números en su cabeza.

—Aún menos, seguro… Si somos… unos ocho mil millones de personas, un uno por ciento sigue siendo… ¿ochenta millones? ¿Ochenta millones de médiums? Muchos me parecen.

Martina asintió con vigor.

—Más a mi favor. Muy pocos médiums, un porcentaje ridículo de la población. Pero creo que siempre ha habido, como he dicho, y por eso hay religiones que han identificado algunas de esas cosas que a veces han traspasado los velos entre mundos, como…

—Demonios —se adelantó Rebeca.

—Eso es.

—Vaya —dijo Conde de pronto—, esto se pone cada vez peor.

—Recordad que demonio es solo una palabra —dijo Martina, risueña—. Por favor, no os imaginéis una criatura con cuernos y rabito, y un tridente, torturando almas en el infierno bíblico.

—Ya, ya… Entiendo —dijo Rebeca, pensativa—. Pero demonio tiene siempre una connotación negativa. Nunca he oído hablar de demonios buenos. Así que… ¿son todos… malos? Lo que los usuarios de Aetheris ven, ¿son espíritus malos?

Martina rio con ganas.

—Cielo —dijo—, de repente… no te ofendas, eh, pero me has recordado a un niño de primaria… ¿Son malos?

—Sí, bueno —empezó a decir Rebeca.

—Ya te entiendo, cielo —dijo—. Es una manera de preguntar a qué nos enfrentamos.

—Eso es —dijo Conde.

—Bueno —soltó Rebeca, suspirando—, eso nos lleva al siguiente asunto. O mejor dicho… al asunto, en realidad, porque de esto va todo esto. Es el problema en sí. Gente que ha visto cosas y ha hablado con cosas ha habido siempre, a unos les ha ido mejor y a otros peor, a unos les han llamado locos, y otros se han vuelto locos por no comprender lo que les pasaba. ¡En fin! Pero… los planos se han mezclado aquí y allá desde que el mundo es mundo. Digamos que ese desequilibrio… paradójicamente, ha formado parte del… equilibrio. Sin embargo, el Aetheris está cambiando eso. Muy rápidamente. Los velos entre mundos no cambian fácilmente… En ese sentido, son más estables incluso que las montañas más altas o la posición de las estrellas en el cielo. En estos tres mil años de historia reciente, la reputación de los médiums no ha cambiado nada, seguimos siendo… personajes raros, con ideas raras, que dicen cosas raras, y la postura de la ciencia también es la misma: indemostrado. Es interesante. No parece posible. No se ha demostrado. No. Nada. *Nein. Niente*.

Conde asintió.

—Eso podría cambiar —añadió Martina—. Eso va a cambiar.

Se quedaron en silencio, expectantes.

Rebeca volvía a sentir el frío mordaz del miedo incipiente recorriéndole la espina dorsal, convirtiéndose en una sensación tan incómoda como desagradable.

—El Aetheris está afectando al velo entre mundos —explicó Martina, dirigiendo su mirada a Rebeca—. Es lo que detecté en el Parque del Retiro. Ese sería un lugar donde la frontera entre mundos es más débil, claramente. Se siente algo. Algo diferente. No es bueno, eso es cierto, pero por el momento, tampoco es una especie de… torre de la desesperación creciendo en el centro de Madrid. Irá a peor, me parece, y habrá otros lugares, cada vez más lugares.

—¿Más asesinatos? —preguntó Conde.

—Eso… seguro —ratificó Martina—. Pero es aún peor que eso. El Aetheris no solo está permitiendo a la gente ver y escuchar el otro lado del velo. Lo está… desgarrando. Sí. Eso es. Es como si cada gota de Aetheris que se consume fuera un golpe con un bolígrafo en un muro. Diréis que un bolígrafo contra un muro no parece una situación muy preocupante, pero… ¿y diez bolígrafos? ¿Y cien, todos golpeando a la vez? Tic. Tic. Tic. ¿Cuánto Aetheris se consume en la actualidad? ¿Cuántas dosis por minuto? ¿Y dentro de un mes? ¿Y en un año? Eso son muchos bolígrafos. Un agujero cada vez más grande. Una grieta. Un boquete. Hasta que ceda del todo. Y el muro… no se puede reparar. El daño es irreparable.

—Vale, vale —dijo Conde, impaciente—, pero entonces, ¿qué pasa si… si cae ese muro?

Rebeca se revolvió incómoda, en su asiento.

—Si ese muro se cae… —exclamó Martina en voz baja—, bueno, no lo sé con seguridad. Os prometo que no. Las consecuencias son… incalculables porque no ha ocurrido nunca, porque no sabemos cómo se comportará el otro lado si inunda este lado de una manera tan abierta y evidente. A lo mejor no pasa nada. A lo mejor ocurre como cuando la materia y la antimateria se tocan. A lo mejor acabamos todos siendo médiums, permanentemente conectados a un mundo que se mezclará con nuestra realidad, con voces constantes en nuestras cabezas, figuras espectrales moviéndose a nuestro alrededor…

—Jesús —soltó Rebeca.

—Vale, vale —dijo Conde de repente, levantando ambas manos en el aire—, de acuerdo. Es… suficiente. Joder. ¿El Parque del Retiro? Joder.

—Joder —repitió Rebeca.

Martina asintió. La sonrisa en su rostro redondo había desaparecido.

—Bueno —resolvió Conde después de carraspear brevemente—, en primer lugar, confidencialidad absoluta por ahora. Absoluta. ¿Me he explicado bien? De esto último que hemos hablado, lo del velo y todo eso, ni una palabra a los medios, ni siquiera a los compañeros, hasta que consulte. No quiero nada de eso filtrándose a la peña en las redes sociales. Ya tenemos bastante con el ruido que hace el

asuntito de los fantasmas como para hablar del… fin del mundo y de una potencial invasión de fantasmas o demonios.

—De acuerdo, sí —confirmó Rebeca.

—El tema me parece lo bastante serio como avisar al Ministerio. Joder, llamaría al puñetero FBI, coño. Pero por la naturaleza de este asunto, claro, no es… baladí. Ojalá hablásemos de algo concreto como una bomba sucia, o un barco cargado de armamento para una pequeña revolución nazi en Vallecas. Ojalá. Pero esto… hay que plantearlo bien.

—Sí —dijo Rebeca.

—Coño, qué responsabilidad —exclamó Conde—. Si todo esto es verdad, aunque sea una parte, y no consigo usar las palabras adecuadas, entonces… Entonces lo enterrarán. Cerrarán el expediente y no volveremos a saber de esto hasta que el mundo reviente, y será por mi culpa. Carajo. Y si… todo es verdad y no solo una parte… si todo es verdad…

Rebeca pensó en las consecuencias.

Ni siquiera podía imaginarlas.

—En fin —dijo Conde, pasándose los dedos por el bigote—, ya veremos. Rebs, serás mi Estación Uno en este asunto.

—De acuerdo —respondió ella.

—Vamos a ver… —siguió diciendo Conde—, montemos una línea de trabajo para Martina mientras vemos qué pasa. Que tenga acceso a todos los agentes que han tenido que ver con la investigación. Habla con nuestro enlace del grupo con la Policía Nacional, convéncele de que te dé carta blanca, y si se pone tonto, le dices que hable conmigo. Tienes todas las luces en verde. Pero deja el asunto del velo fuera, por el amor de Dios.

—Sí, jefe —exclamó Rebeca—. Entendido.

—Bueno. ¿Algo más? ¿Nos ponemos a trabajar?

—A trabajar —dijo Rebeca, revolviéndose en su asiento, como si fuera un coche de carreras en boxes a punto de arrancar.

—Yo hablaré con Drogas, a ver qué saben del auténtico meollo de todo esto. Alguien está fabricando esa mierda y tenemos que pararlos antes de que absolutamente todo Cristo tenga un boli y se ponga a joder con el muro hasta que lo echen abajo.

La visión era muy gráfica, y hasta divertida desde cierto punto de vista, pero el ambiente era tenso.

Muy tenso.

Intercambiaron algunas palabras más, se dieron la mano y salieron del despacho mientras Conde se pasaba las manos por el cabello, intentando ordenar sus pensamientos para transmitirlos arriba.

Cuando salió del despacho, sin embargo, Rebeca tuvo una sensación extraña. Como si estuviera viendo la sala de la oficina por primera vez. Como si todo fuera nuevo, o tuviera otro tono, otro color.

Como si…

Como si todo pudiera, simplemente, desaparecer.

2

Cuando Claudia entró en su casa se sobresaltó y dio un pequeño grito. Su marido estaba allí plantado junto a la puerta, de pie, los brazos extendidos hacia abajo y el semblante serio.

—¡Jesús, Luis! —protestó mientras se recuperaba del sobresalto —. ¡Me has dado un susto de muerte! —Titubeó y añadió—: ¡Coño!

Él no dijo nada. Llevaba puestos sus viejos pantalones grises de chándal, los mugrientos pantalones grises que llevaba puestos a todas horas. Los usaba para dormir y los usaba para estar en casa, los usaba para salir a la calle cuando iba al supermercado a por sus pequeños vicios, esas latas de Monster, y las dichosas almendritas de mierda. Todas sus gilipolleces.

Ella lo miró con desdén.

Estaba horrible. El pelo pegado sobre la frente. Los hombros caídos. Esa expresión bobalicona en el rostro.

Horrible.

¿Y qué coño hacía ahí plantado, en la puerta de casa, como un… mostrenco?

—Eres… Eres gilipollas —murmuró, y empezó a caminar hacia el interior asegurándose de no pasar demasiado cerca de él. No por nada, sino porque había pasado la tarde follando con un compañero de los cursos y, aunque se había aseado en el baño, nunca sabía si él podía oler algo raro.

—¿Dónde has estado? —preguntó él, mientras ella intentaba dejarlo atrás.

—¡En los cursos! —dijo ella.

—Has estado follando… —dijo él con naturalidad.

Ella se paró en seco.

Sobresaltada.

Repasó mentalmente lo que había hecho en el día. Ayer, por cierto, porque ayer también se había entregado a una sesión completa de sexo sucio, salvaje, duradero y brutal. Y hacía tres días. Y la semana pasada. Y antes de eso, más veces. Pero había tenido cuidado, mucho cuidado. Su amante y ella solo se veían en el entorno de las clases, no habían compartido teléfonos, no intercambiaban wasaps, no hablaban entre ellos más que cuando se reunían, furtivamente, como dos ninjas de la lujuria en la parte de atrás del edificio. Y allí nunca había nadie. Nadie los había visto.

No, no tenía forma de saberlo.

Había tenido muchos otros amantes y sabía cómo montárselo. Sabía cómo montarlos.

Se giró, desafiante.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, fingidamente ofendida.

—Has estado follando —dijo él, impasible.

Ella sacudió la cabeza.

Dios, cómo odiaba su expresión de mierda. Su expresión estúpida de auténtico idiota, su cabeza gorda desprovista de pelo, su cuello rechoncho. Su pene de mierda, pequeño e hinchado. Su inhabilidad para el sexo. Si él supiera las cosas que había hecho y cómo, pensaba a menudo, se le caerían las gafas de montura de pasta al suelo. Su pequeña Claudia. Su amada esposa.

Había pensado en dejarlo innumerables veces, pero… pero él tenía el dinero. Claro. Ese era siempre el problema. El dinero. El incapaz tenía la pequeña fortuna y toda la solvencia heredada de su familia, de papá y de mamá, que habían tenido la graciosa amabilidad de irse al cielo temprano y les habían dejado muchos inmuebles, un saneado estado de cuentas, numerosas inversiones en empresas de diversos sectores y más criptomonedas de las que uno se atrevería a mencionar en ninguna parte.

—Tú eres… ¿gilipollas? —soltó, alzando la voz.

Desmiéntelo todo. Siempre. Era la premisa. Negar, negar y

atacar de vuelta. En un rato lo tendría comiendo de su mano, llorando, pidiéndole perdón y pidiéndole que no le dejara nunca. Como siempre.

Él no respondió.

Parecía una estatua, plantado en mitad del recibidor.

La estatua de un hombre fracasado.

Adinerado, pero fracasado.

—Me lo han dicho ellos —dijo él al fin.

—¿Ellos? —graznó ella—. ¿Ellos, quiénes?

Su marido se encogió de hombros.

—¿Ellos? ¿Ellos, quiénes, Luis? ¿ELLOS, QUIÉNES?

—Los fantasmas…

Ella fingió estar afectada. Disgustada. Sorprendida. Lo estaba, en cierta manera, pero por alivio. Había pensado por un momento que el idiota de su marido hubiera podido tener alguna idea razonable, como ponerle un detective, pero se lo habían dicho… los fantasmas.

—Escúchame, gilipollas de mierda —soltó ella—. ¡Te he dicho que no tomes esa mierda! ¡Que no la tomes, punto! ¡Solo te faltaba a ti ponerte gilipollas con mierdas de fantasmas, Luis! ¡COMO SI NO TUVIERA BASTANTE!

—Me han dicho que follas con Elisardo.

Ella intentó mantener el gesto y la actitud, pero escuchar ese nombre en boca de él, la dejó fuera de juego.

Sí. Su amante se llamaba Elisardo.

«Está jugando conmigo», pensó. «Ha descubierto algo, en alguna parte… algún descuido… y sospecha. No lo sabe, pero lo sospecha».

Porque Elisardo estaba buenísimo. Porque era un chaval atlético y bien parecido, un pibón de cuerpo escultural que, además, tenía una tranca de consideración, y follaba a menudo y follaba bien.

—Quién… coño… es Elisardo —murmuró, haciéndose la sorprendida.

—Te folla por el culo. Y te tragas su semen. Y conmigo nunca has querido hacer esas cosas.

Ella soltó un bufido, indignada. Eso… también era cierto. Lo del culo no le gustaba demasiado, para ser justos, pero cuando te has corrido cuatro veces y él te da vuelta y empuja su pene erecto… te dejas hacer. Igual que lo otro. El semen sabía a pistachos podridos, pero en el contexto del frenesí y la excitación sexual… ¿Le había

permitido que terminara sobre su lengua? Sí. Sí, lo había hecho.

Pero… ¿Cómo lo sabía? ¿Cámaras? ¿Había putas cámaras que ella no había visto? ¿Cómo?

Tenía que contraatacar con todas, porque la cosa no le estaba gustando nada. Estaba sintiéndose… acorralada.

—Escúchame, gilipollas —le dijo—. Ni Elisardo ni Elisarda. No he follado con nadie porque soy una señora, y todavía me preocupo de tener cierta clase y cierto estilo, cosa que tú has abandonado y tirado a la basura hace que ni se sabe. ¿Vale? ASÍ QUE VAS A PEDIRME PERDÓN, VAS A PEDIRME PERDÓN O ME PIERDES PARA SIEMPRE.

Creía que lo había hecho bien. Había tensado tanto los músculos del cuello y la barriga que debía parecer enfadada de verdad. Enfadada de narices.

Pero él, Luis, su marido, empezó a acercarse a ella.

«Me va a pedir perdón», pensó. «Y la semana que viene estaremos de viaje en el norte de Europa. Tendré que convencerle de que monte algo, alguna empresa, para que no esté todo el día en casa y deje de darme por…».

Sus pensamientos se interrumpieron.

Él se había acercado y le estaba pasando las manos alrededor del cuello.

—Qué…

Sus manos calientes y sudorosas. Sus gordos dedos de fracasado, sobre su cuello, que aún podía oler a él. A su amante.

—Qué coño haces —protestó—. ¡QUITA!

Pero Luis no se quitó. No cambió el gesto.

Apretó con fuerza y luego redobló sus esfuerzos porque, la verdad, le gustó ver la expresión de ella. Expresión de sorpresa. De desconcierto. De estar perdiendo el control.

Ella siempre tenía el control.

A ver cómo hostias iba a tener el control con la garganta aplastada.

—Lu… Lu… —balbuceó ella, con los ojos redondos y sorprendidos, mientras sus pies resbalaban y caía al suelo. Él se las compuso para sostenerla. Era un imbécil, sí, pero un imbécil bastante fuerte.

Dios, cómo dolía.

Cómo… costaba respirar.

—Ahora podré verte cuando yo quiera —decía Luis mientras apretaba, impasible, los cabellos pegados sobre la frente húmeda de sudor—. Cuando yo quiera. No cuando tú quieras. Y solo podré verte yo…

«Solo él», pensó Claudia, estupefacta, mientras se desvanecía.

Cuando murió, su entrepierna todavía latía por la fricción. La fricción de la vida.

Capítulo 16

Los Doce Sacerdotes Negros

El Hombre sin Nombre continuó interpretando su papel con una tenacidad encomiable, y en el plazo de unos meses, llegó a entablar una creciente amistad con Kwame, por lo que él sabía, el líder de la Orden Rosanegra. En ese tiempo, se vieron bastantes veces, y hablaron, sobre todo, del producto. En concreto, de cómo conseguir información sobre sus efectos entre los usuarios.

Como un hombre sin nombre tenía sus propias preguntas e intereses, pero como Jules Vikersen, debía recordar sus intereses prioritarios: ganar dinero. Para eso, al fin y al cabo, era todo aquel asunto de producir y vender un estupefaciente, presumiblemente. Y aunque Kwame pareciera un flipado de los temas esotéricos y de la patraña insoportable e insostenible del Más Allá, no podía arriesgar a hacer preguntas que pudieran parecer sospechosas. Aunque tuviera todas las cartas ganadoras en la mano.

Montaron hasta tres clínicas especializadas en desintoxicación, para las cuales contrataron médicos expertos en drogodependencia, psicólogos y un equipo administrativo que se ocupaba de todas las gestiones propias del Gobierno y dirección de un negocio tan genuino y legal como cualquier otro. A todo aquel personal se les pagaba bastante más que en cualquier otro trabajo de esas características, así se aseguraban de que no tendrían que tratar con aburridos temas de Recursos Humanos que, por otro lado, solo retardarían el auténtico propósito de aquellas tapaderas: recabar información específica y muy clara sobre el producto.

Jules se ocupó de todo con rapidez y diligencia casi obsesivas. Al fin y al cabo, cuanto antes terminara con aquel tema, antes podría conseguir nuevos propósitos dentro de la Orden. Diseñó un

protocolo de retroalimentación basado en observaciones y test que los médicos usaban como procesos de trabajo. Amaban sus asignaciones hinchadas y generosas, y se les había instruido en la mentira de que aquellas preguntas y aquellos test servían para que el equipo de datos elaborara estudios cada vez más completos, lo que terminaría curando pacientes con más eficiencia.

Mientras montaba y organizaba las clínicas, sin embargo, Jules recordaba, a veces, la leyenda del Jarumi Babba. Le divertía pensar que toda aquella historia sobre espíritus e investigaciones esotéricas inexplicables y súper elevadas habían servido para que hiciera trabajos de oficina tan mundanos como contratar equipos médicos y mobiliario a diferentes proveedores, resolver asuntos de permisos con el Ayuntamiento y otras instituciones, plantear modelos de contratación y organizar todos los departamentos y su jerarquía de trabajo.

Un día cualquiera, sin embargo, en el transcurso de una reunión informal en el jardín principal de La Villa, Jules se atrevió a preguntar por los datos recabados con la esperanza de que Kwame soltara un poco la lengua.

—Kwame —dijo con aire distraído—, ha pasado un tiempo desde que las clínicas están funcionando, ¿cómo van los datos recabados? ¿Están siendo útiles?

Kwame asintió. Ya nunca había vuelto a llevar el ghutra en la cabeza, sino que siempre lucía la melena negra suelta y esparcida sobre los hombros.

—Sí —dijo—. Nos están sirviendo bien. Aún necesitamos recoger más datos, pero nos están dando información que necesitamos.

Jules mostró una pequeña señal de satisfacción, una sutil sonrisa curvada en sus labios.

—¡Excelente! —dijo—. ¿Significa eso que habrá una nueva versión del producto pronto? ¿Una mejor?

—Es… posible —respondió Kwame ceñudo y en un tono de voz bajo. Luego, añadió—: Eso espero.

—¿Por qué? —preguntó Jules—. ¿Ocurre algo?

—Nada… —fue la respuesta.

Jules inclinó la cabeza, con una sonrisa inquisitiva.

—Vamos, Kwame —dijo despacio—, nos conocemos ya un poco

demasiado como para… intuir… que hay algún problema.

Kwame le miró con una expresión difícil de interpretar.

—Tu intuición te sirve bien —dijo, al fin—, pero no me sorprende; la intuición y la inteligencia están profundamente conectadas.

—¿Entonces? —preguntó Jules.

—Son… problemas de producción, Jarumi Babba —insistió Kwame—. Problemas de. tecnología de diseño del producto. Tenemos a algunos de los científicos más cualificados del mundo, expertos en química farmacéutica, formulación, biólogos moleculares, bioquímicos, varios toxicólogos, ingenieros biomédicos…, y todos están trabajando para fabricar nuestro producto. Pero… naturalmente… cuanto más avanzan, más trabajo cuesta dar el siguiente paso. Imagino que cuando se llega a un punto de excelencia, rizar el rizo es cada día un reto más complicado.

Jules asintió, pensativo.

—Oh, entonces… No es importante —declaró—. Nuestro producto ya es bastante bueno. Es un éxito absoluto y cada vez llega a más gente. Es como volver a finales de los ochenta, principios de los noventa, con la epidemia de la heroína.

Kwame sacudió la cabeza.

—No… —susurró—, no es… todavía… lo bastante bueno.

—¿Puedo preguntar a dónde quieres llegar? Quiero decir, el coste de producción es ahora apenas un dos por ciento del coste de venta, más del cincuenta por ciento de los compradores repiten semanal, o incluso diariamente, es indetectable en controles estándar, y la demanda sigue creciendo de una manera imparable. Además, su efecto único es su marca distintiva. Todo el mundo quiere probar nuestro producto, incluso gente que nunca se habría sentido inclinada a probar productos como el nuestro, la prueban. La prueban y repiten. Entonces… ¿qué falta?

Kwame asintió.

—El producto va bien, Jarumi Babba —dijo—. Es prometedor, desde luego, pero… aún no es lo que yo visualicé hace tiempo. Aún no.

Miraba las copas de los árboles instalados a cierta distancia que se mecían con suavidad bajo el influjo de una brisa apenas

imperceptible desde donde estaban.

—¿Qué aspiraciones hay? —preguntó Jules, entonces—. Quiero decir, me ayudaría saber a dónde queremos llegar con el producto. Me ayudaría a entender la línea general. Anticiparme a lo que tenga que venir.

Kwame soltó una pequeña risa. Sus dientes contrastaban con intensidad con su piel oscura.

—Aún no estamos listos para esa conversación, Jarumi Babba. El futuro de nuestro producto tiene mucho que ver contigo, pero… no es todavía el momento.

El Hombre sin Nombre se estremeció de repente.

Bingo.

Tuvo la misma sensación que hacía unos meses, cuando vio a Kwame por primera vez. De repente, un ramalazo de profunda certeza se instauró en su interior, coronó su nuca y le transmitió una ráfaga de sensaciones casi eléctricas. Sentía que… estaba cerca. Muy cerca, de hecho. Como aquella vez. Si conseguía jugar bien sus cartas y retorcer adecuadamente las palabras, pensaba que… tal vez… podría enfocar la conversación por los cauces que necesitaba.

Los cauces que llevaban a… la fórmula.

La fórmula del Aetheris.

—Entiendo… —exclamó Jules con prudencia. Pareció recapacitar unos momentos antes de continuar—. Sobre eso, he estado pensando, Kwame.

Kwame no contestó.

—Cuando nos conocimos —exclamó—, me contaste la leyenda del Jarumi Babba. Parecías… muy satisfecho con tu hallazgo. O sea, yo. Pero en todo este tiempo, no has explotado las habilidades de combate que tanto celebraste. No me has encargado absolutamente nada relacionado. He estado haciendo tareas de las que podrían haberse ocupado cualquier profesional. Una agencia cualquiera de gestión y desarrollo.

—No tan rápido —puntualizó Kwame.

—De acuerdo —concedió Jules con una sonrisa—, no tan rápido. Pero, aun así, dado que has dicho que el futuro del producto está muy relacionado conmigo, con tu… Jarumi Babba, me hace pensar.

—¿Qué te hace pensar?

—El protagonista de la leyenda —aventuró— extraía sus poderes

del mundo de los espíritus. Nuestro producto es buscado porque tiene ese efecto tan particular. Hace que la gente vea fantasmas. Dime, ¿hay alguna relación entre estas cosas?

Kwame sonreía enigmáticamente. En ocasiones como aquella, su mirada volvía a tener una profundidad considerable, casi abisal. En ocasiones como aquella, Jules recuperaba un poco del respeto que había perdido por su adversario.

—¿Crees que nuestro producto te pone en contacto con el mundo de los espíritus? —preguntó Kwame, despacio.

Jules sonrió.

Parecía una pregunta a la que tener respeto. Una especie de pregunta trampa. Una pregunta que inducía a formular una respuesta que podría conducirle en la buena pista, o alejarla de ella. Pero Jules tenía experiencia. Quizás porque él mismo era el menos humano de los humanos, incapaz de tener o experimentar multitud de sentimientos habituales entre las personas de a pie, leía los rostros de las personas como libros abiertos. Y conocía la respuesta.

Sí. Kwame creía firmemente en el mundo de los espíritus.

Creía tanto en aquellas patrañas chabacanas como en el hecho empírico de que el Sol salía por el Este.

Carraspeó brevemente. En ese momento, era un director organizando su pequeño teatrillo de las mentiras. El productor de la Falacia Más Grande del Mundo.

Un mentiroso.

—Ese tema… —dijo al fin— tiene una respuesta complicada. No hay ninguna evidencia de que ese mundo exista, ¿cierto? Es como… un acto de fe. Sin embargo, no se puede negar que nuestros clientes hablan de unas experiencias muy concretas que se parecen unas a otras como gotas de agua. Esa coincidencia va más allá de la pura estadística, así que… o bien nuestro producto provoca alusiones muy concretas y exactas, espejos unas de otras, cosa improbable y hasta diría que imposible, o bien…

—¿O bien? —quiso saber Kwame.

Jules se encogió de hombros.

—O bien el mundo espiritual de tu Jarumi Babba existe y, entonces, quizás aquel personaje de la leyenda pudo haber llegado a existir también. Aunque sea en parte. Todas las leyendas sobreviven a la tradición escrita y oral porque tienen una base de verdad.

—Cierto —dijo Kwame.

Jules inclinó la cabeza con suavidad.

—Es… ¿Es el Aetheris una llave para el mundo de los espíritus? —preguntó.

Kwame seguía sonriendo.

—¿Qué sientes tú? —preguntó.

—Bueno —dijo—, no he pensado demasiado en este asunto. Es decir… He hecho negocios con casi todos los productos en el pasado, desde los más habituales y conocidos a otros más modernos e innovadores, pero jamás he probado ninguno de esos productos. No los tomo. Así que, sin saber con exactitud lo que se ve cuando se toma el Aetheris, ¿cómo saberlo?

—Qué… sientes… tú —repitió Kwame, arrastrando mucho las palabras—. Es una pregunta sencilla. Solo di qué sientes de verdad. Cuando cierras los ojos, en ese instante íntimo entre la vigilia y el sueño, cuando estás ocupado en soledad, comiendo, por ejemplo… ¿cuál es la respuesta que tu mente ya ha construido y que no te atreves a verbalizar? Jarumi Babba —repitió con cierta solemnidad —, qué… sientes…

Jules inspiró profundamente antes de responder.

—Qué siento… —dijo—. Qué siento.

Pensó durante unos instantes.

—Pienso —susurró— que… todo eso… existe.

Mentía, por supuesto.

O, mejor dicho, el Hombre sin Nombre mentía.

Tal vez, Jules Vikernes, no. A Jules Vikernes le tocaba creer, sin resquicios, para acercarse a Kwame, para ser parte de su credo, para…

Ingresar definitiva y positivamente en la Orden.

Así que su personaje mintió, y en los cajones mentales del compartimento que tenía para todo lo que fuera Jules, creyó en los fantasmas.

En el mundo espiritual.

Quizás por eso, sin saberlo, el Hombre sin Nombre salvó el momento. Porque Kwame Okoro Adeyemi miró en sus ojos y vio verdad en ellos. Vio creencia sincera y honesta, y el truco…

El truco se puso en marcha.

—Bien… —dijo—, mejor que bien, Jarumi Babba… es… es

maravilloso.

Jules no respondió.

Kwame se agachó brevemente, con cierta gracilidad, y recogió una pequeña, trivial e insignificante florecilla temprana del suelo. Una sencilla margarita común que había crecido salvaje y espontánea entre las malas hierbas del jardín.

—Vi la incertidumbre en tus ojos, Jarumi Babba —exclamó Kwame—, desde el principio. Vi incredulidad. Hasta hastío.

Jules intentó mantenerse impertérrito, pero Kwame tenía razón. El Hombre sin Nombre fracasó en su primera reunión: no consiguió ocultar del todo lo que pensaba realmente en su interior. Había sido… un descuido.

Pero no insalvable.

—Pero ahora, he visto otra cosa —siguió diciendo Kwame—. O mejor dicho… ahora sé otra cosa. Lo sé por motivos y lo sé a ciencia cierta. Ahora, por fin, crees.

—Sí —mintió el Hombre sin Nombre.

—El Aetheris —susurró Kwame— es una herramienta. Nuestra Orden es antigua, Jarumi Babba. Muy, muy antigua. Muchos hombres y muchas mujeres antes que nosotros trabajaron muy duro para conseguir la prosperidad que ya has observado a nuestro alrededor. La Orden ya dispone de recursos suficientes para proporcionarnos a sus trece integrantes una vida prolongada, fácil, cómoda, llena de pequeños y grandes lujos, un océano inabarcable de amplias satisfacciones terrenales; todo lo que este mundo puede ofrecer, podemos tenerlo.

El Hombre sin Nombre tomó buena nota mental de ese pequeño dato, pequeño, pero revelador. Muy revelador.

Trece integrantes. Quizás la cifra ya lo incluía a él; intuía que sí, pero no podía saberlo todavía. Así que, quizás, habían sido doce integrantes. «Como los apóstoles», pensó, divertido.

Los números tenían su gracia, sí. El trece, por supuesto, también era un número muy particular, en realidad, y Jules pudo pensar en algunos ejemplos dispares que brotaron a su mente consciente como pequeños flases de fotos: los trece atributos de misericordia de Dios, por ejemplo; los trece círculos que conformaban el Cubo de Metatrón en las enseñanzas cabalísticas, entre un buen número de otros datos. El trece también era el número considerado como

siniestro y malvado en la antigua civilización persa: un día en el que el poder del mal podía causar dificultades a la gente hasta el punto de que los ciudadanos abandonaban las áreas rurales para acampar en el campo. Esa creencia se traduciría luego como la «mala suerte» en otras culturas. O como el día trece del año mil trescientos (que empezaba por trece), en el que la Orden de los Templarios fue traicionada y perseguida por el rey Felipe IV de Francia y el Papa Clemente V. Aquella traición marcó una serie de ejecuciones y torturas escalofriantes que ataría el número a creencias relacionadas con desgracias y conspiraciones ocultas para siempre.

Trece sonaba a…

Círculo completo.

Todas las sillas de la Orden completas.

—Todo eso es muy tentador —seguía diciendo Kwame, mientras el Hombre sin Nombre distraía su mente con aquella caterva de pensamientos en segundo plano—, pero la contemplación masturbatoria y hedonista de la vida nunca ha sido el propósito de la Orden. Nuestro propósito, Jarumi Babba, siempre ha sido conectar con lo que Amari, nuestro héroe de la leyenda que te conté cuando nos conocimos, llamaba el mundo de los espíritus. La Orden de la Rosanegra siempre ha creído que el auténtico poder, la verdadera capacidad, la posibilidad de que el hombre terrenal hecho de débil carne y burda, pero funcional, materia orgánica trascienda a niveles insospechados, está en otros planos. Otras existencias. Lo que algunos han llamado Más Allá.

—Eso es… fascinante —mintió Jules.

Kwame asintió, complacido.

—Y el Aetheris… permite hacer eso…

Kwame sacudió ligeramente la cabeza.

—Es el propósito —susurró—. Por eso te he dicho que la intención de la Orden no es enriquecerse con la producción y distribución del Aetheris. Lo que la Orden busca es seguir los pasos de Amari. Y el Aetheris es la herramienta que nos permitirá… conseguir eso.

Jules asintió con gravedad, mientras en el patio de butacas de su mente, el Hombre sin Nombre soltaba una sonora carcajada.

—Eso explica muchas cosas —musitó Jules—. Pero toda esta

certeza evidente, sin fisuras, no puede venir de la simple creencia por la creencia, como todas las religiones de este mundo. No es posible que tanto esfuerzo, inversión y dedicación vengan de la simple posibilidad de que algo… exista, por muy fascinante, creíble o plausible que resulte la leyenda…

Kwame volvió a sentirse complacido.

Jules estudiaba sus reacciones en todo momento. Era como observar cómo crece y evoluciona la masa de un bizcocho en el interior de un horno. El tono, su temperatura, la altura a la que sube la levadura, el olor. Era una receta delicada. Si se quemaba demasiado, el bizcocho se arruinaría. Si la temperatura no llegaba de manera uniforme, suave, constante, tenaz…, el bizcocho se perdería. Era una delicada operación a pecho abierto. Cada paso debía ser meticuloso, exacto. Un descuido y el paciente entraría en un coma profundo del que nadie jamás podría traerlo de vuelta. Era el trabajo de un arqueólogo extrayendo una valiosísima reliquia de la arena; intentaba dejar al descubierto su valor y su belleza con un diminuto cepillo para evitar dañarlo. Perderlo. Destruirlo.

—Sí —respondió Kwame—. Señalas lo evidente. Es obvio que contamos con evidencias históricas, reales y palpables que demuestran que la leyenda tuvo una base real y exacta.

Jules dejó escapar una exclamación de admiración.

—Durante cientos de años —siguió diciendo Kwame—, nuestra Orden ha trabajado investigando todas esas evidencias históricas, buscando de manera infatigable cada pequeño resquicio de la historia. Fue una persona sensible, con capacidades, la que escuchó la leyenda por primera vez y percibió que era verdad. Lo supo tan a ciencia cierta que dedicó su vida a investigarla, a separar las partes que eran reales de las que no. Lo supo con tanta seguridad que su hijo continuó su trabajo después de él, y el hijo de este, y después de él, los varios hijos del último, hasta nuestros días. No ha sido hasta los últimos cincuenta años que hemos visto un avance significativo en nuestro trabajo, gracias al nacimiento y auge de la informática, a que el mundo es cada vez más pequeño, y naturalmente, al desarrollo casi coincidente de la… IA.

—Sí, por supuesto —dijo Jules—. Entonces, ¿el Aetheris no está listo del todo?

—No está listo, Jarumi Babba. No todavía. Por eso te he dicho:

Espera. Por eso te he pedido paciencia. El Aetheris es tu futuro. Como Jarumi Babba, te permitirá abrir el camino hacia niveles de experimentación, crecimiento y capacidades sobrenaturales.

Jules abrió los ojos de manera casi imperceptible.

Si alguna vez había visto el hueco de una puerta para meter el pie, era ese.

—Pero la fórmula no es perfecta todavía —exclamó—. ¿Qué falla en la fórmula?

Kwame sacudió la cabeza.

—¿Fórmula? ¿La formulación química del Aetheris? Ya no se trata más de la fórmula, Jarumi Babba. Nuestros científicos han llegado hasta donde han podido y han hecho un buen trabajo haciéndolo, sin duda. Han explotado el mundo de la química y las leyes físicas para preparar el camino hasta donde ha sido posible, pero han acabado con su trabajo. Ya han construido la pista de despegue en su totalidad y han designado todas las marcas requisito: el centro, las cabeceras. Han instalado las calles de rodaje, las marcas de umbral, el punto de toma de contacto, las luces de borde y fin de pista, el sistema de aproximación… todo, absolutamente todo lo que se puede construir se ha construido ya.

—¿Y cuál es el problema, entonces? —quiso saber Jules—. No consigo entenderlo… Si los químicos y científicos han terminado el trabajo…

—La fórmula del Aetheris es solo una pequeña parte del trabajo, Jarumi Babba —dijo—. Te explicaré algo. Empezamos a trabajar en la composición y el diseño de su formulación química hará un par de años, solamente, y ahora considera que la Orden existe desde mil seiscientos. Creo que, de hecho, fue un desarrollo relacionado con el descubrimiento de la proteasoma, un mecanismo celular clave, el que nos dio la idea de intentar este acercamiento. Eso ha ocurrido en los últimos cincuenta años solamente.

—De acuerdo —concedió Jules—, pero sigo sin entender qué falla.

Kwame suspiró.

—El Aetheris tiene un tratamiento especial, Jarumi Babba —dijo —. Uno que no tiene nada que ver con este mundo ni sus leyes. Yo no soy más que uno de los Doce Sacerdotes Negros con los que cuenta la Orden para insuflar al Aetheris sus capacidades especiales.

Es un… ritual complicado que tiene mucho que ver con las enseñanzas de la madre de Amari y lo que descubrieron juntos. Y esa… es la parte que aún no está desarrollada del todo.

Jules o, mejor dicho, el Hombre sin Nombre pestañeó varias veces.

Doce Sacerdotes Negros.

Por un momento, había pensado que Kwame enderezaba su discurso por razonamientos más cabales. Científicos. Modernos. Pero el concepto de doce sacerdotes negros había hecho que regresara el desdén por aquella conversación.

—Hacéis una especie de ritual ancestral sobre el Aetheris.

—Algo así —confirmó Kwame con suspicacia; había detectado el cambio inevitable en el rostro de Jules—. Dicho con pocas palabras.

—Basado en las investigaciones de la sacerdotisa, la madre de Amaris, hace cientos y cientos y cientos… de años.

—Sí —respondió Kwame.

—Pero eso no tiene que ver con la fórmula que se produce en un laboratorio…

Kwame sacudió la cabeza. Estaba percibiendo que había perdido a Jules de alguna manera y quería recuperar su confianza.

Hurgó en la túnica que llevaba y sacó un pequeño objeto negro. Al tirar de uno de los extremos, Jules descubrió algo familiar y reconocible: era una memoria USB convencional.

—¿La formulación? —preguntó Kwame—. Lo consideras un secreto celosamente guardado, como la fórmula de la Coca-Cola. Bueno, lo es. ¡Hasta cierto punto! Mira…, la llevo siempre conmigo, en esta… sencilla memoria. Ni siquiera está encriptada. Llevarla siempre conmigo como un ridículo y pequeño archivo de texto me recuerda que el Aetheris no es la descripción detallada de sus componentes, ni la precisión en las proporciones, ni el proceso de fabricación exacto que puede influir e influye en sus efectos exactos. Aetheris es la posproducción. Es un proceso que los doce sacerdotes llevamos a cabo sobre el producto lo que revela otros planos a los ojos humanos, y es un proceso…

—¿Mágico? —graznó Jules, que empezaba a perder la compostura. O, mejor dicho, que empezaba a morir. Jules estaba desapareciendo rápidamente, expulsado del control de su cuerpo por la simple revelación de que doce idiotas de color, o tal vez doce

idiotas vestidos de negro, simplemente, realizaban rituales de tipo esotéricos sobre el líquido fundamental que constituía el Aetheris.

—¿Magia? —protestó Kwame—. No, no lo entiendes. No es magia, Jules. La magia es el refugio de quienes carecen de las herramientas que desentrañan lo que la ciencia explica con precisión. Es ilusión, un tipo de ilusión infantil adornada por la ignorancia.

Al Hombre sin Nombre no se le escapó que le había llamado Jules, en lugar de Jarumi Babba.

Estaba perdiendo al personaje.

Echando a perder todo el trabajo.

Pero a esas alturas, no le importaba.

Tenía la composición ahí mismo, al alcance de su mano, en aquel jardín frontal que revestía la imponente presencia de la residencia de su objetivo, Kwame Okoro Adeyemi. Kwame, el impostor. Kwame, el crédulo. El hombre que, al parecer, se había servido de un talentoso equipo de científicos para crear un producto innovador y portentosamente rentable, y estaba despilfarrando la fortuna procurada por todos sus antecesores para hacer… una suerte de ritual arcano, absurdo, estéril e inútil, basado en supercherías y patrañas junto a otros once gilipollas vestidos con túnicas espectacularmente ornadas y caras.

Soltó un bufido.

La expresión de Kwame era de consternación.

Casi parecía que se había dado cuenta de todo.

Casi.

Pero justo cuando iba a decir algo, Jules proyectó su brazo hacia Kwame con un movimiento tan rápido que el sacerdote negro no llegó a ser realmente consciente de lo que acababa de pasar. El puño del Hombre sin Nombre impactó en la garganta de Kwame y se retiró casi a la misma velocidad. Jules permaneció sentado a su lado, concentrado en la verde hierba del suelo, el rostro hierático, como si estuviera sumido en sus propios pensamientos y ajeno a cuanto ocurría.

Kwame se llevó las manos repentinamente temblorosas al cuello. El dolor era supino, exacerbado, exquisito. La tráquea, la laringe y el cartílago habían quedado aplastados, así que fue incapaz de respirar. Luego, lanzó al aire una aparatosa nube de sangre: la

arteria carótida estaba seriamente dañada, así que el flujo sanguíneo que regaba el cerebro se detuvo, y Kwame empezó a ver cómo la visión se teñía de un blanco puro, casi virginal.

Atacado por un súbito ramalazo de pánico, Kwame se incorporó lenta y torpemente, produciendo un sonido parecido al de un pequeño cerdo de granja. Por fin, con el nervio vago gravemente afectado, su sistema cardiovascular colapsó repentinamente. Cayó al suelo cuan largo era entre toses y esputos de sangre.

El Hombre sin Nombre no supo decir si moriría de asfixia o de un infarto, pero cuando Kwame dejó de estremecerse y se quedó inmóvil entre la hierba fresca y verde, se incorporó con lentitud y se ajustó los pliegues del pantalón.

El cadáver de Kwame le estaba mirando con los ojos muy abiertos. Inclinó la cabeza con suavidad para verlo bien y decidió que podían ser de genuina sorpresa, o de dolor, y hasta se preguntó si en aquel momento era capaz todavía de ver algo, pero…

Giró la cabeza en el otro sentido, al otro lado.

Podía ser cualquiera de aquellas dos cosas, sí, pero a la vez, algo en aquellos ojos le hizo sentirse algo inquieto. Extraño.

La mirada parecía decir: traidor. Lo que era lógico. Pero había visto ese tipo de mirada muchas otras veces y podía identificarla demasiado bien.

La de Kwame era… algo diferente.

Distinta.

Contenía una especie de…

Conocimiento.

Como si supiera que le iba a asesinar.

Como si lo hubiera esperado.

Encerraba una suerte de satisfacción extraña y antinatural.

Después de unos instantes, sacudió la cabeza.

—Gilipollas —soltó mientras se agachaba para recoger la memoria USB que había caído y yacía entre la hierba.

A la mierda, esa era la verdad. Se había cansado de ser Jules, de jugar a seguirle el juego sobre rituales, leyendas, fantasmas. No lo soportaba ni un minuto más. Al fin y al cabo, tenía la composición y Kwame estaba muerto, y esos eran sus objetivos. Fin de la historia.

Miró la memoria USB con una expresión difícil de leer y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se dijo brevemente que cabía

la posibilidad de que la memoria no tuviera la información que Kwame había dicho que tenía, que un buen profesional se hubiera asegurado primero antes de eliminar al objetivo, pero… tampoco le preocupaba. Si ese era el caso, encontraría la manera de localizar sus laboratorios de producción, y después, interrogaría a sus máximos responsables. Interrogar era un eufemismo de producir cortes, quemaduras, raspaduras o cuanto hiciera falta para obtener la información que precisaba.

Pensó que quizás debería haber tomado ese camino hacía mucho. Hubiese podido, claro, pero…

Pero le gustaba hacer las cosas de una manera elegante, directa, cara a cara.

Como si se midiera con su enemigo.

Un trabajo eficiente.

Serio.

Y los fantasmas… no tenían nada de serio.

Solo quedaba acabar con Jules Vikernes. Darle un final, hacerlo desaparecer. Lo que llamaba «hacer la limpieza de fin de temporada y cerrar el trabajo».

Ni siquiera pensaba en la remuneración; a esas alturas, esos detalles le importaban un soberano bledo. Pensaba en cambiar de ambiente. Hacer otro tipo de personaje. Un objetivo más digno; uno con los pies en el suelo.

Abandonó la villa por la puerta principal, como había hecho ya tantas veces, sin olvidar interpretar a su personaje, Jules. Por si había cámaras ocultas. Saludó a los centinelas a la salida con movimientos exagerados, demasiado sonriente. Eso siempre ayudaba a levantar sorpresas cuando descubrieran el cadáver del jefe con un moratón en el cuello que le llegaría hasta las orejas. Aunque por dentro estaba contento de haber acabado el encargo, fingió componer cierta expresión de nerviosismo y hasta sutil culpabilidad para completar el espectáculo.

«La última interpretación», pensó con alivio. Imaginó un telón de grandes cortinas rojas borgoña con todo el patio de butacas levantándose y aplaudiendo.

Gracias. Gracias. Y gracias.

UN AÑO DESPUÉS

Capítulo 17

Un desafortunado contratiempo

Ni Rebeca Laza ni Martina ni nadie en todo el cuerpo de la Policía de Madrid se habían enterado de la muerte de Kwame Okoro Adeyemi ocurrida hacía un año. Era principios de febrero otra vez, y el frío y la nieve se habían apoderado de una Madrid donde prosperaba un creciente mal.

Madrid estaba cubierta de una pátina melancólica y mágica. Los copos cubrían las calles empedradas del centro, formando una capa blanca sobre los tejados. Las luces cálidas de las farolas se reflejaban en el pavimento helado, mientras el sonido de pasos apresurados de los madrileños se mezclaba con el crujido de la nieve bajo sus pies. El Retiro se había transformado en un paisaje bucólico, como el de una postal navideña. Sus árboles desnudos, decorados por la escarcha, y el lago, parcialmente congelado, pasaban mucho tiempo en soledad. En las calles, las bufandas y los abrigos escondían todos los rostros, y el aliento de los transeúntes se volvía visible en el aire frío. Ese contraste de la vida bulliciosa en los cafés con el silencio nevado de los rincones menos transitados daba a la ciudad un toque único, casi mágico, que ocultaba a duras penas la terrible realidad a la que se enfrentaba la ciudad: a pesar de la muerte de Kwame, el Aetheris había explotado en cuanto a alcance y número de usuarios.

Antes de la llegada de la telefonía móvil e Internet, uno podía señalar a los tarados y los perturbados mentales con verdadera facilidad, porque iban por la calle haciendo aspavientos y hablando solos, ensimismados en la realidad ficticia que sus mentes con problemas conjuraban. Uno veía a esos tipos o a aquellas mujeres y podía decir con seguridad: ahí va alguien ido de la cabeza. Un

verdadero sonado. Una zumbada de campeonato. Pero los pinganillos sin cables y los móviles cambiaron eso. La gente hablaba por la calle todo el tiempo, concentrados en sus conversaciones incluso grupales, celebrando reuniones de trabajo o manteniendo charlas con amigos o familiares. Los chalados estaban otra vez a salvo y podían quedar en el anonimato. El Aetheris volvió a revertir eso. Demasiada gente iba por la calle con los ojos redondos en el rostro deslumbrado, susurrando, escuchando, manteniendo diálogos con un sudor frío en la frente, viendo cosas que nadie que no hubiera tomado Aetheris podía ver.

Aunque el problema seguía teniendo su corazón en Madrid, había numerosas provincias afectadas. El Ministerio de Sanidad había declarado Crisis Sanitaria nacional hacía ya unos meses, y diversas comunidades autónomas activaron planes de emergencia específicos. Recientemente, el problema seguía creciendo exponencialmente y requirieron la intervención del Consejo Interterritorial del Sistema Nacional de Salud, que entró a coordinar acciones entre las autonomías y el Ministerio.

Se aumentó la capacidad asistencial en los hospitales, centros de salud y unidades de tratamiento de adicciones, y las operaciones contra el tráfico y la distribución de la droga se intensificaron en la Guardia Civil y la Policía Nacional. El Ministerio de Educación y otros organismos locales impulsaron campañas masivas en colegios y medios de comunicación para concienciar a la población, pero el poder de las redes parecía destruir todos aquellos esfuerzos. Las campañas hablaban de alucinaciones y del poder de la droga para hacer creer a la gente que estaba en conexión con seres espectrales, con carteles que decían: ¿TODAVÍA CREES EN FANTASMAS?, pero las redes, ansiosas de clics y de visitas, apuntaban en otra dirección. ALUCINA CON ESTA RAYADA, decían las cabeceras de los videos. ¡ESTA MOVIDA TE MANDA AL OTRO LADO! Otros proclamaban LO QUE HE APRENDIDO DEL OTRO LADO, o HABLANDO CON FANTASMAS, e incluso, CÓMO APRENDÍ A GANAR PASTA GANSA CON INFO DEL MÁS ALLÁ. Cuentas de *influencers* muy populares proclamaban POR QUÉ EL GOBIERNO NO QUIERE QUE TOMES LUMINIS: TE VUELVE MÁS LISTO. Y otros, más preocupantes: ¡DEMOSTRAMOS QUE ES REAL! SI LOS FANTASMAS SON ALUCINACIONES, ¿POR QUÉ CINCO PERSONAS TOMANDO

MORTISCONNECT EN LA MISMA HABITACIÓN VEN Y ESCUCHAN LO MISMO?

Y eso era la punta de lanza de otra serie de guías y publicaciones que llenaban las páginas de Internet. TU PRIMERA EXPERIENCIA CON ELLOS. Otra decía: DIEZ COSAS QUE NUNCA DEBES HACER CUANDO LOS VEAS. Y aún otros: INTRODUCCIÓN A LA CONEXIÓN: LAS PRIMERAS DOSIS. MEJOR EXPERIENCIA GARANTIZADA.

Las revistas de pseudociencias esotéricas experimentaron un fulgurante resurgir gracias al interés generalizado. Los expertos en temas espiritistas regresaron a las redes como el quinto jinete del Apocalipsis, unos anunciando una nueva Edad del Hombre, otros, el Apocalipsis fantasmal, otros dando consejos para comprender el fenómeno, casi todos llenos de contenido basura inventado por una IA.

Las farmacias y los centros de salud habían sido instruidas para distribuir kits de emergencia que contenían, principalmente, naloxona, un compuesto que ayudaba a combatir los efectos de una sobredosis o una intoxicación masiva, y prestaban apoyo a los familiares afectados. El Plan Nacional sobre Drogas seguía actualizando la información contenida en su seguimiento epidemiológico, intentando anticiparse al impacto del Aetheris en la sociedad, pero de alguna manera, siempre iban a la zaga. Si las estimaciones decían diez, la realidad demostraba estar en cincuenta. Para cuando actualizaban a ochenta, las calles estaban gritando quinientos.

Nunca había existido un problema similar, ni siquiera en la crisis del VIH en los años ochenta y noventa, y parecía estar dejando atrás la crisis del fentanilo en Estados Unidos.

Pero la población, en general, no tenía demasiada conciencia de todas aquellas acciones. El madrileño común, el que no había consumido nunca ni tenía ninguna intención de consumir, percibía que algo no iba bien. Demasiada información a su alrededor sobre fantasmas y espectros, y una nueva realidad que no entendían y que no querían aceptar, les tenía a todos preocupados. El debate, por todos lados, era diario e interminable: ¿Era todo aquello real? ¿Existían realmente los fantasmas?

En la calle, en los trabajos, en los hogares, había incertidumbre.

Había miedo. Y no el tipo de miedo del que se habla a voces, como el producido por un atentado, una guerra o una tragedia por causas naturales. Era un miedo mucho peor. El tipo de miedo silencioso, íntimo, ese que se piensa y del que no se habla, que preocupaba a todo el mundo, sobre todo, cuando se quedaban a solas, con la luz apagada, rodeados de silencio, y se preguntaban si… si estaban solos realmente. O si verían algo allí con ellos si tomaban Aetheris. Observados. Codiciados. Quizás, odiados.

La presión mental de esa posibilidad fue demasiado para muchísima gente. Los servicios sociales de salud mental se incrementaron sustancialmente, pero no eran suficientes. Había… terror. Terror paralizante. ¿Qué significaba que uno pudiera ver a los muertos? ¿Qué pasaba realmente cuando uno moría? ¿Qué pasaba con el concepto del cielo bíblico, entonces? ¿Qué pasaba con… el providencial descanso eterno? La misericordia bondadosa de Dios. Aquella loca esperanza de mejora tras los esfuerzos y sacrificios de la vida terrenal. ¿Qué ocurría entonces cuando morías? ¿Te quedabas en este mundo, intangible, condenado a pasear por un mundo que no reaccionaba a ti, con el que no podías interactuar, tocar, saborear, oler? Era una pesadilla peor que la muerte. Era pura desesperación. Y los que no llegaban a preguntarse cuestiones tan elevadas por concentrarse más en el momento concreto, formulaban preguntas no menos inquietantes. Lo que más preocupaba a todo el mundo era: ¿Estaban en peligro?

La Iglesia Católica se sintió directamente implicada, por cuanto a que el efecto del Aetheris era entrar en contacto con seres espirituales que podían entrar en el marco de su doctrina, la existencia de un alma y la vida después de la muerte. En privado, el Vaticano instruyó a teólogos, exorcistas y científicos para que analizaran el fenómeno desde perspectivas espirituales y naturales, sin llegar a resultados conclusivos. Ni siquiera pudieron ponerse de acuerdo en el simple discernimiento espiritual de si el fenómeno tenía un origen divino, demoníaco o, quizás, natural, como un nuevo fenómeno de la naturaleza, siempre cambiante. Sin embargo, interesados en la repercusión mediática del fenómeno, siguiendo un riguroso y celoso secretismo, el Vaticano constituyó lo que se designó como el Grupo 115, con cincuenta y un miembros de la Iglesia que se prestaron para hacer experimentos controlados

consumiendo el Aetheris en un entorno de laboratorio.

Los resultados de aquel experimento nunca se hicieron públicos, y el proceso en su totalidad, llegado a un punto, fue cerrado y clausurado, clasificado como secreto sumarial. Lo que encontraron fue una especie de conclusión espeluznante de que el fenómeno, contra todo pronóstico, era tan real como podía serlo. En la cúpula del Vaticano llegó a prohibirse de forma tajante y absoluta sacar a colación el tema, pero bajo la presión mediática, la oficina del Vaticano se limitó a publicar una sencilla guía con consejos genéricos tan insustanciales como señalar la importancia de no caer en el pánico colectivo, reforzar la fe en la promesa de Cristo sobre la vida eterna, sugerir el rezo para vencer las tentaciones y estar protegidos bajo el abrazo de Dios, reafirmando que cualquier interacción con esos fenómenos debía ser abordada desde la oración y la prudencia, evitando caer en prácticas esotéricas o supersticiosas.

Los estudios y encuestas realizadas entre la gente de a pie arrojaban datos cada vez más sorprendentes, tanto, que los ministerios y organizaciones tardaban demasiado tiempo en procesar y, aún más, en arrojar soluciones, si acaso había alguna. Personas encuestadas de manera anónima hacían declaraciones como: «Empecé a tomar Aetheris para protegerme, simple y llanamente, porque… ¿quién nos está protegiendo? Quiero decir, de ellos. Nadie en absoluto. Quería saber si estaban ahí, conmigo, a mi alrededor. Dónde estaban. Que querían. Bueno, ahora ya lo sé. Que Dios nos ayude».

Porque las entidades que se manifestaban mediante el Aetheris o Luminis o Mortisconnect o Mortis Connect, según a quien preguntaras, querían algo.

Todos aquellos seres, fantasmas, demonios o lo que fueran, que se hacían visibles cuando tomabas dosis y más dosis de la droga estrella de los Rosanegra, querían una sola cosa.

El texto más difundido y estudiado entre las instituciones que analizaban el fenómeno fue el testimonio de Juan Manuel Luque Parra, de veintiséis años, que trabajaba en una empresa de eventos de Torrejón de Ardoz. Hizo una de las primeras declaraciones clave sobre la naturaleza de los efectos del Aetheris.

«Ellos quieren una sola cosa. Por eso están aquí. Quieren

alimentarse, simple y llanamente, como todos los seres vivos de este planeta. Todo lo que hacemos, lo hacemos para comer. Para seguir existiendo. Una mosca común vive solo unos pocos días, y, aun así, invierten la mayor parte de ese tiempo buscando alimento. No hace falta ser muy listo para saber de qué se alimentan esos seres. De emociones. Y no hablo de emociones particulares como las que se obtienen observando un cuadro. Si te sientes feliz escuchando un poema o una canción hermosa, les trae por culo. Hablo de emociones intensas como la ira. La desnuda, poderosa, rabiosa ira en mayúsculas. La violencia es caviar para ellos. Cuanta más, mejor. Tengo estudios de biología, entre otras cosas, y les puedo decir que la ira y la violencia liberan adrenalina y noradrenalina, dos hormonas que son liberadas como respuesta al estrés. Aumentan el flujo sanguíneo, la frecuencia cardiaca, la presión arterial. Es como se prepara el cuerpo para la lucha o la huida. Hay otro tipo de mecánicas energéticas asociadas: glucosa para generar energía inmediata en los músculos y aumentar la actividad metabólica, tensión muscular intensa, que convierte la energía química en energía mecánica, y hay más; la actividad neuronal intensa que genera impulsos eléctricos, por ejemplo, tan notables que se pueden medir con un electroencefalograma. Puedes comprar uno en línea por unos mil pepinos, por cierto. Es ese tipo de energía lo que ellos desean. Me hizo pensar en el chi de la medicina tradicional china, que dice que las emociones intensas son perturbaciones en el flujo energético del cuerpo. Y es eso exactamente. El flujo energético del cuerpo. Y quien dice ira o violencia, dice emociones y acciones similares que ponen el cuerpo en marcha con cuadros parecidos. Por ejemplo, follar. Perdón por la expresión, pero no es lo mismo que hacer el amor. No es hacer el amor. Es follar. Follar como un cabrón, con ese tipo de instinto básico animal que hace que casi te asfixies cuando estás entregado a la tarea de comerte un coño. Perdón otra vez, pero si uso palabras más corteses o educadas, no se va a entender bien. El cuerpo reacciona y toma el control, se producen movimientos energéticos espectaculares, cambia nuestras prioridades. Si estás tomando un café en una bonita cafetería en Gran Vía charlando animadamente con un amigo, con tu mejor ropa limpia y planchada por la que has pagado una pasta, el cabello saneado y oliendo a Calvin Klein y viene alguien y te dice: «Pásame

la lengua por el culo», mínimo pensarás. «¿Qué? Qué… puto asco». ¿No? Aunque sea el pibón más impresionante que hayas visto jamás, sentirás rechazo, porque tu cuerpo no está preparado en ese contexto y momento. Solo quieres pagar seis pavos por tu café y comerte la galletita plastificada que ponen en el platito. Pero amigo… Cuando estás follando, sin embargo, la cosa cambia. Nublado por las reacciones químicas del cuerpo, las explosiones de hormonas y todo lo demás, drogado por la energía emitida por un cuerpo contaminado de… calor…, de energía mecánica, de señales químicas y eléctricas, de procesos metabólicos y emocionales… ves el sagrado agujero del culo y no lo dudas. Te parece la mejor idea del mundo: le pasas la lengua y alucinas con la textura, la humedad, el calor, la banda sonora de los gemidos de placer del tipo o la tipa que te estás follando, y te sientes… elevado, coño. Te sientes conducido, transportado… Te sientes de puta madre. Ese agujero del culo te parece la hostia. ¿Sabes lo que te digo? Por eso… Por eso te cabrean. Te mienten. Te susurran. Te engañan. Como en la película *Poltergeist*, ¿vale?, cuando la médium le dice a la madre que los fantasmas le dicen a la niña lo que quiere oír, y nada más. Estos seres que vemos gracias al Luminis harán lo que sea para que hagas que tu cuerpo sufra todas esas transformaciones biológicas tan interesantes. Como follar. O como reventarle la cabeza a alguien porque le ha mirado las tetas a tu novia, o porque te ha quitado la plaza de aparcamiento. O porque sí, coño. Y no digo un golpe, matarlo y ya está. No señor. No les interesa el asesinato en sí. Ellos persiguen la experiencia completa, el estado neurótico del cuerpo y la mente, y una experiencia prolongada, además. Me refiero a seguir golpeando hasta que la cabeza se convierte en una pulpa sanguinolenta del tipo de pulpa asquerosa irreconocible que haría potar al tipo de la masacre de Texas. Y después, seguir gritando con todos los músculos de la barriga y los brazos apretados. Eso… es lo que quieren».

Esa declaración tan gráfica y soez, en algunos momentos, sirvió como base para hacer todo tipo de estudios sobre el tema. Con el tiempo, se consideró como un fundamento esencial en la comprensión del fenómeno, aunque en según qué sitios aparecía una versión sintetizada, resumida o, directamente, reformulada sin que resultara ofensiva.

En la jefatura de la Policía Nacional de Madrid, el Grupo de Homicidios no vivía tampoco sus mejores tiempos, más bien al contrario. Martina y Rebeca habían trabajado mucho y muy duro durante todo ese año para conseguir avances, pero sin mucho resultado. Ya no solo tenían cuatro asesinatos sin resolver, sino que la cifra había aumentado en treinta y seis. Treinta y seis homicidios directamente relacionados con el Aetheris, y decenas de miles de casos de violencia que, aunque no era estrictamente su competencia, estaban anexados al expediente Aetheris, en el que todas las instituciones colaboraban.

La cifra de suicidios se había disparado también, superando incluso a Galicia, que ostentó durante años el triste podio del mayor índice de casos. El problema de estos suicidios es que casi siempre había indicios de sospecha razonable, así que acababan en la mesa del Grupo de Homicidios, ralentizando el resto de las investigaciones.

Rebeca ya no estaba sola en el Grupo, por cierto, ni era la máxima responsable del caso; ahora colaboraba en un esfuerzo conjunto de otros veinte profesionales. En principio, se podría pensar que la ayuda podría ser un alivio, que más manos y cabezas pensantes podrían hacer que las cosas fluyeran mejor, pero Rebeca era una loba solitaria, y la colaboración con otros compañeros y departamentos generaba una fricción administrativa y logística que le consumía no solo gran parte del tiempo, sino casi toda la energía. Pasaba mucho tiempo marcando tareas en sus aplicaciones de gestión y optimización de tiempo, diseñando protocolos, haciendo informes, hablando, hablando y hablando sobre cosas que se habían discutido mil veces, y todo eso le hacía estar poco concentrada, agotada cuando llegaba a casa por la noche, y frustrada.

Martina, por su parte, había dado cuanto tenía por dar. Se había entrevistado con cientos de personas, había sentido cuanto había podido, y había ratificado innumerables veces lo que ya sabía: que el fenómeno de propagación de aquellas entidades era preocupantemente creciente, y que si el tren seguía avanzando a esa velocidad por la misma vía, no solo acabaría descarrilando, sino que cuando lo hiciera, lo haría en una población llena de personas inocentes y arrasaría sus casas, cercenaría sus vidas, agostaría toda tierra que fuera cultivable y provocaría un incendio que terminaría

para siempre con todo rastro de vegetación en toda la puñetera zona. Trabajaba bajo mucha presión, tenía encima la responsabilidad de encontrar una solución que detuviera los asesinatos y los casos de violencia, demencia, locura, estrés, y el innegable impacto financiero que la crisis del Aetheris estaba teniendo sobre la Comunidad de Madrid, en concreto, y en otras autonomías, de manera incipiente.

Y el contacto.

La exposición.

Había visto tantas veces a aquellas entidades frías, crueles, hambrientas, insoportablemente egoístas, a través de los ojos y la piel de las personas con las que se había entrevistado, que no había podido evitar sentirse impregnada de todo su miedo, su adicción al fenómeno, sus mentes afectas por algo que el cerebro intentaba siempre rechazar: la evidencia palpable de que había un terror elevado sobre el plano terrenal, uno incomprensible que no se podía evitar, combatir o interpretar. Y uno que, en principio, podía representar el futuro de todos ellos. Esa sensación sorda de ahogo, de asfixia manifiesta, cuando le llegaba la sensación de que los entrevistados temían convertirse en aquellos monstruos cuando les llegara la hora de la muerte, resultaba intoxicante. Más que el Aetheris. Era enfermizo, y tan insoportable como agotadora. Martina había trabajado duro toda su vida, pero ahora, más que nunca, necesitaba unas vacaciones. Las mismas vacaciones que sabía no podía coger.

Había desánimo en todo el departamento. En todas partes. No solo no habían resuelto los crímenes, sino que el crecimiento era peor que geométrico: era exponencial, desatado y abrumador. En ocasiones, Rebeca o Martina se cruzaban con Conde por los pasillos y ni siquiera se saludaban. Conde estaba más que cabreado: temía que le pidieran su puesto dados los resultados catastróficos, y las dos profesionales sentían que no estaban dando la talla.

No habían conseguido estar más cerca de la solución del problema. Los entrevistados veían a los seres, hablaban con ellos, pero no les brindaban ninguna información de dónde procedía, realmente, el Aetheris. Los compradores señalaban a un vendedor, a este a otro, y este, a su vez, a un tercero, y así, sucesivamente, hasta que llegaban a algún ingenioso sistema de venta enmascarada en el

que el comprador depositaba el dinero en alguna parte y recibía la mercancía en algún punto, sin que vieran absolutamente a nadie en el proceso. En otras ocasiones, sobre todo para cantidades importantes, se trataba de alguien que nadie podía identificar con claridad. Un tipo. No sé. Llevaba capucha. Llevaba sombrero. No se le veía la cara. Llevaba una máscara chunga, como de La Purga, o de V de Vendetta. Era alto. Era bajo. Era una mujer. Era chino o coreano o de color. Blanco como una pared encalada de un pueblo de Andalucía. No era de aquí. Era alguien diferente cada vez.

Intentaron algunos trucos, como técnicas de infiltración, fingir ser compradores del producto, y un largo etcétera de tácticas legales y algo más relajadas con los protocolos habituales, pero… nunca salieron bien. No funcionaron, ni siquiera en un pequeño porcentaje de los casos.

—No pueden ser tan listos —soltó Rebeca, cabreada y hasta furiosa cuando la última operación fracasó.

—Ellos no —exclamó Martina, que había estado haciendo seguimiento del caso por petición de Rebeca—. No, ellos no son tan listos. Pero los otros… los otros lo saben todo…

—¿Cómo? —preguntó Rebeca.

Martina agachó la cabeza, lúgubre y apesadumbrada.

Rebeca pensó que hacía tiempo que no la veía reír, como antaño.

—Usan el Aetheris —susurró—, y los otros quieren que el Aetheris siga fluyendo. Les interesa poder asomarse aquí, seguir susurrando a la gente, consumir su energía. Así que les cuentan cosas. Les cuentan lo que saben, y créeme, saben mucho.

—No me jodas —graznó Rebeca. Y luego repitió—: No me jodas.

—Parece que… en este juego, tenemos todo en nuestra contra.

Rebeca no respondió.

Agachó la cabeza y se llevó la mano a la frente, sintiendo un pequeño desmayo. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un pequeño caramelo con más azúcar que un terrón y cierto regusto a naranja.

Últimamente tomaba demasiados de esos.

Estaba harta. Estaba agotada y desesperada porque Madrid… Madrid se moría.

O mejor dicho…

Madrid era la muerte, y la muerte era Madrid.

2

Al hombre sin nombre tampoco le iba demasiado bien.

Sabía que el Aetheris no solo no había desaparecido, sino que era ahora mucho más conocido, estaba más extendido, se consumía mucho más, era más grande y mucho mejor. No sabía qué había ocurrido con los Rosanegra, ni si su cliente había conseguido producir una versión parecida gracias a su formulación, o se había hecho con toda la distribución. No sabía si el Aetheris que se encontraba en las calles era el original o la copia, pero le traía sin cuidado. Había hecho su trabajo, los dos parámetros de la misión, había informado y había recibido su dinero, y lo demás, no era su problema.

Ya había aceptado un nuevo encargo, y llevaba un tiempo ocupándose de este. Era un trabajo diferente, sin asesinatos por medio, sin objetivo que derribar, lo que representaba, sin duda, un cambio. Pero era un trabajo estimulantemente intelectual que le convino; tenía que conseguir que un importante empresario de Barcelona renovara todo el sistema informático de seguridad de su empresa y lo asignara a su empresa ficticia, FORTRESS SEGURIDAD, para permitir que su cliente pudiera entrar, obtuviese los datos que precisaba sobre unas operaciones financieras en el oriente asiático, y luego, machacar todos los sistemas informáticos de la empresa para asegurarse que sufriera un revés tan importante que se quedara tambaleando y con serios problemas durante un largo, largo período de tiempo.

Desafiante. Diferente. E informático.

No había nada menos relacionado con un fantasma que un *software* de seguridad asociado a sistemas de *hardware* avanzados como la identificación biométrica multicanal.

Ahora se llamaba Marc. Marc Soler Font. Soler era un apellido muy común en Cataluña, y Font… Lo sacó de un envase de agua que estaba consumiendo en aquel momento. Porque por qué no.

Marc le gustaba. Un emprendedor con una sobrada experiencia en el desarrollo de *software* de seguridad bancaria, con varios premios por desarrollos tecnológicos relacionados con robótica y sistemas telemáticos seguros, con una empresa propia apoyada por

la Fortune Global500. Conseguir el contrato no iba a ser una tarea sencilla, en absoluto, pero Marc… estaba en ello. Dando los pasos para impresionar socialmente al tipo que tomaba las decisiones sobre contrataciones en el ámbito de seguridad de la empresa, dejándose ver en eventos importantes del mundo empresarial catalán, coincidiendo en un torneo de golf en Marbella y todo lo demás. Era un proceso tan sencillo que casi se sentía de vacaciones, solo se trataba de tiempo.

Y, sin embargo, en los últimos meses, habían ocurrido…

Cosas.

Bueno, cosas. Sí.

La primera fue a la salida de la estación de Atocha, en Madrid. Había regresado en AVE a la ciudad para llevar a cabo tareas relacionadas con su objetivo, la asistencia a un congreso de seguridad donde tenía la intención de coincidir con unos empresarios, siempre casualmente. Sin embargo, al acercarse a la calle para cruzar por la Plaza del Emperador Carlos V, un coche salido de alguna parte aceleró con verdadera violencia produciendo un ruido ronco y grave.

El Hombre sin Nombre, ahora Marc Soler, escuchó el ruido entre el bullicio de la calle, y tuvo tiempo de mirar y descubrir el coche que progresaba a toda velocidad hacia él. No casualmente, sino directamente. Tuvo el tiempo justo de inclinarse a un lado y dar un salto prodigioso, lanzando todo su cuerpo hacia delante, encoger las piernas y rodar por el suelo. Aún rodaba fuera de peligro cuando escuchó los gritos de la gente, y el estruendo metálico que produjo el vehículo cuando se chocó con una valla temporal de obras que habían emplazado allí. La valla se combó como si estuviera hecha de papel y se retorció alrededor del coche, como si lo abrazara, y ahí se detuvo.

El insistente y agudo sonido del claxon indicaba que el conductor, probablemente, no había salido mal parado.

Marc se levantó con gracilidad mientras unas voces exaltadas se levantaban sobre el sonido del tráfico. La gente corría, unos, en una dirección, otros, en otra, como hormigas sorprendidas por la lluvia, mientras otros se arremolinaban alrededor del coche siniestrado, sus teléfonos móviles en la mano. La mayoría, sin embargo, no avisaban a Emergencias. Solo grababan en video.

—¡Oye! —dijo una voz a su lado—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo con tranquilidad, sin perder de vista el coche. Seguía inmóvil, y un humo blanco espeso como un puré salía del tubo de escape y de la periferia del motor. Marc sabía que eso podía indicar daños graves en el motor o una rotura del sistema de refrigeración. Si el refrigerante se filtraba dentro del motor, podía quemarse y echar a arder, y antes de que eso ocurriera, quería echar un vistazo porque…

Porque el coche había acelerado y había ido a por él.

A por él.

Cuando se trabajaba en algo como las actividades que él desarrollaba, esas circunstancias nunca eran casuales. Alguien había intentado atropellarlo. Y aún peor: alguien lo esperaba allí mismo. En aquel mismo lugar. A esa misma hora.

—¡Hostia, tío! —decía la voz—. ¡He visto cómo ha saltado! ¡Ha sido como el puto Spiderman, lo juro!

Marc ni siquiera devolvió la mirada. Había demasiada gente con móviles y aquello era el centro neurálgico de Madrid, así que las autoridades no tardarían en llegar. Tenía, de hecho, escasos segundos.

Se acercó al coche mientras la gente se arremolinaba, acercándose y alejándose mientras atendían sus instintos de salvar al conductor y los posibles ocupantes del coche; luego, comprendían que había riesgo de incendio y de explosión, y volvían a alejarse dando saltitos histéricos en el aire. Y volvían a empezar, en un bucle histérico ausente de razonamiento. Muchos gritaban que era peligroso, que el coche podía explotar, mientras una señora gritaba como una histérica.

Marc ignoró a todo el mundo. Olía a goma quemada, a metal caliente, a hierro doblado, a aceite, pero tenía que saber. Necesitaba saber. Y se acercó tanto como pudo hasta que consiguió ver la cara del conductor.

Tenía el rostro cruzado por un manantial negro que brotaba apresuradamente de una fea brecha en la cabeza, los ojos blancos despavoridos en manifiesto contraste con el tono borgoña de la sangre. Pero su mirada se cruzó con la suya y el rostro del hombre reaccionó. Marc sabía que la herida era de consideración. Que, con probabilidad, no sobreviviría. Los servicios de emergencia,

simplemente, no llegarían a tiempo, y el frontal del coche estaba tan hundido, de todas maneras, que, aunque no podía verlo, a buen seguro tendría las piernas destrozadas, atrapadas o perforadas por los hierros retorcidos del salpicadero.

Y, aun así, le miraba. Le miraba con una expresión muy clara. No era una expresión confusa, no era de súplica, ni de dolor o de desesperación.

Era una mirada… socarrona.

Era una mirada que decía: «Ahí estás».

Marc había visto más que suficiente. Ya había aprendido lo que quería saber, así que se dio media vuelta con rapidez y se aseguró de mezclarse con el gentío curioso y morboso que no tenía demasiado interés en la salud del conductor, sino en la posibilidad de ver un cadáver. O una explosión. Un brazo cercenado. Algún detalle grotesco.

Mientras caminaba con paso presuroso por la zona peatonal del Camino de Santa Isabel, su mente bullía con una plétora de pensamientos. Al fin y al cabo, hacía demasiado tiempo que nadie lo exponía de aquella manera. Pero la expresión de aquel hombre era inequívoca. Había querido atropellarlo. Quitarlo de en medio. Y dado que Marc no había creado historia suficiente como para tener ningún enemigo que intentara un asesinato tan burdo y zafio, en plena mañana, en el centro de Madrid, lo que había pasado solo significaba una cosa.

Que alguien le había rastreado.

No a Marc, claro. A él. Al Hombre sin Nombre.

Inconscientemente, cambió de dirección bruscamente y torció a la izquierda por la calle del Doctor Fourguet, una calle estrecha y hasta miserable para estar localizada en un enclave tan céntrico.

Caminaba mientras repasaba sus últimos pasos. Y luego, los anteriores. Y los anteriores a los anteriores, intentando descubrir un fallo en sus actuaciones, en la ejecución de sus planes. Y pensando, se remontó casi hasta los tiempos de Jules Vikernes sin que nada llamara su atención. No encontró nada. Ningún fallo. Ningún descuido en el que pudiera pensar.

No se había equivocado. Él no se equivocaba.

Pero entonces, ¿cómo?

Pensando en todo aquello, llegó hasta Embajadores, y allí se

encontró a solas entre los viejos edificios de ladrillo visto y la enorme puerta de hierro de una antigua fábrica de tabacos, así que se detuvo, de repente, como si alguien hubiera detenido su marcha pisando a fondo un pedal de freno invisible. Se dio la vuelta y miró, miró también alrededor, respiró con prudencia y sintió el pulso de la ciudad, escudriñó los coches aparcados, el sonido de los pasos distantes.

No, nadie le seguía.

¿Qué había pasado?

«Bueno, calma», dijo una antigua voz en su interior. «La posibilidad de que fuera una coincidencia aún existe».

Existía, de hecho, pero todos sus instintos, su experiencia, la voz del ser natural básico que tenía dentro y que le permitía saltar como lo había hecho, luchar como luchaba y no cometer nunca ningún error, le gritaban lo mismo, que era justo lo contrario.

«Aun así, la casualidad existe y es plausible».

Y lo era, desde luego. Era posible que incluso hubiera malinterpretado la expresión de aquel hombre. Era posible que… no lo mirara a él, no con reconocimiento, sino con la neblina del dolor atroz que debía estar despertándose en él, a medida que la adrenalina generada por su propio organismo dejaba de tener efecto, y el daño asomaba a su fea cabeza. Y a juzgar por la gravedad de las heridas, su sexagésima cabeza.

En todo caso, resolvió, lo que tocaba en aquel momento era el protocolo de prudencia. Estar alerta, atento. Si lo habían descubierto, su enemigo o sus enemigos no tardarían en volver a aparecer, en volver a intentarlo. Y no quería quitarse de en medio, desaparecer, ocultarse… Sabía demasiado sobre cómo funcionaba el mundo en el que se movía como para ser consciente del hecho de que aquello no serviría de mucho. Podía estar oculto un tiempo, quizás; mucho o poco era cuestión de jugar una partida de ajedrez con su adversario, fuese quien fuese. Pero si alguien sabía de su existencia, entonces…, ser encontrado era inevitable. Prorrogable, sí. Evitable, no.

No. Si había una o varias trampas ahí delante para él en el sinuoso camino del futuro inmediato, lo más sensato era…

Activar las trampas.

Seguiría con el plan.

Iría a las conferencias. Haría su trabajo. Pero a su alrededor, ni un ácaro podría tirarse un pedo sin que él lo notase. Y entonces, se vería.

Determinado, reanudó la marcha para ir a su hotel.

3

Marc asistió a las conferencias e hizo lo que tenía que hacer, establecer contacto con algunos nombres de su lista. Fue educado, cortés, elocuente y hasta gracioso, pero aquí no se trataba de ser el Rey del Festival del Humor, sino, más bien, saber reír las gracias de las personas que quería meterse en el bolsillo. Tampoco tenía que hablar, más bien escuchar. A la gente con capacidades financieras y cierto poder nada les gusta más que ser escuchados y aplaudidos, y no necesariamente en ese orden.

Salió de allí con las anticuadas tarjetas de presentación de esas y otras personas, sus números personales almacenados en su agenda. Una IA instalada en su móvil ya había enviado los contactos a una base de datos en línea y había iniciado unos procesos automáticos de recuperación de datos sensibles sobre ellos. Solo para saber con quién jugaba. Solo para averiguar de qué pie cojeaban.

Sin embargo, cuando regresaba al coche que había alquilado en el hotel, ocurrió…

Otra cosa.

La segunda cosa.

La sala de conferencias estaba en una zona privilegiada de Madrid, rodeada de pisos que costaban alrededor de cinco y seis millones de euros; los restaurantes tenían menciones Michelin y listas de espera de varias semanas, y los platos, escuálidos y mediocres en el mejor de los casos, costaban casi cien euros. Los coches aparcados eran todos de alta gama, incluyendo algún coche chino, como el Aurora Degasi. Y la señorita con la que se cruzó caminando por la amplia acera de la avenida caminaba como una modelo en una pasarela conducida por altos tacones negros, un elegante abrigo, el pelo recogido en un discreto moño perfectamente ejecutado, y un bolso Versace Odyssey.

Indudablemente atractiva. Manifiestamente elegante. De evidente clase alta.

A medida que se acercaban, Marc se preparó para asentir brevemente con la cabeza y componer una discreta sonrisa amable en su rostro, la versión social aceptada del clásico «buenas noches» entre desconocidos. Pero cuando la señorita pasó a su lado, dio un respingo, realizó una especie de torpe salto lateral, trastabilló momentáneamente y, dejando caer el bolso, compuso una expresión de espanto, o quizás, de sorpresa, en su rostro maquillado con cuidadoso equilibrio.

Marc se detuvo, genuinamente sorprendido.

La mujer le miró.

—No… —dijo, de repente.

—Perdón… —exclamó Marc—. ¿Cómo dice?

—No… —repitió la mujer—. ¡No, no, no!

Sus facciones se decantaban con rapidez hacia el miedo.

Marc miró con celeridad alrededor, girando a uno y otro lado. Pero con casi todos los negocios de restauración ya cerrados, estaban los dos solos en la avenida. Tan solo unas cuantas figuras caminaban juntas a cierta distancia, alejándose.

—Señorita… —dijo Marc—, ¿se encuentra usted bien?

—¡No quiero! —gritó la mujer—. ¡NO, DÉJAME!

Marc pestañeó, repentinamente confuso.

«Un… intento de fraude», pensó con prontitud. Alguien con un manifiesto estilo vistiendo que finge ser atacada sexualmente por otro alguien que también viste con una factura financiera evidente. Para chantaje, quizás. Dinero fácil, dada la zona.

Se dio la vuelta con un giro rápido y empezó a alejarse.

Pero mientras lo hacía, la mujer gritó a su espalda.

—¡Una rosa negra!

Marc se detuvo.

Tardó un momento en darse de nuevo la vuelta.

La mujer había echado a correr, los zapatos de tacón estremeciéndose bajo su peso, como si amenazaran con partirse y quebrarse.

Marc aún no se atrevía a respirar.

¿Qué había dicho?

Una rosa negra.

¿Rosa… negra?

Su mente confabuló varias ideas. Explicaciones. Otra casualidad, por supuesto, pero si un incidente ya era mucho, dos en el mismo día era como dudar de la existencia cierta, comprobable y veraz de las mismísimas leyes de la física.

Hizo un amago de adelantarse y dar alcance a aquella mujer, que trotaba con ademanes ridículos haciendo saltar su carísimo bolso Versace como si fuera un fardo inútil, una bolsa de supermercado llena de patatas. La hubiera alcanzado sin ningún esfuerzo y en la mitad de tiempo, dada su velocidad.

Quería… acribillarla a preguntas. Quería saber qué había dicho. Qué era todo aquel paripé. Quién la enviaba. Por qué.

Pero se contuvo.

No era el lugar, desde luego. Madrid estaba plagada de cámaras, y aquella zona debía contar con una ración extra o dos. En lugar de eso, caminó a gran velocidad hasta su coche, que ya no estaba lejos, y luego maniobró con gran pericia para localizar a la mujer.

La sorprendió *in extremis* subiéndose a su coche, un modelo Mercedes de gama alta, el moño prácticamente destruido, en estado de agitación extrema. Y luego, la siguió por las calles de Madrid a cierta distancia hasta que lo llevó directamente a su casa, una discreta finca en La Moraleja. La conducción fue errática y algo imprudente, lo que denunciaba el estado de nerviosismo de la mujer.

Marc sacó entonces su móvil y empezó a hacer una de las cosas que mejor sabía hacer. Averiguaciones. La matrícula y la ubicación exacta de la finca pusieron las cosas muy fáciles. En solo unos minutos averiguó su nombre, su estado civil, su profesión, cómo se llamaban sus exnovios, su capacidad financiera, sus deudas, los nombres y los apellidos de sus contactos sociales, el de sus mejores amigas y, en particular, el de su mejor amiga de toda la vida, que, por cierto, se llamaba Júpiter, por el amor de Dios, y hasta su historial de compras de los últimos tres meses. Todo fruslerías y caprichos caros, incluyendo…

Unas clases de un tal Dr. Maxwell, Asesor espiritual para gente en la cima.

Un asesor espiritual.

Entrecerró los ojos.

Rosanegra.

Permaneció allí, dentro del coche, durante tres días completos, sin abandonar su puesto para comer o beber. No tenía tiempo para esas cosas: estaba concentrado, determinado y hasta enfadado, y en ese estado era tenaz y letal como la mordida de un tiburón. Un par de veces al día arrancaba el motor, conducía el coche hasta otra plaza de aparcamiento con vistas a la casa, y seguía esperando. Hizo pis en el interior de una botella de agua que encontró en el asiento de atrás, cortesía de la empresa que le alquiló el coche, y en ese tiempo, anotó mentalmente los hábitos de la mujer, sus salidas y sus entradas, las horas en las que la luz se apagaba y se encendía.

En mitad de la noche del cuarto día, Marc accedió a la casa. Usaba un sistema de seguridad Focus que, gracias al conocimiento adquirido para su personaje, conocía a la perfección, y le bastó una sencilla aplicación que construyó con ayuda de una IA para sortearla.

Se encontró en su dormitorio, con la luz apagada, mirando su hermoso cuerpo vestido con un camisón de seda de tonos plateados, y un rancio aroma a perfume de mujer flotando en la habitación. Llevaba puestos unos guantes de color negro.

La mujer lloró y suplicó cuando él empezó a darle golpes, sujeta por el cabello. Gritó, se estremeció, pataleó, y sangró por la encía y la nariz mientras él le hacía preguntas. Si sabía quién era. Quién le había contratado. Qué era una rosa negra. Qué había sido el pequeño teatrillo estúpido de la otra noche. Por qué.

La mujer pareció recordar en algún momento del interrogatorio. Para entonces, tenía un ojo hinchado como un pomelo maduro y respiraba agitadamente, sus pequeños pechos puntiagudos subiendo y bajando con fatigada velocidad bajo el camisón plateado.

—Su… su forma… —balbuceó entre lloriqueos.

—¿Mi forma? —preguntó el Hombre sin Nombre.

—Su forma —repitió, entregándose a un llanto desconsolado. Las prístinas sábanas de la cama se mancharon con la sangre que manaba de su nariz: charcos húmedos que crecían lentamente a medida que el fluido vital humedecía y ganaba terreno a la tela.

—Qué forma.

Tiró del pelo con tanta fuerza que la mujer se estremeció de dolor.

—Qué forma —repitió él.

—Por… favor —suplicó la mujer—, solo… solo le dije lo que… me dijo la… forma que iba con usted.

El asesino arrugó el entrecejo.

—De qué… está hablando —exclamó.

—Los… veo… —dijo ella—. Las formas…

De pronto, le vino un acceso de tos y pareció asfixiarse por momentos, estando como estaba en una postura difícil, él sujetándola por el cabello.

El Hombre sin Nombre tiró de sus brazos y la obligó a quedar sentada. Ella respondió tosiendo sangre y emitiendo sibilancias como pequeños estertores de muerte. El asesino chasqueó la lengua; parecía que ahí acababa parte de la tortura como arma, porque si seguía apretándola con más golpes en el pecho, la perdería.

—Concéntrese —dijo él—. Dígame lo que necesito saber y me iré. Conteste a mis preguntas y mañana podrá dar clases de yoga o tomar café con su amiga Júpiter.

Ella emitió un gemido de puro terror.

—Explique eso de la forma.

Ella, tratando todavía de recuperarse, con una mueca de profundo dolor, extendió su brazo hacia la mesilla de noche y señaló con el dedo índice.

Él miró.

Había una cajita abierta, iluminada solo por la trémula luz que entraba desde el jardín y, a pesar de las penumbras de la habitación, reconoció lo que había en su interior.

Botes de Aetheris.

Eran puñeteros botes de Aetheris.

«Hola, Jules», graznó su mente.

Jules sacudió la cabeza, como si se sintiera súbitamente aturdido.

—¿Toma eso? —preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Toma… Aetheris?

De nuevo, respondió con otra afirmación.

—Los veo cuando lo… tomo —dijo entre lloriqueos—. Y vi la forma que iba con usted. Van con… con casi todo el mundo…

Sin que ella lo percibiese, Jules estaba moviendo la cabeza en

señal de negación, casi molesto por sus palabras.

—Su forma… no es como las otras —dijo—. Es… es repugnante… es… oh, Dios mío…, Es…

Jules no dijo nada.

—Me dijo que se lo dijera —soltó, con la voz adquiriendo tonos casi guturales debido a la sangre que tenía en la garganta—. Me dijo… que le dijera: «Una… rosa… negra». Me dijo que se lo dijera o… se vendría conmigo y me… me…

Empezó a llorar de forma desconsolada. Su llanto era un aullido histérico.

—Mentira —soltó—, eso es una basura mentirosa.

Ella lloraba.

—Una mentira.

«Pero la había investigado», pensó. Solo era una mujer acomodada y despreocupada que había obtenido su dinero de unos derechos comerciales que había heredado de su madre, demasiado anciana como para beber líquido de una pajita. No había nada sobre… cosas turbias, relaciones con mafias, contactos, antecedentes. Solo una vida fácil, cómoda, de gastos, compras, lujos, viajes, y otras zorras estúpidas. Facturas de gimnasios, de masajes, de cremas, de restaurantes caros y botellas de champán francés que denotaban un gusto decadente y deplorable.

Pero entonces… Entonces, qué.

La soltó y ella se contrajo como un bebé, las rodillas pegadas al cuerpo, las manos sobre la cara.

Se sentía asqueado.

Confuso.

Molesto.

Pero había que hacer lo que había que hacer, y lo demás vendría después. Una cosa cada vez. Luego tendría tiempo de investigar el historial de aquella excentricidad rubia por si había algo escondido, algún contacto con los Rosanegra, con alguien. Porque de algún sitio había sacado lo de Rosanegra. De algún sitio, seguro.

Al fin y al cabo, ¿por qué alguien con la vida resuelta viviendo sobre un colchón financiero desahogado querría enredar con aquella droga estúpida?

Ella…

Ella se lo había buscado.

Cogió la almohada, tiró de su pelo de nuevo y la obligó a tenderse sobre la cama. La mujer rubia lloraba, las mejillas eran un lienzo de lágrimas y sangre.

Luego, presionó su cara con la almohada.

Estuvo pensando en cómo iba a afrontar todo aquel inesperado contratiempo mientras ella se asfixiaba y moría entre estertores, toses y ahogos.

Ahora tendría que limpiar todo aquel desbarajuste y darle un sentido suficiente.

Un… Un fastidioso contratiempo, desde luego.

Capítulo 18

La forma sobre su cabeza

El Hombre sin Nombre pensaba en sí mismo como Jules. Se sentía como Jules, otra vez en Madrid, pensando de nuevo en el Aetheris.

Había cancelado momentáneamente todas las operaciones programadas con Marc y se había refugiado en su hotel con todo un sistema de *routers*, portátiles y tabletas para indagar sin ser rastreado.

Accedió a las copias de seguridad de todo el período de actividad de Jules Vikernes y repasó cuanto había recopilado, y mientras lo hacía, indagaba aún más profundamente en la vida de la muñequita rubia que, a esas alturas, formaba parte del siempre creciente dosier de trabajo del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Madrid. Tuvo suerte, aún sin saberlo, porque aquel fue otro caso más de asesinato relacionado con el Luminis, sin nada que llamara la atención, sin explicaciones razonables, sin pistas. Amigos consternados, familia destrozada, vecinos tan sorprendidos como asustados. ¿Un asesinato? ¿Aquí? Ella salía a correr todas las mañanas. Estaba preciosa con su uniforme deportivo. Era saludable, amable, educada y preciosa. Nadie jamás podría querer asesinarla.

Como si la gente preciosa no pudiera ser asesinada.

Pero Jules no encontró nada, y si después de su rastreado profundo y exhaustivo no pudo encontrar nada, significaba una de estas dos cosas: que la mujer rubia no tenía ninguna relación con el grupo Rosanegra o que había alguien, en alguna parte, con mucha mejor factura técnica que él para ocultar rastros.

Lo segundo no parecía verosímil.

Posible, pero no probable.

Una cosa sabía con seguridad. El incidente del coche por la

mañana y el de la mujer mencionando «Una rosa negra» por la noche no eran casualidad. Si algo había aprendido era que las casualidades no eran más que disfraces inteligentes con los que se vestía la causalidad para pasar inadvertida.

Pero si eso era cierto, le faltaba algo. Una pieza del puzle. Algo que encajase en el blanco vacío que era el hueco espantoso de la composición de una imagen que aún no conseguía entender.

Así que, mientras pensaba en aquel escollo, decidió seguir por otras vías de investigación para no estar parado y sentirse bloqueado. Aún había trabajo que hacer, otras maneras de llegar a las conclusiones. La organización Rosanegra, por ejemplo. Necesitaba saber qué había sido de ella después de que acabara con su líder, el alucinado Kwame Okoro Adeyemi, porque si habían tirado del hilo de Jules Vikernes, no era del todo imposible que hubieran llegado hasta él. De nuevo improbable, pero no imposible.

Esta parte le costó bastante más. De vez en cuando, pedía algo al servicio de habitaciones y comía y dormía a deshoras, atendiendo más a la pura necesidad que a cualquier horario. A veces dormía una hora, a veces tres, y cuando abría los ojos, se incorporaba y regresaba a la mesa para seguir trabajando, siempre con la misma ropa interior, calzoncillos blancos y camiseta interior blanca, sin pasar nunca por un aseo básico rutinario. Ni siquiera pensaba en eso. No tenía tiempo.

El Hombre sin Nombre no estaba acostumbrado a una situación como esa. Había una posibilidad de estar en peligro, de que hubiera sido descubierto, y esa sensación de alerta era como un reto, un dilema, una prueba de coraje, tenacidad e inteligencia. Ahora era el cazado, sí, pero podía revertir la situación si actuaba con rapidez y astucia, y convertirse en el cazador. Si eran los Rosanegra los que le habían descubierto, desmantelaría la organización hasta sus más básicos cimientos. Les arrancaría los ojos a los Doce Sacerdotes Negros. Dejaría al mundo sin aquella mierda de Aetheris y sus condenadas alucinaciones. Y si el peligro venía de antes, de atrás en el tiempo, de otros casos en el pasado… lo descubriría también.

Solo tenía que recabar información, primero, y actuar después.

Para indagar sobre Rosanegra tuvo que tirar de sus archivos, de los nombres de todas las personas con las que había tratado o de las que había tenido conocimiento. A medida que buceaba en esa

información, el trabajo fue haciéndose más y más fácil, porque fue trayendo a la memoria aquellos días que creía olvidados. Cada nombre con apellidos que extraía a la superficie era objeto de investigación. Cada pequeño nodo de su árbol de involucrados habría un sinfín de posibilidades: de empresas, de más nombres, un enrevesado mundo de trabajo.

Descubrió que Rosanegra no solo no había desaparecido ni se había paralizado con la muerte de Kwame, aparentemente, había crecido. Sus operaciones financieras se habían disparado, su cadena de distribución era mayor, y la oferta de Aetheris, descomunal, a pesar de la situación de crisis sanitaria que vivía no solo Madrid, sino toda la nación. La información sobre quién era ahora el líder de la Orden, o si la Orden seguía existiendo, no estaba allí, en los vericuetos cerrados de los servidores privados, ni en los sótanos inmundos de la red profunda, ni en los archivos encriptados que unos y otros subían a servidores aparentemente seguros que él violentaba con facilidad.

No, pero apuntó algunos nombres. Tenía algunas direcciones. Y podía hacer un poco de trabajo de campo. Trabajo sucio. Interrogatorios como el de la mujer rubia, con sangre y dolor.

¿Podían ser ellos, los Rosanegra?

Sí, podían.

Y tenía que investigarlo.

Sospechaba de algunas de las personas que aparecían en sus archivos. Eran gente que estaba arriba en la estructura de la organización, y eran gente sin capacidad profesional alguna, lo que le hacía pensar que se trataba de miembros de la Orden. Además, su situación financiera era más que holgada.

Apuntó uno.

Uno en concreto que parecía prometedor.

Mathias Van den Broeck.

Nacido en 1973, en Brujas, Bélgica. Hijo de un restaurador de arte sacro y de una profesora de historia medieval. Licenciado en Antropología Cultural en la Universidad de Lovaina. Varios libros publicados, en especial, *Voces en el Silencio*, que le sirvió para obtener reconocimiento en círculos académicos y entre… entusiastas de lo paranormal. Aquí, Jules entrecerró los ojos.

Era un bonito y estúpido trasfondo para ser candidato a ser

alguien relacionado con la Orden.

Investigó un poco más y obtuvo una copia del libro. La sinopsis hablaba de «sintonizar con las energías del universo». Una de las reseñas, de hacía ya diez años, decía: «Hoy en día, Mathias Van den Broeck sigue siendo un enigma. Sus conferencias y apariciones públicas combinan erudición académica con narrativas inquietantes que capturan la imaginación de quienes lo escuchan. Para algunos, es un visionario; para otros, un soñador atrapado en los límites entre la ciencia y la superstición. Su próxima obra, titulada *El Eco de las Sombras*, promete revelar detalles sobre el desconocido mundo de los espíritus».

Jules buscó ese título.

Ese libro no se había llegado a publicar.

Se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

¿Por qué no había publicado Mathias su esperada segunda obra? ¿Qué otro tipo de actividad estaba desempeñando? ¿Por qué no había más datos sobre él, ni apariciones públicas, entrevistas, nada en absoluto?

¿Había ingresado en la Orden Rosanegra, quizás, con su trasfondo profesional sobre su involucración en el mundo esotérico? ¿Era por eso?

Jules suspiró lentamente.

Cuanto menos, le pareció prometedor.

Averiguar dónde estaba… bueno, eso era otra cosa, desde luego. Tenía algunos registros de propiedades inmobiliarias a su nombre, pero eso no significaba que estuviera físicamente en cualquiera de aquellos sitios. Con probabilidad, estaría en algún otro. Una propiedad en alguna parte a nombre de un testaferro.

Pero no importaba.

Solo era tiempo. Lo averiguaría.

Lo averiguaría todo.

Y si no sabía nada personalmente, cosa que era posible en toda la complicada estructura de operaciones de Rosanegra, al menos, enviaría un mensaje. Que el cazado, cazaba.

2

Dos días más tarde, Jules abandonó su hotel por primera vez en una semana y pico. Incluso él necesitaba estirar un poco las piernas y sentir el aire de la calle en el rostro, respirar bajo el cielo abierto, despejarse. Se había dejado los ojos en varias pantallas rastreando, husmeando, espiando, y había recopilado un buen montón de información sobre su nuevo objetivo.

El móvil de Marc tenía varias llamadas perdidas. Llamadas de los contactos que había ido obteniendo, que habían representado su trabajo. No les prestó ninguna atención en absoluto. Le importaba un soberano bledo. Cuando terminara lo que tenía que hacer, volvería a meterse en la piel de Marc y arreglaría lo que se había roto, si acaso se había roto algo. Siempre podía decir que había estado enfermo u ocupado con algún importante y confidencial caso de seguridad urgente en Dubai. Por ejemplo.

El Palacio de los Duques Gran Meliá, el hotel en el que estaba alojado, se encontraba emplazado en el centro de Madrid, en la Cuesta Santo Domingo. Había sido un palacete, y el edificio conjunto, un monasterio, lo que le daba un cierto aire mágico encantador. A Jules no le interesó. Empezó a andar a paso apresurado y pronto terminó en Sol, y de allí, siguió caminando, cambiando repentinamente de dirección, hacia la Catedral de Santa María la Real de la Almudena, no con ningún propósito determinado, sino con el único interés en caminar por caminar.

Era muy consciente de que podía estar siendo observado, que sus cazadores podían haber estado esperando pacientemente en los exteriores del hotel sabiendo que, en algún momento, tendría que abandonar su habitación. Así que miraba alrededor y a un lado y a otro con ojos expertos, escudriñando entre la gente que paseaba ocupada con sus quehaceres. Era un jueves cualquiera a las ocho y diez de la tarde, y el cielo estaba ya oscuro, la calle iluminada con el pálido resplandor de las farolas públicas. Muchos venían ya de trabajar. Otros se dirigían a algún restaurante para pasar una velada gastronómica al amparo de la promesa de que ya casi era viernes.

Pero cuando pasaba por la Plaza del Biombo, zigzagueando al azar por las calles, percibió algo.

Un chico joven con un peinado estrafalario, tez pálida y una barba desgreñada y despreocupada, se quedó mirándolo con una expresión atónita. En su camiseta había una palabra. MARVEL.

Tenía cierto sobrepeso y se apoyaba en el umbral de un portal, con una bolsa de plástico de FNAC en la mano.

Jules fingió no darse cuenta, aunque aún sentía su mirada clavada en la nuca. Siguió caminando y cuando dobló la esquina, se detuvo.

Conocía esa mirada.

En otras circunstancias, no le habría prestado atención. El hombre joven tenía cara de sonado; la boca ligeramente abierta, los ojos despavoridos y redondos como dos huevos duros. Otro retrasado, nada más. La gente mira, se queda observando algún detalle, cree que ha visto a alguien que conoce, o cualquier otra cosa, y ya está. La vida sigue. Pero aquella mirada… Aquella mirada tenía algo de… particular.

Jules esperó. Y después de un rato, espió con discreción.

El hombre joven había cambiado su postura.

Había dejado caer la bolsa y estaba pasándose la mano por la cara, la otra, en el pecho.

Estaba ya decidiendo dejarlo pasar cuando descubrió a otro tipo en la acera de enfrente. Alguien del mismo perfil que el anterior, con otra camiseta friki, una chaqueta vaquera, y el móvil en la mano. Lo miraba como si acabara de ver…

Un fantasma.

Jules se sacudió, contrariado.

Miró alrededor, identificando quién más tenía cerca. Una señora que caminaba, dos chicas que hablaban entre sí, una de ellas sentada en su moto, una especie de Vespa. Un hombre que miraba el interior de una bolsa de plástico blanca, como si quisiera comprobar si había llegado a comprar los seis huevos que le faltaban para la cena o se había vuelto a olvidar.

Se aseguró que no venían coches y cruzó resueltamente la calle hacia el joven.

El chico retrocedió un par de pasos y dejó caer el móvil al suelo, su mano repentinamente flácida.

Jules entrecerró los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó.

El chico seguía mirándole. Pero no a los ojos. No al rostro. Miraba a algún punto por encima de su cabeza.

Y su expresión…

Su expresión era de verdadero asombro.

De estupor inenarrable.

Casi de terror.

Jules se fijó en que tenía unas pequeñas gotas de sudor en la frente. Se fijó en que olía ligeramente a…

A insulina.

Era un olor muy característico que conocía bien.

El olor sutil a Aetheris.

—Os… ostia puta —soltó el joven.

—¿Qué dices, sonado? —preguntó Jules, acercándose a él.

El chico soltó un inesperado grito de terror. Su rostro se mudó a uno de auténtico pánico, como si acabara de ver el asfalto de la calle quebrarse para dejar salir a la forma primigenia de una creación del mismísimo Lovecraft. Retrocedió dando un salto con tan poco acierto que se golpeó la nuca contra la pared.

Jules, sorprendido, miró alrededor. Las dos chicas de la moto miraban en su dirección con expresiones de sorpresa, el hombre de la bolsa había dejado de hurgar y miraba también. La señora se había dado la vuelta, temerosa, por espacio de un segundo, y siguió su marcha ahora con paso acelerado, intentando alejarse.

—Cállate, imbécil —empezó a decir Jules.

El chico joven temblaba. Sus ojos estaban tan abiertos que parecía que iban a salirse de la cara. Se deslizó hacia abajo, con la espalda pegada a la pared, como una babosa reptando por una superficie resbaladiza, mirando a algún punto por encima de la cabeza de Jules.

—¡Eh! —exclamó alguien.

Jules, ahora incómodo y sintiéndose imprudente, y hasta novato por la situación que se estaba creando, giró la cabeza. Un tipo gordo con un delantal sucio salía de un puesto de Kebabs y cruzaba la calle hacia ellos.

Jules masculló.

—¡Antonio! —dijo—. ¿Qué pasa, hombre?

El chico señalaba con la mano. El brazo temblaba como si intentara arrancarse del hombro por sí solo y salir volando.

Jules retrocedió un par de pasos y levantó ambas manos.

—No sé lo que le pasa —dijo Jules.

El cocinero llegó hasta ellos y pasó sus manos por los hombros

del chico caído en el suelo.

—¡Antonio! ¿Qué te pasa?

Miraba a Jules con desconfianza.

—No le conozco —dijo él con la voz tranquila, en un tono amigable.

—¡La forma! —explotó Antonio, la voz recorrida por un calambre casi eléctrico de terror—. ¡Mira la forma que lleva!

—¿Qué forma, Antonio? —preguntó el cocinero—. ¿Qué dices?

Antonio se retorció en el suelo, como si alguien estuviera clavándole estiletes invisibles.

«La forma», pensó Jules, «Como aquella zorra rubia».

La forma.

—¡La forma! —gritaba el chico, recorrido por un terror cerval, espasmódico, histérico—. ¡Ese… horror negro! ¡ALÉJALO! ¡ALÉJALO DE MÍ! ¡SÁCALO!

Cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos crispadas.

El cocinero se llevó las manos a la cabeza.

—Hostia puta —dijo—. ¡Tu puta madre, Antonio! ¡Tu puta madre! —giró la cabeza y sacudió la cabeza—. ¡Los dos! ¡Ya lo sabía yo!

Jules miró. El otro tipo, el de la camiseta MARVEL y la bolsa de FNAC, había llegado hasta ellos, probablemente alertado por los gritos. Ya ni siquiera llevaba la bolsa. Había debido dejar las compritas en el portal porque habían resbalado de su mente, súbitamente irrelevantes. Parecía que estaba sufriendo una convulsión, un rastro visible de babas resbalando de su boca abierta, los ojos clavados en Jules.

—¡Los dos iguales!

—¡Pero que alguien llame a emergencias! —gritó una señora que se había acercado.

Jules empezó a retroceder con cierto disimulo.

Pensaba en dos cosas: La forma y el horror negro.

—Perdone —dijo el cocinero dirigiéndose a Jules—, estos dos subnormales toman la droga de mierda esa de los muertos. Ya se lo dije, ¡a los dos!, que son unos pedazos de frikis de mierda, ¡les dije que les iba a petar la cabeza!

Jules se dio la vuelta y empezó a alejarse, mezclándose con la gente que llegaba por la calle.

—ES NEGROOOOO —gritaba Antonio desde el suelo, arañándose la cara con las manos—. NEEEEGROOOOOO.

La forma.

El horror negro.

NEEEEGROOOO.

Él nunca había creído en nada de aquello.

Ni en fantasmas. Ni en apariciones. Ni en formas.

Absoluta y positivamente cero.

Pero mientras se alejaba, empezó a sentirse intranquilo.

Pensaba en las posibilidades.

O era un montaje endiabladamente montado o allí ocurría algo. Algo de verdad. Algo que no se podía ver. Ni sentir.

Pero algo.

3

Jules dejó el hotel esa misma noche.

Destruyó los ordenadores, los *routers*, las tabletas, y los metió en una bolsa de basura que pidió al servicio de habitaciones. No fue una decisión consciente, más bien atendía a un viejo instinto de supervivencia y conservación que a un motivo lógico. Porque estaba desubicado. Sorprendido. Bloqueado.

Ni siquiera buscó un nuevo hotel en ese momento, cogió un taxi y le pidió que diera vueltas por Madrid. «¿Por dónde?», preguntó el taxista. Le dijo que condujera por donde le diera la gana siempre que estuviera en movimiento y estuviera callado, porque él necesitaba pensar, sentado, simplemente, en el asiento de atrás. Al taxista le pareció raro y estuvo a punto de rechazar el servicio, pero aceptó encantado los cuatrocientos euros que le ofrecía en metálico y se puso a conducir. Acabaron en la M-50, donde uno podía conducir toda la vida sin detenerse en ningún momento.

Así quería estar, en movimiento.

Tenía que… ordenar sus pensamientos.

Eran demasiadas… casualidades. Demasiados factores y combinaciones posibles como para ser, incluso, algo tramado. Si lo era, alguien sabía demasiado bien no solo su situación, sino

anticiparse a sus movimientos aun cuando eran erráticos, como el paseo de esa noche, hacía un rato.

«Toman esa droga de mierda», había dicho el cocinero. «La droga de los muertos».

La forma. La misma expresión que la mujer rubia.

Los dos chicos a la vez. Los dos sufriendo convulsiones por ver… el horror negro que le acompañaba, aparentemente, en algún punto sobre su cabeza.

Sonaba ridículo, pero…

Pero quizás era el momento de aceptar que podían existir ciertos factores inexplicables que, tal vez, debía considerar.

Le llevó cuatro horas llegar a aceptar la posibilidad de aceptar eso, y doscientos treinta euros más de lo que ya había adelantado. Luego, pidió al taxista que le llevara a un hotel. «¿Qué hotel, señor?». «Uno cualquiera», respondió, «me da lo mismo».

El taxista decidió que el Eurostars Madrid Tower, en Fuencarral, podría estar bien.

4

Eran las tres menos cuarto de la mañana y Jules estaba tumbado en la cama, envuelto en las mortecinas penumbras de la oscuridad, con los ojos abiertos.

Su mente continuaba siendo un hervidero de pensamientos. Sobre todo, trataba de encontrar una explicación para todo lo ocurrido, para las… coincidencias. Una explicación razonable, cabal, que diera sentido a las situaciones. Lo necesitaba, porque lo contrario…

Lo contrario le situaba en un pantano inmundo y enredado en mil ponzoñas en las que el suelo era inestable, el aire hostil, y la neblina pestilente le impedía mirar en cualquier dirección. El Hombre sin Nombre necesitaba seguridad para poder hacer bien su trabajo. Necesitaba saber cómo funciona el mundo, cosas como el alcance de una bala de un calibre determinado, la fuerza que se puede aplicar con un brazo desde un ángulo determinado, y qué se podía hacer y qué no con la tecnología del siglo XXI. Era cierto que

recientes avances, como la IA, habían disparado las posibilidades de casi todo en muchas direcciones diferentes, y, de hecho, existía ya IA concentrada en buscar aplicaciones para otra IA multiuso, pero, aun así, un *router* seguía siendo un *router*, una línea T100 tenía siempre la misma capacidad y un sistema operativo determinado tenía unos puntos fuertes y unas vulnerabilidades. No había nada desconocido, místico, inexplicable en todo aquello.

Pero los fantasmas…

Todo ese asunto era, definitivamente, otra cosa.

Era abrumadoramente desconocido.

Imposible.

Inexplicado, si no inexplicable.

Pasados otros veinte minutos, tuvo una idea.

Aún recordaba a la perfección dónde se distribuía el Aetheris; y algunos de esos sitios eran lugares seguros de alto *standing* donde una dosis podía costar tres o cuatro veces más que en otros lugares. Pero sitios convenientes, para lo que necesitaba.

Saltó de la cama, se vistió de nuevo y salió a la calle para buscar otro taxi. Esta vez pidió ir a Valiria Olere, una discoteca con mucha historia, algo rancia, pero llena de gente de cierta edad y las carteras llenas que buscaban el favor de chicas y chicos jóvenes. Había música pasada de moda, un montón de extravagancias caras, mucho lujo hortera, y se bebía champán de tres mil euros la botella, aunque nadie en cien kilómetros a la redonda tenía el refinamiento necesario para saborearlo. Y había minifaldas doradas con brillos y ombligos planos al aire sobre diferentes escenarios, y en las bocas entreabiertas con *gloss* se leía el susurro de una sola palabra: euros.

Pero allí no solo se vendía Aetheris desde los inicios, también se consumía. En sus tiempos, había un grupo de gente que creía en la limpieza de chacras y en los pedruscos con tintes azulados en el cuello para protegerse de las malas vibras.

Aunque era tarde, Jules no tuvo que esperar demasiado para entrar. Un par de cientos al gorila de la puerta le convencieron de que el hombre tenía la intención de dejar un buen rendimiento en la barra, y en poco tiempo, estuvo dentro, en el corazón de la decadente cúspide del despilfarro madrileño nocturno.

Jules ni siquiera estaba seguro de qué día era, pero a juzgar por lo concurrida que estaba la sala, debía ser viernes, o quizás sábado.

La música era espantosa. Mecánica, machacona, digital, con una voz de IA resbalando entre las secuencias de notas que cabalgaban en una eterna montaña rusa: *crescendo* y *decrescendo, crescendo* y *decrescendo*. Musas modernas bailando de manera estrafalaria, señores con las sienes blancas vestidos con chaqueta mezclados con jóvenes con camisa blanca, el rostro bronceado en alguna playa distante.

Pidió un ruso blanco, eligió un lugar alto, una de las barras en el tercer nivel de suelo que dominaba la pista de baile, y se apoyó en la barandilla, cerca de uno de los focos, para asegurarse de que todo el mundo pudiera verlo.

Y esperó.

Tenía la esperanza de que, después de un par de horas, podría volver al hotel sin que nadie le dijera nada, sin que nadie le hablase, sin que nadie le mirara como si tuviera tentáculos alienígenas en la frente. Porque allí, en la pista, en los cubiles anexos con cortinas donde la gente que pagaba por un privado podía darse el lote con alguna de las chicas, o alguno de los chicos, o con quien le diera la gana, había gente que debía estar puesta de Aetheris. Con seguridad. Había vislumbrado, al menos, a cuatro pavos con mirada torva, actitud disimulada y falsa sonrisa que estaban distribuyendo esa misma noche, y a juzgar por los colgajos que llevaban al cuello y la excelencia desprovista de elegancia de sus camisas, estaban teniendo una buena semana. Un buen mes. Un buen año.

Esperó.

Se bebió el ruso blanco y pidió otro, con más licor de café que vodka, y regresó a su sitio, asegurándose de que fijaba su mirada en la gente. La gente respondía a esas cosas, y había quien le miraba de vuelta y componía una expresión de cierto interés, tal vez incluso sexual, y había quien pasaba, por supuesto, pero nadie se asustaba. Incluso aquella chica que tenía una expresión ida, como si por sus venas cabalgaran todos los jinetes de los cinco principales ejércitos de estupefacientes.

Porque…

Porque no tenía ningún espectro colgado en su chepa.

Ninguna forma, por supuesto.

No tenía nada más que un ruso blanco en el cuerpo, y pronto

tendría dos. Ja, ja… ja.

Empezó a sonreír.

Esa era la sensación que necesitaba. La información que estaba buscando. Una evidencia de que lo de la mujer, los dos frikis y el cocinero… todo lo demás… había sido un teatrillo, que tendría su explicación y su peligro, pero era un peligro real, no uno inventado. Un tema de ajuste de cuentas, no uno de Jarumis Babbas ni necedades.

El Jarumi Babba. Ja. Ja… Ja.

Empezaba a pensar que estaba a gusto allí entre toda esa gente, siendo simplemente un tipo solitario que mira a las jóvenes y a los jóvenes con un interés que podría pasar como libidinoso, siendo alguien vulgar, tal vez, incluso, demasiado vulgar, con una vida decadente pero vulgar, cuando captó algo.

Era aquella chica.

La de los ejércitos de estupefacientes en las venas.

Le estaba mirando fijamente desde la pista de baile.

Muy fijamente.

Y su mirada heló la sangre de Jules.

Porque si había visto alguna vez una expresión de fascinado y absoluto terror en el rostro de alguien, aquella lo era.

Su rostro se transformó en un solo instante.

Ya no sonreía.

De pronto, escuchó un grito de mujer a su espalda.

Se giró a tiempo para ver a una chica vestida con algo que recordaba a los locos años veinte del siglo pasado, y un maquillaje de *femme fatale* en la cara. Estaba cayendo hacia atrás, la refinada copa de vidrio esmerilado que llevaba en la mano, cayendo al suelo en ese momento. Estaba mirándole con los ojos tan abiertos que parecían dos tallas más grandes de las que le cabrían en las cuencas.

Jules ya había tenido suficiente.

Caminó por la pasarela hacia la salida mientras la chica seguía gritando, señalándole con la mano. Miró al otro lado y vio más gente mirándole, y aquí y allá, algunos empezaron también a gritar.

—Callaos ya, hijos de puta —susurró en voz baja, en un tono casi inaudible, mientras aceleraba.

Muchas manos lo señalaban. Jules se sentía como un vampiro que hubiera sido identificado en mitad de una reunión social en una

aldea del siglo dieciséis. Solo quería salir de allí. Salir rápidamente.

Estaba enfadado. Más que enfadado. Más cabreado de lo que podía recordar haber estado nunca.

Uno de los responsables de seguridad le salió al paso: una especie de gorila sin cuello con la nariz aplastada y una expresión hostil en el rostro. Estaba extendiendo los brazos para que no pasara.

—¡EH! —gritó.

Jules se acercó a él y, sin mirarle, le propinó un único puñetazo en el pecho. Un trauma torácico directo con tres consecuencias graves: una contusión cardíaca instantánea, la ruptura total de la vena aorta y el colapso de un pulmón.

El gorila se llevó las manos al pecho, la boca formando un círculo perfecto, y retrocedió varios pasos antes de caer al suelo, mientras Jules se alejaba.

Más gente empezó a chillar por todas partes, más gente retrocedía a su paso, pero al menos ahora, podía pensar que se apartaban y que gritaban por la violencia física, la tradicional violencia física que él dominaba. Gritaban por el golpe y el gorila caído, y eso… eso estaba bien. «Por eso sí podéis asustaros, hijos de puta», pensó, mientras abandonaba el local dando grandes zancadas.

En los últimos metros antes de llegar a la puerta, mató a otros dos empleados de seguridad que intentaron bloquearle, luego salió a la calle y se marchó, la cabeza agachada, la frente latiendo de una manera casi visible, y las manos en los bolsillos.

Había sido muy poco profesional.

Muy poco.

Pero en su interior, el nivel de cabreo había llegado al nivel nueve en la escala de Richter. Nivel catastrófico. Nivel lava incandescente.

Nivel rojo sangre.

Capítulo 19

Martina Pipó recibe una visita

Tal vez, lo más frustrante sobre lo que había averiguado, la posibilidad de que arrastrara algo con él, era que no había demasiada información clara sobre el fenómeno.

Incluso si aceptaba como posibilidad ese hecho, solo como posibilidad dentro del abanico de evidencias que tenía, la búsqueda de información solo le había traído un buen montón de chascarrillos, sandeces, comentarios vacuos sin ningún interés evaluable, conjeturas, alucinaciones y majaderías volcadas en Internet por un montón de patanes que, de noche, creían en fantasmas, y de día, se adscribían al inexplicable fenómeno de los terraplanistas.

Pero tampoco tuvo mucho tiempo para buscar información porque, al día siguiente de su ejercicio de investigación en la discoteca, Jules vio algo que lo catapultó a un nuevo estadio de sensaciones. Y creencias.

La noche anterior había llegado a la habitación y, contra todo pronóstico, se había tendido en la cama y se había quedado dormido. Inexplicablemente. El Hombre sin Nombre que había sido, consciente de que había sido expuesto por un buen centenar de personas, probablemente, habría desaparecido no solo de Madrid, sino también de España. Habría transformado su aspecto: su cabello, su rostro, su tono de voz, su acento, su identificación personal, y habría hecho desaparecer del todo a Marc Soler, que era el personaje con el que se había registrado en el hotel.

Pero no había hecho nada de todo eso.

Estaba… profundamente afectado.

Así que, cuando se levantó por la mañana, cerca ya de las diez,

cuando Madrid se movía bulliciosa en una nueva mañana de idas y venidas, turistas y ajetreo urbano propio de una capital de provincias, Jules fue al cuarto de baño y se lavó la cara en el lavabo.

Cuando se incorporó, sintiéndose algo mejor con el contacto del agua fría, abrió los ojos para mirarse en el espejo…

Y se congeló.

Allí, mezclado con su propio reflejo, había algo más.

Una forma.

Una figura.

Un rostro conocido con una profunda mirada que sonreía.

El rostro de Kwame Okoro Adeyemi, el líder de la Orden Rosanegra, desdibujado en una suerte de neblina negra, como un cáncer espantoso en movimiento, sus bordes difusos en estrías cimbreantes, su mirada profunda clavada en la suya.

Jules dio un respingo mientras profería un grito breve pero intenso. Se dio la vuelta con rapidez para encontrarse con la imagen del cuarto de baño vacío, la bañera en su sitio, el retrete emplazado en el suelo, el albornoz blanco aún sin usar colgado de una percha.

Se giró una y otra vez con rápidos movimientos entrenados por años de vivir en su mundo de sigilo, asesinatos y mundos terribles que se desarrollaban en los bordes del sistema y aún más lejos, en sus sótanos más sórdidos, y volvió a mirar al espejo, sin que consiguiera ver nada más que su propio reflejo: su rostro visiblemente perplejo, incluso… asustado.

Esa visión, la de su propia cara experimentando terror, le devolvió al estado de ira. No recordaba haberse visto así en toda su vida, y había estado en serio peligro más de una y más de dos veces.

«El espejo es una pantalla», le dijo su mente con rapidez, así que no tardó ni un segundo en dirigir el puño hacia el reflejo y quebrar el cristal en varias docenas de pequeños pedazos, que cayeron sobre el lavabo con estrépito. El grifo, todavía abierto, dejó caer el agua sobre los trozos de simple espejo produciendo un efecto infinito peculiar y hasta hermoso.

Un espejo, pero no una pantalla. No había nada detrás.

Se quedó respirando en la quietud del baño, con el suave sonido del agua deslizándose sobre los fragmentos, intentando comprender lo que había pasado.

Había visto lo que había visto, sin duda.

El espantoso y terrible fantasma de Kwame, tan negro como negra había sido su piel, convertido en una versión espectral, demoniaca, terrible de sí mismo.

Se llevó las manos a la cara y las dejó allí, emplazadas sobre ambas mejillas; la boca abierta era una evidencia de su más absoluta perplejidad.

Lo cierto es que la imagen…

Lo que había visto…

Daba miedo.

Se estremeció.

—No… —dijo en voz alta, casi sin darse cuenta, y el sonido de su propia voz le hizo dar otro respingo.

—No, basta —susurró, y luego carraspeó y repitió—. Basta. Basta… Basta.

El silencio de la habitación era ominoso. Casi sepulcral.

Y su voz ayudaba.

Abandonó el baño y se movió hacia la habitación. Se descubrió mirando a uno y a otro lado, también a su espalda, como si esperara encontrar la figura espectral de Kwame convertida en una imposible amenaza no muerta, intangible y de capacidades desconocidas, inmanejable, invencible quizás, y eso volvió a desatar una enorme sensación de ira e impotencia. Instintivamente, cogió el mando y encendió la televisión, que pareció tardar toda una eternidad en encenderse.

Cuando el sonido de la normalidad inundó la habitación con un programa de noticias, empezó a sentirse mejor.

Luego, encendió todas las luces, una por una. Las luces indirectas de las esquinas. Las del pasillo recibidor. Las de las mesitas de noche. Y como está escrito en la Biblia, vio Jules que la luz era buena y se sintió complacido en ella. Hasta aliviado. No contento con eso, descorrió también las pesadas cortinas opacas, y la luz de la mañana entró a través de las ventanas y los ligeros visillos interiores, y su angustia volvió a mermar de nuevo.

—Joder —exclamó—. Joder. Joder.

«Vale», se dijo. «Cálmate. Coño…».

Cerró los ojos por un momento, pero tenía la imagen de Kwame grabada en la retina. Con los ojos cerrados, su rostro esculpido en

una brea negra y sinuosa aparecía de nuevo, mirándole casi con desdén. Como si… le acusara.

Como si le amenazara.

Como si estuviera cien por cien seguro de que iba a cazarlo.

El cazador cazado, otra vez y de nuevo.

—No… —se dijo.

Se acercó a la ventana, como si la luz del sol pudiera exorcizar cualquier mal que pudiera haberse instalado en aquella habitación. Una habitación cualquiera, en un hotel cualquiera, se recordó, no una habitación encantada sacada del hotel Overlook de un libro de Stephen King.

No, era Madrid.

Era el siglo XXI.

La época del nacimiento y el auge de la IA, no la época medieval de los fantasmas, de los espectros.

Tenía que razonar. Razonar, se recordó. No delirar.

—Algo me… —empezó a decir.

Pero en la televisión, una palabra llamó su atención.

Una sola palabra pronunciada por casualidad en aquel mismo momento.

—El Aetheris —decía el presentador—, como decíamos, está desencadenando un auténtico fenómeno inexplicable que ha abierto un caliente debate en nuestra sociedad. Según datos recabados por encuestas realizadas por empresas privadas para el Instituto Nacional de Estadística, más del treinta por ciento de los madrileños cree firmemente que la fenomenología de los fantasmas es realmente un hecho, y que los fenómenos existen, mientras que el resto considera que se trata, más bien, de un efecto producido por el consumo de la droga. Cuando esta pregunta se ha extendido a nivel nacional, la cifra de personas que creen en fantasmas desciende a un diez por ciento… que, sin embargo, vean ustedes, aunque parezca poco, representa a casi… ¡cinco millones de personas! Esto, sin duda, nos da una valoración abrumadora del alcance del Aetheris y de la gravedad real de la situación.

—Cinco… millones… de… —susurró Jules, más atento a la noticia que a otra cosa. De una manera inconsciente, la mención del Aetheris atrapó su atención porque había conseguido olvidar la imagen en el espejo.

—Este dato ha debido llegar a la Policía Nacional de Madrid, claramente, ya que su gabinete de prensa ha informado hoy que están empleando recursos poco convencionales para intentar avanzar en la investigación coordinada con la Guardia Civil y otros organismos. Se trata de Martina Pipó, una agente de policía dotada con capacidades extrasensoriales que, según la nota de prensa, ha ayudado ya a avanzar en la línea correcta hacia la resolución de los casos. Combinando sus dones con técnicas policiales convencionales, la Policía Nacional explora nuevos caminos que suelen quedar fuera del alcance de una investigación estándar.

Jules pestañeó varias veces.

El nombre de la médium resonó varias veces en su cabeza.

Martina Pipó.

Martina… Pipó.

La imagen mostraba ahora una secuencia de video de ella en la rueda de prensa, mientras el presentador seguía ofreciendo datos sobre el caso.

—Recordemos que, a principios de los años noventa, los médiums experimentaron un pequeño auge no solo en el área de la investigación policial, sino a título privado para empresarios y civiles de todo tipo. Una herramienta innovadora para un tema controvertido sobre la visión de fantasmas, que levanta susceptibilidades entre los sectores más escépticos de la población.

—Me parece vergonzoso —decía una señora que había sido preguntada en plena calle— que se use nuestro dinero para estas tonterías en pleno siglo XXI como estamos…

La imagen de Martina Pipó apareció de nuevo en pantalla, en plena rueda de prensa.

—Estoy aquí para servir con hechos y con intuiciones —decía—. Si esas intuiciones llevan a confirmar sospechas, habremos conseguido avanzar en nuestro deseo de detener esta crisis nacional.

—La señorita Pipó —decía a continuación Rosa María Delegado, comisaria principal de la Policía Nacional, seria y ceñuda ante la cámara— ya ha demostrado su valía al colaborar activa y acertadamente en la resolución de algunos homicidios relacionados con la droga conocida como Aetherium, y en facilitar la comprensión de la naturaleza de la crisis que manejamos, ya que toca temas que nos son desconocidos. Razón por la cual, después de

varios hechos de confirmada valía, presentamos públicamente su valiosa participación en los procedimientos y dispositivos que llevamos estableciendo desde hace ya tiempo.

Martina Pipó, se decía Jules casi sin escuchar a la comisaria, con las ideas evolucionando en su cabeza a gran velocidad.

La experta. De demostrada valía. Con capacidades extrasensoriales. Que ayudaba a comprender temas desconocidos.

Sonrió.

Las casualidades, a veces, no estaban carentes de ironía.

Había llegado el momento de hacer unas cuantas preguntas a la persona que estaba buscando.

2

Martina llegó a su casa alrededor de las nueve, un poco más tarde de lo habitual; en parte, porque había salido tarde de la oficina, en parte, porque había dedicado un poco de tiempo a pasear.

Ya no le gustaba caminar por la zona centro, sin embargo. Le resultaba… asfixiante. Incluso mareante. El Retiro había sido su zona favorita, incluso… Ibiza, Atocha, Lavapiés y Salamanca… pero desde que el Aetherium había iniciado su ascensión como droga estrella de Madrid y, pronto, de toda España en realidad, con pequeños brotes abriéndose camino en Europa e Inglaterra, sus sentidos se atascaban. Era como ser alérgico a los eucaliptos y caminar por la vereda de un riachuelo colmado de ellos. Por eso, a veces, cogía La Castellana y caminaba hasta acabar frente a las puertas del Museo Nacional de Ciencias Naturales, o tomaba un refrigerio en Chamberí, o incluso, si disponía de tiempo, hasta Puerta del Ángel.

Pero no la zona centro.

Nunca la zona centro.

Cuando llegó, dejó las llaves y el bolso sobre la mesa del comedor y se quitó los doloridos zapatos. Eran preciosos, sin duda, y una ganga, por cierto, pero los puñeteros le estrujaban los dedos como un primer novio tóxico de dieciséis años afectado por una inseguridad galopante.

Resopló brevemente y se preparó mentalmente para el resto de las tareas que le quedaban por hacer. ¿Llegar a casa era descansar? Suponía que sí. Un alivio, claro, después del duro día de trabajo. Pero aún tenía que ponerse algo más cómodo, asearse, prepararse algo de cena, y luego, dar cuenta de ella mientras miraba alguna serie. Y toda esa parte no era descansar. Aún no.

A veces no miraba nada. A veces estaba tan cansada que se contentaba con quedarse en el sofá con algo de música (casi siempre Pomme, la cual disfrutaba mucho más que mucho) con un vaso de vino y echando de menos fumar alguna cosa. Y fuera una cosa u otra, caía en la trampa del dormir. El dormir era un traicionero transporte automático al futuro que no se disfrutaba nada. Estaba en el sofá, descansando, y de repente, amanecía otra vez y la alarma del móvil la avisaba para que se pusiera en marcha de nuevo. Desayunar. Asearse. Ponerse ropa más formal. Etcétera. Etcétera.

Creía que necesitaba unas vacaciones, y después de eso, unas vacaciones de unas vacaciones.

Pero mientras pensaba en eso, una voz a su izquierda hizo que diera un respingo. Lanzó un pequeño grito.

—Martina Pipó.

Era una voz masculina, suave, que hablaba en voz baja con una dicción marcada y perfecta.

Ella se quedó mirando a la oscuridad del salón. Había encendido la luz del recibidor y la zona de la mesa del comedor, pero no aún el salón. No tenía luces en el techo: solo le gustaban las luces indirectas, cálidas y tenues. Así que aquella parte estaba manifiestamente en penumbras.

Primero pensó que era una voz proveniente del más allá. Siempre había sospechado que sus sentidos llegarían a dispararse algún día, que la cantidad de manifestaciones que ocurrían en Madrid, continuamente, acabarían por ser demasiadas. Y sabía que, cuando eso ocurriese, no solo no podría seguir haciendo su trabajo, probablemente, no podría seguir viviendo en Madrid.

Pero por el momento, siempre que se mantuviera tan alejada de la zona centro como fuera posible, no había ocurrido.

Pero no era una voz del más allá.

No era una aparición.

Era un hombre. Sentado en la misma butaca donde ella se sentaba a veces a leer algún libro. La butaca al lado de una mesita camilla redonda donde tenía, a modo de decoración, una primera edición en inglés de *El Señor de los Anillos*, obra que amaba tanto como la música de Pomme.

El hombre encendió la lamparita de al lado de la mesa, y Martina pudo verlo con claridad.

Era un hombre apuesto, de cabello rubio con flequillo y raya a un lado, facciones ilegibles, casi hieráticas, vestido con pantalones clásicos de pinza, zapatos elegantes y camisa.

Tenía la cabeza inclinada y la miraba valorativamente.

Martina tragó saliva.

—Por favor —dijo despacio—, no haga el disparate de salir corriendo hacia la puerta. Aunque me vea aquí sentado, soy extraordinariamente más rápido que usted. Y conseguiría que me enfade, porque me enfadan las estupideces. Y cuando estoy enfadado, no soy agradable.

—No lo haré —dijo Martina, mientras pensaba con rapidez.

Primero, pensaba en quién podría ser. Parecía un tipo educado, no el típico ladrón, así que estaba allí no por casualidad, sino porque la quería a ella. Segundo, sabía su nombre. Y sus apellidos. Ya le dijo a Conde que la idea de dar una rueda de prensa sobre sus capacidades le parecía una idea nefasta, pero estaban presionando tanto a Conde que si fuera una hamburguesa habría desparramado kétchup y todo el contenido entre los dos panes en todas direcciones, y tenían que recurrir a lo que fuera que tuvieran entre manos, por desesperado que pareciera. «Si usas papel de doble cara para limpiarte el culo, contaremos eso y haremos que suene extraordinario», había dicho.

Y tercero… Llevaba la cara descubierta. Eso eran muy malas noticias. Eran las peores noticias. Si sabía quién era ella y en qué trabajaba, si sabía que era una empleada de la Policía Nacional, revelar su rostro no parecía indicar nada bueno. Significaba que… tal vez… que quizás era posible que aquel hombre no tuviera intención de dejarla marchar para que pudiera describirlo o mirar una base de datos de rostros para identificarlo.

Quizás.

Tal vez.

En todo caso, allí estaban las consecuencias.

Había dado una rueda de prensa y ahora tenía un tipo en su casa. En su butaca. Junto a su libro más querido, la ópera magna de Tolkien nada menos, en su primera edición en inglés.

Un tipo que sabía su nombre.

—Perfecto —dijo el hombre, inclinándose hacia delante—. Esto es lo que va a pasar. Tengo un problema y necesito su asesoramiento. Si responde a mis preguntas según mi satisfacción, me iré y no volverá a verme nunca más. Si se hace la lista, me miente, se reserva información, o tengo la sospecha de que lo hace, me cabrearé. Y no quiere estar conmigo a solas en una habitación cuando estoy cabreado.

—De… de acuerdo —dijo Martina.

El hombre extendió el brazo hacia el sofá, al lado de la butaca.

—Siéntese —pidió.

Martina dudó unos instantes. Ella no era Rebeca, eso estaba claro. Rebeca, que tenía un cuerpo atlético y estaba en forma, hubiera podido, tal vez, correr hacia la puerta, abrirla, salir y gritar con toda la gloriosa capacidad de sus pulmones. Lo que… podría tal vez ayudar, o tal vez no. No se imaginaba a ninguno de sus vecinos saliendo al rellano alertado por los gritos con una sartén en la mano, dispuesto a hacer de héroe. No eran ese tipo de vecinos, ni era ese tipo de edificio, ni Madrid era ya Madrid ni la gente era como la gente de antaño. Y, además, se daba el hecho de que ella era ella, y en cuanto a lo de correr… bueno, había cosas que se le daban mucho mejor.

Obedeció y se sentó en el sofá, tan lejos de él como pudo, las rodillas juntas, la espalda derecha. Un pensamiento, en cierto modo agrio y divertido a la vez, cruzó por su mente. Pensó que menuda médium era si no había conseguido ni anticiparse a lo que le esperaba en su propia casa.

Y a juzgar por cómo le miraba aquel tipo, debía estar pensando lo mismo.

—¿Cómo ha averiguado dónde vivo? —preguntó ella en voz baja, dubitativa.

—Por favor… —exclamó él—, pero olvídese de eso. Yo hago las preguntas, usted responde. Tengo algo de prisa.

Martina asintió.

—Es usted médium —dijo él.

—Sí.

—¿Qué significa ser médium?

Martina carraspeó brevemente.

—Per… percibo información que a otras personas no le llega —respondió, intentando ser tan breve y precisa como fuera posible. No tenía intención de charlar con aquel extraño más de lo que fuera estrictamente necesario.

El desconocido asintió.

—Ahora mismo —dijo—, ¿qué ve en mí?

—¿En… usted? —respondió Martina—. ¿A qué se refiere?

—¿Ve algo inusual? ¿Algo especial? ¿Algo que otras personas no puedan ver, sentir, escuchar?

Martina negó con la cabeza.

—No…

El hombre la miraba sin mover un solo músculo de la cara. Martina solía calar muy bien a las personas, pero resultaba imposible leer la expresión de aquel hombre. Martina sabía muy bien que costaba mucho trabajo ser tan ilegible como era aquel tipo.

—¿Toma Aetheris? —preguntó él.

—¿Qué…? No.

—¿Por qué no? —preguntó el desconocido.

—¿Para qué iba a tomarlo? —quiso saber—. Es una droga. Trabajo en la Policía. No tiene sentido…

—Pero usted asegura ver fantasmas —dijo.

Martina inclinó la cabeza.

—No… no funciona así —respondió al fin—. He visto cosas en alguna ocasión, no lo niego, pero no veo… fantasmas, como lo hacen los consumidores de Aetheris.

—Ha dicho que lo hacen. Es una afirmación.

—Sí.

—Los fantasmas… ¿existen?

Martina suspiró.

—Sí.

—Los consumidores de Aetheris ven fantasmas que existen.

—Sí.

Jules permaneció callado unos instantes, como reafirmando la

información que estaba recibiendo.

—¿Por qué está tan segura de sus afirmaciones, si usted no los ve?

—Porque… la información que me llega no es a través de la vista, o los oídos… es a través de sensaciones internas.

—¿Qué tipo de sensaciones?

—Me siento mal. O bien. Inquieta. O alerta. A veces también tengo una especie de visiones, como pequeños videos mentales, que me revelan cosas.

—Pero no percibe nada sobre mí… —dijo el hombre.

—No…

—¿Por qué?

—Mi capacidad… no es un botón que pueda pulsar. No es un músculo que pueda activar, como un brazo. Puedo mover el brazo a voluntad, cuando lo desee, pero las visiones y las sensaciones son descontroladas. Creo que llegan cuando tienen que llegar.

—Cuando tienen que llegar.

—Sí… —dijo Martina—. Suele ser información importante. Creo que es información que me llega porque es información valiosa para… un bien mayor. Por ejemplo, no veo cómo un hombre hace café por mucho que repita esa operación cada mañana, a veces también por la tarde, durante todos los días, cada semana. Pero si va a asesinar a alguien… podría captarlo. El momento en el que se prepara. Cuando compra las herramientas que va a usar.

—Un bien mayor… —susurró Jules, ahora con cierta aflicción.

Martina creyó ver ahí un elemento nuevo en su discurso sobre el que podía poner el pie.

—Como ahora —dijo—. Ha dicho que necesita mi ayuda. Ayuda, en todo caso. Bueno… Cuénteme, entonces. Si no veo el humo no podré saber si hay algún fuego. Si me… cuenta qué le pasa…, tal vez podría ayudar.

En ese momento, de repente, el libro de Tolkien se desplazó unos centímetros sobre la mesa camilla. Martina lo percibió con la vista periférica y movió los ojos a tiempo para ver el final de su desplazamiento. El hombre, que no se había movido en absoluto, siguió sentado en su butaca, componiendo una expresión agotada. Ni siquiera giró la cabeza para ver el libro, y Martina se preguntó si lo había llegado a notar siquiera.

Parecía exhausto, de hecho.

Martina se quedó inmóvil.

En toda su vida profesional, jamás había visto nada parecido a… objetos moviéndose por sí solos. No era su campo de estudio ni de experimentación, pero sabía que la terminología para esos fenómenos era, por supuesto, *poltergeist*. Como la película. Había leído que podía tratarse también de psicoquinesia involuntaria, a veces, provocada por personas bajo un severo estrés emocional que, en teoría, podrían ser capaces de generar energía psicoquinética y desplazar objetos. Pero… Era una auténtica lega en la materia.

Y desde luego, no era parte de la casuística del Aetheris.

Con… ¿Con qué estaba tratando allí?

—La gente que toma Aetheris —susurró mientras miraba al suelo, como enmarañado en procelosos recuerdos— ve algo monstruoso que me acompaña. Gente diferente, en diferentes lugares. Se asustan. Gritan. Caen al suelo.

—Es… Es un efecto clásico entre consumidores. —apuntó Martina, prudente.

—Es un efecto clásico en consumidores primerizos —corrigió Jules—. Las primeras visiones asustan. Algunos lo dejan. Otros siguen tomándolo, pero llega un momento en el que no lo soportan y acaban con su salud mental destrozada. O acaban reventando por algún otro lado y ya no vuelven a ser las mismas personas.

Martina asintió. Aquel hombre parecía conocer bien el producto, aunque eso no era precisamente información clasificada.

—Pero la gente que se asustó tanto que casi se mean encima eran habituales —siguió diciendo Jules—. Gente que toma la dosis adecuada para mantenerse en la línea entre la desesperación y la vida normal, en esa pequeña franja, fina como la raja producida por un estilete en un cartón.

Martina no dijo nada.

—Yo mismo lo vi también —siguió diciendo el hombre, visiblemente abatido—. Lo vi en un espejo. Una… aberración insomne, negra como la brea, en movimiento, con los bordes sinuosos como tirajes de humo. Una cara. Una cara bien formada que conocía, además. Una cara… espantosa.

—¿Una… aparición negra?

—Él era negro —respondió Jules.

—¿Fallecido?

—Está bien muerto —respondió el hombre—. Lo sé bien. Yo lo maté.

Martina contuvo la respiración unos instantes.

¿Quién era ese hombre?

No sabía si sobreviviría a esa noche, y no quería —no podía— permitirse detenerse a pensar en ello. Tenía que pensar que sí. Quería pensar que sí, que sobreviviría, así que empezó a estudiarlo tan detenidamente como pudo. La forma marcada de su mentón. Su estupenda constitución física. La forma de sus manos, el corte de sus uñas. Esas cosas eran importantes para hacer conjeturas más tarde. Si había alguna marca visible en el cuello o en cualquier otra parte. Una cicatriz. Un tatuaje.

—Usted… ¿Usted toma Aetheris?

—No… —dijo él.

—Entonces…, ¿cómo es posible que…?

Jules levantó la vista.

—Eso quiero preguntarle —dijo—. Cómo puedo verle si no consumo esa droga. Ninguna droga. Jamás lo he hecho. Nunca lo haré. Mi mente es mi hogar, es cuanto tengo. No la llenaría de mierda aunque me apuntasen con una pistola.

—La… única manera… es que sea usted… sensitivo.

Jules pestañeó un par de veces, la cabeza ligeramente inclinada. Después, soltó una carcajada.

—*För sjutton*! —soltó Jules.

Martina no reconoció el idioma, pero intentó memorizar la expresión. Era, una vez más, una pista.

—Quiere decir…, ¿como usted? ¿Una especie de médium? —rio de nuevo—. No, no soy… sensitivo. Ni siquiera creo en esas cosas. Solo estoy… barajando posibilidades.

—No es normal ver cosas —dijo Martina—. Hay… explicaciones médicas, sin embargo. Fatiga extrema. Estrés. Sobrecarga emocional. Todas esas cosas ayudan a tener alucinaciones.

—No era una alucinación —dijo Jules, cambiando el gesto—. No siga por ese camino. ¿Acaso no ha visto el libro moverse?

Martina se puso rígida. Lo había visto, sí. En la velocidad de la conversación, el hecho casi había resbalado de su mente.

—No era una alucinación —dijo Jules—. También lo he

escuchado. Me dice cosas que tienen sentido.

—Qué… ¿Qué tipo de cosas? —preguntó Martina, dubitativa. Tenía cierta resistencia a hacer preguntas porque el hombre tenía aspecto de tener tolerancia cero a repetir las cosas, y ya le había dicho que él hacía las preguntas.

Jules pensó unos momentos.

De repente, parecía cansado. Muy cansado. Tenía aspecto de no haber dormido en bastante tiempo, o de haber vivido situaciones intensas demasiado a menudo en muy poco tiempo.

Susurró algo que Martina no consiguió entender.

—¿Perdone? —preguntó con prudencia.

—Cobarde —exclamó Jules—. Me dice cobarde.

Se señaló el oído derecho.

—Es una voz fuerte como… a escasos centímetros de mi oreja. Pero cuando la he escuchado estaba solo en mi habitación. No había nadie más.

—Entiendo —dijo Martina.

—Me dice que me enfrente a él. Que soy un cobarde. Que cada vez es más fuerte, y que vendrá a por mí si no voy yo por él.

—Ya veo.

—Si admitimos que es un fantasma… —dijo—, ¿cómo… cómo me enfrento a él?

—Sin embargo… —dijo Martina con voz suave—, eso de la brea negra… no parece ser… la casuística que acompaña a las visiones producidas por el Aetheris.

—También lo he pensado —admitió Jules—. Y todo ese horror. Ese… horror profundo —añadió, componiendo una expresión de asco—. La gente que lo ha visto… casi se les ha puesto el pelo blanco. En mi vida he visto a un buen montón de gente aterrorizada… pero… ¿como ellos? —negó con la cabeza—. No. Como ellos no. Y hay otra cosa.

Martina esperó a que continuara.

—Cuando empecé a verlo, estuve en una sala de fiesta de Madrid. Una sala decadente, llena de carcas ricos salidos con toneladas de viagra en las venas. Bebí un ruso blanco.

Martina inclinó la cabeza.

¿No había habido un caso de homicidio recientemente en una sala de fiesta? El informe mencionó que el sujeto, que asesinó a tres

de los encargados de seguridad, había pedido dos rusos blancos. Un tipo agraciado, agradable. Rubio. Con pelo corto, peinado con raya a la izquierda.

Abrió mucho los ojos.

—¿Cree que pudieron ponerme… Aetheris en la bebida?

—No… no lo sé —dijo.

—Lo he pensado —dijo—, pero no he tenido tiempo de… investigarlo. Tengo que averiguar quién estuvo en la barra esa noche. Ir a su casa. Interrogarlo a fondo. Sacarle la información. Quién y… por qué. Por qué yo. O si fui solo yo o lo hacen con la gente para empezar a engancharlos. Y si fui solo yo, quién le pagó para que lo hiciera… Eso tendría sentido…, ¿no? Sería una explicación, por lo menos.

—De acuerdo… —dijo Martina, hablando despacio—. Pero… antes de ir a la casa de nadie, tal vez podría hacerse un análisis de drogas. Se pueden hacer en algunas farmacias. Son… son discretos, anónimos… el Aetheris permanece en el organismo hasta cinco días después de…

Jules cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados, índice y pulgar justo en el centro.

—Oh, sí —interrumpió—, vaya… Lo había olvidado. Ya lo había pensado. Vaya. Estoy tan cansado… Distraído. Lo hice, de hecho. Tenía paneles para cannabis, cocaína, opiáceos, anfetaminas… hasta benzodiacepinas, pero no para Aetheris. Dio negativo, de todas maneras…

—Entiendo —dijo Martina.

Él levantó la mirada de repente.

—¿Cómo me enfrento a él? —preguntó, otra vez determinado—. Tengo que… parar esto.

—Bueno —dijo Martina—, hasta donde sé… los fantasmas que conozco, los de mi propia experiencia, no tienen poder aquí. No pueden interactuar con este mundo porque…

De pronto, un súbito estrépito fuerte, grave y sonoro, que venía de algún punto a su espalda, le hizo saltar sobre el sofá y lanzar un pequeño grito. Cuando miró, dos de las sillas de su mesa de comedor se habían caído al suelo y se apoyaban ahora sobre el respaldo. Una aún se movía. El bolso sobre la mesa cayó sobre un lado con suavidad, plof, con un sonido amortiguado casi inaudible.

—Dios mío —exclamó Martina, sobrecogida. Tenía la mano en el pecho, que le latía con rapidez.

Jules se reía, una especie de risa silenciosa, casi histérica.

—¿Lo ve? —dijo—. Parece que mi fantasma sí puede.

—Es… es…

—Es… increíble —terminó el hombre por ella—. Es alucinante. Inaudito. Imposible, si quiere. Y, sin embargo, ocurre. Y ocurre justo en este momento, ¿se ha dado cuenta? Cuando ha dicho que no pueden… ¿cómo lo ha llamado? Interactuar con este mundo, eso es.

—Sí —admitió Martina, mirando alrededor. Llevaba toda la vida enredada con fuerzas y sensaciones invisibles, y tenía que admitir que nunca había visto nada como aquello. Hasta había llegado a creer que no era posible: que las entidades invisibles de otros planos no podían ejercer influencia en el mundo terrenal. El mundo de las tres dimensiones, donde los mortales nacían y morían en eterna sucesión.

—Pero fíjese… —observó Jules en voz baja, con una sonrisa enfermiza en el rostro—. Qué fuerza hay que tener para tirar esas dos sillas de un golpe. Son buenas, ¿verdad? Buena madera antigua. No son precisamente de IKEA, que parecen hechas con… virutas de cagadas de polilla.

—Sí —admitió Martina.

Jules asintió.

—Juega conmigo —susurró—. Está aquí, siempre está aquí. Todo lo ve y todo lo oye, pero no intenta… nada. Si puede tirar esas dos sillas, podría… no sé… hacer volar un cuchillo hacia mi pecho, quizás mientras duermo. Podría soltar un peso cuando camino bajo él o empujar una maceta cuando voy por la calle. Podría hacer que el coche que circula a mi izquierda, cuando conduzco, diera un bandazo y me obligara a girar, dando vueltas de campana. Podría morir, y solo le llevaría un ligero movimiento de volante.

—Sí —balbuceó Martina—. Tiene… sentido.

Jules volvió a mover la cabeza en señal de conformidad.

—Sí —susurró—, pero no sabe qué es esto.

—Lo cierto —dijo— es que estoy un poco… perdida.

—Pensé que sabría más —admitió Jules—. ¿Existe alguien que sepa más que usted?

—Yo… In… indudablemente, hay personas notables en el mundo, con capacidades asombrosas. Pero… esos grandes maestros no salen en Internet. No hablan de sí mismos. No se publicitan, no son notables ni notorios… le va a costar dar con ellos.

Jules chasqueó la lengua.

—¿Puede ayudarme, entonces? —preguntó.

Martina soltó el aire en sus pulmones.

Lo cierto era que… el miedo que había experimentado por la presencia de aquel desconocido había ido cambiando de lugar. Primero había sido la sola presencia del extraño; no es fácil digerir el tener a alguien que no conoces en tu salón, una persona imperativa, hostil, que reconoce abiertamente haber matado a una persona. Pero luego, cuando había mencionado la brea negra, ese miedo había saltado de casilla, como una ficha de parchís. Había sentido… algo. Algo pequeño. Una sutileza, como un pequeño escalofrío en el ánimo, pero algo que le decía: «Esto es cierto». Sonaba como cierto. Como una familia que vive día a día con una pequeña paguita y él compra lentejas, compra detergente, compra… y no quiere mirar el saldo en el banco porque no desea enfrentarse a la gravedad de su situación. Pero un día, la tarjeta sale rechazada, y él piensa: «Claro». Era ese tipo de conocimiento íntimo, inevitable, no deseado, que de repente hacía clic y caía por su propio peso. El conocimiento de que tras las palabras de aquel desconocido había algo…

Algo grande.

Algo real.

Peligroso.

Desconocido.

Después de ver el libro moverse y las sillas caídas, estaba convencida de que aquel extraño llevaba consigo algo nuevo.

«La información llega cuando tiene que llegar», le había explicado a Rebeca sobre sus visiones. Y creía en ello.

Y tal vez, ahora que el Aetheris estaba tan extendido y todo estaba tan fuera de control, esa información que les faltaba estuviera allí mismo.

—Vale… —dijo Martina despacio—, de acuerdo. Sí.

—¿Sí? —preguntó él, desconfiado.

—Sí. Déjeme… déjeme que me concentre, por favor. No es fácil.

Me ha sometido a mucho estrés. Está en mi casa, ni siquiera sé cómo ha entrado. Me siento en peligro. Mis sensaciones atienden a algo que está… alineado con lo contrario. Tengo que sentirme bien. Tengo que estar tranquila.

—Ya le he dicho que no le haré daño —dijo él.

—No tengo razones para creerle —respondió ella.

El desconocido valoró las palabras y asintió.

—Concedido —dijo—. No tiene motivos para creer en mí, y tiene razón. Aun así…

—Aun así, lo intentaré —dijo ella—. Déjeme concentrarme. Deme un poco de tiempo.

—De acuerdo —concedió él.

—No sea impaciente. Esto puede llevar unos minutos. Un poco más.

—Está bien —respondió Jules, reclinándose en la butaca.

Martina asintió, movió la cabeza como si quisiera calentar los músculos para un ejercicio físico, cerró los ojos y…

Y se quedó inmóvil como una estatua.

3

Martina estuvo en trance unos buenos diecisiete minutos, y, en todo ese rato, Jules no se movió. Nada lo hizo, de hecho, y a pesar de vivir en un cuarto piso de un bloque cualquiera rodeado de carreteras transitadas con vida todo el día, hasta sus oídos no llegó sonido alguno. De ninguna parte.

Martina sí acusó pequeños movimientos.

Sus pupilas se movieron con rapidez durante un buen rato, como en mitad de la fase de sueño profundo, y luego se detuvieron de nuevo. En otro momento, su rostro se sacudió como estremecido por pequeños tics nerviosos; aparecían y desaparecían en cuestión de unos segundos.

Hasta que abrió los ojos y miró hacia abajo, soltando todo el aire de sus pulmones y volviéndolo a tomar.

Jules la miró con interés.

—Vale —susurró al fin.

Jules no dijo nada. Pero estaba expectante.

—Primero… quiero decirle que este tipo de… actividad forzada no es mi fuerte. Hay personas que lo hacen. Yo no funciono así. Aun así, antes de concentrarme, había intuido un par de cosas. La primera es que no es usted un simple colgado que se ha colado en mi casa con una especie de paranoia mental rara en la cabeza.

Jules tampoco hizo ningún comentario a eso. Solo escuchaba.

—No se ofenda —dijo Martina—. No le conozco.

«Solo sé de usted que ha confesado un crimen», pensó, pero evitó añadir ese comentario.

—La segunda cosa… es que también había notado algo antes —añadió ella—. Algo que no estaba bien. Algo en el aire. Imagino que no es diferente a cuando una bandada de pájaros eleva el vuelo, todos a la vez, momentos antes de un terremoto. Algo que se percibe, que no es normal.

—¿Se refiere a cuando las sillas se cayeron al suelo? —soltó Jules en un tono claramente irónico.

—Eso fue definitivo, lo admito —dijo Martina—. Dicho esto… Sí. Tengo que admitir que en esta habitación se percibe algo. Es algo… fuerte. Es intenso. Es una anomalía. Se parece a los lugares antiguos cargados de historia emocional. El trasiego de las vidas por los sitios deja una marca, una huella. Algunos lugares predispuestos a ello se quedan… contaminados de eso porque la malla que separa los planos es allí más fina, ¿me explico?

Jules se encogió de hombros.

—Entiendo lo que dice —exclamó—, pero… ¿algo más concreto?

—Sí… —dijo Martina—. Ese algo fluye desde su dirección —extendió el brazo hacia él, con la mano lacia—. No está en la habitación. Está con usted. Está tan con usted que parecen una sola energía. La misma fuente. Y suena…, ¿sabe?, suena como un corredor lleno de viento…, como una garganta natural por donde el viento arranca sonidos de las aristas rocosas y las oquedades.

—Eso es muy poético —observó Jules—, pero sigue sin ser práctico.

—Intento poner con palabras sensaciones muy extrañas —explicó Martina—. Intento ayudarle con lo que tengo, aunque no sea mucho. El mundo que está mezclándose con el nuestro no se

parecen en nada, absolutamente. Si uno es una impávida pared de hielo, el otro es un torrente de lava. Tiene formas, tonos y sonidos para los que no tenemos palabras siquiera. Pero le diré algo para que me crea. Me parece que he escuchado su nombre. O lo he intuido. O lo he visto. Sonaba entre el viento que se movía por la garganta abisal de piedra y roca. El nombre de la entidad que está sobre usted.

Jules inclinó la cabeza.

—*Cua-Me* —dijo Martina.

Jules contuvo la respiración.

Kwame.

—¿Tiene… sentido para usted? —preguntó ella.

—Sí.

Martina respiró, pensativa.

—Es un nombre raro —dijo—, pero… de acuerdo. ¿Se conocían, usted y *Cua-Me*?

—Sí.

—Creo que eran… enemigos.

Jules asintió.

Martina miró alrededor, incómoda. No olvidaba que la entidad que acababa de escudriñar estaba allí, mirando, escuchando, espiando, atenta. Y tal vez no tuviera interés en asesinar a aquel desconocido, pero algo le decía que lo que le pasara a ella podía importarle muy poco. Nada, en realidad.

Y tenía capacidad para hacerle daño.

Como romperle un hueso del brazo por la mitad, de repente, y dejárselos en el interior de la carne separados por unos buenos seis centímetros, los músculos tirantes hasta lo insoportable, la carne estriada hasta que se volviera morada en cuestión de segundos. O hundirle los ojos.

Podría.

—¿Entonces? —increpó él.

Martina pensaba.

¿Por qué esa entidad estaba allí? ¿Por qué sobre aquel hombre?

Las entidades fantasmales que se veían con el Aetheris buscaban la energía. Energía generada por el cuerpo, por el yo interior, por las reacciones fisiológicas del cuerpo. ¿Había generado mucha energía aquel hombre? ¿Aquel… asesino?

¿Era aquella entidad negra y oscura como la brea, desconocida, abyecta, sedienta y poderosa, una pieza nueva en el tablero? ¿La primera de muchas otras entidades poderosas? ¿Un nuevo problema que iría apareciendo en el terreno de juego a medida que pasara el tiempo?

¿Acaso, tal vez, no quería matar a su huésped porque se alimentaba de su miedo, de su cólera, de sus actos, como en cualquier relación simbiótica parasitaria?

—Debería probar a contactarla —dijo ella.

—Con… ¿contactarla? —preguntó Jules.

—Esta entidad no es como ninguna otra que se haya descrito jamás, no es como las que se ven cuando se consume Aetheris. Es… diferente. Pero creo… Tengo la sensación de que, aun así, se alimenta de usted. Por eso no lo mata, como ha dicho antes, porque usted es su huésped. Está creciendo y cada vez es más fuerte. Aún no lo bastante, pero crece. Creo que ha gastado demasiada fuerza en su pequeña actuación de poder con las sillas, pero en un tiempo, eso no será un problema, y puede… puede hacerle las cosas muy difíciles…

—¿Y cómo la contacto? —preguntó él con suspicacia.

—¿No lo adivina? —preguntó ella.

—Con Aetheris —susurró el Hombre sin Nombre.

Martina asintió despacio.

—Supongo que sabe, dado que está aquí, que llevo trabajando mucho tiempo en el problema del Aetheris. En la Policía Nacional. Aprendimos una cosa: muchos de los consumidores no aguantan la convivencia con el mundo espiritual que están acercando a este plano sin saberlo, y se suicidan, entre otras cosas. Pero otros establecen una… relación simbionte. Por ejemplo, con la masturbación.

Jules levantó una ceja.

—Generan energía para ellos, dos, tres veces al día. Llegan al orgasmo y el cuerpo se expone a toda una cadena de cambios y movimientos químicos y hormonales internos que son como pequeñas bombas atómicas, solo que sin daños. Ellos hacen eso y, cuando toman Aetheris, les susurran cosas. Cosas triviales, a veces. En ocasiones, información que usan para… tener pequeñas ventajas en la vida. Usted… Usted parece un huésped que esta entidad

aprecia.

—Usar el Aetheris —susurró Jules.

—Póngase en contacto. Hable con ella. No será más peligroso para usted de lo que es ahora mismo. Como ha dicho, parece evidente que no desea hacerle daño, porque ya se lo habría hecho. Y puede hacerlo, sin duda.

Jules estaba callado, aparentemente absorto en la contemplación de sus propias rodillas, pero escuchando con verdadero interés.

—Sí —susurró Jules—, puede ser.

Martina asintió.

Parecía que estaban llegando al final del acto.

Se acercaba el momento de saber si habría un par de bises o… si el telón se cerraría, para siempre, y de una vez por todas.

Pensó con cierta resignación que, si se trataba de lo segundo, su vida tendría un guion malísimo.

Un guion de mierda.

Jules se incorporó con gracilidad y ella tragó saliva.

—Le doy las gracias —dijo—. Pensaré en lo que ha dicho.

Martina intentó responder algo amable. Lo pensó. Creyó que sería… bueno hacerlo. Que sería conveniente. Oportuno. Pero no pudo. Incluso con sus férreas creencias en una vida después de la vida, sintió miedo. Miedo al dolor, por supuesto, al trance de la muerte, miedo a irse. A dejar todo atrás. A no seguir discurriendo por aquellos días de tierra y carne, en aquella guardería de almas donde uno debía aprender, experimentar, probar y probarse. Y decidió, en ese mismo instante… que no quería irse.

Porque la posibilidad de que él decidiera acabar con ella era, en realidad, bastante alta.

Y mientras pensaba en eso, el desconocido se acercó hasta donde estaba sentada y extendió las manos.

—Ha sido amable —susurró—. Le prometo que no le dolerá. Lo he hecho muchas veces.

Martina cerró los ojos.

«Bueno», pensó con sorprendente claridad. «Esto es… esto es todo».

Pensó en resistirse, y una parte de su ser quiso hacerlo. Quiso hacerlo de verdad, aunque supiera que no iba a conseguir librarse de un fin que parecía ya inevitable, aunque fuera consciente de que

no tenía fuerza para librarse, ni deseaba tampoco causarle ningún mal al que iba a ser su asesino. Pero una cosa era pensarlo, y otra, hacerlo. Era curioso observar cómo el pensamiento lanzaba una especie de orden al cuerpo, pero este no respondía. No se movía.

«Mejor», dijo la voz clara en su mente. «No vamos a morir haciendo daño a otra persona después de toda una vida de abstinencia».

Casi… casi se rio.

Morir asesinada con un pensamiento divertido.

«Eso sí que es gracioso», pensó también.

Él, de pie delante de ella, colocó sus manos alrededor de la cabeza de ella, que seguía sentada. Visto desde fuera, con la mujer sentada en el sofá, la espalda derecha y las rodillas juntas, podría parecer el gesto de cariño inocente de un padre, por mucho que la verdad estuviera en el extremo diametralmente opuesto.

Partir el cuello.

Las películas hacían que pareciera fácil algo que no lo era en absoluto. Se requería un conocimiento anatómico muy preciso, determinar un ángulo de torsión exacto y, además, aplicar una fuerza significativa desarrollada en un lapso de tiempo casi inmediato. Era como un coche que acelera de cero a cien en un instante; no solo precisaba del coche y el motor adecuados, sino un conductor que supiera sacar el rendimiento adecuado al vehículo. Se trataba, desde luego, de quebrar las vértebras cervicales superiores, cerca del tronco encefálico, porque ellas controlan funciones esenciales como la respiración o el ritmo cardiaco. Dos objetivos claros del proceso. La cantidad de daño correcto en esas zonas podían detener esas funciones vitales casi instantáneamente, desde luego, pero, aun así… distaba mucho de ser… fácil.

Y él había prometido que no dolería, además.

Lo había prometido y lo cumpliría.

Era un asesino, no un monstruo.

Pero eso… Vaya, eso hacía las cosas aún más complicadas.

Estuvo un tiempo concentrado, calculando el ángulo, la fuerza y hasta la posición de las manos, y todo teniendo en cuenta el vigor físico de ella, incluso el tamaño de su cuello. Y mientras pensaba en eso, trazaba líneas mentales como lo haría un campeón de billar cuando prepara su movimiento para jugar.

Pero cuando terminó y sintió que estaba preparado, a punto de llevar a cabo su acto de asesinato… se detuvo.

Se detuvo. No lo hizo.

Se quedó un rato así, mirando la parte superior de la cabeza de Martina, recibiendo su aroma suave, una mezcla de miedo y de perfume femenino, discreto, pero aún intenso, y apartó con cierta parsimonia las manos.

Las miró como si fueran unas desconocidas.

Como si fueran nuevas.

Y las bajó.

—¿Sabe qué…? —susurró—. Da lo mismo. Si hay más cosas después de esto…, ya no estoy tan seguro de que sea yo el que deba… abrir las puertas.

Se dio la vuelta y se alejó.

Martina, aún con los ojos cerrados, empezó a resoplar. Se llevó las manos a la cara y cubrió el rostro con ellas, y lloró. Lloró y lloró durante mucho más tiempo del que fue consciente.

En parte, por el miedo.

En parte, por el alivio.

Pero sobre todo… Sobre todo, por la cantidad de información espeluznante, horrible, cruda, que había recibido de aquel hombre sin nombre, o, mejor dicho, de aquel hombre con mil nombres, y que ahora se entremezclaban con sus propios recuerdos.

Capítulo 20

Un acto de bondad

El Hombre sin Nombre había alquilado una casa rural en Robledo de Chavela llamada Saint Bernard, utilizando documentación falsa que consiguió en el tiempo que una persona común hace una reserva de un vuelo. Aunque Jules no tuvo tiempo de apreciar su belleza, la casa, tan singular como única, resultó ser un enclave casi idílico, con un encanto ciertamente especial. Solo la eligió por estar apartada, en un enclave de abundante riqueza natural, entre la sierra de Guadarrama y la de Gredos, a solo quince minutos de El Escorial.

Se pertrechó allí por una cantidad de tiempo indefinida, sin fecha de salida, y se determinó a no abandonar el lugar hasta haber resuelto el problema. De una o de otra forma.

Y tenía Aetheris consigo; suficiente como mandar a toda la población de un pueblo pequeño al Más Allá para siempre y en un día. Pero él aún no había probado ni una sola gota. Y no lo haría mientras pudiera evitarlo.

Antes de eso, quería ver cómo iban las cosas.

Los primeros dos días no tuvo experiencias. La sombra negra que era Kwame no se manifestó en modo alguno, y llegó a preguntarse si había conseguido burlar a su enemigo, si tal cosa era posible. También consideró la posibilidad de que su radio de efecto fuera Madrid; al fin y al cabo, era la zona donde estaban concentrados la mayoría de los consumidores de Aetheris, y quizás, en aquel lugar bastante más apartado, Kwame no tendría tanto poder. O ninguno en absoluto.

Pero al atardecer del tercer día, cuando Jules empezaba por fin a relajarse y se calentaba junto a la chimenea encendida (un vasto

hogar de piedra viva), observando las montañas a través de los ventanales, uno de los troncos en llamas salió rodando de la pira y cayó al suelo.

Jules reaccionó con rapidez. Usando los aperos metálicos que colgaban junto al hogar, apresó el tronco y lo devolvió a su sitio.

Era raro que se hubiera caído, pensó con cierta sensación de alarma, pero no quería decir nada. Los troncos se debilitan, pierden cuerpo, y se mueven, se vencen… y pueden salir rodando. No recordaba haber dispuesto la chimenea, era algo que había hecho de manera automática mientras su mente enredaba con otras cosas, así que no podía decir si había preparado el lecho de madera convenientemente o no.

Cuando todo estuvo en orden de nuevo, se quedó acuclillado mirando las llamas vivas que lamían los troncos con avidez. Era un espectáculo verdaderamente cautivador que despertaba un ensoñamiento muy particular. Imaginó que esa fascinación podía ser una herencia de tiempos remotos, captada y apresada en la memoria evolutiva, de cuando el fuego se producía por efecto de rayos bestiales que caían del cielo durante las tormentas, y el hombre, o los ancestros de este, le reverenciaban miedo. Quizás la observación de su poder controlado era una manera de celebrar una victoria antigua, y una que cambió la historia de la humanidad para siempre.

Quizás.

Pero pensando en eso, el tronco volvió a salir despedido, como si hubiera sido accionado por un resorte, y golpeó a Jules en las rodillas con una pequeña explosión de efímeras y chisporroteantes chispas.

Jules se incorporó de un salto y empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

Ya no había dudas.

—¡KWAME! —gritó.

No hubo respuesta.

—¡Vamos, Kwame! ¡Muéstrate! ¡Kwame! ¡Aquí me tienes!

Ninguna respuesta.

—¿Quién es el cobarde ahora? —bramó a la casa vacía.

Un golpe sordo.

Jules miró en la dirección del sonido.

Era como si alguien hubiera golpeado la mesa baja de madera que estaba emplazada entre la chimenea y el sofá, con un centro de mesa como los que podían verse en las tiendas de decoraciones. Genérico. Impersonal.

Otro golpe.

Jules confirmó que era la mesa.

—¿Qué pasa, Kwame? —exclamó, riendo entre dientes—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Otro golpe más.

PAM.

—¿No puedes… hablar?

PAM.

—¿Has perdido… poderes?

PAM. PAM.

Jules miró la mesa. Había algo ahí que…

Abrió mucho los ojos.

Era…

Era uno de los botes de Aetheris.

Ahí, sobre la mesa.

Diminuto. Blanco. Sin etiquetas.

¿Era uno de los que había traído él? Debía serlo. Pero él los había dejado en una pequeña mochila de viaje que había comprado en la misma tienda donde había comprado el resto de las cosas. Algo de ropa básica. Ropa interior. Calcetines.

Tenía que ser uno de aquellos botes.

¿Lo había traído Kwame hasta allí, desplazándolo por el aire desde el dormitorio que había elegido para dormir, uno de los cinco con los que contaba la casa, demasiado pequeño como para que le llamara la atención?

Apretó los dientes.

PAM.

—Quieres que tome… tu mierda de producto —masculló.

PAM. PAM. PAM.

—Para que te vea.

PAM.

—Para que me hables.

PAM. PAM.

Los insistentes golpes estaban empezando a cabrearlo.

—¿Es eso, Kwame hijo de… mil padres?

PAM. PAM.

Jules asintió, el mentón apretado y los puños cerrados.

—Está bien —dijo—, muerto de… muerto de mierda. Venga. A ver qué tienes que decir. A ver si tienes cojones de dar más golpecitos.

Se adelantó hacia la mesa y cogió el bote con la mano.

Los golpes se habían detenido.

Miró el bote. Seguía teniendo el mismo formato que cuando él trabajaba con los Rosanegra, sin ninguna marca ni identificación, ningún grabado… nada.

Lo abrió y olisqueó brevemente y con rapidez.

Insulina. Olía a insulina. Como el Aetheris de antaño.

—Está bien —soltó, resuelto.

Se llevó el bote a la boca y presionó con cuidado para dejar escapar una única gota. Sin embargo, cuando quiso darse cuenta, notó un pequeño chorro sobre la lengua.

Alejó la mano y miró el bote de nuevo.

Estaba por la mitad, incluso un poco menos.

Jules escupió repetidas veces, se pasó la mano por la lengua e incluso la pasó por la manga de la camisa para librarla de la sustancia. Pero era… tarde. Eso lo sabía. Aunque se lavara la lengua con pasta dentífrica o la enjuagara con agua y escupiera, el cuerpo ya había absorbido el Aetheris.

Había tomado el equivalente a… ¿cuánto? ¿Cinco gotas? ¿Seis?…

—Hijo de puta —susurró.

No era el bote. Era un bote normal, con su dosificador de siempre. Había sido Kwame. Si podía tirar troncos de la chimenea, cada uno de los cuales podía pesar unos seis kilos tal vez, y si podía dar golpes con persistente tenacidad sobre la mesa, seguramente, había sido capaz de presionar el bote mientras lo tenía en la mano.

—Hijo de puta —repitió, sintiendo el gusto del Aetheris en la boca. Se sentía como si acabara de descubrir que había ingerido cianuro.

«Una cosa está clara», pensó, «Esto va a ser interesante».

Miró alrededor, esperando algún cambio. Siendo la primera vez, y con semejante dosis, estaba seguro de que la realidad iba a

rendirse ante sus ojos y mostrarle sus más peculiares estructuras. Una profundidad y unos contenidos insospechados. Un auténtico viaje.

Oh, sí. Eso pasaría.

La pregunta era… cuándo.

El sonido de las llamas llamó su atención. Seguían ahí, exactamente con la misma intensidad y tono con el que habían ardido hasta ese momento. Frente a las llamas danzantes, sin embargo, su mente se sumergió repentinamente en una contemplación que pareció trascender aquel preciso instante. Las llamas, efímeras en su forma, se revelaron de repente como una profunda metáfora de la vida misma: un flujo constante de transformación donde nada permanecía y, sin embargo, todo se perpetuaba en un ciclo de consumación y renacimiento.

Sentía el calor. El calor era como la esencia de la existencia, vibrante y necesaria, pero inevitablemente finita. Cada chispa que brotaba y se extinguía le recordó a momentos puntuales, unos, de euforia, otros, de malcontento: las pequeñas victorias que consiguió en el pasado y que iluminaron su sendero antes de desvanecerse en la inevitable sombra del tiempo. ¿Acaso no veía allí mismo el eterno diálogo entre creación y destrucción? El fuego consumía lo que era sólido, lo que parecía inmutable, para convertirlo en cenizas ligeras, llevadas por el viento como memorias de lo que alguna vez fue. ¿Y acaso no ocurría eso mismo también con las vidas de los hombres? Vidas que terminaban y se deshacían en pequeños fragmentos, como si… (abrió mucho los ojos) como si entregáramos al universo nuestras huellas. ¿Era entonces la danza del fuego un testimonio de la eternidad? ¿Era el calor que permanece el residuo de lo que dejamos atrás, como los fantasmas? Destellos breves, limitados en el tiempo, ecos que hablaban del estruendoso silencio de la eternidad…

Embobado como estaba mirando la chimenea y sumido en reflexiones sin sentido, Jules dio un respingo cuando escuchó una carcajada llena de ecos y matices que pareció sonar por todas partes a la vez.

Se dio la vuelta hasta que lo encontró.

Era una forma negra, en efecto, como el cuerpo desnudo de un hombre de color. Pero se percibía irreal, extraña, hasta borrosa,

como ve alguien que se quita las gafas un momento para limpiarlas. Una forma humanoide que, sin embargo, evolucionaba como una anómala malformación de humo denso y opaco, cuyos bordes estaban recorridos por estrías y elementos fractales que se desarrollaban y morían a ojos vista, y, aun así, tenían el aspecto de evolucionar como observados a través de un efecto de cámara lenta.

Jules se quedó mirando, tan sorprendido como fascinado. Tan seguro de lo que veía como de la certeza inequívoca de que lo que veía no podía ser real.

Y tal vez lo fuera y no lo fuera, a la vez.

No era real allí, no podía serlo. Era un viajero de otro mundo. Un invasor. Un explorador que olla tierras remotas y las percibe extrañas porque sus propiedades naturales, los minerales con los que fue formada, eran otros. Era una forma que tenía sentido y coherencia en alguna otra parte, en otro mundo, otro plano, pero…

Pero no allí.

Sus propios ojos protestaban.

Bizqueaban.

Como si se negaran a aceptar la evidencia, por otro lado, irrefutable.

—Por fin, dijo la voz.

Jules dio un pequeño respingo.

La voz… no tenía origen. Sonaba allí mismo y sonaba al otro lado de la habitación al mismo tiempo. Y cuando inclinó la cabeza, más inconscientemente que de otra forma, comprendió. La voz sonaba… dentro de su cabeza.

—¿Has disfrutado el Aetheris? Te despeja la mente —dijo la voz en su interior.

Jules retrocedió dos pasos.

No estaba acostumbrado a escuchar algo tan… diáfano. Tan concreto. Tan abrumadoramente limpio, claro, perfecto.

—Pensé que te ibas a quedar mirando el fuego toda la noche, Jarumi Babba.

—Qué…

La figura, o Kwame, si acaso aquello era Kwame, permanecía inmóvil, a unos metros de donde él estaba. No lo sabía a ciencia cierta, porque no tenía rostro. Su cara era una masa en movimiento, como la superficie de Júpiter observada por un telescopio, rica en

matices y evoluciones en uno y otro sentido. Pero sin cara.

—Pero aquí estamos. Por fin. El final de un larguísimo camino.

—Qué… —balbuceó Jules, torpemente. Aún estaba teniendo problemas para aceptar lo que veía. Lo que estaba ocurriendo. Lo que significaba. La burda mentira que sus ojos representaban para él. La conceptualización de algo que pertenecía a otra realidad, otra dimensión, otro plano de existencia.

—Voy a contarte algo antes de que empecemos. Después de todo, no tengo prisa. Y tú… ya tampoco. Este es el final del camino para ti. Y el principio de una nueva existencia para mí.

Jules arrugó el ceño.

La voz rio en su cabeza.

—El gatito se pone duro —dijo, risueña, la voz—. Qué emocionante. ¿Vas a pelear, Jarumi Babba? Vas a… ¿enfrentarme?

Jules apretó los dientes.

—Eres… Kwame… ¿Lo eres? —consiguió preguntar.

—Lo fui.

—Y ahora… eres un fantasma…

—¿Qué es un fantasma, Jarumi Babba? No lo sé. ¿Quieres mirar el diccionario, a ver qué dice? No importa en realidad. Qué más da. Son conceptos, descripciones de algo que se han decidido arbitrariamente por un grupo de hombres, tal vez, también por mujeres. Es estúpido. El fantasma en el que piensas es un concepto estúpido. Demasiado básico para lo que supone el cuadro general de las cosas. Es de una ignorancia supina. Es infantil. Es como un niño que mira al cielo nocturno y dice: «La luna es la mamá de las estrellas». Ahora compara eso con el conocimiento adquirido del universo por todas las generaciones de hombres que han existido. Puede parecerte gracioso y ocurrente, pero la frase… es… insoportable. Detestable. Fantasma es una miserable fracción del número entero largo de cifras infinitas que es el concepto en sí.

—Un fantasma miserable —soltó Jules con desdén—. Un… residuo. Una anomalía.

La voz volvió a reír.

—¿Y qué quieres? —siguió diciendo Jules.

—A ti. Quiero… queremos… al Jarumi Babba. A la parte del Jarumi Babba que voy a ser… yo.

Jules sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

La forma cimbró y se convirtió en una especie de ráfaga negra, un humo que se movía produciendo espirales. Se deshizo en pequeños jirones y volvió a formarse al otro lado para terminar de concretarse de nuevo unos metros más allá, cerca de los ventanales.

—Estoy seguro de que, con la ayuda del Aetheris, terminarías formando el cuadro de las cosas. Con tiempo. Pero no lo tienes. Tengo derecho a mi recompensa y la tendré. Así que no me extenderé mucho contigo. Solo te lo cuento porque sé que, cuando sepas lo que ha ocurrido, te doblegarás mucho más rápidamente.

Jules volvió a apretar el mentón.

«¿Doblegarse?», pensaba Jules. Esa palabra no estaba en su diccionario.

—Escucha. Yo te contraté. Yo era tu cliente. Y lo he sido todas las veces en el pasado. Siempre… Te hemos contratado nosotros.

Jules pestañeó.

—Estoy seguro de que te sorprende. Piénsalo un poco más. Terminarás comprendiendo que es cierto.

«¿Lo era?», se preguntó Jules. Intentó pensar en eso, pero… fue incapaz, todavía, de entender el sentido de aquello. ¿Era posible, al menos? Suponía que sí. Él nunca había conocido a su cliente, ni a los clientes que había detrás de su cliente. Nunca. Solo recibía los encargos a través de una compleja estructura de sistemas encubiertos y anónimos, hacía el trabajo y recibía el dinero. Simple y llanamente.

—No eres el único al que hemos valorado —prosiguió la voz—. A lo largo de la historia, nuestra Orden siempre ha buscado al Jarumi Babba, el guerrero legendario de la leyenda. La figura de un ser especialmente dotado para el combate y para el arte de la guerra, entre otras cosas, como lo fue Amaris en su día. Su… reencarnación, para entendernos. Hemos creído estar cerca muchas veces, cerca…, pero no lo bastante. Al final, algo siempre fallaba, y nuestros candidatos, como nuestras esperanzas, se evaporaban. Hasta que apareciste tú.

Jules pensó en contestar que aquello era una estupidez, pero comprendió que, después de todo, se lo estaría diciendo a un ser sobrenatural que se movía de un lado a otro como un jirón de humo negro.

—Me has estado… contratando… porque piensas que soy la reencarnación del guerrero legendario de tu leyenda…

De repente, la forma se estiró como un gusano abyecto e inmundo, los volúmenes de su cuerpo replicados en una procesión alargada, y su forma alcanzó el techo de la habitación donde se extendió como una telaraña podrida e infame, una hecha de algo parecido al petróleo descompuesto, sangre negra coagulada, un océano de excrecencias brillantes.

Un sonido atroz y atropellado explotó en su cabeza, y Jules sucumbió y cayó al suelo de rodillas, las manos sobre las sienes, la boca completamente abierta con un grito inaudible atrapado en su garganta.

—NO TENGO TIEMPO PARA TU DUDA. NO TENGO TIEMPO PARA TU DESDÉN, TU DESCARO.

Cuando el sonido cesó, Jules se descubrió vencido, con las rodillas y las manos apoyadas en el suelo, jadeando y dejando caer un hilo de baba. Había sentido dolor en su vida, por descontado, pero nunca había llegado a experimentar nada como…

Como aquello.

—Sabíamos que eras tú desde siempre, Jarumi Babba. Nuestros sacerdotes negros te localizaron cuando empezaste a desarrollar tus habilidades. No eres solo el guerrero legendario. Hay muchas cosas que no comprendes, y no tengo tiempo, ni ganas, de explicarte. Eres más que un cuerpo, más que un alma, más que otra entidad en el cataclismo en cascada que es la existencia. Solo puedes ver tres facetas de un poliedro, cuando la realidad es bastante más complicada que millones de megágonos.

—Me… detectaron —musitó Jules, confuso y aún dolorido.

—Estoy seguro de que te encantaría entender, pero muchos esperamos desde hace mucho lo que viene ahora, y tengo que terminar —continuó la voz—. Había un plan. Más redondo. Más limpio. Más bonito. Pero tú lo desbarataste cuando decidiste matarme de improviso. Eso no lo esperaba. No lo esperábamos. Tardé mucho tiempo en recuperarme, moviéndome por las puertas que abría el Aetheris, robando energía, reconstruyendo el camino de vuelta, formándome. Todo gracias a ti. Fue un contratiempo que nos retrasó un poco, pero hemos sido pacientes, siempre hemos sido pacientes, y lo arreglamos. Ahora estoy aquí, como debió haber

sido, y tú estás donde debes estar. Conectado a mí gracias al Aetheris. Sumiso. Impotente. Incapaz. Solo quiero que sepas… que eres una parte del Jarumi Babba. Yo también soy Jarumi Babba. Hay otros esperando que también son Jarumi Babba, en otros lugares. Todos juntos… conformaremos una única entidad ascendida. Elevada. Indeciblemente poderosa, capaz, con ojos boca y oídos en varios mundos a la vez. Seremos un titán como el universo no lo ha conocido jamás. Más, mucho más poderoso que el Amaris de la leyenda…

—Para eso era… todo lo del Aetheris… —susurró Jules, súbitamente exhausto. De pronto, se sentía muy, muy cansado.

—Sí —dijo la voz—. Todo eso era para este momento. Ya te lo conté.

—Y qué… pasa ahora.

De repente, la forma abyecta, repulsiva y alargada había vuelto a ser una forma de aspecto humanoide. Y en el rostro de esa forma había una cara: la de Kwame Okoro Adeyemi, tal y como Jules la recordaba.

—Ahora necesito entrar ahí dentro —explicó Kwame—. Por eso te he contado esto. Necesito, necesitamos que te rindas. Que cedas toda resistencia. Necesito tu cuerpo y otras cosas que tienen sentido en otros planos de la realidad. No tu… alma. No tu fantasma. Ni tu mente. O tus recuerdos. O tu identidad. Otras partes que nos son útiles. Las que te hacen ser…

—El Jarumi Babba —susurró Jules, sintiéndose desfallecer.

—Lo has entendido. —Kwame sonrió. Su cara lo hizo, al menos —. Te resistirás, estoy seguro, pero no te preocupes. Tenemos tiempo. Tenemos todo el tiempo que queramos, porque cuando terminemos, seremos muchas cosas, y seremos tiempo.

—Seremos tiempo —murmuró Jules, y luego, añadió—: Me… Me resistiré.

Una estridencia grave estalló en su cabeza y Jules volvió a componer una mueca de dolor.

Nunca se hubiera imaginado que el dolor pudiera alcanzar cotas tan agudas. Tan contundentes. Tan… exquisitas.

Dolor diáfano y absoluto, como la voz de Kwame en su cabeza.

—Solo recuerda que, cuando te rindas…, cuando me dejes entrar…, ya no habrá dolor.

La reverberación en su cabeza se intensificó.

Jules cayó al suelo, recorrido por una sensación de aplastamiento, de asfixia, de muerte, como si todo su cerebro se estuviera friendo en una barbacoa. Como si alguien hubiera introducido unos dedos podridos, hinchados y enfermos, y estuviera estrujando su cabeza. Su alma. Su… esencia. Lo que fuera aquello.

Y gritó.

Gritó como nunca nadie ha gritado jamás.

2

Las puertas del Parque del Retiro no se abrieron aquella mañana, como de costumbre, a las seis de la mañana. En lugar de eso, corredores y gente de cierta edad que se disponían a dar su paseo matutino se encontraron con las calles cortadas por un operativo policial impresionante.

Había vehículos de la unidad antidisturbios —las Unidades de Intervención Policial, la UIP— estableciendo un perímetro de seguridad alrededor de cada uno de los accesos, y, dentro del perímetro, se veían los vehículos de las colosales unidades del Grupo Especial de Operaciones, los GEO, que, a esas alturas, salían ya del parque. Había unidades de la Policía Nacional y de la Guardia Civil, en concreto, de la Unidad de Acción Rural, que había sido convocada por su experiencia en acciones relacionadas con el narcotráfico, y una representación del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado. Por supuesto, condimentados con un gran despliegue de ambulancias, algunas del SAMUR, otras de la Agencia de Seguridad y Emergencias 112.

Y por supuesto, había medios. Más allá de las barreras de control y exclusión de la Policía, había furgonetas de todo tipo de medios, algunos de las televisiones clásicas, la mayoría de las noticias de canales de Internet, con cámaras emplazadas en los techos de los vehículos y grúas con cámaras que se elevaban sobre el muro del parque para intentar obtener mejores imágenes del interior del recinto.

Martina había sido convocada por Conde; aunque no era un caso

relacionado con homicidio, se estimó que su relación con el caso del Aetheris, y en particular, con la naturaleza de lo que se había encontrado, podría ser de utilidad. La llamaron unos minutos antes de las cinco de la mañana, y lo primero que hizo, fue avisar a Rebeca Laza. Naturalmente, estaba despierta. Conocía el operativo, programado a las dos de la mañana, y estaba tensa y alerta, deseando conocer avances sobre la operación.

Cuando llegaron a la escena, fueron conducidas hasta Conde, que hablaba con un pequeño grupo de profesionales alrededor de un improvisado centro de control.

—Martina —dijo cuando la vio llegar, visiblemente nervioso y excitado—, buenos días, buenos días. Exitazo, ¿vale? Eso te puedo adelantar. Hemos sufrido bajas, hemos tenido pérdidas de algunos compañeros, pero… pero exitazo.

Martina miró alrededor. El despliegue era realmente abrumador. Parecía una manifestación de policías y agentes de la ley de uniforme, cada uno ataviado con distintos tipos de uniforme. Un poco más allá, un grupo de policías ayudaban a transportar una camilla con un hombre vestido con un uniforme de asalto tendido en ella. El barullo recordaba a la entrada de un hormiguero a mediodía durante los meses de verano, en su hito de máxima actividad.

—Ya… ya lo veo —dijo.

—Martina…, ven. Rebeca, tú también.

Conde se apartó a un lado y extendió la mano hacia un hombre con chaqueta que miraba con una expresión ceñuda un pequeño aparato de radio.

—Juan… —dijo—, perdona. Estas son las cabezas visibles del equipo del que ha salido todo esto.

El señor las miró valorativamente, recorriéndolas de arriba a abajo, antes de extenderles la mano.

—Martina Pipó y Rebeca Laza. De mi equipo. Él es Juan Mayor, Delegación del Gobierno de Madrid. Supervisor y coordinador de todo esto, ¿vale?

—Martina…, Rebeca…, encantadísimo, de verdad —dijo el señor Juan Mayor—. Todo un éxito. Vuestra aportación a las investigaciones ha sido decisiva para montar todo esto, y el éxito es sensacional. Hemos asestado un golpe tremendo a esta gentuza, sin

duda.

Martina y Rebeca asintieron, repentinamente superadas por la situación y el reconocimiento.

—Hemos encontrado almacenes subterráneos abarrotados de Aetheris, ¿vale? —dijo Conde.

La radio de Mayor emitió un par de tonos y barbotó unos sonidos ininteligibles.

—Oye, luego hablo con vosotras con calma. Perdonadme, ¿vale? —dijo Juan, señalando su aparato de radio—. Aún queda faena. ¡Habrá un reconocimiento! ¡Sin duda! De verdad, gracias y… Un fantástico trabajo. Un trabajo colosal.

Martina sonrió, abrumada.

—Gra… gracias —dijo.

—Juan… —intervino Conde—, las llevo a…

—¡Sí, sí! Espera que avise a Gonzalo para que las escolten.

Si Martina se sentía incómoda, Rebeca estaba convencida de que estaba fuera de lugar. Ni siquiera tenía que estar allí; solo había ido porque Martina la había llamado y no había sido precisamente muy clara sobre quién había sido convocada aquella mañana. Pero era muy consciente de que todo el trabajo lo había llevado a cabo Martina. Martina, y solamente ella, con toda la información que había traído a la oficina, una mañana cualquiera, hacía solamente unos pocos días.

Había aparecido en jefatura con una expresión agotada, pero, a la vez, entusiasmada. Ni siquiera se había compuesto bien el cabello —algo muy inusual en ella. Sus ojos brillaban, y convocó a Rebeca, a Conde, y al resto del equipo de cabecera, para hablarles de un avance.

La situación antes de eso no era demasiado buena. Seguían tan perdidos como siempre, y todo lo que conseguían era encerrar de vez en cuando a algún traficante, incautar alguna cierta cantidad de Aetheris o doscientos botecitos por aquí, una pequeña flota de furgonetas por allá, ocasionalmente un botín de dos o tres millones de euros en metálico, pero nada definitivo ni relevante.

Aquel día, sin embargo, Martina les contó el asunto de la visita que había recibido en su casa, y toda la cantidad de información que había obtenido de aquel hombre misterioso cuando puso las manos alrededor de su cuello para asesinarla. Rebeca se estremeció

cuando escuchó esa parte, se llevó las manos a la boca y se enfadó tanto y tan repentinamente que todo su rostro se volvió rojo. Tuvo que echar mano del bolsillo para sacar un sobrecito de azúcar que engulló de un trago.

Pero para Martina era agua pasada. Contó lo justo y necesario para ponerles en antecedentes y se concentró en exponer la información en sí.

Les habló de Jules, o Marc, o Phillipe, Savini… muchos de los nombres que había usado en el pasado, pero, sobre todo, de Jules. Jules Vikernes y su involucración en la organización Rosanegra. Les habló de Kwame Okoro Adeyemi, de las clínicas de desintoxicación falsas, de sus puntos de distribución… de todos los pormenores que Jules conocía, y que no eran pocos.

El equipo se quedó estupefacto. Su reacción, al principio, fue… ninguna. Nadie consiguió reaccionar mientras Martina parloteaba poniendo sobre la mesa nombres, direcciones, datos concretos sobre distribución, cifras, incluyendo referencias a las lujosas villas donde se había reunido con Víctor y Kwame, y un largo etcétera. Finalmente, alguien se movió con rapidez para atraer una de las tabletas de uso común donde empezó a garabatear notas con el dedo de manera frenética. Conde tomó el teléfono y dio órdenes, hablando con mucha rapidez, de que trajeran equipos de grabación; y pidió que alguien, por el amor de Dios, organizara una megareunión para que acudiera todo el mundo.

—¿Quién, señor?

—ABSOLUTAMENTE TODO EL MUNDO —chilló con una expresión triunfal en el rostro.

Rebeca no tomó notas. No hizo nada.

Se quedó mirando a su amiga con una hermosa sonrisa en el rostro, sintiéndose extraordinariamente feliz de que hubiese sido ella, por fin, después de todo el agotador trabajo, quien hubiera colocado las primeras bases para construir los pilares de la resolución del caso.

Porque se lo merecía.

Porque era una persona extraordinaria.

Y mientras escuchaba, una lágrima rodó por su mejilla. Una lágrima que no llegó demasiado lejos porque fue muy rápida en apartarla distraídamente con la manga.

Sin embargo…, a pesar del rayo de luz y esperanza que era todo aquello, la realidad era que Kwame estaba muerto, muchos de aquellos lugares estaban a nombre de testaferros inútiles y desconectados, sin importancia para el conjunto del caso, y era difícil que la información que Jules tenía en la cabeza les fuera a conducir a la victoria absoluta que necesitaban.

Esa victoria llegó, curiosa y paradójicamente, por el dato más nimio que Jules almacenaba en su mente cuando le traspasó la información, y que Martina supo extraer como relevante.

Un solo dato.

Un nombre.

Solo uno.

Mathias Van den Broeck.

Jules había conseguido ese nombre muy recientemente, y ni siquiera había tenido tiempo, en el transcurso de los acontecimientos, para investigarlo. Para Martina fue un cartel luminoso en su mente, porque… en sus propias palabras, y como también le había contado a Jules aquella noche usando otros términos: «Esto que tengo es un don. Y un don… es un regalo. Esta clarividencia… Esta visión adelantada a los acontecimientos, los recibo porque atienden a un bien común. Imagino que el día que comprendamos de dónde vienen estas visiones y qué fuerza hace que personas como yo las tengamos, está todavía muy lejos. Pero por ahora… lo usaremos. Que es para eso para lo que se nos ha dado. Y lo llamaremos bondad».

Y ese don no solo resaltó aquel nombre en el complejo batiburrillo laberíntico que Jules había soltado en su mente. También relacionó aquel nombre con otro concepto.

El de los Doce Sacerdotes Negros.

Era un título algo peliculero y teatral para designar una cosa muy simple, en realidad: un grupo de personas con capacidades similares a las de Martina que la Orden Rosanegra había ido procurándose con el tiempo. Doce médiums.

Localizar a Van den Broeck no fue en absoluto tan complicado como Jules había creído al principio. Si hubiera tenido tiempo de rastrear su pista, quizás las cosas se habrían desarrollado de una manera diferente.

Pero no lo hizo. Y eso, tal vez… quizás… también pudo ser, en

parte, un acto desconocido de bondad.

Coordinados con la Organización Internacional de Policía Criminal, Van den Broeck fue encontrado en Madrid, fue identificado y detenido por sospecha de pertenencia a banda terrorista con implicaciones en el narcotráfico, por delitos contra la salud pública, por homicidio imprudente con dolo eventual y múltiples agravantes. Van den Broeck mostró desdén y estuvo tranquilo todo el tiempo, seguro de que su organización lo respaldaría, no solo con los mejores abogados que el dinero podía pagar, sino con otros medios que se ubicarían en las antípodas de la legalidad. Sin embargo, cuando Martina apareció en la sala de interrogatorios y él descubrió que estaba ante una igual… empezó a sentirse asustado. O inquieto, tal vez. Su actitud arrogante, altiva y estúpida, se desmoronó.

Martina le dijo muchas de las cosas que sabía. Le habló de la Orden Rosanegra, le habló de Jules y le habló de Kwame; le habló de la naturaleza de los fantasmas. Le dio direcciones de inmuebles relacionados con la organización. Le dijo que, de ningún modo, conseguiría librarse de aquello. Que ningún juez, por muchos pagos bajo cuerda que recibiera, se atrevería a pasarle la mano lo más mínimo con la cantidad de evidencias que tenían en su contra. Le dijo que estaba acabado.

Y, aun así, no abría la boca.

Hasta que Martina mencionó a los Doce Sacerdotes.

Hasta que vio en sus ojos el cambio profundo que experimentó cuando dijo esas dos palabras, y supo que él… era uno de ellos.

Hasta que le dijo que él lo era.

Entonces… Van den Broeck se derrumbó.

Se derrumbó y empezó a hablar.

Detrás del cristal, todo el mundo se enderezó en su silla y empezó a escuchar con verdadera atención. Casi con ilusión.

—La Orden sabía de Los Lugares desde hacía muchísimo tiempo —empezó a decir, balbuceante y lloroso al principio, pero después, empleando un tono casi monocorde y arrastrado, como si su mente se deslizara por un tobogán húmedo y frío en el que no fuera posible detenerse—. Así los llamamos. Los Lugares. No es difícil identificarlos, pero supongo que debes saber lo que estás buscando. Alguien como usted y como yo puede sentir el cambio. Para cuando

el Aetheris empezó a funcionar, muchos de nosotros, de los doce, empezamos a advertir que El Lugar que estábamos explotando cantaba ya demasiado. Que incluso la gente normal parecía advertirlo de algún modo, aunque no supieran qué estaban sintiendo, aunque no supieran decir si lo que sentían era… una especie de disgusto o de malestar o cierto mal humor. Y les dijimos que… si el Aetheris seguía convocando entidades, más tarde o más temprano, alguien… algún pirado totalmente puesto de Aetheris, alguien que estuviera ya alineado con el mal, se pondría a cavar en el suelo un día cualquiera, sin saber lo que estaba haciendo, solo porque percibía el corazón del Lugar, la naturaleza evocadora de ese mal. Alguien acabaría sintiendo que algo estaba mal ahí abajo, profundo, muy profundo… y nos pondría en peligro.

»Pero sí. Uno de esos Lugares fue localizado en pleno Madrid. En pleno centro. Qué locura, ¿verdad? Había otros Lugares en otras partes del mundo. La mayoría, en sitios apartados, alejados de áreas urbanas. Pero Kwame mencionó que estar en el centro del huracán sería conveniente. Que sería rápido, que podía hacerse sin que nadie sospechara, porque la Orden tenía los medios. Le juro que los tiene. Dijo que ayudaría a que el efecto del Aetheris fuera rápido, que nos ahorraría décadas de trabajo, y eso… eso fue decisivo. En el fondo, después de innumerables generaciones dedicadas a trabajar con el mismo objetivo, aportando su trabajo sin ver resultados, todos queríamos ser nosotros los que llegáramos… al final.

»Así que lo hicimos. Ese es El Lugar. El corazón del Aetheris. Profundo, muy profundo. Bajo el Parque del Retiro de Madrid.

Tanto Martina como Rebeca sentían una enorme expectación por ver de qué se trataba. Por ver El Lugar. Martina tenía también reparos razonables y muy fundados, por descontado, porque, incluso con toda aquella presencia policial allí, seguía sintiendo las emanaciones de aquel mal que ella ya había intuido desde el principio. Hacía frío, porque aún no había amanecido, y eso tampoco ayudaba. Le hubiera gustado tener al sol como aliado. El sol que mata a los vampiros y ahuyenta a los monstruos que se esconden al amparo de las tinieblas de la noche, pero aún quedaba para eso, y Gonzalo, uno de los responsables del grupo GEO, ya venía a por ellas.

—Gonzalo, ¿está todo ya controlado? —preguntó Conde.

Gonzalo se llevó una mano a la sien a modo de saludo, y estrechó las manos de Martina y de Rebeca. Tenía los ojos muy azules y pequeños, y sobre su cabeza se levantaba, ya ralo y escaso, el pelo de tonos plateados. Algo en sus facciones hablaba anticipadamente de su experiencia.

—La situación ya está bajo control —informó—, pero en la Zona Cero. Aún hay túneles que estamos marcando. Es increíble. Es como… una madriguera de ratas. Aquí, debajo del parque. Increíble totalmente…

Conde asintió.

—Entonces, ¿es seguro para mi equipo? —preguntó.

—Yo, de verdad, de verdad, recomendaría esperar todavía, si quieres saber mi opinión, pero… Juan ya me ha dicho que hay interés por acceder a la zona, que hay presiones y tal, así que… ¡Bueno! De acuerdo. Tenemos un auténtico ejército ahí abajo, así que… vale. Pero eso sí… —añadió con cierto reproche y socarronería—, si hay algún problema en alguna parte, lo que sea, si encontramos un solo pirado más, si alguien dispara una sola bala… las sacaré cagando leches y ustedes harán caso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —concedió Rebeca—. Le aseguro que no tenemos interés en ponernos en peligro.

—Muy bien —exclamó Gonzalo—. Pues nada. ¡Síganme! Que nos vamos a Eurodisney.

—¿Usted viene? —preguntó Rebeca a su jefe.

—Me gustaría, pero tengo cosas que resolver aquí —dijo.

Se despidieron brevemente y empezaron a avanzar hacia la puerta. A Martina no se le pasó que fuera, precisamente, la Puerta de Dante.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Rebeca mientras caminaban—. Soy Rebeca Laza, del Grupo de Homicidios.

—Hostia, Homicidios —soltó Gonzalo—. Aquí hemos tenido unos cuantos hoy. Pues mira… ha sido intenso, la verdad, y hemos sufrido pérdidas de compañeros que eso… bueno, ya veremos. Ese es otro tema. Creo que no habíamos vivido algo así en Madrid… bueno, nunca que yo haya vivido. Cosas como protestas civiles, sí… las manifestaciones de Ferraz, ¿no?, tuvimos heridos, miles de personas, pero… ¿esto? Qué va, qué va…

—Pero… ¿no empezó como a las dos de la mañana? —quiso

saber Rebeca.

Gonzalo asintió. Caminaba muy rápido y Rebeca le seguía sin problemas, pero Martina tuvo que hacer esfuerzos para mantener el ritmo.

—El operativo empezó a las dos de la madrugada, pero a nosotros nos tenían activos desde las diez… ¡de la mañana! Pero bueno… encontramos el sitio con la información que teníamos y los georradares y tal, lo localizamos rápido. Eso sí, todo muy bien planteado, se lo digo. El acceso, ahora lo verán, bajo un falso suelo que se levantaba con un sistema de imanes. No sé cuánto tiempo llevaba eso allí o cómo se las apañaron para construirlo en secreto, gente muy preparada, eso seguro.

Llegaron a la zona de la Antigua Casa de Fieras, y Gonzalo señaló uno de los viejos edificios de ladrillo visto.

—Ahí —dijo.

Para qué se usaba aquel pequeño edificio, ni Rebeca ni Martina lo sabían, pero ahí estaba, rodeado de agentes y policías vestidos con uniformes de asalto y armas automáticas. Un hombre estaba sentado en el suelo con un profesional del equipo de Emergencias 112 trabajando en una venda para su brazo.

Saludó al agente apostado en la puerta, que conservaba todavía el cuello vuelto sobre la boca, posiblemente por el frío.

—Las dos compañeras —dijo— van abajo, a la cámara.

—Ah, hostia —dijo el agente mientras sacudía ligeramente la cabeza. Se apartó de inmediato.

Ni a Rebeca ni a Martina se les pasó por alto la reacción del compañero.

La cámara. Ah, hostia.

Hostia…

—¿Todo en orden todavía? —preguntó Gonzalo.

—Sin novedad, todo bajo control —respondió con rapidez.

—Perfecto. Pues vamos a ello.

Entraron en el edificio, y pronto vieron que varias de las láminas del suelo habían sido retiradas y colocadas a un lado, donde habían quedado amontonadas. De allí nacía una escalera rudimentaria, de ladrillo tosco y burdo, las paredes desprovistas de cualquier rastro de pintura, que descendía abruptamente por espacio de muchos metros. Un cable grueso y básico colgaba de las paredes, entre

bombilla y bombilla, todas desnudas.

Martina levantó una ceja.

No… No le sonaba que Kwame o los Doce Sacerdotes utilizaran un acceso como aquel para ir a los subsuelos de sus instalaciones. Desconocía si lo hacían a menudo o de vez en cuando, pero no era un acceso cómodo, ni fácil de operar.

—Por aquí entramos —explicó Gonzalo, como si hubiera captado su línea de pensamientos— porque la información que teníamos era localizar unas instalaciones subterráneas bajo el parque, ¿vale? Así que esto fue lo primero que encontramos. Pero… es que esto es un alucine —añadió mientras descendían por el túnel estrecho de techo bajo y la temperatura aumentaba con rapidez—. Han construido aquí lo que les ha dado la gana. ¿Toda esta escalera? Yo creo que, por este lado, detrás de estos muros, en alguna parte, debe estar la línea roja. O la nueve, la morada. Por eso baja tanto, porque luego sube, luego baja…

Encontraron a dos hombres con uniforme de bomberos que subían y se saludaron brevemente cuando se cruzaron.

—Madre mía —dijo Rebeca—, bomberos…

—Ha habido algunas rejas y puertas que echar abajo —dijo Gonzalo—, y algunas trampas, también.

—Tra… ¿Trampas? —exclamó Rebeca.

—Poca broma —confirmó Gonzalo—. Aquí hay sitios que nadie quería que fueran descubiertos, eso se lo garantizo. Con fuego y todo. Una movida.

—Entonces, hay otras entradas… —dijo Rebeca mientras miraba el techo, que parecía dejar cada vez un espacio más y más estrecho.

—Muchas entradas. O salidas. Estos túneles pasan por debajo del Hospital Infantil, el del Niño Jesús, y tienen conexiones hechas con pisos en el Doce de Octubre, ¿vale?

—¿Qué? —graznó Rebeca.

—Sí, sí. Una locura. Lo que yo le diga. Lo que han montado aquí lo flipan. Hay carreteras, ¿vale? Están conectadas con aparcamientos privados, que imagino que es por donde entraban el producto con camiones, o lo sacaban, eso yo ya no lo sé. Nosotros limpiamos, sacamos las ratas. El otro trabajo ya lo hacen ustedes.

—Sí, me hago cargo —dijo Rebeca—. Madre de Dios.

«Y nosotros», pensó con amargura, «totalmente en la inopia de

todo aquello. Tan cerca de la oficina. Es casi… bochornoso».

Martina seguía callada mientras descendían. Tenía la sensación de que le faltaba el aire, y no estaba segura de si era por lo angosto del túnel, por la humedad, o por la profundidad. O porque el mal del que hablaba Van den Broeck se notaba cada vez con más precisión, más hondo en el pecho, más… notable.

—Ustedes también lo notan, ¿verdad? —preguntó Gonzalo de repente. Martina levantó una ceja. Era la segunda vez que parecía leerle la mente—. Algo chungo aquí. Lo hemos hablado los compañeros. Llevamos pegando tiros desde las… tres de la madrugada, aproximadamente. Y como he dicho, hemos perdido gente y han muerto muchos, sin duda, pero no es solo eso…, no es la sensación de peligro y la tragedia. Es… otra cosa.

Martina sabía exactamente a lo que se refería.

Se sentía superada. Le hizo pensar en Frodo llevando el Anillo Único y acercándose a Mordor, sintiendo que, a cada paso que daba, la carga era más y más pesada. Era la misma sensación que había tenido siempre sobre esa zona, pero mucho más intensa, asfixiante, como si el aire fuera insuficiente, como si sus ánimos fueran drenados por un aparato succionador invisible.

Rebeca asintió.

—Alguna otra cosa, sí —susurró.

Bajaron todavía unos cuantos peldaños más durante un rato, en silencio, y Gonzalo se detuvo y se dio vuelta.

—Hemos llegado —dijo en voz baja—. Es un duro espectáculo. Estamos todavía por sacar los cuerpos. Encontramos una gran resistencia, todo gente armada hasta los dientes. Creo que les sorprendimos en mitad de algo, o bien… Su horario de oficina estaba en su punto álgido, de madrugada. Pero muchos de esos cuerpos los hemos juntado o los hemos cubierto con lo que hemos encontrado, así que… hay bastante sangre. Por todas partes. Y puede haber cuerpos.

—Entendido —dijo Rebeca, mirando a Martina—. ¿Estás bien con eso?

Martina asintió.

Estaba algo mareada, a esas alturas, y mucho sospechaba que iría a peor, pero no sería por la visión de unos cuerpos sin vida.

—Vamos, pues —susurró Gonzalo.

En el último tramo, el túnel se cortaba con una reja de hierro, gruesa y sólida como pocas que hubieran visto, casi como si se tratara de la puerta de salida de una enorme prisión. Había sido arrancada de sus goznes y yacía aún en el suelo, inútil, con trozos de ladrillo y mortero reseco adheridos alrededor de los pernos. El aire estaba cargado y olía a cohetería típica de celebraciones. Pólvora, probablemente del tiroteo y el intercambio de balas.

Después de eso, llegaron a un túnel.

Aunque Gonzalo ya les había contado, lo cierto era que no esperaban ver algo similar a aquella profundidad. Las paredes y el techo curvo eran de roca viva, y había espacio suficiente para que un camión de gran tonelaje pasara por allí. Cerca de las paredes había innumerables cajas apiladas, la mayoría estructuras de madera tosca sobre palés corrientes sin ninguna marca ni distintivo, salvo por unos números escritos de cualquier manera. El cuarenta y ocho. El ciento dieciséis.

Y había sangre, sí. Pequeños y grandes charcos residuales que se veían como manchas negras. Y también compañeros, de la Policía, de la Guardia Civil, que iban y venían cargando cuerpos, consultando planos y documentos, formando un grupo donde alguien, ubicado en el centro, parecía dar instrucciones.

—Dios mío —susurró Rebeca.

—Impresiona —dijo Gonzalo.

—¿Cómo…? ¿Cómo pudieron… cavar un túnel como este sin que nadie lo advirtiera? —preguntó ella.

—Eso es lo más rallante —admitió Gonzalo—. Los narcos suelen guardar bien sus secretos, y siempre me llama la atención. Instalaciones del copón que mantienen ocultas durante años o décadas, y cuando las descubrimos, siempre nos hacemos la misma pregunta: ¿Cómo es que nadie dijo nada, nunca? Estos túneles son muy antiguos. Diría que tan antiguos como los del metro. Es posible que empezaran a hacerlos por aquella época, con pagos encubiertos, no lo sé. Un trabajo manual con picos y palas, poca broma. Pero sobre cómo nadie de los tarugos que curraba aquí a diario se le fue la lengua… imagino que los narcos tienen sus métodos. Familias amenazadas, o bien… dinero. Si pagas suficiente a una persona, callará de por vida. Cualquiera de estos idiotas que han perdido la vida hoy aquí debía ganar entre quince y veinte veces lo que usted

y yo hacemos en un año. Y nadie… Nadie arriesga eso.

—Sí —dijo Rebeca—. Lo sé.

—Es por aquí.

Martina trastabilló y lanzó las manos a un lado para evitar caerse.

—Ey —dijo Rebeca—, ¿estás…?

—Sí, sí —dijo Martina—, es…

—Es el sitio —dijo Gonzalo—. Usted es la sensitiva, ¿no?

—Sí —respondió Rebeca.

—Bueno, pues… Aguante un poco todavía, porque si esto le parece flipante, lo que tenemos que enseñarle puede hacerle explotar la cabeza.

Martina aguantó la respiración unos segundos, como preparándose.

—Por aquí… no queda mucho.

2

El lugar a donde les condujeron, eso le quedó claro a Martina tan pronto cruzó el enorme arco de entrada, no podía ser otra cosa que… El Lugar.

El Lugar.

Se trataba de una cámara grande, redonda, con unas marcas en el suelo. A diferencia de los túneles, que eran de tierra y roca desnuda, el suelo estaba embaldosado con azulejos de tonos terracota, muy viejos y gastados, y había líneas que habían engastado usando algún tipo de material oscuro, formando un diseño extraño y nada armonioso que resultaba feo a la vista.

En el lado izquierdo de la sala había más de aquellas cajas, un toro mecánico con grandes ruedas dentadas y unos aparatos extraños con tubos de vidrio y contenedores pensados para almacenar gases o líquidos, por sus contornos redondeados. Pero Martina apenas si le echó un sencillo vistazo.

Era el centro de la sala lo que le llamaba la atención.

Existía en aquel punto un sutil desvanecimiento, como si la vista no pudiera enfocar esa parte en concreto. Al menos, no con nitidez.

Uno podía mirar y ver el otro lado, pero se obligaba a bizquear y pestañear, como cuando uno tiene una mancha en la lente de las gafas y se siente molesto, distraído. No había nada y, al mismo tiempo, existía algo que reclamaba poderosamente la atención. Estaba vacío, pero, indudablemente, lleno.

Lleno de… nada.

En apariencia.

—Ya lo habéis notado, ¿verdad? —susurró Gonzalo—. La verdad es que pone la piel de gallina.

En el lado derecho de la sala había un grupo de compañeros que no parecían llevar a cabo ninguna tarea concreta. Estaban allí por pura curiosidad. Se sentían atraídos, y al mismo tiempo, intimidados. Miraban con los brazos cruzados sobre el pecho, en una inconsciente señal de rechazo.

Uno de ellos grababa con el móvil moviéndose con lentitud alrededor del centro, que (ahora se daban cuenta) estaba marcado en el suelo con un círculo de otro material, un rojo borgoña.

—Vale… —dijo Rebeca despacio—, pero… ¿qué…? ¿Qué es? ¿Qué estamos… viendo?

—¡Espero que la compañera nos lo diga! —dijo Gonzalo—. Hay un equipo de la científica que está esperando para entrar, pero antes de meter un montón de gente con aparatos y movidas, muchos de ellos muy jóvenes, chicas muy monas, así, de laboratorio, con cara de no haber salido del cascarón, quería estar seguro de que teníamos la zona segura. Confiaba tener un poco más de tiempo, pero aquí, su amiga tiene acceso VIP, ya lo ha visto. Y las órdenes son órdenes. Así que… mirad lo que queráis. Yo os puedo decir que este sitio estaba petado de gente y no llevaban ningún tipo de traje de protección de ningún tipo, ropas civiles normales, sin mascarilla, nada, así que… espero, confío y deseo, que dentro de un mes no nos estalle el páncreas por radiación chunga o alguna movida química, porque alguien se la va a cargar.

Rebeca sonrió a duras penas.

Martina seguía mirando, como hipnotizada. Tenía la cabeza inclinada y una expresión que Rebeca no conseguía reconocer. Que estaba sintiendo algo, no tenía ninguna duda, pero le era imposible decir qué.

Ni si era bueno.

O todo lo contrario.

—¡Jorge! —dijo Gonzalo—. ¡Jorge!

—Dime, Gonzalo —dijo uno de los hombres.

—¿Tienes por ahí la linternilla?

—Claro. ¡Aquí la llevo! —dijo, señalando la linterna que pendía de su cinturón.

—Pásala, anda, para que las compañeras lo vean —pidió Gonzalo.

—Eso está hecho.

Jorge sacó la linterna limpiamente del cinturón y la encendió. Pasó el haz por el suelo, un haz frío e intenso de luz blanca, a modo de demostración, y luego enfocó el área con la anomalía. El haz se detuvo allí, en mitad del aire, como si chocara con una columna invisible.

Rebeca dio un respingo.

Era un efecto visual bastante curioso.

—Imagino que aquí hay una o dos cosas por descubrir, me parece —dijo Gonzalo—. Un… campo electromagnético, alguna movida de esas nos dirán, seguro. No sé en qué cojones estaban metidos estos prendas, pero yo esto no lo he visto nunca. ¿Más cosas? ¡Vale, Jorge, muchas gracias! —añadió, alzando la voz.

—¡Por nada! —respondió, apagando la linterna.

Gonzalo se acercó a la zona de la anomalía y empezó a hablar.

—Vale… Escuchen esto. ¿Qué les parece?

Era su voz. Allí, a solo unos pasos de donde ellas estaban, sonaba distinta. Distorsionada, como si alguien hubiera grabado su voz y le hubiera aplicado una serie de filtros de distorsión, reverberaciones, y las palabras se atrancaran y se aceleraran de repente, sin ningún sentido ni explicación.

—Probando. Uno, dos, Gonzalo Criado, testimonio de voz, probando.

—Pero qué… —dijo Rebeca, perpleja.

Gonzalo sonrió y volvió a acercarse.

—Más cerca distorsiona más —explicó—, pero no me acercaré más. Otra vez no. Se siente muy raro, ¿sabéis? Como si… Como si alguien te tirara de la camisa. La verdad es que da como miedo… y no quiero ser el idiota que pilla una radiación mortal porque mola cómo te cambia la voz, no creo que sea helio precisamente.

—Sí, sí, hace bien… —admitió Rebeca.

Gonzalo miraba a Martina, que seguía mirando la anomalía como si no hubiera registrado nada de lo que acababa de pasar.

—Oye, ¿la compañera está… bien? —preguntó él.

Rebeca miró a Martina.

—No… No lo sé —admitió.

—¿Está usted bien? —preguntó, dirigiéndose a Martina.

Martina pestañeó, le miró como si no tuviera ni idea de quién era, y luego asintió con vehemencia.

—Sí… —dijo—. Sí. Sí, estoy bien…

Gonzalo levantó ambas manos en el aire.

—Ya me callo —dijo—. ¿Vale? Para que… hagáis vuestras cosas. Solo un par de datos más, que creo que no os habéis fijado, porque esa movida capta demasiado la atención y el resto de los detalles se pierden. Yo no me fijé en las líneas del suelo hasta que pasé por aquí varias veces. Una es la luz… en el túnel de fuera, la escalera, en todas partes, hay luces en las paredes, cables, todo eso. Pero en esta cámara…

Rebeca miró alrededor.

No había luces, eso era cierto. Ninguna en absoluto. Y, sin embargo, la visión era perfecta. Se veía todo con prístina claridad, sin sombras, ni alrededor de ellos, ni en las cajas, el toro mecánico, ninguno de los objetos presentes en la sala. Como si la luz allí fuera… global. Suave, tenue, pero omnipresente. Sin fuentes visibles.

—Hostia… —susurró Rebeca.

Gonzalo asintió.

—Una movida, desde luego —confirmó Gonzalo—. La última cosa, que a lo mejor os sirve… ¡Jorge! —llamó.

—¡Dime!

—¿Están aquí abajo los del Grupo Seis?

—¿El Seis? No, qué va. Marcharon ya para arriba. Tres bajas, estaban preocupadillos y afectados, normal, y, además, se comieron ellos la cabeza de lanza y estaban ya afectados por… el ambiente, y tal, y los marcharon de vuelta.

—¡Claro! Vale, sin problemas —dijo, volviéndose a ellas otra vez —. El Grupo Seis fue el que encontró esta sala, quería ver si podían contaros lo que encontraron de primera mano, pero… os lo cuento

yo.

Martina se giró para mirarlo.

—Esas máquinas de ahí —dijo— estaban aquí, alrededor de esa movida central. Las hemos apagado y apartado por motivos obvios, por detener su funcionamiento, y porque no sabíamos su función…, pero los compañeros del Seis dijeron que cuando estaban encendidas, el líquido del interior sonaba como si estuviera batiéndose. Como una minipimer, ¿vale?

—Una… ¿batidora?

—Una batidora. No lo sabemos. Ya nos lo dirán. Por cierto…, no sé si tienen alguna batería interna, porque cables no hay.

—¿Qué contienen los envases?

Gonzalo se encogió de hombros.

—Eso… ni lo sé, ni es cosa mía. Han sido apartados y se mantienen en custodia, pero para qué sirven o qué contienen, no es cosa de mi gente decirlo.

—Claro —admitió Rebeca—. Lo entiendo.

—Por lo que sé —continuó diciendo Gonzalo—, uno de los detenidos se refirió a eso como… Residuos. Residuos del Otro Lado.

—Re… Residuos del…

—Del Otro Lado —repitió Gonzalo—. Sé cómo suena, es lo que dijeron. Pero tenga en cuenta que toda esta gente, normalmente, son hombres de paja sin mucha cultura, les pagan por llevar un arma y vigilar un sitio, y les pagan porque a la hora de la verdad, prefieren morir que rendirse. Así que, probablemente, digan un montón de gilipolleces. Cosas incluso que les han dicho para que trabajen con ese punto de miedo que les hace quedarse en esta cueva de mierda toda la noche, celosos de su trabajo.

—Sí, claro —dijo Rebeca.

—Dicho esto… os voy a…

De pronto, se calló.

Martina había empezado a andar. Caminaba hacia la anomalía con pasos dubitativos, moviéndose ligeramente en zigzag como si estuviera afectada de ataxia.

—Mar… ¿Martina? —preguntó Rebeca.

Martina no respondió.

Caminaba, con la mirada fija en el centro de la habitación.

—Yo… no me acercaría demasiado —exclamó Gonzalo,

prudente.

—Martina…

—Lo… escucháis, ¿verdad? —preguntó Martina, pero su tono de voz fue tan bajo, sin pretenderlo, que nadie escuchó ni una sola palabra.

—¡Martina! —seguía llamando Rebeca.

Martina…

Mar…

3

Martina estaba y no estaba allí.

Para ella, la anomalía no se percibía igual que para los demás. Desde el principio, había registrado una suerte de estridencia visual, deforme, como si alguien hubiera arrancado un pedazo de realidad y, a través del agujero, se viera algo imposible de explicar. Algo que los ojos humanos no consiguen interpretar porque… no son cosas pensadas para ser vistas con la orgánica y la biología humana. Era como si, en un entorno tridimensional, uno pudiera distinguir una realidad diferente con otras normas, otras leyes, otras formulaciones y estructuras. Los hilos secretos de las puntadas maestras del universo.

Le costó bastante abstraerse y concentrarse en lo que tenía que hacer. Cerrar los ojos sin cerrarlos, dejar de intentar comprender, porque, como los gatos, los ojos humanos no eran estructuralmente aptos para arrojar una respuesta interpretada. Comprender, no. No eran datos. No era material para el cerebro. Allí no había respuestas.

Allí solo podía sentir.

Y cuando empezó a hacer eso… Empezó a sentirse mejor.

No era El Lugar lo que le producía una sensación de asfixia, era su cuerpo luchando contra la información que no podía procesar, que no podía ver, que no podía analizar. Ella misma era su propia trampa. Pero cuando se decidió a dejar los sentidos a un lado y usar su sentido interno, el de su yo interior, el que le brindaba las

habilidades especiales con las que contaba…

Definitivamente, se sintió mejor.

Hasta empezó a escuchar, aunque no con los oídos.

—Lo… escucháis, ¿verdad? —preguntó.

No era una voz. No era un sonido, en realidad, pero vibraba dentro de ella. Un caudal suave, diáfano, que fluía con cierta armonía.

Armonía, sí.

Y belleza.

Belleza natural, pura.

Dejó de sentirme mal.

Y sonrió.

No había entendido. No lo había entendido y nadie lo había entendido, en realidad; que allí, bajo el Retiro, alrededor del Retiro, no había un mal. No era maldad lo que germinaba y se extendía desde allí. No era una intencionalidad oscura, no era una amenaza… era…

Era, por el contrario, una herida.

Eso era.

Una herida.

Había estado sufriendo porque había combatido la información que no comprendía con miedo, y debía haber escuchado con… Bondad.

¿Acaso no lo dijo ella misma? La información llega como respondiendo a un acto de bondad.

Y solo le había devuelto miedo.

El gran cáncer del ser humano. El miedo. Miedo a lo desconocido. Siempre el miedo. Y bajo el prisma del miedo, todo se convertía en una amenaza.

La anomalía era tan solo una herida, y la condición natural que fluía en aquel mundo y en el mundo del más allá, y en el que se veía a través, se juntaban a través de esa herida. Se veía a través, como se ve el hueso en una herida profunda en la carne. Quizás El Lugar era tan solo un sitio en el que los mundos friccionaban con una densidad de separación menor; quizás la Orden Rosanegra, a lo largo de su historia, había estado trabajando en perforar ese precario velo, violentándolo para conseguir sus propósitos, atacando con cruel tenacidad ese particular punto donde la

estructura etérea que separaba los planos era más débil, estaba más expuesta, y la habían… roto. Desgarrado.

Quizás no había sido la Orden, sino alguna otra entidad u otras entidades desde el otro lado que deseaban entrar allí para absorber energía, para expandirse, para colonizar, incluso.

No lo sabía, y, en realidad, tampoco importaba. Un médico no quiere saber cómo se ha hecho la herida en la rodilla el chico que ha acudido a su consulta, solo sabe que hay que lavar, observar, aplicar agua oxigenada, y tapar hasta que cure.

Porque aquel discurso suave que estaba captando, lo que sentía claramente en su propio ser, era que el universo, el cuadro general de las cosas, quería… curar.

Quería restaurar el orden.

Quería que la herida cerrase.

Que los mundos siguieran donde debían estar.

Separados.

Apartados.

Cada cosa en su sitio hasta que las puertas oportunas que correspondieran se abrieran, cuando tocase.

Sonrió mucho, y lloró.

«¿Cómo te curo?», preguntó sin mover los labios.

Las tonalidades musicales de la herida contestaron, entre sollozos.

4

Martina se volvió. Tenía las mejillas surcadas por lágrimas, pero algo en su expresión alivió a Rebeca, que había estado más que preocupada por ella.

—Rebs —susurró, extendiéndole la mano con gracilidad—, ven aquí, cielo.

Su voz era dulce. Dulce y cariñosa.

Rebeca no lo dudó ni un instante. Se acercó y le tomó la mano. Su amiga la cerró con fuerza y luego aflojó.

Estaba caliente. La mano de Martina estaba inusitadamente cálida.

Martina miró alrededor.

—Gonzalo —dijo—, ¿es usted un buen hombre?

Gonzalo sonrió.

—Un… ¿Un qué? —graznó.

—Un buen hombre. ¿Lo es?

—Bueno… creo… ¡creo que sí!

—¿Tiene hijos?

—Dos niñas pequeñas —respondió él, confundido.

—Servirá —dijo ella—. Venga aquí y deme la mano.

Gonzalo compuso una expresión extraña, pero de pronto, frunció el ceño, determinado, y se acercó.

Le cogió de la otra mano.

No eran muchos. Ignoraba, por cierto, cuántas voluntades harían falta para lo que se debía hacer, pero si había que intentarlo, era mejor hacerlo con todas las garantías. Miró a los otros hombres, todos compañeros del cuerpo, en otros departamentos. Eran los buenos, ¿cierto? Aquellos hombres arriesgaban la vida intentando mantener las calles seguras, haciendo un trabajo que difícilmente podría tener nunca suficiente recompensa económica, y, sin embargo, ahí estaban.

Sí, pensó. Eran los buenos.

Esgrimían sin duda los estandartes de la bondad.

—¿Ustedes también, caballeros? —preguntó Martina, al fin, al resto del equipo policial—. ¿Quieren venir un momento y unirse a nosotros? Dense la mano.

Los policías se miraron brevemente, pero obedecieron.

—¿De qué… se trata? —preguntó Rebeca, algo divertida.

—Cielo… —susurró ella—, a veces, en ocasiones, para que alguien sane, solo necesita comprender… que hay alguien a su lado que… desea que cure.

Rebeca torció el gesto.

No sabía de qué iba esa respuesta, pero sabía, demasiado bien, que la puñetera Martina tenía toda la condenada razón del mundo.

5

Jules Vikernes estaba en el suelo, con el torso desnudo. Cómo había perdido la camisa, no lo recordaba. Entre gritos y estertores, entre laceraciones de un dolor insoportable, entre convulsiones. Tenía la entrepierna manchada de orina y restos de saliva blanca adheridas a los labios resecos, los ojos vueltos hacia arriba, las mejillas hundidas por la cantidad de calorías que había perdido en los últimos días. Días, semanas, no lo sabía.

Para él había pasado… toda una eternidad.

La sombra negra que era Kwame seguía allí, en la habitación. El poder de sus emanaciones psíquicas había agrietado la pintura de las paredes, y había desecado la madera de la mesa baja hasta abombarla y hacer que saltaran sus láminas exteriores. Los cristales de los amplios ventanales se habían vuelto opacos, y el cuadro eléctrico había saltado hacía tiempo, dejando la casa a oscuras. En los baños de los cuartos de aseo de arriba, el agua de las cisternas de los retretes había hervido y desaparecido por completo días atrás.

Pero Jules seguía negándole el acceso a Kwame, a pesar de que este parecía redoblar sus esfuerzos toda vez que Jules parecía acostumbrarse al dolor. Era lo malo del dolor. Tarde o temprano, el cuerpo se acostumbraba a él y, entonces, había que buscar e inventar nuevas maneras de infligir aún más.

Kwame lo odiaba. Odiaba su tenacidad. Su resistencia. Estaba enfadado y, aunque tenía la capacidad de freírle el cerebro si quería, tenía que recordarse que lo necesitaba para convertirse en el Jarumi Babba legendario, el jinete entre mundos; alguien que podría subvertir las leyes naturales de cada plano y usarlas como quisiera. Incluso podría… reinventarlas. Reescribirlas.

No habría, literalmente, ningún límite en su capacidad.

Y lo único que le separaba de su objetivo, del sueño de decenas de miles de miembros de la Orden que habían trabajado durante cientos de años para conseguir ese sueño, ese propósito, esa casi realidad, estaba allí en el suelo, escondido en su fortaleza mental, resistiendo contra todo pronóstico.

Aguantando.

Fuerte.

Indomable.

Ya le había quebrado todos los huesos de cada dedo de las

manos, porque los huesos podían curarse, y el cuerpo aún le serviría. Le había partido los huesos también de las piernas y los de los brazos. Le había producido laceraciones en el pecho y en la barriga, también en la espalda… sin resultado.

Cuánto, se preguntaba, ¿cuánto dolor podía soportar un hombre?

Pero enredado en el sonido estridente y abrumador que bullía en su mente, transportado por el dolor insoportable que lo atormentaba durante días interminables, Jules escuchó algo nuevo.

Algo diferente.

Un cambio notable en la tónica de hostigamiento cruel que le había acompañado durante cada segundo de aquel periplo atroz.

Un grito.

Un grito de sorpresa, de… terror.

Un grito que Kwame, o la forma que era ahora Kwame, había dejado caer sobre su mente, dentro de su mente, y que había explotado como una bomba.

Y luego, nada.

Jules se quedó en el suelo, rodeado de silencio.

Ni siquiera recordaba cómo era el silencio, y tampoco recordaba lo que suponía no experimentar más que el dolor residual, casi trivial, de sus miembros descoyuntados y quebrados, de las heridas abiertas en su cuerpo.

Pero pensó…

Mejor dicho, supo.

Que Kwame se había ido.

Desaparecido.

Ya no estaba allí, y si sabía interpretar un grito, y lo sabía, Kwame… había muerto.

El Hombre sin Nombre no tenía ni idea de lo que había ocurrido y no pudo dedicar ni un segundo a pensarlo.

Así estaban las cosas ahora, y estaban… bien.

Se desmayó.

6

La sala se quedó a oscuras, iluminada tan solo por la luz que llegaba del túnel.

Jorge fue el primero que encendió la linterna.

El haz recorrió con nerviosismo el suelo y las paredes de la cámara, y revelaron que todo seguía en su sitio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gonzalo.

Martina suspiró.

—Ya… ya está —susurró.

—¿Ya… está? —preguntó Rebeca, confusa.

Jorge iluminó la anomalía, pero el foco de luz atravesó limpiamente la habitación, sin que chocara con nada. No había allí ninguna deformidad óptica. Tan solo… la sala, vacía, normal. Una sala cavernosa excavada en la pura roca bajo el Retiro de Madrid.

—Residuos del Otro Lado —dijo Martina—. Ahora lo veo. Exponían el Aetheris a esta anomalía, esta… herida… y dejaban que se impregnara de ella. Por eso la gente podía ver lo que veían…

—Cómo… qué… —balbuceaba Rebeca.

—Ya no funcionará más —resolvió Martina—. El Aetheris ya no funcionará más. La herida se ha… cerrado.

—Pero… ¿cómo has…?

—Quería curar, Rebs —dijo ella con una sonrisa en las penumbras de la cámara—. Ya te lo he dicho. Al orden del universo a veces solo le basta un poco de… intencionalidad para responder. Siempre que responda a un bien común, a veces, escucha.

—Hemos… ¿sido nosotros? —preguntó en voz baja.

—Eso hemos hecho.

—Esto… yo no lo pillo del todo —exclamó Jorge.

Martina soltó una carcajada y Rebeca se unió a ella, aunque tampoco lo entendía demasiado bien. Pero Martina había dicho que el Aetheris, fuera lo que fuese lo que había hecho, ya no funcionaría más. Y debía ser verdad, porque las sensaciones extrañas que había estado percibiendo habían desaparecido de repente.

—Entonces… —exclamó Rebeca—, ¿solo hay que esperar a que las dosis existentes… se agoten?

—No, cielo —explicó Rebeca—. La conexión se ha cerrado. Esta gente ha estado impregnando la droga aquí con los… residuos del Otro Lado. Pero ya no hay vínculo. El Aetheris hará lo que le permita su formulación química, pero… nadie va a ver nada que no

esté en su propia mente. El próximo fantasma que alguien crea ver será uno conjurado por su propia mente…

—¿Esto está normal? —preguntaba en ese momento uno de los policías. Lo hizo desde el centro de la sala, sin que su voz se distorsionara lo más mínimo. Cuando comprobó que el fenómeno había terminado, se llevó una mano a la cabeza, la otra en jarra apoyada en la cintura, y soltó—: ¡Carajo!

Un equipo de hombres apareció en ese momento por la puerta.

—¡Buenos días! —dijo uno de ellos—. Somos de la científica, para observar el fenómeno, ¿está por aquí?

Martina y Rebeca volvieron a reír.

—Va a tener que esperar a llegar a viejito y averiguarlo por usted mismo —dijo Martina sonriente—, porque aquí, caballeros, no hay nada que observar.

Rebeca, sintiéndose realmente bien, se acercó a su amiga y le imprimió un sonoro beso en la mejilla.

¿ES EL AETHERIS, DE REPENTE, UNA ESPERANZA PARA EL HOMBRE? AETHERIS YA NO ES UN VEHÍCULO PARANORMAL

Artículo de prensa
Por J. R. Domingo

El misterio de Aetheris: La droga que ya no muestra fantasmas, pero aumenta la inteligencia.

La emblemática calma del Parque del Retiro se vio alterada por una intervención sin precedentes por parte de las autoridades y diversos medios de defensa civil que el Gobierno articula, como hemos venido informando estos días. Este dispositivo de estrecha colaboración entre la Delegación del Gobierno con instituciones como la Policía Nacional y la Guardia Civil condujo, en base a numerosas evidencias localizadas durante la operación, a la completa desarticulación de la banda que producía el Aetheris. Recordemos que esta droga tenía en jaque al país y había provocado la declaración de crisis sanitaria.

La droga, también conocida como Luminis, se popularizó entre la población por permitir «ver fantasmas», supuestamente. El hecho insólito y evidente es que ha perdido inexplicablemente su efecto más singular, y el más popular, por añadidura. Según evidencias, todas las nuevas existencias de esta sustancia ya no generan visiones espectrales, limitándose a incentivar las capacidades cognitivas de quienes la consumen.

Aetheris, cuyo origen sigue siendo un misterio rodeado de rumores, se consolidó en ciertos círculos como un fenómeno casi místico. Consumidores de la sustancia afirmaban que, tras ingerirla, podían interactuar con entes del más allá, un efecto que generó tanto fascinación como controversia, además de un gran número de problemas, incluyendo una larga cadena de hechos delictivos, como homicidios de naturaleza violenta. Sin embargo, en las últimas semanas, múltiples usuarios han reportado que este efecto ha

desaparecido por completo.

«Es como si algo hubiera cambiado en su composición, pero no sabría decir qué», comenta un farmacólogo consultado por el diario. «Ahora, Aetheris solo parece potenciar el cerebro humano, aumentando su capacidad de procesamiento, memoria y razonamiento abstracto».

Los informes ya habían demostrado que la sustancia interactúa con redes neuronales específicas, promoviendo una mayor conectividad cerebral. «Lo que antes era una droga esotérica se ha transformado en algo casi utilitario», apunta un neurocientífico. «El potencial para la mejora cognitiva es evidente, pero también plantea dilemas éticos y de acceso que habrá que evaluar con verdadera prudencia».

En el centro de Madrid, epicentro de numerosos encuentros con lo paranormal presuntamente inducidos por la droga, el ambiente ha cambiado. «Los fantasmas ya no están entre nosotros», dice un antiguo consumidor. «Pero me siento más lúcido que nunca. Seguiré consumiendo Aetheris. Ahora tengo nuevas ideas».

Con este giro inesperado, la pregunta inevitable es: ¿Debería el Ministerio de Sanidad investigar Aetheris para su uso controlado? Especialistas en bioética advierten sobre los riesgos de crear una brecha intelectual entre quienes tienen acceso a tales sustancias y quienes no. Sin embargo, otros ven en esta situación una oportunidad para explorar nuevas fronteras en la mejora humana.

Por ahora, la venta de Aetheris sigue siendo ilegal, pero el debate está servido. ¿Es este el comienzo de una era en la que «ser más inteligente» pueda depender de una píldora? El Ministerio de Sanidad, según fuentes internas, estaría evaluando abrir un estudio formal sobre los efectos secundarios y los beneficios de esta sustancia.

Mientras tanto, la comunidad científica y los antiguos usuarios de Aetheris buscan respuestas. ¿Por qué desaparecieron las visiones? «Algo ocurrió en El Retiro que no han querido contar», declaró un reputado miembro de la comunidad de *influencers* de la capital.

¿Es Aetheris una herramienta para el futuro o puede, de hecho y todavía, esconder un peligro para la sociedad? ¿Podrían sus enigmáticos efectos volver tan misteriosamente como se fueron? El

misterio, como los fantasmas que antes prometía mostrar, persiste.

Epílogo

Habían pasado varios meses y el Hombre sin Nombre se encontraba prácticamente recuperado de sus heridas. Aunque aún no había conseguido recuperar la habilidad con sus dedos del todo, los médicos le habían dado esperanzas sobre una recuperación prácticamente total en el plazo de un período de tiempo razonable y no muy alejado en el tiempo, siempre y cuando hiciera sus ejercicios de rehabilitación.

No tenía prisa. No creía que fuera a necesitar su antigua destreza para nada que no fuera recoger el sedal de una caña o partir las patas de una langosta. Los tiempos y las actividades pasadas, por mucho que hubiera nacido para ellas, quedaban en el pasado.

Había alquilado una pequeña casita en Maui, Hawái, y disfrutaba de días tranquilos y apacibles, normalmente, en alguna de sus muchas playas. A veces paseaba, sobre todo, por los mercadillos de Kahului, donde siempre se procuraba fruta fresca y se sorprendía con los curiosos productos locales. En otras ocasiones, se animaba a sortear las curvas cerradas de la Hana Highway y sus angostos puentes, se entregaba a las exuberantes vistas y los bosques tropicales, en los que pasaba muchas horas de silencio apacible y reparador.

Eran actividades que le traían paz para el espíritu, y esa paz le hacía sentirse renovado. En paz. Bien.

Maravillosamente bien.

Una noche, el Hombre sin Nombre había conducido hasta Kaanapali. Eran casi cinco kilómetros de paraíso costero y tenía intención de recorrerlos disfrutando de cada paso que daba. Le emocionaba el océano, sobre todo, que allí era fresco, salvaje, oloroso y natural. De pie sobre las rocas volcánicas que bordeaban la costa, contemplaba el océano indomable, el rugir de las olas, constantes e inmensas, que se alzaban como una antigua voz

antigua que susurraba secretos del principio de los tiempos. El agua atrapada en la orilla, brillante bajo el sol del atardecer, se le antojaba como un espejo que reflejara su alma. Era como si cada golpe del mar contra las rocas tallara no solo la piedra, sino también las capas de sus propios remordimientos, desgastándolas, día a día, hasta reducirlas a nada.

El viento, cargado del aroma salado del océano, le acariciaba el rostro. Creía ver en ello una conexión con el mundo que había ignorado y pateado de manera sistemática. El viento le recordaba que aún quedaban cosas puras en el mundo. Sentía cómo el océano le hablaba, no con palabras, sino con su inmensidad. El océano le recordaba que era pequeño, pero en absoluto irrelevante. No era necesario ser perfecto ni inquebrantable; bastaba con seguir adelante, como las olas que nunca, jamás, cesaban.

El Hombre sin Nombre cerró los ojos, dejando que el sonido del agua lo envolviera por completo. Sentía paz por primera vez en mucho tiempo, una calma interior a la que le tentaba ponerle un nombre: redención. Así era el vaivén eterno de la marea en su encuentro con un hombre que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía parte de algo infinito.

Pero entonces, una repentina ráfaga de aire gélido le hizo estremecerse.

Se estremeció y decidió que era hora de volver. Al fin y al cabo, no tenía ninguna prisa. Tenía todos los años que le quedaban para regresar allí cuando quisiera, para estar de nuevo en soledad, dando gracias a la vida por la experiencia única que le había tocado vivir. Ahora que sabía que más allá había otras cosas, cosas en las que prefería no pensar, había llegado a valorar mucho más la intensidad y la brevedad del instante. El prodigio, la oportunidad de la vida. El privilegio. Nunca sería capaz, otra vez, de truncar semejante regalo.

El soplo de aire frío regresó, insistente, y el Hombre sin Nombre se dio la vuelta para deshacer el camino andado. Pensaba en esos momentos en cenar algo agradable. Un poco de pescado crudo con salsa de soja y especias, quizás, o atún aleta amarilla. Lo servían sellado con wasabi, salsa de soja y jengibre encurtido, y lo encontraba delicioso.

Pero cuando se volvió, se quedó congelado en el sitio.

Pensó que deliraba.

Que no se había curado bien del todo de los horrores que vivió en aquella casa rural en Madrid.

Que estaba perdiendo la cabeza.

Que, en realidad, estaba en la cama de su casa teniendo una pesadilla.

Porque lo que tenía delante… Era la figura que se le había aparecido en sueños febriles durante innumerables noches, por mucho que ahora disfrutara tanto de la sal del mar en los labios y el sol en la cara, y su cabello se hubiera vuelto más rubio de tanta agua marina.

Era la forma vagamente humanoide y retorcida, abyecta, de Kwame.

Tal y como la recordaba de la casa.

—¿Sabes qué, Jules? —dijo la voz, claramente burlona y desagradable como el sonido de un montón de pescado muerto que alguien remueve en el interior de una barrica. Sonaba directamente en el interior de su cabeza. Como… como antaño—. Cuando mueres aquí vas a otro lado. ¡Pero cuando mueres al otro lado, vuelves a irte a otro sitio! ¡Apuesto a que no lo sabías! ¡Así que he vuelto, Jules, a seguir por donde íbamos!

«Es imposible», pensaba Jules con creciente estupefacción, mientras se deslizaba por un tobogán hacia un abismo negro de terror y profunda desesperanza. «Es imposible… no existes… no puedes estar aquí, no sin Aetheris, yo no tomo… ha pasado demasiado tiempo, y ya no funciona, ya no…».

—Pero eres el Jarumi Babba, Jules —contestó la voz como si pudiera leer su mente; y paralelas a sus palabras, escuchó una, dos… varias risas socarronas y crueles—. Eres especial. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Cuando tomaste el Aetheris abriste una puerta, y esa puerta la llevas dentro, lo quieras o no. Eres la conexión. Estamos unidos. Tú y nosotros. Los Jarumi Babba. Tomaste… demasiado, Jules, goloso canalla. Demasiado.

«Yo no tomé, tú me obligaste, tú me…».

—Vamos, Jules. Me ha costado encontrarte. Los resquicios no se encuentran con facilidad. Pero ahora que estoy aquí… voy a necesitar tu esencia y tu cuerpo para encontrar otros Lugares por donde seguir el trabajo. Los nuestros esperan. La Orden espera. Esperan aquí, y esperan allí, y esperan más allá…

No.

Nonono.

La forma negra se adelantó hacia él mientras el océano rugía, tal vez en señal de protesta.

Jules cayó hacia atrás y se quedó tendido en la arena, que empezaba a estar demasiado fría.

Otra vez en el suelo. Como en aquella casa.

Los ojos despavoridos coronaban un rostro esculpido por el terror abigarrado y profundo, espoleado por la certeza de un tormento que estaba por comenzar.

—¿Preparado para un poco más de dolor, Jules? ¿Preparado?

FIN

CARLOS SISÍ CAVIA nació en Madrid en 1971.

Empresario y escritor que dirige una revista digital en línea y una empresa familiar de diseño y soluciones de Internet, vio publicada en 2009 su primera obra. Vive actualmente en Málaga, ciudad donde ambientó su novela *Los Caminantes*, que se ha convertido en una serie que va ya por la quinta entrega.

En 2013, Sisí resultó ganador del prestigioso Premio Minotauro, dedicado a la literatura fantástica, por la novela *Panteón*, alejada un tanto de su registro habitual dedicado al terror y enmarcada dentro del género de la ciencia ficción. En 2016 volvió al misterio con la novela *Alma*.